QUEEN EDITORIAL

EN RUT

Una vida de instinto animal

MARIA FEANVI

EN RUT

Una vida de instinto animal

María Feanvi



maria.f.contacto@gmail.com
ISBN: 978-628-96270-1-5
Primera edición
Ilustración de portada e interiores: Ariana Ramos - ariana.ramosley@gmail.com
Mei Ivens - mayerlingivens@gmail.com
Edición: Levi Bellamy - levijvasquez@gmail.com
Diseño y diagramación: Roma Damned - queerasroma@gmail.com
© 2024, Grupo Editorial Queen SAS
Todos los derechos de este libro están reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor.
El autor y el editor han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la exactitud de la información presentada en este libro. Sin embargo, ni el autor ni el editor asumen ninguna responsabilidad legal o de otra índole por errores u omisiones, o por cualquier resultado derivado del uso de la información contenida en este libro.

Guía Omegaverse

Esta historia se contextualiza dentro del universo Omegaverse, un subgénero de la literatura de ficción que se originó en la comunidad de fanfiction y se ha expandido a otros medios, como novelas originales y cómics. Es popular en el género de romance, particularmente en la subcultura de las historias sobre relaciones homosexuales. Este concepto se basa en la reconfiguración de las estructuras sociales y biológicas humanas en un entorno en el que las personas se dividen en categorías Alfa, Beta y Omega, cada una con sus propias características y roles predeterminados. Aunque no hay un autor o fuente original claramente atribuible al Omegaverse, este ha evolucionado a través de la creatividad colaborativa y la creación de novelas en plataformas en línea. Como en cualquier género literario, su recepción es variada y depende de las preferencias individuales y las interpretaciones de los lectores.

Además de las relaciones románticas y sexuales, y pese a que las categorías Alfa, Beta y Omega a menudo se asocian con características tradicionalmente masculinas o femeninas, el Omegaverse también aborda cuestiones de género y sus roles de manera subversiva. Permite la exploración de identidades y roles de género más allá de estas normas, desafiando las expectativas convencionales. Es por ello por lo que este subgénero ha sido objeto de debate y críticas, ya que se puede considerar que sus representaciones de las relaciones y las dinámicas de poder son problemáticas o poco realistas.

En el Omegaverse las personas no son simplemente hombres o mujeres, sino que, dentro de estos géneros, se dividen en tres condiciones distintas que definen su representación en la sociedad y su forma de interactuar. A continuación, se explicará cómo este concepto se desarrolla en En rut, cuya sociedad se divide en una jerarquía de condición y naturaleza animal.

Tanto para Alfas como Omegas, esta condición no se conoce hasta que se alcanza entre los trece y quince años la pubertad, y se presenta, o no, un primer celo, donde la revelación de la condición terminará de desarrollar de manera acelerada la maduración de los órganos reproductivos durante los meses posteriores.

Los omegas, hombres o mujeres, por naturaleza son más débiles, sumisos y vulnerables. Poseen los aparatos reproductores internos de útero, ovarios y trompas de Falopio y son capaces de concebir siempre y cuando sean fecundados por un alfa o un hombre beta. Los omegas varones también poseen pene y testículos, aunque normalmente se centre más la atención en el ano debido a que es por donde mantienen relaciones sexuales; dicha zona cumple las funciones de una vagina dentro del mundo tradicional. Además, los omegas producen su propia secreción lubricante de manera natural, lo que facilita el acto de la penetración. Por otro lado, las mujeres omegas poseen vagina y vulva.

Los omegas, al igual que los alfas, desprenden un olor muy característico y son capaces de expresar emociones al igual que identificarse unos a otros a través de esta esencia. Emiten un débil gemido instintivo en situaciones de vulnerabilidad que provoca en cualquier alfa una inmensa necesidad de protección.

Asimismo, los omegas tienen una característica muy importante: los celos. En este periodo sus niveles hormonales se disparan y se ven firmemente necesitados de buscar a alguien para aparearse. Ahí es cuando el instinto omega se libera y la emisión de feromonas informa de esto a los alfas cercanos.

El celo se manifestará con dolor físico y mental si no es atendido, de igual forma para los

alfas. El de un omega sucede cada cuatro o cinco meses y puede ser irregular al variar entre un día y medio o tres, dependiendo del individuo. Este puede alterarse, aumentando la duración o, por el contrario, reduciéndose si es atendido, pues los patrones naturales se estabilizan disminuyendo los síntomas ante la existencia de un contacto piel con piel. A este hecho se le conoce como sincronía termal: la temperatura se torna más regular, los niveles hormonales se vuelven estables, al igual que el ritmo cardíaco y la respiración, mejorando el funcionamiento del sistema inmunitario y la producción de enzimas. El celo de un alfa o un omega se puede adelantar debido a la presencia o la existencia de una gran atracción hacia el contrario.

En cuanto a los alfas, estos son vistos como dominantes y protectores, con un instinto natural para liderar y cuidar. Un alfa, sea hombre o mujer, tiene la capacidad de fecundar a un omega hombre o mujer, o a una mujer beta, debido a que cuentan con órganos reproductores internos: conductos seminales, conductos eyaculatorios y la próstata. Solo los hombres alfas tienen pene y testículos. Las mujeres alfas tienen vagina, vulva y en esta el clítoris, que aumenta de tamaño hasta ser capaz de penetrar y fecundar.

Otra característica de los alfas está basada en los cánidos, ya que poseen una protuberancia en la base de sus penes o clítoris que se hincha dentro del omega una vez que el alfa llega al orgasmo, lo que provoca que se queden anudados durante unos minutos. Este nudo tiene un propósito biológico y natural que no causa dolor.

El celo de los alfas se presenta cada seis meses, siendo su duración de solo un día. Cuando lo padecen emiten feromonas para comunicarse con otros individuos, estas sustancias juegan, también fuera del celo, un papel fundamental en la regulación del comportamiento y sus interacciones sociales.

En cuanto a características físicas, los alfas son fuertes y grandes; dos de sus sentidos, olfato y oído, están muy desarrollados. Los alfas cuentan con «la voz», una entonación que provoca una reacción de sumisión en los omegas y alfas más jóvenes. El emitir gruñidos también es la respuesta a sus instintos más animales.

Asimismo, en las parejas formadas por alfas y omegas se pueden crear lazos emocionales y físicos gracias a «la marca». Un alfa puede marcar a un omega en el cuello con una mordida, esto simboliza que el omega ha sido reclamado y está inquebrantablemente ligado al alfa. Estos lazos son tan profundos que ambas partes pueden llegar a sentir las emociones y sensaciones del otro, incluso si se encuentran en lugares diferentes. Si un alfa reclama a otro omega, esto rompe el lazo previo. Este lazo es una unión especial que no se puede establecer entre betas y omegas, betas y alfas, alfas y alfas, ni omegas y omegas.

Existen diferentes tipos de supresores creados para los omegas, estos cumplen la función de servir como métodos anticonceptivos especializados en reducir los síntomas del celo, alargar los ciclos, ayudar a disimular el aroma y evitar quedar embarazados. Para los alfas existen los inhibidores, que también reducen los síntomas del celo, la emisión de sus feromonas y la capacidad de percibir las de los omegas.

Los humanos con condiciones alfas y omegas pertenecen a la especie Homo Sapiens Abo. «Homo Sapiens» se refiere a la especie humana, que se caracteriza por su inteligencia avanzada, su capacidad cultural, su habilidad para la comunicación y su presencia en todo el mundo. «Abo» se refiere a que es una especie que aún es capaz de madurar su parte más animal. Estos individuos tienen que hacer un gran esfuerzo físico y mental para conseguir controlar sus instintos más primarios. Es por ello por lo que, en su condición de alfas y omegas, estos humanos habitualmente también consumen supresores o inhibidores para lograr un equilibrio en la sociedad y asimilarse lo más posible a los betas, la especie Homo Sapiens.

Los betas son humanos comunes que han llegado a dejar de desarrollar su parte más animal. Solo las mujeres betas pueden quedar embarazadas y solo los hombres betas pueden fecundar. A los betas no les afectan las particularidades de los alfas y omegas. No poseen un olor característico natural ni emiten feromonas, tampoco entran en celo.

Los betas pueden formar una relación con cualquiera de las tres condiciones, aunque es más fácil procrear entre dos betas que entre un beta y un alfa, o que en una pareja de beta y omega. No es imposible, pero sí inusual. La condición de los padres influirá sobre la de los hijos, pues para que una persona se manifieste como alfa u omega, uno de sus progenitores ha de serlo.

Los betas representan el equilibrio jerárquico de la sociedad. Suelen desempeñar cargos públicos y mediar de manera racional en los conflictos.

Finalmente, estas dos tipos de especie del género Homo son las únicas que han sobrevivido hasta el presente, demostrando una notable capacidad para adaptarse a diferentes entornos, desarrollando una gran diversidad de culturas, creencias y prácticas, colonizando prácticamente todos los rincones de la Tierra y creando un estilo de vida muy similar, o casi exacto, al que el lector conoce sobre el siglo XXI.

Otras preguntas frecuentes

¿Cómo es el parto de un hombre omega?

Se debe recordar que el Omegaverse, en su naturaleza más primitiva y menos desarrollada en avances médicos, no puede contemplar la práctica de la cesárea, pues, valga la redundancia, no es lo natural. Su ano posee la capacidad de dilatarse y lubricarse, así que también la tiene para dar a luz. Sería algo completamente aparte que, según el avance histórico y tecnológico de cualquier historia, fuera habitual la práctica de la cesárea a los hombres omegas.

¿Los omegas, mujeres u hombres tienen menstruación?

No, solo las mujeres betas la tienen. La menstruación tiene que ver con la ovulación, es decir, la expulsión de un óvulo no fecundado. No todos los mamíferos pasan este proceso. En el caso del universo de esta historia, los omegas tienen una ovulación inducida, la cual solo se produce en la monta de un alfa o beta, pero sin la existencia del dolor físico. En pocas palabras, se podría llegar a entender como el celo que pasan las gatas, que no tienen menstruación y en esa época únicamente maúllan llamando a un gato macho. En el Omegaverse este llamado es similar al que hace un omega cuando pasa por su celo.

¿Hasta qué edad los alfas y omegas entran en celo?

Hasta la ventana de edad comprendida entre los treinta y ocho y cuarenta y cinco años, periodo que marca el final de su capacidad reproductiva.

I

Inglaterra, Plymouth
1999

Harris Gautier se mordió el labio inferior antes de tomar una bocanada de aire y salir corriendo con su balón de vóleibol bajo el brazo. Sabía que su madre no era nada partidaria de que saliera a jugar solo al jardín, pero ya había cumplido once años y se decía a sí mismo que era lo suficiente mayor para hacerlo. Y también se aburría demasiado sin nada que hacer, incluso se había pasado el último juego de estrategia que su padre le había regalado. Siendo pleno agosto, no podía desperdiciar aquellos cálidos e inusuales rayos de sol que calentaban el césped trasero de su casa.

Lucille, su tía de Lyon, había llamado y sabía que cuando su madre entrecerraba la puerta del salón y enredaba un dedo índice en el cable del teléfono, tenía más de una hora para escabullirse.

La luz del sol dio directo en su cara mientras entrecerraba sus ojos verdes para acostumbrarlos a la claridad. Su piel oliva, al instante, pareció brillar. Hacía un día fantástico y era una pena que su padre no llegara hasta la hora de la cena. Le hubiera gustado mostrarle lo mucho que había mejorado con los toques de dedos.

Pasó ambas manos por su cabello castaño claro para apartarse el flequillo de la frente, luego se puso en posición. Se mantuvo erguido mientras golpeaba el balón con las yemas de los dedos por encima de su cabeza.

Contó veinte toques seguidos antes de largar un suspiro satisfecho. Sin duda, cada día se le daba mejor. Deseaba progresar para poder entrar al equipo de su futuro instituto. Su profesor de educación física no dejaba de recordarle en cada clase que si así fuera, sería evidente que destacaría entre los de su curso.

Caminó hasta estar frente a una pared de la casa para comenzar a practicar los toques de antebrazo. En esos sí que sentía que debía mejorar, sobre todo al controlar la fuerza de los tiros.

Entrelazó sus dedos y comenzó. La mayoría rebotaban en la pared y volvían a sus manos, que aguardaban en perfecta posición. Sexto toque, séptimo, octavo... Creyó que estaba todo bajo control hasta que no midió la fuerza y el balón rebotó hacia otro lado.

Resopló y lo volvió a intentar. Cuarto toque, quinto... Uno más fuerte y...

—*¡Ah!* —exclamó, cubriéndose la nariz con ambas manos. El balón había rebotado en el centro de su cara.

Dio una patada a la esfera antes de volver a maldecir, emitiendo un quejido de molestia. Le dolía y hubiera vuelto a bufar conteniendo un puchero si una risilla a sus espaldas no hubiese llamado su atención.

—¡Menudo golpe! —chilló una voz aniñada entre carcajadas.

Harris dejó de sobarse el puente de la nariz antes de girarse.

Entre las verjas verdes de alambre de la parte del jardín que colindaba con el de los vecinos se asomaba un niño que apenas llegaba a la mitad del cercado. Sus ojos azules brillaban por las risueñas lágrimas que le brotaban mientras reía mostrando una hilera de dientes blancos. Su pelo lucía de punta y mal engominado, su camiseta de estampado infantil parecía manchada de chocolate y sus manos estaban cubiertas de barro y césped.

Harris hizo una mueca y frunció el ceño.

—¿De qué te ríes, enano? —Sonó más duro de lo que pretendía, pero el niño no pareció achantarse.

—Pues de ti, ¡de quién sino! —Se echó a reír de nuevo e inclinó el rostro antes de proseguir —. ¿Por qué le das puñetazos a un balón de fútbol? —preguntó curioso, su rostro todavía alegre mientras elevaba una ceja.

Harris frunció aún más el ceño. Abrió y cerró la boca dos veces antes de hablar.

—No... No le doy puñetazos a un balón de fútbol. Practicaba vóleibol.

Se sintió torpe al tener que explicar algo que le resultaba tan evidente.

La mirada traviesa del pequeño intruso no se había aflojado.

—¿Vóleibol? Pero ¿eso no lo juegan solo las chicas?

El otro se atragantó con su propia saliva.

—¿Qué? ¡Pero claro que no! ¿Qué clase…? ¡Por supuesto que no!

El niño volvió a estallar en carcajadas ante la repentina indignación y apuro de Harris, que de un momento a otro adoptó una tonalidad rojiza en su semblante.

¿Por qué debía preocuparle la opinión de un crío sobre su deporte favorito? En su colegio los equipos de vóley siempre fueron de chicos y chicas. De hecho, ellos destacaban frente a ellas.

Harris podría decir que se le daba bien cualquier deporte. Empezó con el tenis con siete años, desde los ocho participaba en ciertos partidos de fútbol los fines de semana y en el colegio se decantó por el vóleibol y no el baloncesto, ya que su profesor lo alentó a que necesitaban a alguien como él en el equipo.

Sacudió su cabeza, molesto por tener que darse explicaciones a sí mismo.

—Oye, tengo que practicar. No me molestes.

A Harris normalmente le costaba ser hostil con alguien.

Bufó y cuando quiso decir algo más, se dio cuenta de que el otro, de nuevo, había pasado totalmente por alto su comentario.

Todavía sonreía y habló con su característica expresión:

—Casi nunca sales al jardín, ¿verdad? Yo siempre estoy por aquí jugando y no te he visto antes.

Harris volvió a pintar una mueca en su semblante. Le parecía un niño raro, con una extrema facilidad para cambiar los temas de conversación. Ni hablar de lo rápido que también se dirigía con formidable confianza.

—Eh... Sí, salgo poco. —No supo qué más decir. No entendía lo absurdo de la conversación.

—¡Qué aburrido! —exclamó de lo más natural—. Pues yo soy Luke, tu vecino. Mi madre me dijo que teníamos unos vecinos importantes porque hacían negocios, que venían de Francia y esas cosas, pero no creo que seas tú. Los describía superguay, así que supongo que serán los de la casa del otro lado.

Harris, una vez más, trinó internamente.

—¡Sí es mi familia! Mis padres son originarios de Francia.

Luke pareció pensativo.

—¿Y por qué hablas mi idioma?

—¡Porque nací aquí! También hablo francés, si es a eso a lo que te...

—¡Ah, vale! Ahora entiendo —interrumpió antes de sacudirse las manos en su pantalón corto y violáceo—. Entonces, ¿te apetece jugar?

Pestañeó.

Rio internamente al analizar con determinación la estatura de Luke, preguntándose cuántos

años tendría. Se recordó a sí mismo que pronto entraría al instituto, él no tenía edad para andar de niñero.

—¿Qué edad tienes, Luke? —preguntó, haciendo que el nombrado se encogiera de hombros.

—Nueve, ¿y tú?

Tampoco era tan pequeño. Quizás solo bajito.

—Once —respondió orgulloso y levantando el mentón. Harris jamás lo admitiría, pero sabía que eran niños a pesar de que presumiera con disimulada petulancia ser el mayor.

Hubiese sido capaz de hacer un comentario más, pero ni siquiera le dio tiempo a barajar, pues cuando se quiso dar cuenta su balón volaba ya hacia él. Fue rápido y evitó con un movimiento ágil que se volviese a estampar contra su cara. De nuevo solo se oía la risilla de Luke, quien lanzó la pelota desde su jardín; la misma había ido a parar allí cuando Harris decidió mandarla lejos de una patada luego del primer golpe.

Aquel niño le seguía pareciendo insólito.

Pretendió mantener su ceño fruncido un poco más, sin embargo, le fue imposible cuando Luke aterrizó de culo al retroceder y tropezar con sus propios pies. Rieron esa vez y Harris negó con la cabeza cuando Luke le gritó que su golpe había sido mucho más gracioso.

Ambos llevaban menos de un año siendo vecinos. Tras hablar un poco, Harris recordó que su madre alguna vez había hecho algún comentario sobre los nuevos. Una opinión que iba de la mano de cómo se podían costear una casa en aquel barrio.

Efectivamente, Luke parecía ser un niño algo hiperactivo. Reía y hablaba al mismo tiempo, planteando diferentes preguntas: “¿No te gusta el fútbol? Yo lo prefiero”, “¿En qué trabajan tus padres? El mío trabaja en el puerto, ¡es superguay!”, “¡Dime algo en el idioma ese que también hablas!”, “¿A qué colegio vas?”, “¿Tienes mascota? Yo tengo un hámster. ¿Te gustan los hámsteres?”, “Tienes que salir más al jardín, yo siempre juego aquí con mis motos. ¿Te gustan las motos? ¡A mí me encantan!”.

El menor no paraba de hablar y Harris contestaba a lo que podía. Luke acabó descubriendo así que su vecino también jugaba al fútbol y que a veces iban a los mismos campos, aunque nunca hubiesen coincidido. Que el padre de Harris era el dueño de una de las gasolineras más importantes de la región y que se le daba fatal pronunciar el francés cuando el otro le enseñó a presentarse en ese idioma. Que no se conocían del colegio porque el mayor iba al privado de Plymouth mientras Luke al público y que, definitivamente, a Harris no le entusiasmaban los hámsteres mientras que las motos le eran indiferentes a pesar de que su padre tuviera una aparcada en el garaje. Los ojos de Luke brillaron ante esa última noticia.

Jugaron un poco más al vóley, Harris dando toques para pasarle el balón mientras Luke daba puñetazos poco coordinados cuando lo recibía. Consiguieron pasarlo por encima del cercado que los separaba. Hablaron también de que Harris iría al instituto privado de Western Hill el próximo año. Luke no comprendía muy bien la diferencia con su colegio, pero se encogió de hombros antes de que se le ocurriera enseñarle a Harris sus motos recortables y manchadas de barro.

El pequeño parecía querer saberlo todo. No se cohibió al preguntarle a Harris, con aire soñador, lo que quería ser de mayor.

—Trabajaré en la empresa de mi padre —contestó sentándose en el césped, jadeando después de haber dado tantos toques y corrido para buscar el balón. Cuando le tocaba a Luke, siempre salía disparado.

—¡Oh! ¿Vas a ser de los que venden las golosinas y le ponen la gasolina al coche?

Harris puso los ojos en blanco.

—No, yo seré el jefe y trabajaré en las oficinas.

—Ah. ¿Y qué harás?

—Pues todavía no lo sé. Mi padre dice que algún día firmaré contratos importantes con otras empresas y...

—¿Qué son contratos importantes?

Harris simplemente se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé.

Luke pareció poco satisfecho con la respuesta, pero no insistió.

—¿Y no me preguntas qué quiero ser yo? —cuestionó segundos después, distraído y sacudiendo sus manos tras habérselas manchado más al restregarlas de nuevo contra el césped.

Harris enarcó una ceja.

—¿Qué quieres ser de mayor, Luke?

—¡Seré capitán de barco como mi padre!

Harris no se esperaba esa respuesta, y Luke no tardó en seguir contándole antes de que siquiera preguntara.

Su padre era el capitán del barco que traía cada mañana el pescado más demandado del puerto de Plymouth. Le habló de lo fascinante que era el buque y lo mucho que le gustaba manejar el timón cuando lo visitaba.

—¡Mi padre aplastó al alfa estúpido que también quería serlo! —citó con un deje de travesura lo que decía su progenitor. Soltó también una risilla al hacer un ademán con la mano; Luke sabía que su madre no toleraba que repitiera esas palabras.

—¿Alfa estúpido? —cuestionó Harris de inmediato, totalmente confuso.

—Mi padre dice que la mayoría lo son y que en su trabajo quieren ser mejores sin hacer nada, solo... —Luke adoptó una pose graciosa intentando recordar—. ¡Gruñendo! ¡Sí! Mi padre dice que eso es lo único que saben hacer los alfas.

Soltó otra carcajada y fijó su distraída vista en una fila de hormigas. Harris lo observó desconcertado.

—Pero no entiendo —habló y Luke lo miró de nuevo—. Eso quiere decir que tu padre no es... Quiero decir, si opina así de un alfa, él no es...

—Mi padre es beta, como yo —resolvió Luke decidido, elevando su pequeño mentón con orgullo.

Harris no comentó nada al respecto. Si su padre no era un alfa, era normal que su naturaleza también se resolviera como la de él. Por su parte, Harris también tenía clara la suya. Su familia, el instinto y lo que todos sabían que le esperaba, porque él mismo desde pequeño lo emanaba.

—¿También eres beta? —volvió a hablar Luke.

—¿Yo? No, yo... Mi padre, nosotros... —Suspiró—. Somos alfas.

A Luke eso lo tomó por sorpresa. Había lanzado la pregunta como todas las demás, no sabiendo qué esperar. Solo era un niño curioso que conocía lo que le contaban sus padres y que no concebía otra naturaleza.

Su madre era omega y su padre beta; era de una pequeña familia donde no tenía hermanos, donde no tuvo contacto con tíos o abuelos, pues cuando sus padres se asentaron en la ciudad fue tras dejar atrás a todos los que no estuvieron a favor de esa unión tan “poco usual”.

Su madre lo adoraba y su padre le recordaba cada día lo orgulloso que estaba de él. Nunca tuvo contacto con alfas mayores y sus profesores eran betas al igual que su médico. Su padre decía que el mundo no los valoraba como debía, que no le daban importancia al equilibrio que aportaban. Que, con los años, confiaba en que eso cambiara.

Frunció un poco más el ceño observando a Harris. Compañeros de su clase también fardaban

de que serían alfas, pero él siempre los ignoraba. Luke era diferente; trataba de entender el mundo a su manera, como levemente se lo destapaban.

—Pero tú no gruñes —afirmó tras un largo silencio.

Harris no pudo controlar la sonrisa que se dibujó en sus labios.

—¿Por qué debería hacerlo?

La pregunta permaneció en el aire.

—¡Luke! —llamó a lo lejos una voz femenina—. ¡Luke, ya es tarde, entra a casa!

El pequeño dio un respingo y se levantó del césped para recoger rápidamente los pocos juguetes que había dejado regados por el jardín.

—Es mi madre, me tengo que ir.

Harris también se levantó al pensar en la suya. Se había manchado el pantalón al sentarse en el pasto.

—Está bien. Ya nos veremos, Luke.

Al final aquel niño le había caído bien. Hablador, dicharachero y demasiado metiche, pero le caía bien. Era divertido.

—¡Sí! —exclamó jadeante, con sus recortables en el regazo—. Por cierto, ¿cómo era tu nombre?

—Harris.

—¡Eso! Harris... ¡Hasta otro día!

Luke dio media vuelta y echó a correr tras esbozar otra sonrisa llena de pequeños dientes blancos. Harris se mantuvo de pie, observando cómo llegaba a su casa, donde su madre lo esperaba en la entrada.

Quizás podían ser amigos.

Dio un respingo cuando una gota cayó en su nariz. Miró al cielo y vio nubarrones negros cerniéndose sobre los últimos y rezagados rayos de sol.

No había siquiera llovido y ya olía a tierra mojada. Olía a césped, a algo fuerte y a...

—¡Harris Frédéric Gautier!

Y justo ahí, también dio un brinco aterrador. Su madre parecía haber terminado de hablar por teléfono.

Se sacudió con impaciencia el pantalón mientras correteaba hacia la casa, observando que el barro no abandonaba la tela. Lo iban a regañar.

—¡Puedo explicarlo! —exclamó, alzando las palmas de las manos antes de encontrarse en el porche a su madre con los brazos en jarra.

Noviembre, 2004
Cinco años después

Patrice Gautier entró exultante a su casa con un portafolio bajo el brazo. Se seguía sin creer que acabara de cerrar uno de los tratos de fusión más importantes de su carrera. Su mujer, Annette, corrió a recibirlo soltando un gritito ahogado de emoción. Ella sabía qué significaba la resplandeciente sonrisa en el rostro de su marido.

El alfa estrechó entre los brazos a su omega, aspirando el aroma de sus cabellos antes de emitir un ligero gruñido.

—La reunión con Texco ha sido un éxito, Annette. ¡Un éxito!

El alfa dejó caer su maletín al suelo mientras su mujer volvía a soltar otro sonido de emoción. La levantó en volandas y le dio una vuelta mientras la falda de su perfecto vestido color crema

también giraba elegantemente. Ambos reían y fue imposible que el adolescente que acababa de llegar al oír los gritos no los acompañara.

—¡Harris! —exclamó Patrice cuando lo vio aparecer—. ¡Mi hijo, Harris!

La mujer suspiró emocionada, extendiendo un brazo para que se acercara.

Harris sonrió cuando su padre le apretó un hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó divertido ante el aura de felicidad que emanaban sus progenitores.

—Nuestra empresa, Harris… Nuestra empresa es un referente y algún día tú me ayudarás a seguir haciéndola crecer.

Annette volvió a sonreír totalmente conmovida.

—¡Esto hay que celebrarlo! —expresó la mujer antes de que su alfa aflojara el agarre de su cintura—. Voy a decirle a Nancy que prepare unos aperitivos.

Acto seguido atravesó el salón en busca de la encargada de la cocina en la casa.

Harris le sonrió a su padre cuando este pasó un brazo alrededor de su cuello, y ambos caminaron hacia los sofás de cuero blanco del amplio salón principal.

Patrice aspiró profundo el olor de su hogar, el de su familia.

El adolescente se limitó a preguntarle a su padre qué suponía esa fusión para la empresa. Harris estaba a unos meses de cumplir los diecisiete años y se encontraba bastante involucrado en los negocios de su familia. Y Patrice, paciente, buscó las palabras adecuadas para que su hijo lo entendiera. Gaer, la empresa familiar con mayores acciones en gasolineras de Inglaterra, acababa de llegar a un acuerdo con una importante marca italiana de suministros de gasóleo. El joven escuchó atento todas las explicaciones de su padre, comprendiendo muchos más términos técnicos de los que se esperaba, pues le gustaba colarse en el despacho de casa y echar un vistazo a aquellos libros que hablaban de micro y macroeconomía. Acababa también de terminarse una guía de introducción a la contabilidad.

Annette apareció con galletas de mantequilla y champán. La familia Gautier celebró esa tarde el éxito que los cubría de orgullo e indudables riquezas. Los adultos fueron los que bebieron mientras que Harris aceptó el té que le ofreció una de las sirvientas beta. Rieron, planearon y volvieron a recordar las ganas y emoción que concentraban porque Harris ingresara el próximo año en el Imperial College de Londres, la universidad con la mejor facultad de negocios del país.

Annette dio un brinco de su asiento cuando el plato de galletas se vació. Harris descendió la mirada cuando su padre observó a su madre de arriba abajo cuando corrió hacia la cocina. La miraba con adoración.

—Ten —habló Patrice, ofreciéndole una copa de champán.

Harris abrió los ojos de par en par, asombrado.

—Pero, papá, yo...

—Harris —interrumpió haciéndolo callar—, eres mi orgullo, y el futuro poseedor de mi legado. Ya eres un adulto, hijo, y en nada brindaremos cada uno de los logros que alcancemos juntos. Que este solo sea el primero.

Patrice elevó su copa y Harris pestañeó rápidamente antes de imitarlo. Se llevó a los labios el champán y degustó el líquido dorado y burbujeante que corrió por su garganta. Fue agradable, mucho más de lo que imaginaba.

—Eso sí, ni una palabra a tu madre. —Ambos rieron ante la acertada advertencia—. ¿Sabes, Harris? Sé que algún día encontrarás a tu compañera, a la omega perfecta con la que crear una familia y alcanzar la estabilidad. Yo supe que tu madre era para mí en cuanto la vi.

Harris entonces sonrió de lado. Su alfa, en su interior, se revolvió. Se humedeció los labios antes de apartar la mirada y asentir de soslayo. Su padre esbozó una sonrisa tras apretarle un

hombro, volviendo a degustar el líquido de su copa.

Sí, Harris sabía que algún día también encontraría a la omega indicada.

Octubre, 2005
Un año después

Tenía calor. Tragó saliva y liberó la tensión que parecía acumularse en sus hombros con un grácil movimiento. Se encontraba mejor después de haber pasado unos días en cama con décimas de fiebre.

Las ruedas del *skate* sonaban con fuerza mientras la tabla se deslizaba por la solitaria carretera. Luke vestía zapatillas blancas, bermudas azul marino y una camiseta roja holgada. Se colocó la gorra negra hacia atrás mientras mantenía el equilibrio.

Se acercaba al bordillo, así que tomó impulso con un pie para aumentar la velocidad. Alcanzó a agacharse apenas, concentrando el peso en ambas piernas antes de volver a tomar impulso junto al *skate* y aterrizar con éxito en la acera. Fue un salto perfecto.

Se deslizó sobre la tabla, dirigiéndose calle arriba para repetirlo. Debía probar bordillos más altos y volver al parque de *skateboarding* para practicar las piruetas que ya dominaba. Las nuevas ruedas que le había instalado a la tabla eran las indicadas. No se había equivocado en apretarlas tanto, la libertad de movimiento ahora era impecable.

Recorriendo la calle vio una nueva acera, mucho más alta que la anterior. Serviría.

Volvió a impulsarse con el pie derecho para coger velocidad. Su lengua delineaba su labio inferior a medida que avanzaba. Era cuestión de cruzar una esquina y de inmediato tomar el impulso para saltar, de empezar a encorvarse colocando los brazos en ángulo.

Una gota de sudor resbalaba por su frente y... Todo se limitó a esquivar a la persona que acababa de cruzar la esquina y a la que se dirigía escopeteado.

—¡Cuidado! —gritó, intentando controlar la velocidad para girar el skate. Sin embargo, fue más complicado de lo que pareció.

La tabla salió disparada y el chico dio una ágil voltereta en el suelo tras perder el equilibrio.

—¿Pero qué…? —farfulló una voz sobresaltada tras alzar la vista de su teléfono móvil—. ¿Luke? —cuestionó cuando vio al chico sobándose un codo.

—¡Harris, casi te mato! ¿De dónde has salido?

Luke aceptó la mano que el joven alfa le tendió con rapidez. Lo levantó del suelo sin esfuerzo alguno, haciéndolo tambalear.

Harris descendió la mirada para examinarlo mejor. Luke parecía acalorado.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió distraído, disimulando las ganas que tenía de soltar un quejido. Su codo izquierdo dolía ligeramente. Harris frunció el ceño queriendo revisarlo—. Estoy bien, en serio. No me duele nada —mintió, fingiendo una sonrisa que pudo pasar por convincente.

Harris no pudo evitar sentirse alarmado. Hacía bastante tiempo que no se encontraban. Todo había sucedido demasiado rápido.

—¿Estás seguro de que…?

Luke prefirió cortarlo.

—Hacía mucho que no te veía, niño pijo de instituto privado.

La vista del mayor viajó de inmediato hasta el otro, quien se acomodó la gorra y torció el rostro. Harris también sonrió.

—Lo sé, las clases por la mañana y las particulares por las tardes me tienen absorbido. Estoy en el último año y ya sabes... Tengo que sacar buenas notas.

Luke, aún divertido, enarcó una ceja.

—Pues como siempre, ¿no?

Eso era verdad, así que indudablemente rieron, cómplices.

Hacía seis años que se habían conocido a través del jardín de sus casas. Seguían siendo vecinos y se podía decir que jugaron un par de veces más tras la primera vez, a escondidas. En el periodo escolar era casi imposible que Harris no tuviera sus días ocupados con el instituto y las actividades extraescolares. Después de que sus padres decidieron plantar frondosos setos cuando se les dio por remodelar el exterior de la casa, sus traviesos encuentros también se complicaron un poco más.

Apenas habían compartido tiempo juntos con el paso de los años y las pocas veces que coincidían se saludaban con agrado. ¿Amigos? No lo podían saber al cien por cien, pues muchas de las cosas que creían que ese término encerraba jamás las habían compartido.

Harris una vez lo quiso invitar a jugar cuando le regalaron su nuevo ordenador, pero su madre opinó que no era una buena idea. Por su parte, cuando Luke sugirió si podía invitar a su vecino a su piscina hinchable, su padre también se decantó por un no, alegando que esa familia ya tendría una piscina de verdad.

Quizás podían decir que eran buenos conocidos.

Harris lo examinó de nuevo y Luke se encogió de hombros tras entrecerrar un ojo.

—Y a ti, ¿cómo te va? No sabía que te gustaba ir en eso. —El mayor señaló la tabla que seguía boca arriba en la carretera. Luke fue a por ella.

—Se llama *skate* —respondió dándole la vuelta con un pie—. Y sí, llevo como un año y me gusta bastante. —Harris asintió y ambos callaron durante unos segundos—. También... También me gustan las motos. Mi padre me consiguió una vieja y llevo tres meses arreglándola. Voy aprendiendo poco a poco con un libro que encontré en casa. Si quieres un día puedes pasarte y la ves.

En los labios de Harris se dibujó una sonrisa ante la inesperada invitación. Recordó a un Luke de nueve años con recortables de moto entre los brazos. Al parecer eso no había cambiado y él tampoco. Tan dicharachero, sorprendentemente extrovertido.

—Sí, puede que un día...

—Tú sigues jugando al vóley, ¿no? —lo interceptó de nuevo, moviendo en todo momento el pie sobre su tabla.

Harris negó.

—No, ya no. Lo dejé hace dos años aproximadamente.

—Vaya...

Se habían visto hacía unos meses, pero no le había comentado entonces la decisión de dejar su deporte favorito. Luke tampoco le había contado lo del *skate* o las motos. Harris pensó entonces que debían hablar más. Luke siempre le caería bien. Siempre estaría preparado para recibir su constante verborrea.

—Bueno, me tengo que ir —habló Luke, subiéndose con agilidad sobre su tabla—. Quiero llegar al parque antes de que anochezca.

Sus dientes relucieron en otra sonrisa. Harris pestañeó tras asentir, apartándose del paso.

—Sí, ve con cuidado. ¡No atropelles a más gente! Y ya nos veremos.

—¡Claro! —canturreó el otro, impulsándose con un pie.

Eso se habían dicho la última vez, hacía meses.

Harris dejó escapar un suspiro frustrado y absorbió por la nariz. Iba a llover, ya olía a barro. Olía a eso que le picaba en la garganta cuando a veces lloviznaba.

Sacudió la cabeza y se apresuró a llegar a su casa. Quería imprimir pronto el trabajo que debía entregar al día siguiente.

Noviembre, 2005
Un mes después

Un miércoles cualquiera Luke llegó a casa después de sus clases, aparentemente bien. Sin embargo, al caer la noche, volvió a encontrarse enfermo de fiebre, durándole esa vez una semana entera.

Harris, ese mismo día, leyó en voz alta y frente a todo su instituto un ensayo sobre la desigualdad entre razas en Inglaterra con el ministro de educación del país presente, recibiendo el primer reconocimiento de su vida a modo de diploma.

Diciembre, 2005
Un mes después

Luke estuvo dos semanas sin salir de su cama, lidiando con sudores fríos, ardores en la boca del estómago y hormigueos que recorrían su cuello y espina dorsal. Por primera vez en su vida, no hubiera pataleado ante la idea de visitar a un médico.

Su madre Marjorie sospechaba. Su padre George no hablaba.

Luke, ese mes, también cumplió los quince años.

Enero, 2006
Un mes después

Luke llevaba dos meses sin montar en *skate* ni abrir el portón de su garaje para arreglar la moto.

Su madre no se separaba de él en ningún momento. Había faltado a muchas clases y el director del colegio tuvo que visitar el domicilio familiar para saber qué ocurría. Cuando la madre del menor le contó, este se limitó a bajar la cabeza y asentir, dirigiendo una mirada de lástima que molestó a la omega.

Nadie más volvió a visitar a Luke.

—Cariño... —susurró la mujer tras abrir con cuidado la puerta de la habitación de su hijo.

Luke no se movió de entre las sábanas.

La mujer inspiró y largó un suspiro, caminando con cuidado para no derramar la sopa que portaba en la bandeja que sostenía, la cual dejó sobre la mesa de noche. Su hijo era aquel bulto que ocupaba la esquina superior de la cama.

Un nudo se formó en su garganta cuando cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas se agolpaban sin tregua como cada día.

Llevó una mano hacia el bulto y sobó con mimo la espalda de Luke, quien apenas se inmutó ante el contacto.

—Luke, mi vida...

Pero, como siempre, parecía inútil. La almohada seguía empapada de sudor y el olor del ambiente danzaba con intensidad, con fuerza.

Luke había cambiado. Su niño ya no parecía ser el mismo.

Una lágrima descendió por el ojo derecho de la mujer.

Le había susurrado demasiadas veces que estaba bien, que eso no cambiaba nada y que seguiría siendo él, casi tantas como las que Luke gritaba y le pedía que se callara porque estaba equivocada, porque no podía ser. Porque él no iba a tolerarlo.

El cuerpo de Luke avisó meses antes de lo que venía y todos decidieron ignorarlo, menos ella.

Su hijo había empeorado en los últimos días y su marido no sabía qué hacer. Luke se negaba a verlo, sentía vergüenza frente a él, a pesar de que su padre solo quería abrazarlo para recordarle que lo quería.

Marjorie no dejó de frotar la espalda del chico, quien hacía instantes había comenzado a balancearse quedamente. Susurros y nimios quejidos, gemidos y bajos lamentos a medida que su movimiento aumentaba bajo las sábanas. Poco a poco comenzaba a temblar mientras su madre repetía palabras de calma.

—Ma-... —se oyó por parte de una voz pastosa—. Mamá...

—Dime, tesoro. Estoy aquí. Estoy aquí contigo, no pasa nada. —La mujer apretó sus ojos para cortar lás lágrimas que acompañaron su desolación.

Sabía que su hijo sufría, que estaba pasando por primera vez aquel dolor que no solo era desgarrador, sino que además no aceptaba.

Se abrazó a Luke y siseó, meciéndose contra él. Le prometió que pasaría, que estaba bien, recordándole también cuánto lo quería.

—Oh, mamá —volvió a pronunciar ronco—. Mamá, estoy... Necesito... —La omega aguardó la petición de su hijo—. Mamá, estoy... Me tengo que cambiar, mamá. Me he humedecido, estoy...

—No pasa nada, cariño, todo está bien. Te cambiarás, tranquilo… —Ella volvió a sisear, pegando su mejilla a la espalda de su hijo.

Era descorazonador sentirlo así. Su niño, su ángel, su vida... Hubiera dado todo por ser ella la que sintiera cada uno de los latigazos que tan bien conocía.

—Me duele, mamá —gimoteó, sintiendo esa sed imposible de paliar en la garganta—. Quiero que pase, mamá. Quiero que ya pase, por favor.

Notaba el calor y a la vez el frío. Necesitaba sacudirse y gimotear.

Dolía. Ardía.

Su cabeza quemaba y el dolor punzante en sus sienes no cesaba mientras la sangre en sus entrañas bombeaba con fuerza. Apenas podía o quería hablar. Raspaba de una forma indescriptible e insoportable.

Era fuego.

Luke sollozó contra la almohada, rozándose contra las sábanas y la tela de su pantalón. No sabía si eso era lo que debía; no sabía cómo lo podía controlar, aunque sí sabía qué era lo que le estaba pasando. Aquella angustia, el estar dominado por el instinto, la inconcebible necesidad y la vibración que sus cuerdas vocales ambicionaban emitir, lo que no había querido del todo aceptar.

Luke sabía que estaba pasando por su primer celo dentro de su condición de omega.

Febrero, 2006

Un mes después

La luz que se colaba por las rendijas de la ventana chocó con sus párpados. Bufó y se estiró con pereza entre las sábanas, frotando su mejilla contra el mullido colchón mientras la tela sedosa resbalaba por su cuerpo. Amaba los domingos por eso. Era el único día que podía dormir hasta tarde y despertarse sin el estruendoso sonido del despertador.

Harris bostezó frente al espejo del baño. Lavó su cara con agua fría antes de vestirse con un chándal cómodo y gris. Sus tripas rugían demandantes, pues otra de las cosas que amaba de los domingos eran los grandes desayunos.

Bajó rápidamente las escaleras y antes de entrar al comedor escuchó lo que acababa de pronunciar su padre.

—¿Qué podías esperar que saliera de esa unión? La naturaleza es sabia y les ha dado lo que merecían.

—Pobre muchacho.

—Pobre no, Annette. Sus padres debían saber las consecuencias. ¡Todos las sabemos! Por eso es mejor prevenir, hacer las cosas bien.

—A mí me preocupa Harris. Sé que hablaba de vez en cuando con él. —La mujer pareció hacer una pausa—. ¿Crees que…?

El alfa gruñó de inmediato en desaprobación. La omega entonces bajó la cabeza, absolutamente sumisa.

—¿Qué pasa? —cuestionó Harris, ingresando en el comedor con voz imponente. Lo habían nombrado, hablaban de alguien que conocía—. ¿De quién habláis?

Algo inexplicable le hizo ponerse en alerta.

Su madre no levantó la vista y su padre elevó el mentón, lanzándole una mirada inquisidora por el tono que utilizó.

Harris miró a la mujer y de nuevo a su progenitor. Nunca hubo secretos, no entendía qué pasaba.

Contuvo con toda su voluntad un gruñido y...

—El hijo de los Tompsett es omega —pronunció Patrice en tono grave. El alfa de Harris quiso pedir perdón porque su padre tuviera que utilizarlo, pero algo se lo impidió.

Por un instante se paralizó; todo a su alrededor pareció parar. Dejó incluso de oír. No pudo hacerlo porque algo quemó, algo en su interior quiso rugir bajo.

—¿Qué? —murmuró sin aliento, con una voz seca y legrada.

Era Luke, su vecino. Luke Tompsett. Hablaban de él.

II

Mayo, 2006
Tres meses después

Llenó sus pulmones de aire y encerró un sonido de esfuerzo en la garganta cuando estiró los brazos para alcanzar la caja de herramientas de la última balda. Detestaba que cada vez pesara más, aunque dentro estuvieran las mismas herramientas de siempre.

Se tambaleó en el taburete y emitió un graznido entre dientes, afianzando sus manos a la caja de metal. Pesaba, pero decidió no soltarla. Antes se iría de narices con ella, no sería la primera vez.

Iba a dar un salto del taburete y haría que la caja cayera sobre la pequeña mesa de madera, donde aguardaba el libro y los destornilladores que siempre le gustaba tener a mano. Tomó aire, aseguró el agarre y dio el brinco, pero la caja de herramientas hizo un sonido estridente. El metal chocó con la madera, haciendo sonar todo lo que portaba en su interior: tornillos, llaves inglesas y alicates. Estaba totalmente jadeante. Apretó los puños y no levantó la vista del suelo.

¿Agilidad? Parecía que su cuerpo había decidido relegar de ella. En tres meses su cuerpo olvidó demasiadas cosas.

“Los omegas, por naturaleza, son más débiles”.

Apretó los labios.

Él empezaba a serlo. Cambiaba con el paso de las semanas, sintiendo cantidad de años encima; sentía que avejentaba, aunque el espejo no le mostrara precisamente eso porque tampoco se podía encontrar en su reflejo.

Todo era más cansado. Sudaba, gimoteaba, agachaba la cabeza y sentía esa estúpida necesidad de... de que una sombra estuviera por encima. Una absurda calidez, una...

Inspiró profundo por la nariz sin aflojar los puños.

“Luke, cariño, claro que sigues siendo el mismo. Claro que sí”.

No lo era, claro que no. Se había metido en otro cuerpo, le habían arrebatado lo que alguna vez fue. De un día para otro, sus ilusiones se esfumaron. Sus aspiraciones desaparecieron para martillearse con la idea de todo lo que ya no sería. Con la vida que jamás, ni siquiera de broma, planteó llevar.

No quería, odiaba lidiar con ello. Sentía furia hacia esa naturaleza y hacia la traición de su propio sistema. Su vida debió haber sido más fácil e independiente. Él no tenía por qué aprender a sobrellevar…

—¡Lu! —se oyó no muy lejos—. Lu, ¡¿qué ha sido ese ruido?! ¿Estás bien?

Preocupación. Ese era ahora el tono de su padre. Y todavía ellos dos se atrevían a decir que nada había cambiado...

—¡Y una mierda! —bufó, estampando un puño contra la mesa de enfrente.

El contenido de la caja sonó levemente, tan tenue que sonrió con amargura. Por supuesto, ahora vendría el dolor.

Ahora se cansaba antes, jadeaba más, tenía menos fuerza y resistencia física. Y todo, absolutamente todo, dolía más. Si iba a ser una pieza de cristal, a Luke ya le había dado tiempo a descubrir que prefería hacerse añicos.

—¡Luke! —repitió su padre, haciendo aspavientos con las manos al entrar en el garaje de su

casa.

El hombre portaba un alarmado semblante. Sus ojos, del mismo azul que el de su hijo, volaron hacia el cuerpo de este, quien permanecía inmóvil junto a la mesa, con el brazo todavía sobre ella.

George Tompsett no soltó el aire que su agitada respiración procesaba. Dio un paso despacio, cauteloso, mirando de refilón la caja de herramientas medio tumbada y los destornilladores regados por el suelo de azulejos.

—Estoy bien —pronunció Luke sin alzar la mirada.

Después de semanas, había conseguido aguantarle la vista a su padre. Después de enero: prefería llamarlo por el mes. Y costó, realmente costó que lo hiciera.

La angustia de George era cada vez más insoportable, pues era su hijo el que, a pesar de todo lo que estaba viviendo, decidió imponerse el castigo de sentir que había decepcionado a todo el mundo.

El recuerdo de su hijo subido en sus hombros mientras recorrían el puerto hacía que se hundiera.

Porque ya daba igual qué oyera, Luke se debía hacer muy de repente a la idea de renunciar a lo único que tenía claro, a lo que desde siempre le hizo ilusión.

—¿Por qué no dejas la caja en el suelo? Esa estantería está muy alta. Debajo de esa lona hay sitio, no cogerá polvo ahí —George decidió hablar mientras enderezaba la caja de metal y recogía unos tornillos que habían ido a parar a sus pies.

Luke dejó escapar poco a poco el aire retenido en sus pulmones.

—Porque no quiero que lo próximo sea tener que... ¿Qué? ¿Ponerme guantes acolchados y forrar los martillos? ¿Ponerme rodilleras y coderas para trabajar? ¡¿Un jodido casco?!

—Luke —pronunció firme el beta, chocando con la mirada del menor—. No.

La advertencia fue severa y el otro, al instante, destensó sus hombros.

«Revuélvete», le bufó a algo en su interior. «Es lo que siempre me haces hacer».

Porque sí, las peleas de Luke consigo mismo, con eso que se removía dentro de él, eran constantes. Una sofocante rutina que no pretendía cambiar.

—Lo siento —se disculpó a regañadientes, casi escupiendo las dos palabras.

Su padre suspiró, perdiendo la vista en el libro de mecánica que tenía aquella fina película de polvo todavía intacta. Luke llevaba semanas diciendo que había avanzado en el arreglo de la moto; sin embargo, el libro seguía allí, en la misma posición y con la prueba de que hacía demasiado tiempo de la última vez que alguien lo tocó.

¿Qué era lo que hacía Luke entonces durante tantas horas? Solo abrir cada mañana el portón del garaje, sintiendo cada día sus saltos más cortos. Bajar y subir la caja de herramientas e intentar aguantar el peso del cinturón de trabajo. Rodar neumáticos por el suelo, apretar tornillos, aflojar tuercas, clavar clavos en una vieja madera y, lo más importante, poder arrastrar la destartalada moto hasta el centro de la estancia, sobre el plástico donde trabajaba. Todo eso ahora le llevaba tres horas. Tres agotadoras y sudorosas horas.

No entendía por qué la vida le había otorgado vitalidad, por qué le había dado a probar todo lo que era ser normal. No comprendía por qué le dio eso si luego se lo iba a quitar. Si luego, tras inexplicables sensaciones, tras sufrir el dolor físico y mental más atroz de su existencia, todo se le iba a arrebatar. Era una ola de frío lo que lo había envuelto, un frío innato y un omega que demandaba en todo momento ser cubierto. Y él odiaba esa sensación. Odiaba que su naturaleza quisiera encubrirlo.

—¿Tienes clase más tarde? —cuestionó su padre, paseándose por la estancia

—No —mintió, tomando un destornillador de la mesa. El hormigueo del golpe que dio antes con el puño acababa de pasar.

George apretó los labios.

—El director trajo una copia de tu horario a casa, Luke. Tienes que dejar de faltar.

El adolescente resopló con pesadez. Esa era la parte que más le aburría de todas.

Había faltado el mes entero cuando todo empezó. Al siguiente le costó ir, pues lidiar con los rumores era algo para lo que no estaba preparado. Los murmullos callaban cuando un siseo adulto los reprendía; sin embargo, en los pasillos, los descansos o en los baños, las risas no salían de su cabeza. La humillación de no poder defenderse como quería lo consumía.

En los primeros días, Luke se fue contra todos, incluso contra los que no decían nada. Al principio, era un cóctel de sentidos contradictorios, de impulsos empujados por la rabia y el inconformismo, por la frustración de no querer llorar y tener que hacerlo. Por asumir que simplemente ya no tenía la capacidad de controlarlo todo.

Fue suspendido del instituto por una semana, en la cual no salió de su habitación y apenas comió. Perdió peso, se le esfumaron las ganas y también aumentó el desespero de sus padres. Luke decidió dejar de escuchar palabras que consideraba vagas y comprometidas. Dejó de interesarse. Luke, sin más, dejó de estar y dejó de hacer. Lo intentaba, se castigaba, pero como un masoquista que lo hacía para puramente regocijarse por todo lo que había perdido. Para reírse del Luke del pasado, del que tenía tantos planes. Se había reído a carcajadas de él.

—Ya os he dicho que no quiero seguir estudiando —canturreó la misma frase, esa que había repetido tantas veces.

George, como pudo, concentró toda su paciencia antes de contestar:

—Tienes quince años, estás obligado a ir a clase. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que el instituto nos denuncie por no mandarte? ¿Quieres perder el año y repetir? ¿Qué es lo que quieres, Luke?

Una amarga sonrisa se delineó en sus labios.

—¿Te crees que tanto se van a preocupar? —dijo, enfrentando al idéntico mar azul que también bañaba sus ojos—. Cuando cumpla los dieciséis no estaré obligado a ir.

—Todavía quedan varios meses para eso —contestó su padre con dureza.

Y ahí se desencadenó el maremoto.

Luke apretó su mandíbula mientras George luchaba por salvaguardar su posición. A veces era desesperante no saber qué hacer, no conocer cuál era el límite de la compresión y el espacio, de ser flexibles.

El risueño Luke, el extrovertido y travieso, ya no estaba; parecía haber sido sustituido por un señor gruñón, un vagabundo perdido o un orgulloso revolucionario. Y eso les dolía. Marjorie tampoco sabía qué hacer, solo sollozaba por las noches al lado del beta, buscando su cobijo e igualmente sintiéndose incompleta. Y él también lloraba por la sentencia de roles sociales que habían destrozado a su familia.

Luke no contestó, se encogió de hombros y se dirigió hacia la moto que se encontraba en el fondo del garaje, pasando por delante del cuerpo inmóvil de su padre.

—Te podemos cambiar de instituto. Si quieres podemos buscar plaza en uno privado o en el que quieras.

—No —cortó de inmediato, retirando la sábana blanca que cubría el motociclo que en ese momento solo contaba con una rueda.

Luke miró la herramienta que la mantenía de pie y bufó. Ahora era durísimo, casi imposible de aflojar. Imposible para él, claro.

—¿Y entonces? —interrumpió su padre, haciendo que sus pensamientos chocaran hasta

evaporarse. Se giró sobre sus talones y lo observó de frente antes de que prosiguiera—: ¿Ahora qué? No quieres estudiar, no quieres formarte... ¿Qué pasa con todo lo que planeabas? ¿Qué pasa con lo de que algún día me ibas a sustituir?

No. Justo eso no.

Luke alzó una de sus manos con ojos llameantes. Le indicó con el ademán que se detuviera y el beta lo hizo.

Por ahí no.

Lo que Luke más odiaba de todo, sin duda, era la traición de sus ojos, la absoluta y patética flaqueza que le otorgaba el hecho de que sus orbes se humedecieran. El no poder dominar sus instintos.

Con todo aquello era imposible que Luke fuera él. Sus dientes ya nunca se esbozaban.

No podía pensar en el puerto, ni siquiera podía pisarlo. No quería oír hablar de buques, de profesiones o de sueños. De hacerse mayor, de trabajo, de orgullo, de su padre... No, no podía. Un omega, un simple y débil omega jamás...

Él ya no iba a tener nada. Ya le daba todo igual.

Su omega salió, dejando escapar un sollozo igual de involuntario que aborrecido. Agobiado, sintiéndose pesado y acabado, Luke huyó del garaje ignorando a su padre, quien intentó ir a su encuentro. Obtuvo la nada cuando ansiaba un simple contacto, Luke ya no toleraba recibirlo. Sin más, caía y huía.

George cubrió su rostro con ambas manos, intentando confiar en el tiempo, en el que tanto le habían repetido que aguardara.

«Solo tiempo. Todos nos acoplamos y aceptamos nuestra naturaleza. Solo espacio». A veces creía en eso, mientras que en otros momentos todo yacía como una pantomima.

Su Luke, su único hijo, siempre fue especial. Concebido con amor tras alejarse de los que también se llamaban únicamente por las razas, por los roles y normas que alguien había considerado que era lo correcto. Alfas y omegas. Betas con betas.

George trinó y pateó las herramientas tiradas por el suelo.

Su propio padre había decidido que esa era la regla que seguir. La familia de Marjorie también puso el grito en el cielo cuando él no fue el alfa que protegería como era debido a su hija. Retrógrados y figurantes de lo correcto.

Jamás se avergonzó de su condición de beta. Jamás dudó hasta que eso le pudo suponer perder a Marjorie. Sin embargo, allí estaban, cambiando el ciclo y extinguiendo la descabellada y presuntuosa tradición de lo cabal. Hasta que llegó el momento en el que la razón de sus vidas era la que estaba sufriendo.

Para George, cualquier búsqueda de culpa que liberara aquella carga era totalmente lícita.

Agosto, 2006
Tres meses después

Hacía calor. Inglaterra nunca contó con los veranos más calurosos, pero ese año era uno de ellos. La nuca de Harris estaba empapada en sudor mientras que sus pupilas, dilatadas, no podían fijarse en alguna de las imágenes que pasaban. Sus manos también estaban empapadas, frotándose contra la tela vaquera de sus rodillas. El fleco también mojado de sus cabellos caía sobre su frente.

La vibración de sus cuerdas vocales no cesaba. Por momentos se calmaba y a ratos se intensificaba.

—En menos de media hora llegamos —susurró una voz femenina que conducía su deportivo, regalo que ese mismo año su padre le había hecho al cumplir la mayoría de edad.

Harris soltó un bufido en respuesta. Clavó los dedos en sus muslos y descansó la cabeza en el asiento.

Su celo se había adelantado. Todos los de ese año habían sido totalmente anormales.

Se dirigían a la casa de la playa que había comprado la familia Gautier la primera vez que pisaron Inglaterra, hacía aproximadamente veinticinco años. Harris había conseguido una copia de las llaves de esa casa cuando su padre tuvo “la charla” con él. En dicha conversación lo único que reinó fue la verborrea de un alfa que emanaba orgullo, un alfa que daba miles de consejos y que brindó a su hijo su primera caja de preservativos. Caja que aún Harris conservaba y usaba.

Gruñó al notar el aroma de la omega en el ambiente del automóvil. Era agradable, llenaba sus sentidos y hacía rugir con cierta urgencia a su alfa. Era un instinto primario y necesario. Un cuerpo donde liberar su ansiedad y depositar el ardor que recorría su piel.

El bulto en su pantalón molestaba, pero ya reconocía el olor del mar. Iban a llegar y aquello acabaría. Solo un día cubriendo sus necesidades y ambos se irían por su lado como lo que eran: apenas conocidos.

La omega, de melena morena y corta, bajó con cautela del coche, dirigiéndose hacia la casa tras recoger las llaves del salpicadero. Harris, en unos instantes, también se dirigiría hacia allí. Antes aspiró por la nariz y chocó con su reflejo al fijar la vista en el espejo retrovisor.

Sabía lo que era pasar un celo solo, ese fuego físico y las punzadas en la cabeza. Esas ganas de gruñir, atraer... Su padre le había aconsejado que nunca los pasara en casa y él lo prefería. Allí olía más a tierra, a barro, a aquello tan fuerte que avinagraba su faringe.

Sus dientes rechinaron antes de salir del coche y cerrar de un portazo. Las luces de la casa ya estaban encendidas.

Harris apretaba los puños y la mandíbula a cada paso que daba. Solo un día. Solo un día para calmar la sed y las caprichosas demandas de su condición. Solo un día para dejar de ser el animal.

La noche cayó y horas más tarde, en uno de los barrios más acreditados del centro de la ciudad de Plymouth, un omega gimoteó con impaciencia contra su almohada, a oscuras y en el silencio de su habitación al estar pasando por el tercer celo de su vida.

Diciembre, 2006
Cuatro meses después

Luke no levantó la vista del suelo. Sus oídos ni siquiera habían estado prestando la atención que debían. Los pulgares de sus manos jugaban entre ellos mientras mantenía el compás del bailoteo de sus piernas estiradas. Marjorie, sentada a su lado, largó un suspiro.

La atmósfera de la consulta era cálida. La estancia se encerraba en un ambiente de colores crema y muebles de madera maciza en tono cerezo. El médico beta apoyó el codo derecho en su escritorio y se inclinó en su silla, fijando su vista en el adolescente que tenía justo enfrente.

—Luke —llamó—, ¿lo has entendido?

El de ojos azules apretó los labios antes de emitir un sonido parecido a una confirmación. El hombre, de unos cincuenta años, elevó una ceja mirando a la omega, quien se encogió de hombros antes de girarse hacia su hijo.

—Cariño, sabes que es importante que las tomes, te...

—Aliviarán —resolvió el médico con una sonrisa afable. Luke llevó su vista hacia la pequeña

caja plástica que contenía supresores. No pudo despegar sus ojos de ella—. Debes tomar las pastillas cada día, intenta no olvidarte. Como ya te he dicho, disimularán tu fragancia y serán también anticonceptivas. Muchos omegas, cuando les llega su celo, aseguran que notan los síntomas más leves.

Luke alzó el rostro en ese momento, clavando la mirada sobre el beta. La palabra "anticonceptivas" había hecho que sufriera un leve mareo. En cambio, la alusión a los síntomas fue lo que hizo que una de sus cejas se enarcara.

¿Acaso existía algo que hiciera frente a la mismísima lava volcánica? Rio con sorna para sus adentros. Qué iba a saber alguien ajeno sobre alivios. Qué iba a saber alguien de síntomas si no había vivido todo aquello.

Miró la cajita azul antes de sentir una mano de su madre sobre sus rodillas.

—No pierdes nada con probar, Luke —dijo la mujer en ese tono tan suyo: maternal y con la dosis suficiente de convicción.

—Si sospechas que tu celo se va a repetir el próximo mes, pueden hacerte efecto si las empiezas a tomar hoy. Estamos a día dos —volvió a opinar el médico tras echar un vistazo a un pequeño calendario que decoraba su escritorio.

Luke, ante el atento análisis de los otros dos, asintió. Marjorie dejó escapar una sonrisa y suspiró con alivio mientras el médico escribía algo en un papel del montón que tenía frente a él.

El omega perdió la mirada en el suelo, tragando saliva a duras penas mientras la retahíla de sus pensamientos comenzaba a remar en su contra.

Tomar anticonceptivos, porque un omega podía embarazarse...

Cerró los ojos con fuerza, tensando la mandíbula. La posibilidad de que eso pasara era inexistente, pero la idea de que estaba programado para ello hacía que algo le apretara el pecho con angustia.

Su madre le había aconsejado no contar el celo de enero como el primero, sino el siguiente para llevar un control. Lo cierto era que ninguno de ellos fue regular. El "primero" había sucedido a los tres meses mientras que el siguiente se manifestó a los cuatro. En ese momento, todo volvía a apuntar a que el próximo también sería así.

Los meses en los que tocaban eran una tortura desde su primer día. Esa vez, Marjorie pretendía cambiar aquello recordándole la fecha próxima de su cumpleaños y planeando también la celebración del fin de año. Luke detestaba todo aquello. A veces lo invadía un ápice de ilusión por dejar atrás aquel año, pero a su vez recordaba que cuando el reloj marcara las doce, y con ello comenzaran los primeros segundos del nuevo año, ningún hechizo se rompería. Aquello no era un cuento absurdo. Su vida no iba a ir en retorno.

Tomó la caja de supresores entre las manos y vio de reojo cómo su madre sacaba de su bolso la cartera para ofrecerle al médico dos billetes de veinte libras.

Después de aquella cita los días pasaron. Días en los que Luke iba a clases con el único aliento de concebirlos como una cuenta atrás, un trámite. Seguía con la idea de dejar el instituto, así que poco le importó que tuviera que repetir el penúltimo año por no haber asistido lo suficiente.

En diciembre el frío también arribó con intensidad. Marjorie se entusiasmaba por la entrada del nuevo año y le cantó el cumpleaños feliz a Luke cuando se despertó el día veinticuatro.

Luke sopló dieciséis velas sobre su pastel de chocolate favorito, recibiendo como regalo los reglamentarios calcetines, ropa, un libro que parecía la enciclopedia de la mecánica de motos y... un *skate*. La tabla lo dejó boquiabierto. Era uno de los últimos modelos que se había lanzado al mercado, destacando por ser una de las más ligeras.

—Por si te apetece volver a andar sobre esos trastos —pronunció George, apretando el

hombro de su hijo.

Luke elevó su vista atónita hacia sus padres. No supo entonces reaccionar. Algo muy dentro de él le había hecho rechazar durante meses cualquier presente que tuviera que ver con todo lo que había dejado poco a poco atrás. Apenas había vuelto a montar sobre su tabla y la reparación de la moto era un tema que había dejado aparcado casi por completo. Con el paso del tiempo, los episodios de sentirse más débil se fueron estabilizando, o quizás fue él mismo el que se obligó a que eso sucediera. Había decidido salir cada mañana a trotar.

Echó un vistazo rápido a la tabla nueva antes de volver a encontrarse con los semblantes expectantes de sus progenitores. A su madre casi le brillaban los ojos mientras se apoyaba en su marido, quien también aguardaba con ganas de que una sonrisa se pintara en su cara.

Luke dejó escapar un suspiro y ocultó el rostro cuando sus labios se ensancharon con timidez.

—Gracias. Es increíble —pronunció antes de que su madre soltara un berrido alegre, apresurándose a estrecharlo entre sus brazos.

El corazón de George tamborileó cuando visualizó aquella estampa que tanto había añorado en su familia.

Horas más tarde, la omega corría por la cocina mientras su marido intentaba seguirla con un libro enorme sobre las diez mejores recetas para una cena especial. Luke ladeó una sonrisa al verlos. Su padre estaba ridículo con aquel delantal rojo con miles de estampados con la palabra “Chef”. Su madre, en cambio, tenía su cabello castaño recogido en un moño alto y favorecedor.

Suspiró antes de palparse uno de los bolsillos de su pantalón de chándal. Halló la caja cuadrada y se remojó los labios antes de sentir el hormigueo en la garganta. Ignoró a sus padres, que parecían demasiado ocupados con la bendita receta, y salió de casa, no sin antes ponerse su abrigo y un gorro de lana cualquiera que encontró en el perchero. Caminó hasta el porche y bajó las escaleras antes de fijarse en la cantidad de luces que emitían las excéntricas decoraciones de las casas de alrededor. Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza cuando se fijó en toda la calle.

Hurgó de nuevo en su pantalón y sacó una caja de tabaco. Tomó un cigarro y se lo llevó a los labios. Debía fumar a escondidas o de lo contrario sus padres pondrían el grito en el cielo.

Inspiró rendido antes de comenzar a pasear en círculos. Jugó con sus pies, dando leves patadas al césped en cada paso. El humo ondeaba a su alrededor, cada calada era agradable y le calentaba el pecho. No creía que la temperatura en el exterior alcanzara siquiera un grado. La carretera estaba tranquila, con suerte circulaba algún coche.

Hundió su mano derecha en uno de los bolsillos del abrigo antes de volver su atención al cigarro con la otra y continuó el bailoteo de sus coordinadas pisadas antes de oír cómo un coche se adentraba en la calle y parqueaba cerca. Los faros del automóvil casi iluminaban la entrada de su casa. Entrecerró los ojos antes de mirar por encima de los rosales que su madre tenía plantados. Un impecable deportivo color granate acababa de aparcar frente a la casa de los Gautier. El porche de la casa de sus vecinos fue de inmediato iluminado por cantidad de luces. Hasta las del jardín habían encendido los muy exagerados.

Debía ser Harris Gautier el que había vuelto para finalizar el año en casa.

Enarcó una ceja antes de volverse a llevar el tabaco a la boca. El humo de la calada permaneció un rato en sus pulmones antes de expulsarlo lentamente.

Una Annette eufórica salió de la puerta de su hogar con brazos extendidos y bajando rápidamente las escaleras de la entrada.

—¡Harris! —gritó la mujer correteando hacia él—. ¡Oh, Harris!

El joven estrechó entre sus brazos a su madre, teniéndose que agachar para que esta depositara

demasiados besos en su mejilla. Harris rio, entrecerrando un ojo ante la reacción de la omega. Solamente habían pasado tres meses desde que se había ido a estudiar a Londres.

—¡Bienvenido, hijo! —exclamó Patrice, cruzando también el umbral de la puerta de la casa.

Luke se agazapó entre unos rosales. El cigarro comenzó a consumirse sin atención entre sus dedos.

—¡Harris, pensé que ya no llegabas! —se lamentó la mujer, separándose con cierto esfuerzo de su hijo—. ¡Estaba preocupadísima!

—Lo sé, mamá. No conté con el tráfico que me iba a encontrar.

La voz de Harris… ¿Ahora era así? Había cambiado. Era algo más ronca, pero igual de paciente al acariciar cada palabra que pronunciaba.

—¡Tu empeño de venir en coche con lo peligroso que es! —bufó la omega, señalándolo con un dedo—. Deberías haber cogido un tren. Te hubiéramos ido a buscar a la estación y...

—Annette —interrumpió su marido mientras ladeaba una sólida sonrisa—, nuestro hijo sabe lo que hace, deja de agobiarlo.

Harris rascó su cuello, agradeciendo la intervención del mayor, quien posó una mano sobre el hombro de su mujer para tranquilizarla. Padre e hijo correspondieron un breve abrazo antes de que Annette volviera a la casa, no sin antes asegurarse de dar un sermón de indicaciones.

—Mete el coche en el garaje si quieres —ofreció Patrice, lanzándole un manojo de llaves a su hijo, quien sonrió y elevó uno de sus dedos pulgares en respuesta.

Luke continuaba inmóvil.

Harris pareció dudar, observando las llaves y después su coche. Movió la cabeza, estirando el cuello antes de inspirar profundo por la nariz. Era la esencia de Plymouth, de sus recuerdos, infancia y hogar. Casi podía percibir el olor de su habitación y de sus cosas. Quizás se estaba volviendo un melancólico como su madre y tres meses habían sido mucho tiempo.

Aspiró el olor de su jardín, del frío. Sintió... aquel cosquilleo. Eso que levemente picaba, aquello tan familiar.

Frunció el ceño cuando oyó una rama crujir no muy lejos, y dirigió la vista hacia la casa de sus vecinos.

Luke se paralizó, conteniendo la respiración. Pegó un salto hacia atrás, pareciendo una auténtica pantera. Una pequeña ola de frío entibió sus mejillas, aunque tal sensación fuera un sin sentido.

—¿Hola? —habló la voz raspada de Harris.

Luke ni siquiera tragó saliva. Mentalmente contó hasta tres e infló el pecho. Se deshizo de su cigarro totalmente consumido y salió lo más disimulado y digno de detrás de los cuidados rosales de su madre.

—Hola, niño pijo de universidad privada.

Harris también dio un brinco hacia atrás.

El omega mantuvo una distancia prudencial, hundiendo sus manos en los bolsillos del abrigo mientras analizaba con cautela a Harris Gautier. También estaba mucho más alto, le sacaba como media cabeza y... era ancho. Parecía como dos veces él.

Un latigazo imaginario dio de lleno en cada vértebra de su columna.

Era todo un alfa.

Luke volvió a dar un paso más hacia atrás, aumentando la distancia ya no tan prudencial.

El abrigo negro de Harris lo cubría hasta las rodillas. Su pelo, sin una forma definida, mas sí cargado, caía sobre un lado de su frente. Sus ojos verdes habían volado hasta el cuerpo menudo de su vecino, quien estaba enfundado en aquel abrigo color visón y un gorro negro de lana.

Parecía que apenas se podía diferenciar que era él.

—Luke, ¿qué tal? —pronunció Harris, casi arrastrando las vocales. Paralizado era decir poco y asombrado se quedaba demasiado corto para definir el estado del alfa.

Luke se dio cuenta de que si reculaba un paso más tendrían que hablar casi a voces, pero lo hizo cuando Harris, con dos zancadas, tuvo la intención de aproximarse.

Era extraño, demasiado. Inexplicable. Y por el momento se decantaba porque siguiera siendo así.

—Bien, ¿y tú? —se limitó a contestar de corrido, sin cavilar con exactitud si eso era lo que quería decir.

Harris adivinó que no sería buena idea volver a avanzar.

—Bien también, sí...

Luke no contestó ni asintió.

Harris intentó indagar en el semblante que se escondía tras aquel gorro enorme, pero pareció imposible. Hacía meses que no se veían ni hablaban. Luke no salía, parecía haber desaparecido. De hecho, antes de marcharse a Londres, Harris hubiese jurado que los Tompsett ya no vivían en la casa de al lado. Pero allí seguían.

Luke dejó escapar el aire que se arremolinaba en sus pulmones.

Harris inspiró por la nariz. Sintió que iba a llover y parpadeó, sin entender por qué había recabado en ello.

—¿Harris? —llamó Annette, asomándose al porche de su casa, ocasionando que su hijo diera un brinco sobresaltado.

Lo último que vio el alfa antes de dirigir su mirada hacia su madre, fue una sonrisa que apenas brilló en la sombra que parecía ser su vecino. Luego dio media vuelta dirigiéndose hacia su casa.

El corazón del omega decidió bombear con fuerza cuando apoyó la espalda en la puerta cerrada de la entrada principal. Y eso mismo también le hizo poner los ojos en blanco.

Aquella noche Harris cenó en absoluto silencio, con la vista perdida mientras sus familiares no dejaban de cubrirlo con afanadas preguntas sobre su nueva vida universitaria. Al día siguiente, fue el alfa el que salió al jardín de su casa, recordando toques de dedos y balones que salían disparados, sin ninguna risilla interrumpiendo aquellos recuerdos. Y otro día pasó. Dos más, quizás tres.

Harris soltó un suspiro de frustración, estirándose en su silla mientras esta chirriaba en respuesta. No estaba acostumbrado a aquella rutina, sabía que no estaba diseñado para no hacer nada. Toda su vida se la pasó estudiando, practicando algún deporte o viajando; sin embargo, se daba cuenta de que con el paso de los años las cosas que antes le apasionaban en exceso iban cambiando. Era irónico, pero echaba de menos el ritmo que llevaba en la facultad y llegar exhausto a su cama.

Rio cuando se planteó leerse algún temario de economía global en plenas vacaciones. Pocos podían llegar a entender eso, pero estaba en su esencia ser productivo, el ansia de saber un poco más. A Harris leer libros de conocimiento le aportaba el mismo sentimiento que devorar una novela de misterio, donde era imposible levantar la vista hasta que por fin se desvelara al asesino.

Bufó y se levantó de su escritorio de siempre, estirando todo su cuerpo y alzando ambas manos hasta que sus dedos chocaron con la lámpara que colgaba del techo. Divertido, negó con la cabeza y se fijó en un perdido rayo de sol que se colaba por la ventana. Faltaban dos días para acabar el año y se esbozaba uno en Inglaterra; era digno de contemplar.

Las nubes grises habían abierto un claro en el cielo, donde apenas se apreciaba un precioso

azul. No tardó mucho en que se volviera a encapotar y aquel rayo se perdiera entre los firmes nubarrones. Resopló y su vista viajó, por mera casualidad, hacia la casa de enfrente.

Todas las persianas parecían echadas, de hecho, la casa de los Tompsett simulaba ser la de siempre: silenciosa, cerrada y bien cuidada. Era cierto que con el paso de los años menos juguetes, balones o *skates* aparecían regados por el jardín.

Harris apretó los labios y se alejó del ventanal antes de dejarse caer sobre su cama. No podía seguir con aquella espina clavada y pensó que era el momento de llamar a las cosas por su nombre.

Era cierto que Luke y él nunca se consideraron amigos. Aun así, la asignación de conocidos la veía muy simple. Desechó de un momento a otro la de corrientes vecinos y antes de lo esperado halló una que quizás venía como anillo al dedo. Desde siempre tuvieron papeletas para ser amigos, ¿por qué no?

Luke siempre le cayó bien, jugaban cuando eran críos y hablaban al encontrarse por la ciudad. Cierto era que no supo qué pasó a medida que pasaron los años. Quizás se dejaron llevar por ese síndrome adulto donde se olvidaban las pequeñas cosas y… Bufó. Harris odiaba los "quizás" por eso mismo. No le gustaba anclarse ni a lo que pudo o podría pasar, pues lo veía inútil. Según él, era una absoluta pérdida de tiempo. Harris siempre prefería actuar y arriesgarse, ver con sus propios ojos las consecuencias y jamás quedarse con la duda.

Había conocido omegas chicos en Londres, muchachos tímidos y demasiado desconfiados. También otros más dicharacheros e interesados. Jamás le gustó generalizar, aunque su entorno lo hiciera, pero el haberse instalado en Londres le enseñó un mundo más diverso y de mentalidad definitivamente más abierta. Mentes que encajaban con los pensamientos que él siempre encerró.

Harris creía en el cambio social, en acabar con el sometimiento de los omegas o las limitaciones de los betas. Todo aquello le parecía absurdo, de antaño. Desde pequeño le enseñaron que estaba en el rol dominante, pero todo eso él lo veía de una manera más simple. Era uno más, un humano normal, como todos. Sus mejores amigos de la infancia, de hecho, fueron betas, ya que nunca le gustó juntarse con otros alfas que consideraba que abusaban de su posición.

No, no lo entendía. Si él mismo sentía que no pertenecía al grupo que le imponían, ¿por qué el resto debía de ser juzgado en función de su naturaleza?

Luke era omega, ¿y qué? Era un omega chico, cómo iba a afectar eso a...

—¿Harris? —llamó Annette, abriendo la puerta del cuarto.

Él dio un bote en la cama.

—Dime.

—Ya nos vamos.

No recordó hasta ese momento el aniversario de sus padres. El de ese año era especial, celebraban sus bodas de plata.

Patrice y Annette siempre realizaban con su hijo un viaje a finales de año para festejar dicha fecha; sin embargo, ese año su madre estuvo más reacia a realizarlo cuando Harris anunció que probablemente había llegado la hora de dejar de acompañarlos. Quería que sus padres vivieran su vida, que su madre asumiera que él también debía forjar la suya y que por eso ambos tenían que darse espacio. La omega, casi a regañadientes, aceptó que su niño tenía razón. Que su niño se hacía mayor.

Los Gautier harían un viaje en coche hasta el condado de Dorset, donde se alojarían en un lujoso hotel hasta regresar a casa para pasar el fin de año. Harris no pudo estar más de acuerdo con la idea, pues le apasionaba que sus padres pasaran tiempo juntos, que su madre desconectara

y su padre por fin soltara su maletín y levantara la vista de la cantidad de documentos que siempre parecían estar pegados a él.

—Hasta dentro de dos días —pronunció Patrice, chocando una mano con la de su hijo.

Annette, por su parte, se abalanzó a los brazos de Harris para despedirse.

Sus padres partieron y fue cuestión de horas que se decidiera. Tocaría en la puerta de los Tompsett. Tocaría y preguntaría por Luke, como un viejo amigo cualquiera. Lo invitaría a lo que él quisiera: unas cervezas, un café, un simple refresco... Daba igual. Le apetecía hablar con él.

Barro, césped, chocolate y más tierra mojada. Resopló cuando sus fosas nasales se centraron en eso al pisar las baldosas que formaban el cuidado camino hasta la puerta principal de sus vecinos.

Sintió un hormigueo en su nuca y un ligero sudor en las palmas de las manos. Estaba nervioso. Inspiró y crujió sus nudillos antes de llamar al timbre de la casa. Los dedos de sus pies se encogieron cuando algo le apretó también el estómago.

Lo había hecho, y tenía hasta calor. Pero durante largos segundos ninguna cortina se corrió o se oyó algún ruido tras la puerta. Sabía que la casa estaba habitada, sentía la presencia, un correteo y... ¿preocupación? Un deje de angustia, desespero.

Su semblante se endureció y una mano fue directa de nuevo al timbre, mas aquel gesto no hizo falta; la puerta se abrió de golpe ante él. George pareció totalmente alarmado al verlo plantado en la entrada de su casa.

—Buenas tardes —se apresuró a pronunciar Harris, justo antes de que una urgencia extraña le recorriera el pecho.

Aquellos nervios se le estaban yendo de las manos.

—¿Gautier? —cuestionó el beta con sus dedos afianzados en el pomo de la puerta.

—Sí, Harris Gautier. —Estiró una mano cordial que no fue recibida—. Venía... Yo... buscaba a Luke.

Pensó que debió usar la palabra “visitar”. No supo entonces si debió haberse presentado de otra manera, dirigirse de otro modo…

Interrumpió el corrillo de sus pensamientos cuando el beta dio un paso hacia atrás y entornó la entrada de su hogar.

—Es mejor que te vayas, chico.

—Pero... yo soy amigo de... Bueno, algo así.

Ni el alfa ni el beta dijeron nada más. Las pupilas de Harris se centraron en las escaleras que apenas se entreveían, similares a las del diseño de su casa. Luego la puerta se cerró en sus narices.

—¡George! —fue lo último que oyó por parte de una voz femenina del interior.

Dio un paso atrás.

El aire y el ambiente, el nitrógeno y el oxígeno, tomaron por primera vez en su vida algo parecido a un aroma. Una vibración en sus cuerdas vocales se hizo presente mientras los analizaba. Sus pupilas se dilataron, clavando su vista en el paso que acababa de ser cerrado. Con llave.

Sus manos sudaron y su espina dorsal cosquilleó.

A metros de allí, en el segundo piso de la casa, Luke gimió contra el colchón antes de deshacerse de la sábana que lo cubría. Era un calor insoportable, aquella familiar lava volcánica.

El mundo, en aquel instante, podía decirse que descarriló.

Harris no sabía que cada sensación nunca fue de nervios. No sabía que aquello que innatamente identificaba no era preocupación.

Harris, allí parado, estaba sintiendo por primera vez la atracción que imploraba un omega en celo.

“El celo de un omega puede adelantarse debido a la presencia de un alfa”.

III

Ansioso, desesperante, caliente… Absolutamente animal. Harris gruñó volviendo a subir las escaleras del porche de los Tompsett tras haberlas bajado dos veces.

Luke gimió en su habitación mientras se enredaba en la ropa de cama. Mientras el sudor las calaba.

Harris no veía que todo eso estaba pasando. El alfa lo olía y lo sentía. Lo vivía en su vello erizado, en su instinto y flujo sanguíneo. En la vibración de sus cuerdas vocales y en esa fuerza que se topaba con sus músculos tensados, deteniéndolos.

Harris, con apenas unos restos de cordura, trataba de aplacar a su alfa. Apretó los puños e inspiró por la nariz, lo que hizo que bufara. Palpaba la frustración, con sus nudillos cada vez más blancos. El pelo le caía empapado en la frente a pesar de que la sensación térmica en el exterior era de menos dos grados.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta de la casa de sus vecinos y observó por largos segundos la madera blanca. Antes de volver a dar media vuelta bramó.

«¿Qué estás haciendo?».

Bajó las escaleras de nuevo, coordinando sus pies a trompicones y con una punzada asentándose en sus sienes. Olía a barro, a hojas de libro nuevo y a rosas. A menta, a una tienda de tés y a... ¿A qué?

«¿Es esto lo que se siente cuando un omega está en celo? ¿Aunque fuera la primera vez y no tuvieran un vínculo? ¿Aunque jamás hablaran ni se vieran? ¿Aunque fuera un chico?».

El retumbar constante en su garganta hizo que subiera los escalones de la entrada de su casa de dos en dos. Harris cerró de un portazo y pegó su espalda contra el pomo.

Autocontrol. Debía dominar a su alfa, porque lo contrario ya había sucedido.

Había rodeado la casa de los Tompsett la primera vez que bajó los escalones de la entrada. Había olisqueado las ventanas y, tras saltar un barandal, pegó sus fosas nasales a las bisagras de la puerta trasera. Rompió dos macetas volviendo a saltarla cuando una hendidura de raciocinio afloró al darse cuenta de que había intentado forzar la puerta dos veces, sin éxito alguno. Fue en ese momento cuando regresó a la entrada principal y comenzó una lenta secuencia de gruñidos.

A pesar de eso, Harris había conseguido arrastrar a su alfa hasta su casa, así que se aseguró de inmediato de trancar puertas y ventanas. Cerró con llave la de la cocina, rodó las alfombras y corrió las cortinas hasta desengancharlas. Subió los escalones a zancadas y repitió el mismo procedimiento en el segundo piso, encerrándose luego en su cuarto de baño.

«¿Qué es esto? Es una locura. Una maldita locura».

Sus dedos se enterraron en su cuero cabelludo antes de dejarse caer en el suelo de azulejos blancos, deslizando su espalda por la pared. Se deshizo de su abrigo a jalones y enterró el rostro en sus rodillas flexionadas. Tenía que controlarse, respirar y serenarse.

Harris no estaba en celo, no era eso. Aquello era algo distinto, un fuego que abrasaba bajo la piel tras haber nacido muy dentro de él. Tras haber emergido de una fuerza que se concentraba en sus sienes y tiraba hacia su nuca. Y a su entrepierna.

Jamás había sentido a un omega en celo. Sus encuentros con otras solo fueron cuando él pasaba por el suyo. Simplemente, Harris no había tenido la dicha o desventura de vivir eso.

¿Tuvo la oportunidad? Sí, muchas omegas se lo hicieron saber. ¿Lo hizo? No. Probablemente porque tenía algún examen para el que estudiar o realizar algún trabajo. Tal vez porque debía preparar un ensayo o memorizar alguna presentación. Quizás estaba jugando un partido de fútbol amistoso o, por el contrario, había quedado con su padre para ir a las oficinas Gaer.

No lo sabía, mucho menos lo recordaba. Nunca le interesó, porque no era una prioridad. Simplemente, nunca estuvo en sus planes.

¿Su padre le había hablado de ese momento? Seguramente sí, pero no lo lograba recordar. Aquella molestia punzante no lo dejaba pensar.

Ni siquiera se quitó sus vaqueros negros cuando decidió meterse en la bañera y abrir la lluvia de agua fría. Harris pudo jurar que las gotas se individualizaron para correr por su piel. Así lo sentía, candente, tanto que parecía formar vapor ante el contacto.

Tropezó de nuevo con la alfombra del pasillo antes de entrar en la habitación de sus padres y buscar sobre la cómoda los inciensos que Annette siempre guardaba. Apenas los encendía una media hora, pues habían sido un regalo exclusivo de su marido.

Harris prendió cuatro palillos y dos se le cayeron sobre la impecable moqueta mientras los intentaba colocar en un elegante soporte plateado. Bufó exasperado antes de pasearse por el pasillo con ellos. Cuando entró en su habitación, encendió dos más y los dejó sin cuidado sobre unos libros.

Se tiró entonces boca abajo en su cama. Olía a vainilla y el dolor dulzón no tardó en apoderarse del ambiente, aunque al principio lo notara con nimiedad. El olor parecía opacar, pero aquella urgencia en su cuerpo permanecía latente a pesar de que hubiera tenido un urgido orgasmo bajo la ducha fría minutos atrás, cuando su erección dolió.

«Basta, Harris. Basta».

En la casa reinaba el aroma a vainilla de Tahití, sus fosas nasales se hicieron poco a poco de aquel fino humo danzante. El cansancio no lo alcanzó, pero se hizo al calor interno cuando los latidos en su pecho parecieron establecerse y su agitada respiración le dio una tregua. No se durmió, tampoco pensó en otra cosa mientras intentaba concentrarse en dominar todo aquello que concebía como inexplicable.

Miró de reojo hacia la ventana y saltó de la cama para echar el estor, hacer una torre de libros frente a ella y subir la silla al escritorio. Después de eso, volvió a tirarse boca abajo en el colchón, sin llegar a ser capaz de plegar sus párpados.

Más vainilla. Calmado, controlado.

Los termómetros marcaron los menos cuatro grados antes de que Luke se arrancara la camiseta pegada a la espalda debido al sudor. Le exigió a su madre que lo dejara solo y demandó que su padre no se atreviera a subir el primer escalón hacia el segundo piso.

De nuevo, allí estaba antes de tiempo, sin ser predecible y con la fiebre avisándole tan solo unas cuatro horas antes. Esa misma mañana estaba jugando en el ordenador y ahora no se explicaba qué estaba pasando. Se había tomado los supresores como cada día, aquella pastilla que conseguiría aliviar y con la que todos le prometieron que el siguiente iría mejor.

Dejó escapar un quejido de su garganta mientras convertía sus manos en puños.

Mentira. Ahora solo era un omega momentáneamente esterilizado. Un omega que se seguía revolviendo, siendo presa de aquel dolor. ¿Por qué era más intenso? No tenía sentido, nada lo tenía. Su interior rugía con urgencia.

Cuando sus fosas nasales aspiraban, el ardor aumentaba. Algo más fuerte, inexplicable, le tiraba y hacía que se levantara de la cama. Le exigía que se arrastrara y gimiera, que suplicara

más de eso. Que eso viniera y lo aliviara.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Luke bramó, tirando todo lo que había sobre su escritorio. Tenía el torso al descubierto y un pantalón corto de deporte puesto.

Era su interior el que rogaba ser cubierto, el que se arrastraba para que apagaran el fuego.

Pegó las palmas de sus manos al ventanal de su cuarto antes de hacer lo mismo con su frente. El cristal estaba frío, pero no aliviaba. Necesitaba hielo, un acople, una vibración tras su oreja. Sí, podía sentirlo. Quería ir al frío, pegarse al cristal, dejar de gemir y volverse a cambiar de ropa interior.

La garganta raspaba, la sed era inconcebible y el sudor emanaba de cada poro de su piel. Hasta que sintió un golpe seco que no supo cómo pudo distinguir. Lejano.

Enfrente.

La exudación en su rostro y las punzadas constantes en su nuca... Luke levantó la cabeza para pegar de nuevo la frente en la ventana ya tibia.

Su omega entonces se paralizó. Por un momento, por escasos segundos, toda ansia y ardor desaparecieron. Luke se acababa de encontrar con la mirada de un alfa. Un alfa que, en la casa de enfrente y en la misma posición que él, también tenía la frente pegada a la ventana de su habitación. Y justo ahí todo arremetió de nuevo con fuerza. Todos los espasmos de omega emanaron con absoluto desespero.

Harris jamás se había parado a observar a detalle las vistas de su cuarto. No sabía que daban de frente con la habitación de su vecino. No sabía que aquella era su ventana, la que siempre tenía las cortinas echadas.

“Hijo, es mejor que estés fuera mientras pasas tu celo”.

A sus oídos había llegado los gemidos del omega, que reclamaba en la casa de al lado.

El ambiente se reveló en una ola densa que emitía frío y calor. Todo se redujo a la definición de instinto animal y reflejos innatos, donde Harris no movía ni un ápice los músculos de su cuerpo mientras clavaba sus ojos en aquella sombra que de repente se movió.

Fue entonces cuando la fuerza de su alfa desplazó el último resquicio de juicio del correcto Harris Gautier. Dio un portazo cuando salió de su cuarto prácticamente corriendo. Se lanzó hacia las escaleras, sin ser consciente de cuántos escalones bajaba a la vez, y llegó a frenar antes de tomar una bocanada de aire y abrir la puerta principal de su casa con violencia.

Pero el animal se detuvo. Al animal se le dilataron aún más las pupilas y se irguió con delicada cautela cuando visualizó el cuerpo semidesnudo que jadeaba frente a él.

Luke estaba en la puerta de la casa de Harris. Había corrido hacia ella.

El omega, por primera vez, imploró esperanzado.

—¡¿Luke?! —oyeron a lo lejos, pero todo sucedió más rápido cuando el alfa tiró de una de las muñecas del omega mientras este también se abalanzaba hacia el interior de la casa, que una vez más acabó siendo trancada.

Silencio y olor, uno que no era dulce, uno que picaba.

Instinto.

Luke se abrazó a sí mismo, clavando sus orbes en el alfa frente a él. Harris lo observó como un auténtico depredador, retirándose apenas, dando un pequeño paso atrás para mirarlo.

Estaba oscuro. Las luces de la calle se colaban por las rendijas, pues Harris, tiempo atrás, se había asegurado de cerrar cualquier salida. Era irónico que, a pesar de eso, al final dejara pasar al pecado por la puerta grande.

Quería encender las luces, acabar con aquella oscuridad en la que con esfuerzo distinguía al menudo cuerpo que solo emitía feromonas.

Luke tembló cuando un sollozo bajo escapó de su garganta.

El alfa rugió antes de dar dos pasos para acercarse a él.

—Harris —murmuró el omega en un hilo de voz—. N-no preguntes, solo... Tu olor, maldita sea, tu olor me... —La frase terminó en un gemido que lo hizo encogerse sobre sí mismo.

El olor cercano del alfa era desconcertante. Lo urgía por dentro, otorgándole a la vez un fino filamento de cordura. Lo estabilizaba. Harris lo atraía como un imán.

—Luke —pronunció Harris con voz rasposa y profunda—. Luke, no puedo controlar… —se interrumpió cuando al otro se le volvió a escapar un lamento.

Y justo allí la naturaleza acabó de hacer sentencia.

Harris se movió como un resorte cuando se abalanzó hacia el cuerpo de Luke. Lo acorraló apoyando una mano en la pared. Sus pupilas dilatadas recorrieron el perfil que levemente vislumbraba. Y Luke gimió, lo hizo sin pena cuando Harris se acercó a su cabello y aspiró.

—Hueles distinto —gruñó entre dientes, convirtiendo su mano de apoyo en un puño—. Hueles tan bien.

Luke se deshizo, alzando sus ojos hasta los verdes que apenas se distinguían.

Eran animales.

El omega se desquitó con más gemidos cuando la mano del otro tocó su nuca. Su corazón martilleó con fuerza, multiplicando el hormigueo en su epidermis.

El tacto de Harris era frío, compensaba el calor y aliviaba. Refrescaba su piel y la convertía en una más suave, mientras que, a la inversa, la temperatura de Luke también mitigaba el ardor del alfa. Con un solo contacto parecía que sus pieles tornaban a lo que el otro necesitaba.

«¿Qué es esto? Que no pare».

Harris gruñó con desespero cuando la mano de Luke tocó su abdomen sobre la ropa, cuando le retiró la mirada y ladeó el rostro dejando su cuello expuesto.

Harris acarició con la punta de su nariz la piel exhibida.

El menor oyó la vibración de la garganta del alfa, dejándose llevar por aquel sonido, sincronizando la suya y cerrando los ojos ante el gozo que experimentaba su ser.

Era eso, la necesidad innata, como un cachorro que sabía mamar, como un desterrado que visualizaba el oasis en mitad del desierto. Era ese el alivio, lo que exigía su sistema y se lo iba a dar. Porque el propio Luke hacía rato que había empequeñecido tras su omega y era ese el que iba a actuar.

Ronroneó encerrando en un puño la tela que cubría el torso de Harris. Le fallaron las piernas cuando este lamió detrás de su oreja.

Harris afianzó sus manos a las caderas desnudas de Luke, apretando con sus dedos y empujando su cuerpo hacia el menudo que se revolvía contra él. Lo pegó aún más a la pared, llenando cada resquicio de su sistema de aquella fragancia picante y candente, una que era incapaz de comparar o definir. No sabía si el olor cambiaba así en un omega en celo. No sabía si era porque era un chico, o si era simplemente Luke. Solo sabía que lo estaba volviendo demente.

Cuando se dieron cuenta de que cuanto más contacto, más alivio, sus pieles comenzaron a refregarse, con gruñidos por parte del alfa y gemidos y lamentos emitidos por el omega.

Luke pasó sus manos por los brazos largos de Harris, los cuales ya no sabían estarse quietos; las yemas de sus dedos tocaban los costados de Luke, estómago, espalda y de vuelta a las caderas.

Un berrido gutural escapó del alfa cuando Luke le pasó los brazos por su cuello y rozó su nariz con el lóbulo de su oreja. El omega suplicaba y se encaramaba ante aquel torso que atemperaba las sacudidas que se arremetían en su interior.

Luke sintió la necesidad de rendirse a cualquier voluntad cuando Harris colocó ambas manos sobre su trasero. No sabía cómo lo podía sentir tan delicioso. No sabía por qué todo carecía de lógica…

Luke se impulsó y Harris no tardó en entender sus intenciones. Lo cargó con ligereza, sin separar las palmas de su trasero mientras lo notaba aferrándose a su cuello. Lo volvió a pegar a la pared y lo olió en aquella posición, enterrando la nariz en el hueso de su clavícula. Emitió gruñidos cuando sus dientes rozaron aquella piel que ya había probado con la lengua.

Luke perdió sus dedos en su cabello y lo jaló hacia él. Era como si su cuerpo fuera un polo que demandaba a su opuesto. El tacto de Harris calmaba y provocaba que, por primera vez, la parte omega y Luke se sintonizaran. Estaban juntos. Estaban de acuerdo en apagar de aquella manera el fuego; concordaban en que únicamente dominara la parte animal.

Harris lo quería contra la pared y contra el suelo. Necesitaba una superficie para poder cubrirlo y acudir a sus llamados. Ansiaba susurrarle que ahí estaba, que lo iba a aliviar; colisionaría con sus gemidos y que todo pasaría.

No supieron cómo Harris subió las escaleras en aquella posición, con las piernas del omega aferradas a sus caderas y su rostro enterrado en el cuello. Harris no sabía de dónde obtenía la capacidad de obrar, pero lo hacía. Llegó hasta su habitación para depositarlo en la cama, para ver cómo Luke se abalanzaba hacia aquellas sábanas que olían a él y enredarse en ellas antes de comenzar a mover sus caderas.

Harris gruñó mientras abría la ventana y tiraba los palillos de incienso todavía prendidos. No notó siquiera que se había quemado con uno de ellos, el mismo que cayó al césped de su jardín y se apagó con las primeras gotas de lluvia que en ese instante comenzaron a caer.

Estaba lloviendo y Harris llenó sus pulmones de aquel olor. Era imposible que su alfa no reaccionara. No sabía que tal sensación pudiera ser real; jamás se llegó a imaginar que la vista de Luke, buscando su olor entre la ropa de su cama, lo iba a hipnotizar y hacerle perder el control de tal manera. Un precioso omega, uno pequeño y revoltoso que imploraba que lo cobijara.

Luke detuvo sus movimientos cuando el cuerpo de Harris lo cubrió por completo. Sintió un siseo, un rubor que le decía que dejara de actuar así, que avivara sus sentidos y se dejara llevar.

—Tócame —bisbiseó el de ojos azules al sentir el pecho desnudo de Harris contra el suyo—. Tócame, por favor. Siento que si lo haces va a dejar de doler.

El alfa dejó caer el peso de su cuerpo sobre el que recorría con los dedos. Haría cualquier cosa que aquel omega le pidiera, mas tocarlo era un asunto donde precisamente no necesitaba advertencia.

Luke se aferraba al cuello de Harris en cada toque, en cada movimiento que hacía el alfa sobre él. Recorrió cada centímetro de piel con las palmas de sus manos. Se deleitó con aquella suavidad y se dio cuenta de que solo necesitaba la luz que se colaba por la ventana, solamente eso para asumir que no existía una blancura más hechizante que la de la piel de Luke.

Estaban casi a oscuras, pero se encontraban. El sonido de los truenos no aplacaba el de sus gruñidos y gemidos.

Harris lamió de nuevo el cuello de Luke, dejó marcas de sus dedos sobre la piel y lo olió hasta que su aroma fue lo único que reinó en su juicio. Luke lo abrazaba contra él, buscando desesperado paliar el calor y disfrutar del gozo de sobrellevar por primera vez todo el suplicio. Un fuego nuevo e incontrolable lo abrasó cuando sintió la erección de Harris contra su pelvis.

El alfa recorrió con su lengua la barbilla lampiña de Luke. Rozó su nariz contra sus mejillas y gimió en su oído mientras delineaba sus labios con un dedo pulgar. Luke lo alcanzó con su lengua, mojándolo y obteniendo una mirada inmediata y profunda de Harris.

La erección creció. No lo creía posible, pero lo hizo.

Todo, de un momento a otro, dolió de nuevo.

El pantalón de Luke fue rajado cuando cuatro manos absolutamente descoordinadas intentaron retirarlo. Su ropa interior se rompió, al igual que la de Harris cuando él mismo tiró de ella con impaciencia.

Alfa y omega rugieron cuando estuvieron piel con piel por primera vez.

—No va a doler más —prometió Harris, con una voz dominada de necesidad. Una voz ronca que hizo que Luke se sacudiera.

El alfa quería demandar sobre aquellos labios mojados. Soltó un quejido al imaginarse bebiendo de ellos, pero el cuerpo debajo de él, que se removía para lograr quedarse boca abajo, se lo impedía. Lo dejó posicionarse a su gusto cuando sus fosas nasales se inundaron de su olor, que era cada vez más intenso.

Su cama debía tener impregnado su aroma y sus sábanas debían estar mojadas con su flujo. Gruñó, reclamando todo aquello y exigiendo del sabor que calmaría su sed.

Se perdió en las curvas del cuerpo de Luke cuando este enterró su rostro en la almohada. Sintió la urgencia de acariciarlo, de palpar su vello erizado, y no volverse loco por las firmes nalgas que acababan de rozar su miembro hinchado.

La lujuria emanó con sensualidad en el ambiente. Harris solo parpadeó cuando Luke se irguió sobre uno de sus codos y buscó su mano para que la pasara por su pecho y lo acariciara con su palma enorme. Ambos gimieron al unísono cuando atrapó entre sus dedos uno de sus pezones, retorciéndolo con suavidad.

De un momento a otro, todo parecía ir más rápido. Ambos sabían lo que iba a pasar, lo que la naturaleza exigía a voces.

—Por favor —murmuró Luke ahogado en gemidos.

Necesitaba ese toque en su pezón, aquella mano sobre sus nalgas y el frescor que todo ello le transfería.

El mayor masajeó la piel ajena. Recorrió su cuerpo esculpido con dedos ansiosos y se concentró en separarle el trasero, encerrando el bramido que quería emerger desde lo más profundo de su ser.

Aquello era diferente a cualquier cosa; aquel olor y necesidad lo agitaban de una manera desconocida y absolutamente primitiva. Necesitaba enterrarse en Luke, todo lo demás era secundario. Lo único que quería su alfa era atender al omega que olía así.

Sus dedos se colaron entre los pliegues y pegó su frente a la nuca de Luke cuando sintió su tibia humedad. Convirtió su mano libre en puño y lo hundió en el colchón, totalmente perdido y entregado a aquellas placenteras cosquillas.

Harris se mordió con fuerza el labio inferior y respiró profundo cuando indagó con su dedo. Cuando se dio cuenta de que resbaló y tocó la gloria con sus yemas.

El omega levantó las caderas con desespero mientras el otro paseaba sus dientes por toda la longitud de su espalda. Miró de reojo el enorme cuerpo de Harris, sintiendo sus manos resbalar por su cuerpo. Gruñó contra la almohada cuando de repente, tras una leve oleada de calor, notó dos dedos en su interior. Y no dolían, lo aliviaban y quería más. Porque todo el tiempo de angustia y dolor fue por la ausencia de aquello, por no conocer de qué manera parecía ser el botón mágico con el que todo se calmaba. Porque, por primera vez, le daba significado a cada demanda.

Lleno. Necesitaba, ansiaba y exigía sentirse lleno, acoplado a algo que colmara su interior y atenuara de tal manera el celo. En aquel instante, no tenía capacidad para recordar lo que aquel

mismo celo antes le hacía sufrir. Solo quería ser arrastrado por el placer que rodaba en su sistema. No necesitaba hablar o emitir siquiera un sonido, pues Harris lo entendía. Harris lo cubría con su cuerpo y atendía donde debía, conciliador, con esa aura que le aseguraba que podía respirar tranquilo.

El alfa contuvo un gemido cuando su erección se volvió cada vez más insoportable, cuando palpó alrededor de sus dedos lo estrecho que era Luke.

Harris ansiaba sus gemidos, mas no hacerle daño. Le angustiaba la idea de que experimentara algún ápice de dolor. Le agobiaba que su ardor no cesara o que, en sí, él no fuera capaz de llegar a calmarlo. Todo eso lo atormentó de forma fugaz, hasta que Luke se restregó contra él. Hasta que un rayo volvió a iluminar el cuarto y fue consciente de lo mucho que lo deseaba, de cómo estaba sintiendo en su propio cuerpo el celo del omega, como si fuese suyo. Y si lo era, tenía que remediarlo.

Retiró sus dedos y sostuvo su pene erecto para rozarlo contra el pliegue de sus nalgas. Notó muy rápido la humedad y lo descolocó la desesperación con la que el otro lo reclamó.

—Por favor —gimoteó el omega, rogando lo mismo que hacía un rato, aferrándose a uno de los brazos del alfa tras buscarlo casi a tientas por detrás.

—Sí… —aseguró Harris, agarrando la base de su miembro y temblando ante el contacto de este contra las secreciones calientes.

Debía ser delicado, aunque su animal le rugiera por placer. Debía ser prudente. Debía…

Olvidó cualquier pauta cuando Luke volvió a jadear impaciente, sediento. Se alineó en la entrada dilatada sin ayuda, en aquel punto erógeno que solo arrancaba sensaciones nuevas. Apenas empujó, sus dientes atraparon su labio inferior. Encajaban a la perfección, y eso lo perdía por completo en una explosión de impresiones y roces que se tornaron igual de ansiosos que eróticos.

Harris penetró al omega poco a poco, notando cómo emanaban las gotas de sudor en su frente y cómo se quedaba sin respiración. Y todo frenó una vez más. Todo dejó de doler. El ardor se esfumó y quedó algo puro e incorpóreo, nuevo también.

Placer.

Harris no pudo controlar el mover sus caderas, el sentirse perdido en la calidez que acogía a su pene y en cómo las paredes del otro se contraían para abrazarlo.

Luke no podía hablar, siquiera mantener una respiración regular. Porque fue eso todo el tiempo lo que ansió en los últimos meses. Era esa la panacea: sentirse lleno.

Sintió cómo un remolino de sensaciones se agolpaba en la boca de su estómago. Notaba la respiración agitada del alfa en su nuca; a pesar de todo, Harris consiguió llevar un compás de movimientos suaves mientras acariciaba sus caderas y gruñía en su oído en un vibrar bajo y tranquilizador, uno que volvía a estabilizar todo.

La sensación se sentía como agua fresca en una garganta seca. Era el rayo de sol que terminaba de hacer que una planta germinara. Era la última pieza de un puzle.

Harris volvió a perder su rostro en el cuello de Luke e inspiró. Se llenó de su fragancia antes de volver a afianzar el agarre de sus caderas para hundirse un poco más. Luke se quedó sin respiración durante varios segundos. No dolía, pero era extraño. El deseo dominaba y el calor del alfa le aseguraba que todo estaba bien. Para demostrarlo, Harris volvió a empujar, saliendo apenas y enterrándose de nuevo en el cuerpo. Tiró de las caderas de Luke e hizo que se apoyara en sus antebrazos y rodillas para tener más libertad de movimiento, también para volver a tener acceso a sus pezones.

El alfa mordía y recorría la espalda del omega a lamidas. Era intenso y profundo, dejando atrás

el ritmo acompasado para pasar al animal. Eran sudor, gemidos y marcas en la piel.

Luke se encontraba totalmente dilatado, sin sentir molestia alguna. Al contrario, sentía oleadas y gozo cada vez que se le cortaba el aliento por las embestidas. Se regocijaba al dejar de experimentar el dolor punzante y angustiante del celo. Algo le decía que ahí era donde debía estar.

El lugar olía a ellos, a sus fluidos, feromonas y al ansia. Olían a sexo y solo se oían sonidos toscos, gimoteos sensuales dominados por la lujuria, las ganas y el placer que reinaban cada vez con más bestialidad.

Harris no podía dejar de apretar las caderas de Luke en cada penetración, en cada movimiento de pelvis contra sus suaves nalgas. Deseaba apretarlas mientras besaba, lamía y mordía cada centímetro de piel que estaba a su alcance. Cada estocada era un tirón en el coxis y un placentero cosquilleo en el estómago. Era una electricidad en lo más profundo junto a la necesidad innata de rugir por cada sensación que experimentaba.

Luke notaba sus manos temblando sobre las sábanas. Sentía que todo daba vueltas mientras permanecía con las caderas alzadas y sin fuerzas para desenterrar su cara de la almohada. Sus mejillas ardían y el sofoco le seguía dificultando la respiración. Resbalaba contra el otro y caía rendido cada vez que intentaba levantarse. Se sacudía en cada impacto de caderas, en cada movimiento que ejercían las rodillas de Harris contra el colchón, pues su pene tocaba el punto exacto para que alcanzase la gloria. El roce que ejercía en las paredes de Luke barría y concentraba aquella sensación a la que era muy fácil acostumbrarse.

Harris no podía más, el omega era estrecho. Aunque se acoplara a la perfección a él, cada tirón hacía que perdiera la cabeza. Verlo allí, jadeando y sin aliento, con su delineado cuerpo a su merced, fomentaba que quisiera llegar ya.

Con un brazo se aseguró un punto de apoyo antes de soltarle las caderas y cubrir por completo la espalda de Luke con su pecho. En aquella posición sentía que llegaba más profundo, que alcanzaba el tope de su cuerpo, y Luke con ello se sacudió con más exasperación. Balbuceó algo ininteligible antes de no poder controlar ni la saliva que se escurría por la comisura de sus labios cuando Harris volvió a arremeter.

Luke perdió el sentido. Padeció mareos y dejó que el alfa lo sostuviera cuando su cuerpo entero comenzó a temblar y de su garganta solo escaparon más gemidos y ronroneos cubiertos de erotismo.

Harris lo abrazó, tiró de sus pezones y se corrió. Fue como un cosquilleo, suavidad… Desconexión. Todas sus extremidades perdieron cualquier resto de fuerza mientras caía en picado en el pozo del éxtasis y se abandonaba de una forma casi irreal.

Luke vivió por primera vez lo que era un orgasmo. Sintió cómo aquella sensación corría por su flujo sanguíneo y lo hacía explotar en una liberación casi inimaginable.

Harris... Él se perdió. El verde de sus ojos no se podía distinguir cuando su ser gruñó ante los espasmos del omega que se derrumbaba, deshecho en gemidos. Aquel precioso omega con aquel preciado olor…

—Voy a anudar —murmuró con voz pastosa y ronca. Luke no levantó la cabeza—. Voy a anudar. Tranquilo, tranquilo...

Cuando Luke quiso analizar las palabras del alfa, algo más fuerte lo paralizó, lo hizo boquear con desespero y soltar un chillido. Sintió una ola de fuego recorrerle el pecho y pensó que sus caderas debían haberse ensanchado a causa de aquella posición. Fue como estar en el fondo de un abismo cuando el gruñido que nació en el centro del alfa lo hizo asfixiarse de nuevo.

Estaba lleno, aún más. La punzada nacía en su pelvis y tiraba hasta lo más profundo, hasta el

límite que lo colosal del alfa había establecido.

—No puedo más, voy a... —Al menor se le quebró la voz, quedando exhausto tras haber reunido una mísera voluntad para decir algo.

—Shhh… —siseó Harris, con la primera bocanada de aire que aspiraba—. Solo un momento, te lo prometo. Va a pasar...

Fue aquella voz ronca la que hizo que el omega de Luke cediera, que se dejara caer contra las sábanas mientras el mayor también se recostaba de lado. Así no ardía tanto y podía soportar mejor aquello que casi lo rebosaba.

Poco a poco, los alientos comenzaron a recuperarse y los corazones trataron de volver a bombear sangre con normalidad. Los olores bailotearon y los calores se asentaron. Aun así, los dedos del alfa siguieron aferrados a las caderas del omega durante los diez minutos que permanecieron acoplados.

Cuando sus cuerpos se hallaron separados, Harris dejó caer su cabeza rendida contra la almohada embebida de la esencia de Luke, que no se pudo mover. No pudo mantener siquiera sus párpados rasos cuando sintió que cada parte de él flotaba, como si siguiera lleno e indagando, sin ser consciente en que aquello era el significado de satisfecho.

No supieron quién cayó dormido primero o cuántas horas pasaron cuando el alfa de Harris se irguió de nuevo, con el instinto abriéndose paso entre sus sentidos. El omega despertó poco después, quejica y emanando desconcierto, encerrando un lamento en su pecho cuando el fuego volvió a rodar por su piel. El alfa lo cubrió entonces con un rumor consolador y el idioma tornó a murmullos bajos y vibrantes, a gruñidos, con un Luke colocándose en la misma posición a merced del alfa dispuesto a atenderlo de nuevo.

Hubo nuevos choques de caderas y sudorosas caricias que rasparon la piel. Un nuevo nudo y nuevos orgasmos. Pasaron más horas y el día dio su fin. No hablaron antes de rendirse al sueño.

Temprano, un rayo de sol entró por la ventana. Harris se removió totalmente embutido y soltando un bufido mientras sus ojos se negaban a abrirse. Se revolvió y estiró, sintiendo un lío de sábanas enredadas en sus piernas. Notó el tacto directo del colchón sin cobertor en la espalda, luego un toque de atención que nació en su pecho y el sonido de unas pisadas.

Abrió los ojos de inmediato y se encontró con su vecino de espaldas, vestido con una camiseta suya que le quedaba enorme, tanto que casi le cubría hasta las rodillas. Su mano sujetaba su pantalón corto y ropa interior hecha jirones.

Tragó saliva.

—Luke —pronunció con cautela, muy bajo, como si supiera que un simple murmullo pudiera espantarlo.

Ya no estaban solo alfa y omega. Parecían Luke y Harris.

El menor tensó sus hombros cuando aquel leve rumor llegó a sus oídos. Levantó el mentón y apretó más la tela en sus manos, sin enfrentarle la mirada. Dejó escapar poco a poco el aire de sus pulmones antes de conseguir dar un paso.

—No —sentenció sin dejar de darle la espalda—. Solo… no. Esto no.

Y huyó. Huyó del cuarto más ágil de lo que esperaba, sin pisar la cantidad de cosas que se encontraban regadas por el suelo. Salió sin siquiera perderse en aquella casa y dio un portazo antes de echar a correr, dejando que sus fosas nasales no se llenaran de otra cosa que no fuera el olor que cargaba aquel cuarto. Se fue y Harris pestañeó, sin moverse en ningún momento de la cama y notando la garganta seca.

Recorrió con la mirada su desastrosa habitación. Una gran cantidad de sus pertenencias estaban rotas y todo se hallaba descolocado.

Dejó caer el apoyo de su codo y chocó su espalda contra el colchón, mirando hacia el techo. Imágenes, cantidad de ellas, cruzaron por su mente, pero ninguna pudo retratar lo que sintió cuando inspiró y hasta lo más recóndito de su sistema se empapó con la singular fragancia que seguía reinando alrededor de la habitación.

“Esto no”.

«¿Y ahora qué, alfa?».

IV

Febrero, 2007
Dos meses después

Los vasos de plástico chocaron entre sí antes de que se los llevaran a la boca. Era vodka puro con aquel peculiar sabor dulzón gracias a los caramelos de menta suave que habían reposado toda la noche en el fondo de la botella. Luego todo era cuestión de colarlo por un filtro para obtener el líquido con el que, de forma rápida y eficaz, se podía coquetear con los primeros síntomas de la embriaguez. Trucos de vida universitaria y de un alemán del grupo que se negaba a dejar las tradiciones más arraigadas de su país atrás. Las propias de Londres, en noches como aquellas, pasaban a un segundo plano.

—¡Harris, Harris, Harris! —vitoreó el grupo de veinteañeros cuando los vasos vacíos cayeron sobre la mesa. El aludido solo levantó ambas manos, mostrando que el suyo, de mayor capacidad, también se hallaba sin una gota de líquido. La sala entonces volvió a estallar en chiflidos y aplausos.

El comedor de la residencia universitaria se encontraba inundado de globos de colores y algo parecido a confeti. La música pop emanaba de una pequeña radio y el grupo de unos quince jóvenes comenzaba poco a poco a moverse coordinados por el ritmo. Los ojos verdes de Harris se entrecerraron cuando la melodía se coló en sus oídos y los abrió de golpe cuando de repente se vio envuelto, entre risas, en una sábana enorme que hasta hacía un momento colgaba del techo a modo de pancarta. Anunciaba un “Feliz cumpleaños, Harris” pintarrajeado con bolígrafos, subrayadores de colores y la firma de todos los que habían colaborado en la fiesta sorpresa.

Febrero llegó y ese año Harris cumplía diecinueve años. Tuvo que exponer una presentación aquel jueves y planeaba quedarse hasta tarde leyendo un artículo que uno de sus profesores había recomendado ojear para el día siguiente. Se suponía que aquel día de febrero no iba a ser más novedoso, pero sin lugar a duda todo cambió en el momento que un ensordecedor “¡Sorpresa!” lo dejó boquiabierto cuando ingresó en el comedor a la hora de la cena.

Casi pudo poner los ojos en blanco imaginándose a la mente pensante de aquel jaleo.

—¡Felicidades, Harris! —volvió a chillar un beta alemán mientras servía más del vodka preparado en su vaso.

Quiso abrir la boca, pero unas palmadas en su espalda llamaron su atención: eran más compañeros repitiéndole las felicitaciones. La bebida comenzaba a no dejar indiferente a nadie.

Chicas omegas y betas bailaban, saboreando nuevos tragos y riendo alto cuando otro compañero apareció para pasearse con una bandeja de chupitos de tequila. Harris no pudo evitar soltar una carcajada cuando aquel rubio hizo una reverencia imitando a duras penas la posición de un camarero profesional.

—¡Eres un payaso, Nils! —chilló Harris cuando el otro también decidió revolotear repetidamente sus pestañas.

—Calla —lo cortó divertido—. ¿Has visto qué fiestón? Todos los que organizo lo petan, pero este... —La repentina emoción del chico hizo tambalear la bandeja de bebidas que, con un ágil movimiento y una mueca cómica, consiguió estabilizar—. Lo que decía… ¿Qué decía? Ah, sí,

¡que para mi amigo lo mejor! Maldita sea, ¡disfruta de tu día, Harris!

Cómo no iba a ser Nils Hyland el responsable de todo aquello.

Prácticamente, chocaron el primer día de universidad. Ambos se encontraban perdidos, dando vueltas a aquel pequeño panfleto con miles de horarios que correspondían a la presentación de cada carrera. Se pidieron auxilio con la mirada cuando se percataron de que ambos parecían pésimos exploradores intentando descifrar un mapa. Nils fue el primero en dirigirse a él con su marcado acento irlandés. Ambos alfas suspiraron de alivio cuando también se dieron cuenta de que buscaban lo mismo, ya que iban a ser compañeros de carrera.

Harris jamás había conocido a alguien tan hablador y ocurrente. Nils, sin lugar a duda, era algo majareta y contaba con la increíble habilidad de ser prácticamente una agenda humana. Las fechas y horas exactas de todas las fiestas, de cualquier campus, las manejaba aquel rubio teñido.

—Gracias por todo —comenzó a recitar Harris. Su amigo lo interrumpió alzando un dedo índice en sus narices mientras enarcaba una ceja.

—¡Alergia a los sentimentalismos! —espetó—. La próxima vez que pase con otra ronda de chupitos te quiero ver confundiendo las vocales. —Harris tuvo un nuevo trago en sus manos gracias a otro de sus compañeros de carrera, que no pudo estar más de acuerdo con el sonriente irlandés.

Harris recibió todo tipo de regalos, desde condones, tangas y más botellas de vodka con caramelos en el fondo, hasta el reglamentario corcho con fotos y dedicatorias de los asistentes a la fiesta. El alfa sonrió a sus compañeros, sabiendo también lo extraño que percibía todo aquello. Sus fiestas de cumpleaños de otros años habían sido discretas, organizadas por su madre y siempre en su casa junto a algunos de sus amigos del colegio, con los que, curiosamente, ya no mantenía contacto.

Largó un suspiro mientras volvía a llevarse el vaso a los labios. La tontería de los caramelos quitaba tan bien el sabor puro del alcohol que le era imposible no sonreír bobalicón.

La música sonaba más alta y los globos comenzaron a volar de un lado a otro. Había juegos de meter pelotas de ping-pong en vasos de plástico y un improvisado karaoke al fondo de la sala. Voló más confeti que nadie supo de dónde salió y la mayoría de los globos no demoraron en estallar entre risas. El humo del tabaco empezó a danzar en la sala y Nils, con mucha menos coordinación en las dotes que creía poseer como camarero, se paseaba con dos vasos de chupito sobre la bandeja y la botella al lado, de la cual bebía a morro. El canto de las canciones que emitía el aparato de música ya era balbuceado por jóvenes que se abrazaban entre sí. Otros, dispersos, también parecían más rejuntados que algunas horas atrás. Alfas seducían a omegas y omegas coqueteaban con alfas.

—Estás borracho y estoy orgulloso de ti. —El tono de voz de Nils daba pena.

Harris levantó la mirada hacia su amigo, que se tambaleaba más de la cuenta. Se preguntó si aquello realmente sucedía, ya que juraría que el suelo comenzaba a moverse.

Iba borracho. Harris Gautier estaba borracho.

Soltó una risilla mientras se encogía de hombros para luego pasearse entre la gente. Le hubiera quitado la botella a Nils, pero su amigo había hecho un puchero cuando se la acabó en el último trago.

«La primera borrachera. ¡Estoy borracho! Y me hago pis. ¿Dónde está el baño? Donde siempre, ¿no? Tengo hambre y también quiero otra copa».

Harris se tropezó con sus propios pies, yendo directo hacia la mesa larga que cruzaba el comedor y que, con efectividad, también frenó su casi caída de bruces.

—Uh... Eso estuvo cerca —murmuró, dándose cuenta de que su vaso había salido disparado.

Chasqueó la lengua—. Mierda, lo necesito.

Se incorporó intentando mantener el equilibrio. La sensación en su boca comenzaba a ser pastosa.

—¿Harris? ¿Estás bien?

El aludido se giró casi como un resorte hacia la voz que reclamaba su atención. Unos enormes ojos color chocolate lo miraban expectante. El chico, de tez oscura y labios gruesos que se apretaban con inquietud, se pasó una mano por su cabello rapado con ligero nerviosismo. Era omega.

—Dani —pronunció el alfa, haciendo que el nombrado agachara el rostro sofocado—. Hola.

No era muy alto, de hecho, el alfa le sacaba casi media cabeza. Creía recordar que estudiaba algo de ciencias naturales. Lo había visto otras veces, el chico siempre se mostraba tímido y observador, diferente a otros que había conocido. Su vida en Londres cada vez le mostraba con mayor insistencia que cada omega era prácticamente un mundo, pues se había topado con la misma cantidad de cohibidos que descarados, como si no hubiera punto medio.

—H-hola, Harris. Yo... Tú... ¿Necesitas ayuda?

El alfa enarcó una ceja cuando percibió el tono azorado del omega. Casi pudo oler las gotas de sudor que de repente habían bañado su nuca.

Sonrió.

—Estoy bien —soltó, trabándose con sus propias palabras—, o eso creo.

Dani esbozó una sonrisa, que al instante se apagó cuando a espaldas de Harris vio quién se acercaba.

—Te estaba buscando, Harris.

Una omega se paró frente a él, pasándole uno de sus brazos por un costado. Su media melena castaña marcaba a la perfección sus facciones. Sus ojos volaron hacia el omega que parecía haber empequeñecido sin moverse de su posición.

—La omega de Harris —murmuró el joven para sí mismo antes de alejarse, sin desclavar su mirada del suelo. Eso era lo que parecía pregonar ella con sus comentarios e insinuaciones.

Harris disimuló pésimamente un eructo.

El alfa no estuvo de acuerdo con aquellos rumores, ella únicamente lo había ayudado en su último celo, sin más.

—Que no se vaya, estábamos hablando. —Harris apoyó una mano en su frente antes de intentar dar un paso—. ¡Dani!

Pero fue con una centelleante mirada de ojos color esmeralda con la que se topó. Dani ya se había retirado.

—Harris, creo que es hora de marcharse.

El alfa enfocó su vista y resopló.

—Estoy borracho, Lena.

—Sí, sí que lo estás —concordó la omega con sonrisa conciliadora.

—Y tengo hambre —se quejó también, haciendo que la otra ladeara el rostro—. Y pis.

Lena rio más fuerte, afianzando su agarre en las caderas de Harris, quien la tomó por los hombros antes de comenzar a caminar.

—Si quieres podemos ir a mi habitación. Mi compañera hoy pasa la noche fuera y... te puedo cuidar. —Aquel tono sugerente y femenino no pretendió ser en ningún momento sutil. Harris pareció tardar en asimilar la información antes de dignarse a mirarla.

Se mareó.

—Mejor no —contestó con su voz gruesa. Tomó la iniciativa de volver a andar y sintió un

leve jalón.

—¿Por qué no? Será divertido, ya sabes... Podemos repetir lo de hace unas semanas, o podemos...

El estómago del alfa se estrujó.

—No —repitió cuando ya habían llegado al pasillo que conectaba con los ascensores.

La cabeza embutida del alfa no había siquiera notado que dejaban la música atrás. El jaleo apenas se oía, así que solo podía visualizar su cama. Sus sienes estaban comenzando a dar punzadas y todo a su alrededor parecía girar.

—Pero, Harris… —rogó ella, aleteando sus pestañas y pasándole los brazos por el cuello mientras se encaramaba hacia sus labios—. ¿Por qué no? Lo vamos a pasar bien. Además, es tu cumpleaños, déjame darte otra sorpresa.

Cuando Lena terminó de hablar, ya su olor bailoteaba sobre el alfa. Harris aspiró la fragancia dulzona, visualizando jazmines y sintiendo el aliento caliente sobre la boca.

Bufó.

—He dicho que no, Lena. —Su voz sonó gruesa y precisa, tanto que dejó de sentir de inmediato el peso de los brazos finos sobre sus hombros.

La omega dio un paso atrás, bajando la mirada y obedeciendo a su instinto. Harris pestañeó con pesadez cuando distinguió el cambio. No era consciente de que detestaba que el alcohol lo hiciera percibir todo a cámara lenta. No pretendió hacerla sentir así; notaba en su sistema lo que ocasionaban en ella sus palabras. Detestaba la sensación de no controlar sus impulsos, de que su alfa le advirtiera constantemente la capacidad que tenía de espantarla. Pero él no quería que le insistieran. Le dolía la cabeza y estaba mareado.

—Lena, lo siento. Yo...

—Está bien —concedió ella, alejándose dos pasos.

En aquel momento, Harris no supo si había dicho algo más. Se sujetó la cabeza antes de que todo le volviera a dar vueltas, con un fuego que ya casi sentía en la boca.

Aquello que había entre los ascensores era una papelera. Vomitó. Harris se abrazó a ella y cerró los ojos con fuerza mientras su estómago se revolvía. Los músculos de su vientre no dejaron de contraerse al mismo tiempo que su cuerpo se liberaba del alcohol.

—¡No me lo creo! —gritó una voz chillona a sus espaldas—. Tío, ¿estás potando en el vestíbulo de la residencia? ¿En tu cumpleaños, con tu primera borrachera monumental? Diablos, me siento tan afortunado de ser tu amigo. En serio, yo sabía que...

—¡Nils! —gruñó Harris al oírlo. Tomó una bocanada de aire y se limpió la boca con el dorso de la mano cuando la última arcada cesó—. Ayúdame, traidor. ¿Dónde está mi cuarto?

El rubio no iba menos perjudicado que él, pero sí poseía un estómago notoriamente más inmune. Se tambaleó hasta Harris con una sonrisa tontorrona y tiró de su camiseta para ayudarlo a incorporarse.

Todo volvió a dar vueltas.

—¿Tu habitación estaba en el segundo o tercer piso? —cuestionó Nils con voz descoordinada mientras Harris apenas podía mantener la cabeza en alto. No contestó, alzó dos dedos que al rubio le llevó un rato contar—. Ah, es verdad. En el tercer piso está la mía —soltó junto a una risa chillona antes de pulsar el botón del ascensor—. Qué despiste.

Ambos alfas chocaron con el espejo del ascensor cuando se abrieron las puertas. El rubio, además del segundo y tercer piso, también apretó los botones correspondientes al quinto y octavo.

—No voy a volver a beber, Nils.

El otro lo miró conmovido.

—Qué orgulloso sigo estando, amigo. Esa es la actitud, eso es lo que se dice siempre.

Harris cerró los ojos con fuerza. Se preguntó si se podía empezar a tener resaca estando todavía borracho.

—Acompáñame —ordenó cuando el ascensor hizo la primera parada en el segundo piso.

Nils reía mientras agarraba a su amigo por la camiseta, como si fuera un crío que aprendía a caminar. Harris, cuando podía, se arrastraba por las paredes, maldiciendo cuando su amigo le anunció que se habían equivocado de dirección en el pasillo.

Abrieron la puerta de la habitación más rápido de lo que imaginaron, pues el rubio presumió, y con motivo, que a pesar de todo era capaz de encajar una llave en su cerradura a la primera.

Nils hizo volar sus zapatos antes de dejarse caer en peso sobre la cama de su amigo. Rio al ver la cara de este cuando lo encontró ocupando toda su cama. A Harris aquello le dio igual cuando se tiró encima y enterró su cara en la almohada para después soltar un sonoro quejido. Si giraba se podía encontrar de frente con el rostro y sonrisa ridícula del otro alfa.

—Tío —pronunció Nils después de unos minutos callados—, potaste en una papelera.

—Sí.

—Tío —repitió el rubio, como si no hubiera pronunciado lo anterior—, eres un buen colega. Deberíamos solicitar que nos pongan en la misma habitación. ¿Te imaginas? Esto no te volvería a pasar, yo desayuno ron.

Harris hubiera puesto los ojos en blanco, o comentado el pésimo chiste del que únicamente se rio su amigo, pero su cabeza seguía embutida y sentía un palpitar cada vez más constante en las sienes. Jamás imaginó pasar así su cumpleaños.

Abrió los ojos y observó la mirada perdida de Nils. Sus orbes parecían enfocados en cualquier punto mientras parpadeaba despacio.

En una misma noche iba a vivir el arranque de afecto a la amistad que también brindaba el alcohol, pues se sentía demasiado afortunado por haberse topado con él. Nils era lo contrario a su persona y, sin embargo, cada día se sorprendían de cómo aun así lograban entenderse. Quizás el secreto se debía a que eran conscientes de eso y se daban su espacio. Se contaban sus cosas, aunque a Harris no le entusiasmara la organización de una fiesta de la espuma, o que Nils encontrara muy aburrido los artículos de impacto medioambiental que solía narrar con absoluta pasión. Se escuchaban, daban consejos y se ayudaban cuando podían. Ambos estudiaban la rama de negocios y eran buenos en eso. Nils era como el complemento de lo que a él no le inquietaba demasiado, pero a su vez necesitaba conocer. Ponía la mano en el fuego porque a la inversa era igual.

—Algún día… —comenzó a hablar Harris, con voz ya somnolienta—, tú y yo vamos a crear algo grande.

Nils vagó sus ojos cansados hasta su amigo. Dejó escapar una sonrisilla.

—Seguro que sí, hermano.

Ambos se observaron mientras luchaban con sus párpados para que no se cerraran. El rubio, por lo visto, había olvidado que tenía su propia habitación y Harris ignoraba que la posición en aquella cama individual, soportando el cuerpo de los dos alfas, era lo más incómodo del mundo.

—Me gustan los ojos azules —soltó Harris tras haber analizado durante un rato los de su amigo.

—Yo los tengo azules —respondió el otro resuelto, perdiendo en ese momento la batalla de que los mismos permanecieran abiertos.

Nils cayó rendido en cinco segundos exactos y el otro tuvo que resoplar antes de girar el rostro

para acoplarlo a su mullida almohada.

Hubo absoluto silencio por un instante.

—Pero yo me refería a otro azul —murmuró antes de rendirse al sueño.

Marzo, 2007
Un mes después

Apretó un tornillo y engrasó de forma meticulosa la última pieza. El cuadro del motor lo había revisado demasiadas veces, así que temía hurgar más. Todo debía estar en su sitio. El amortiguador de telescopio parecía perfecto y se percató de que el freno de disco hiciera la presión necesaria. Paseó su mano por el asiento e hizo fuerza sobre el muelle de suspensión para volver a asegurarse de la estabilidad. El tanque de gasolina estaba lleno y dio otra vuelta antes de dejar escapar un resoplido nervioso.

—Vamos, Lu —pronunció George, cruzándose de brazos mientras dibujaba una sonrisa en su rostro—. Ponla en marcha.

Un pequeño manojo de llaves voló hasta sus manos.

Se mordió el labio inferior. Luke no podía sentirse más ansioso. No se podía creer que hubiera acabado y llegara el momento de probar la moto. Allí estaba, limpia, casi nueva y con el olor a pintura todavía impregnado en el garaje. Había sido su proyecto de casi un año y por fin iba a ver los resultados. Su entretenimiento dio sus frutos, sobre todo en los últimos dos meses, donde Luke se había volcado por completo en la renovación. Hubo días donde llegó a su garaje a las ocho de la mañana y no salió hasta bien entrada la noche. También dedicaba horas a leer libros de mecánica y a aprender nuevas técnicas. No temía equivocarse, mancharse ni hacerse daño al descubrir por sí mismo los pequeños detalles que la teoría no enseñaba. Así, con esfuerzo y cierta cantidad de piezas, fue cómo armó su moto y consiguió que formara un conjunto que parecía real.

Ganó confianza y ganas, también les otorgó a sus padres millones de suspiros de alivio, pues Luke no había vuelto a ser el mismo chico de cuando tenía quince años, pero tampoco el de los últimos diez meses.

George lo animó con un entusiasta asentimiento de cabeza cuando lo miró. Luke volvió a resoplar y, sin pensarlo demasiado, se subió a la moto. El corazón se le iba a salir del pecho.

Se inclinó y colocó las manos sobre los manillares tras insertar la pequeña llave en la ranura. Inspiró hondo ante la atenta mirada de su padre mientras quitaba el freno y estabilizaba el peso. Su cuerpo se tensó entero antes de girar la llave y oír cómo el motor rugía bajo él.

Abrió la boca y pestañeó.

—¡Arrancó, papá! ¡Arrancó! —chilló cuando ya su padre lo celebraba entre aplausos.

—¡Te lo dije! ¡Lo sabía!

El omega no podía contener la emoción. Su rostro era todo sonrisas. Sus comisuras se estiraron y los ojos azules le brillaban.

Allí estaban meses de trabajo y desvelos, oyéndose como bramidos del motor mientras el tubo de escape expulsaba humo blanco. La primera moto que arreglaba estaba entera y funcionando.

A George se le iba a salir el corazón del pecho en cualquier momento.

Luke giró el acelerador y se deleitó con el rugido más fuerte que el motor emitió, chirriante y firme.

—¡No lo puedo creer! ¡Mi primera moto!

Deseaba enseñársela también a su madre, quien había salido temprano esa mañana.

—Estoy muy orgulloso de ti, Luke.

Él miró hacia su padre con ojos llenos de ilusión, que crearon una satisfactoria punzada en la boca del estómago de George.

Luke se deleitó un poco más con aquel sonido que emitía el motociclo antes de bajarse de él. Lo repasó con la mirada y acarició sin que se le pudiera borrar en ningún momento la sonrisa.

—Gracias, papá. —No pudo evitar el sonar apenado.

Las manos de su padre apretaron sus hombros antes de que lo abrazara por la espalda.

Su padre lo era todo. Siempre quiso seguir sus pasos, siempre lo imitó y siempre se le llenaba la boca hablando de él. Oír que a pesar de todo él juraba que sentía orgullo, era increíble.

Apretó los labios, sintiendo la picazón en sus ojos.

Sus padres siempre le recordarían lo especial que era. Lo mucho que iba a conseguir, ya que consideraban que valía para todo lo que se propusiera.

Luke había cambiado en los últimos meses y sus padres jamás le preguntaron nada. No le cuestionaron qué pasó, o adónde fue. Se limitaron a estar ahí, a ser aliento y absoluto orgullo, y a recibir con alegría cada una de las decisiones que les anunciaba su hijo. Luke incluso se incorporó tarde a un curso de mecánica, pero aprobó las primeras asignaturas del semestre. Su nuevo reto duraría dos años.

—Te lo hemos repetido mil veces, pero es que sabemos que será así. Vas a conseguir todo lo que te propongas y nosotros seremos unos padres pesados que estaremos allí para celebrarlo y presumir. Quiero que tú también estés orgulloso de quién eres, Luke. Siempre. —George hablaba por él y su mujer. Sabía a qué hacía referencia y Luke también.

El menor bajó la cabeza y asintió levemente.

Esa parte todavía no la tenía forjada al cien por cien. Prefería volcarse en lo que le gustaba, por momentos también decantarse por no pensar y olvidar, recordar solo por las noches y asegurarse de no pronunciar ningún nombre en concreto.

Cambió hacía dos meses y solo él sabía el porqué. Aunque le aterrara lo que inminentemente vendría después, solo quería centrarse en sus nuevos objetivos. Si nadie preguntaba, mejor. Si él no pensaba, mejor.

—Sí, papá —concedió con una sonrisa que hacía que sus ojos se entrecerraran.

Confiaba en que algún día se daría esa oportunidad, sin juzgarse.

Abril, 2007
Un mes después

Harris, después de cuatro meses, volvió a pasar unos días en Plymouth.

Annette estaba nerviosa y corría por toda la casa. No había podido ver a su hijo por su cumpleaños. De hecho, le había gritado a Patrice que la universidad de Harris era demasiado exigente, que quizás se apresuraron, o que, en sí, su hijo llevaba un ritmo de vida demasiado acelerado con solo diecinueve años. Sin embargo, todo se redujo a celebración y gritos de emoción cuando Harris se presentó horas antes de lo esperado para poder darle una sorpresa a su desesperada madre.

Annette brincó a los brazos de su hijo con lágrimas en los ojos mientras repetía una y otra vez que cada vez lo encontraba más alto y guapo. Y, por supuesto, más flaco. La mujer juraba que era imposible que su niño estuviera comiendo bien, por eso tenía la nevera a rebosar de todos los platillos favoritos de su hijo. Por su parte, Patrice llegaría horas más tarde del trabajo, siendo ya cómplice en la pequeña sorpresa.

Annette le enseñó el nuevo sofá que habían comprado y los cuadros que habían renovado en el pasillo. Harris suspiró cuando toda aquella demostración terminó, ya sentado en la barra americana de la cocina de su casa y con una taza de té en las manos. Su madre, sentada frente a él, lo miraba con adoración.

—Mamá —llamó el chico tras morder una galleta del plato donde cuidadosamente estaban servidas.

—Dime, cariño.

Harris volvió a tomar aire antes de hablar.

—¿Por qué no cambiamos la cama de mi cuarto? O, bueno, la organización.

Annette lució confusa ante la petición de su hijo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a tu habitación?

Harris atrapó su labio inferior entre los dientes.

—Es solo que... la veo infantil, sí. En la residencia tengo una cama más grande y me gustaría cambiar cosas. Ya te imaginarás, tengo muchos libros que traer del semestre anterior y...

—Oh, claro —concedió de inmediato la omega, posando una de sus manos sobre la de su hijo —. Tienes razón, podemos redecorar. Si quieres, mañana mismo vamos a la tienda de muebles y eliges lo que necesitas.

Harris asintió con una sonrisa antes de darle otro sorbo a su té. La sonrisa de Annette era reluciente y no precisamente por un cambio de cama o escritorio, sino por la idea de pasar tiempo con su hijo.

—Señora —interrumpió educadamente una de las betas del personal doméstico—, la buscan por lo de la venta.

Annette agradeció antes de bajarse del taburete. Harris frunció el ceño.

—¿Qué venta?

—Oh, tu padre... Conoció a un muchacho que, por lo visto, está interesado en la vieja moto que tiene en el garaje. Solo podía venir a esta hora, así que le dije que yo lo atendería. Enseguida vuelvo, cariño.

Harris asintió confuso y su madre salió con elegancia antes de dedicarle otra de sus sonrisas. Resopló pesado una vez se encontró solo. Dejó la galleta a medio comer sobre la encimera y retiró la taza de té hacia un lado. Sus dedos se enterraron en su cuero cabelludo e inspiró.

No debía sentir extrañísimo el volver a casa. Olía a hogar y a algo más. Sus sentidos percibían el ambiente de su infancia mezclado con aquello. Si cerraba los ojos, a su mente venía el sonido de portazos y ventanas cerradas por las que volvían a entrar luz, alfombras ovilladas… Y ni siquiera había subido a su habitación.

Estaba en Plymouth. Estaba en casa.

Cerró los ojos con fuerza, enredando los dedos en sus cabellos.

Estaba allí.

Oyó cómo el portón del garaje se abría a lo lejos y se levantó de su asiento, mirando cada línea que separaba las baldosas del piso mientras caminaba.

Salió por la puerta trasera que daba al jardín y bordeó la casa hasta llegar al garaje. Un beta treintañero hablaba con su madre mientras evaluaba la vieja moto de su padre, haciendo muecas de poco convencimiento. El alfa metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, observando que finalmente el chico se marchaba mientras su madre dejaba escapar un suspiro.

—¿No ha habido suerte?

Annette se giró.

—No. Dice que estaba muy estropeada y algo más que no entendí. —La mujer rio y Harris la

acompañó—. Tu padre debería regalarla. De hecho, le he dicho que se la lleve al muchacho de aquí al lado. Se pasa el día con motos de estas.

Harris casi se hizo daño en el cuello cuando se giró a mirar a su madre.

—¿Qué muchacho? —preguntó, atropellando las dos palabras.

—El hijo de los Tompsett.

—Luke. —Se preguntó cuánto tiempo había pasado sin pronunciar aquel nombre en voz alta.

—Sí, lo he visto varias veces en el garaje de su casa con una. Es más, la semana pasada estaba con dos. Parece... buen chico. Siempre me saluda.

El pecho de Harris se aceleró sin motivo aparente.

¿Luke había vuelto a arreglar motos? Lo último que recordaba era que la casa de sus vecinos siempre parecía cerrada a cal y canto.

—¿Harris? ¿Qué tienes?

Parpadeó antes de mirar a su madre, que aguardaba curiosa después de ver cómo su hijo enmudeció.

—Nada, nada. Solo que... Bueno, me parece buena idea eso de llevarle la moto a Luke. Si quieres, yo puedo hacerlo.

Annette se encogió de hombros y asintió despreocupada.

—Sí, es buena idea.

Harris realmente no estaba seguro de ello.

Largó un suspiro pesado cuando su madre pasó una mano por su espalda al anunciarle que se verían en la casa. Una vez solo, clavó su vista en la vieja moto deportiva, una Aprelia Futura del año mil novecientos noventa y dos, en tonos blancos y rojizos. La miró por largos minutos e inspiró varias veces antes de rascarse la barbilla.

Dio vueltas sobre sí mismo. Debía llevarle aquella moto a Luke, que se encontraba en la casa de al lado, pero ¿por qué? ¿Qué motivo tendría para regalarle la moto de su padre?

Sacudió la cabeza y rascó un poco más su barbilla.

Tenía que hablar con él, ya que la última vez que lo vio fue con una de sus camisetas mientras huía de su casa.

Harris resopló.

No sabía qué habría pasado si Luke no hubiese tomado la decisión de irse, puesto que él solo se quedó en su casa ordenando todo y totalmente obsesionado con que el olor del omega estaba embebido en cada rincón, y luego despidió el año con sus padres y se fue al día siguiente sin saber qué hacer, sin saber si debía buscarlo. Luke tampoco tuvo en ningún momento intención de hacerlo. Debió hacerlo meses atrás, cuando entonces todo se torció. Cuando ese algo que no pudo controlar lo poseyó. Los poseyó a los dos.

No solo a su alfa le volvía demente recordar el olor de Luke y aquella sed rasposa en la garganta. Su piel era la que se erizaba recordando el calor y la fragancia que temía volver a encontrarse en su cama, esa misma que necesitaba cambiar. Harris, en sí, sentía que debía echar su cuarto abajo por el bien de su ser más irracional.

Chasqueó la lengua antes de bufar y quitarle la palanca del freno a la moto para arrastrarla fuera del garaje. Salió del jardín de su casa y se dirigió decidido hacia la acera de la calle.

Se preguntaba lo que iba a pasar en el futuro. Eran vecinos, se verían en algún momento y debían saber cómo actuar. Y Harris odiaba la incertidumbre, le atormentaba la idea de lo que pasaría si la parte animal y natural los tomaba de nuevo…

Frenó, lo hizo tan de sopetón que perdió el equilibrio con el peso de la moto. Arrastrándola, dio zancadas en dirección a la casa de al lado. Las manos le comenzaban a sudar.

Llegó a la casa y visualizó el portón del garaje abierto con dos motos y una emisora de radio sonando. Reculó.

«Mierda, mierda, mierda».

Sus pies parecieron clavarse al césped, y sus manos apretaron los manillares de la moto deportiva.

—Harris —la voz sonó a sus espaldas.

Luke había entrado a por una botella de agua y una bolsa de papas fritas al interior de su casa. Cuando bajaba las escaleras del porche para volver al garaje, vio a Harris entrando no muy decidido hacia su casa. Pronunció su nombre en voz alta sin la intención de que fuera una cuestión, a pesar de que hubiera sonado con firmeza.

Harris se giró a cámara lenta, aferrándose a los manillares. No atinó siquiera a pestañear cuando lo miró de frente. Llevaba una gorra roja hacia atrás y ropa suelta cubierta de manchas negras.

Los ojos de Luke lo miraban con decisión mientras el alfa se erguía cauteloso.

Iba a llover otra vez, porque siempre que su vista se cruzaba con la de Luke, percibía el olor a tierra mojada. A fragancias que se mezclaban sin sentido, a un mar con especias, a un toque de gasolina y vinagre de manzana. A todo lo que no tenía lógica, porque no sabía si las comparaciones que cavilaba eran fieles a la realidad. Lo único claro era que no era dulzón, pese a que todos los omegas lo eran.

Harris notó la ceja alzada de Luke al quedarse mudo más tiempo del debido. También notó la tensión, nerviosismo y cierto plumazo de hostilidad. Ni aun así fue capaz de decir algo.

—Vamos adentro —volvió a hablar Luke, pasando por delante para que lo siguiera.

Harris lo hizo, notando el agridulce en su garganta y arrastrando de nuevo la bendita moto sin esfuerzo alguno. Cuando llegaron al garaje, se vio en la encrucijada de responder a la mirada inquisidora que de nuevo le lanzaba el omega.

—Hola —resolvió notando la tensión—. Yo... te he traído una moto.

«Absurdo».

Luke no pudo evitar alzar ambas cejas y separar sus labios con incredulidad. Su estómago se había hecho un nudo imposible cuando lo vio llegar, cuando antes de alzar su rostro ya había notado un ligero calambre en la columna vertebral. Inclusive hubo un momento donde no pudo ni inspirar y sus pies tuvieron un conflicto en cada paso que dio hasta posicionarse ante él.

Harris Gautier estaba en su jodido garaje después de tanto tiempo. Después de...

Bufó. Estaba ahí, con una moto. No podía ser verdad.

Dio un paso atrás con cautela cuando Harris, torpemente, bajó la palanca de freno de la moto para apoyarla en el suelo. Sus palmas enormes se sacudieron entre sí y Luke tragó saliva.

—¿Qué quieres?

El alfa sintió al vuelo la actitud defensiva del omega e inclinó su cuello con cautela de modo instintivo mientras su ser demandaba desprender un hálito tranquilizante.

—Mi padre tenía esta moto en el garaje. Es algo vieja y creo que ni siquiera arranca. Me han dicho que tú las arreglas y...

—No te la voy a comprar —soltó Luke con acidez.

—¿Qué? No, no... No te la estoy vendiendo. Es... Tómalo como un regalo, o no sé. Tú las arreglas y esta está rota, quizás... No sé, quizás la quieres.

Luke no aflojó su expresión, mas sí viajó su vista hasta la moto deportiva que ocupaba gran parte de su garaje. Era una Aprelia original y no pudo evitar que sus ojos la analizaran detenidamente. Los discos se encontraban oxidados y ambos neumáticos desinflados. La

suspensión daba pena y si no arrancaba estaba seguro de que había que cambiarle costosas piezas del motor.

Cuando alzó la vista y se encontró con aquellos ojos verdes, un nuevo latigazo lo hizo retroceder.

—Esa moto es de ciento veinticinco cilindradas, yo solo trabajo con las de cincuenta.

Harris frunció el ceño y rascó su sien.

—Eh... —balbuceó hasta que se encogió de hombros—. No entiendo nada de eso, pero supongo que igual no te viene mal para aprender, ¿no?

El nuevo semblante de Luke le hizo cuestionarse si otra vez había dicho algo mal.

—Gracias, pero no veo correcto aceptar algo así. —Aceptar algo de Harris, en sí.

El alfa lo observó con recato, analizando los ojos azules. Su frente estaba levemente manchada de negro, como si se hubiera limpiado mal o a prisas. Aquella gorra le quedaba bien, de hecho, si pensaba en Luke, se le venía siempre su imagen con una puesta. Llevaba unas zapatillas negras, enormes y desgastadas de estilo *skater*. Lo observó hasta que aquel mar azul, que parecía querer arremeter de nuevo contra él, le hizo dar un brinco.

Cuando quiso abrir la boca, el otro también habló:

—Harris.

—Luke.

Ocurrió un choque de miradas que no se esperaban.

La faringe del alfa hormigueó y Luke atrapó con fuerza su labio inferior entre los dientes. Encerró en su garganta un suspiro.

Harris había ido a hablar, pero no hallaba las palabras. Cayó en la cuenta de que realmente no sabía qué iba a decir o qué pretendía conseguir. Se conocían desde hacía años, sin embargo, no eran amigos. No se conocían en realidad.

Hablar… ¿Hablar de qué?

Brotó un ardor en el pecho del alfa y un cosquilleo en la nuca del omega.

—Solo... —comenzó Harris, con voz raspada tras tragar saliva—. Cómo... ¿Cómo has estado? ¿Todo bien?

Luke pestañeó varias veces antes de asumir el giro de la conversación.

—Sí, bien. ¿Tú?

—También.

El alfa se mordió la lengua y Luke apartó la mirada. El “hablar con él” se había desmoronado. Los que en su momento actuaron no eran los mismos que estaban allí parados. No estaba el apuro o el nimio rechazo; había vergüenza.

Harris no lo pensó mucho cuando dio media vuelta y dos pasos para salir del garaje. Por primera vez, prefería quedarse con la duda si desconocía por completo los fundamentos, si se sentía solo en aquello y si lo hallaba todo tan ridículo.

De repente, deseó estar conduciendo hacia Londres. Estar en su habitación, en clases o escuchando las quejas sin sentido de Nils. Dio otros dos pasos y notó un jalón imaginario cuando Luke habló.

—Harris, lo de la última vez… —El omega tembló. El alfa tragó saliva y se giró a mirarlo.

—Dejémoslo así, Luke. Es mejor. No te preocupes.

—No se va a volver a repe-...

—No.

Harris finalmente caminó, deseando con todas sus fuerzas estar lejos del cuarto donde tendría que dormir esa noche. Lejos de aquel aroma, de aquel mar.

Odiaba no saber, no poder resolver. Odiaba los “quizás”, en especial cuando aquel omega se acababa de convertir en un laberinto personal.

Luke observó por un largo instante la moto que el alfa había dejado. Pasó varios minutos inmóvil y siendo incapaz de levantar la vista.

Se suponía que eso no iba a suceder aún. Se suponía que iba a estar saltando entre las lianas de la omisión un poco más, que no le iba a afectar, ni que el tiempo iba a barrerse tan rápido.

Harris estuvo de regreso en Londres tres días después. Sin embargo, no se suponía que su celo llegara tras haberse sentido afiebrado en el trayecto en coche.

Se suponía que muchas cosas no iban a ser así, que Harris no se paralizaría al encontrarse con el omega de ojos color chocolate cuando se dirigiera a su habitación. Y se suponía que, en Plymouth, Luke tampoco iba a gimotear de nuevo contra su colchón.

V

Julio, 2007
Tres meses después

El sonido de los tacones de Annette repiqueteaba en la acera mientras, con un grácil movimiento, compensaba el peso de las bolsas que llevaba en las manos. Adoraba que llegara el verano para echarse a las tiendas, ojear las nuevas temporadas e incluso pecar comprándose más de un traje de baño.

Suspiró.

Deseaba que ese año pudieran ir de nuevo a la playa. Todos juntos, sin que Patrice consultara la agenda para confirmar cualquier cena informal o que su hijo buscara un hueco para volver a casa por unos días.

El cabello largo y negro de Annette caía en cascada con sus perfectas ondas. Llevaba un sutil maquillaje, toda ella elegante enfundada en un traje rojo de dos piezas. Más tarde debía ir al taller a buscar su coche tras una revisión rutinaria. Aun así, se había planteado repetir otro día el paseo de apenas veinte minutos hasta el centro, aunque los zapatos la mataran.

—¡Mamá!

Su rostro se giró por instinto cuando oyó el grito a lo lejos. En exactamente dos segundos, su mente le clarificó que el llamado no podía ser para ella. Y volvió a suspirar.

Su Harris estaba lejos, todavía en Londres. Formaba su vida, cosechándose, viajando y haciendo todo lo que hacían los chicos de su edad. Y, por supuesto, llamándola solo cuatro veces a la semana. Ella no se despegaba de su teléfono móvil y se aseguraba de que cualquier sonido que emitiera el aparato estuviese al máximo.

Quizás le estaba costando mucho más de lo que imaginó sobrellevar el síndrome del nido vacío.

Dirigió su vista hacia la casa de sus vecinos y ladeó una sonrisa cuando vio a un chico corretear hasta el porche de la entrada.

—¡Buenas tardes! —saludó.

Luke dio un brinco cuando giró jadeante hacia la mujer a unos metros de él. Bajó los dos escalones que antes había subido de un salto e inspiró para controlar la respiración agitada por la carrera.

—Buenas tardes, señora Gautier. —Luke se mordió la cara interna de una mejilla cuando la omega esbozó una sonrisa—. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias. —Annette no pudo evitar llevar su mirada hasta el garaje que siempre mantenía el portón abierto. Ensanchó su expresión cuando uno de aquellos trastos con los que su vecino siempre andaba le resultó familiar—. Qué bien que le saques provecho. En tu garaje luce mucho mejor que en el nuestro.

Luke sintió las mejillas enrojecer cuando ella hizo alusión a la Aprelia deportiva en la que hacía unos minutos se encontraba trabajando. De hecho, había llamado a su madre para que le acercara unos trapos y el maletín de alicates que había dejado en el recibidor.

—Eh... Sí, muchas gracias por... Bueno, por...

—¿La donación? —solucionó la omega cuando se percató del apuro del chico—. No es nada. Me alegro de que Harris te la trajera, yo apenas sabía mover esa cosa.

Annette volvió a sonreír mientras el otro recuperaba con pésimo disimulo la compostura. Luego moldeó algo parecido a una sonrisa.

—Será la primera en verla si algún día la consigo arreglar.

—Estoy segura de que así será.

Hubo otro intercambio de sonrisas y un Luke nervioso, mordisqueándose el labio inferior.

Annette se fijó de inmediato en el final de la calle cuando intuyó la berlina de su marido antes de doblar la esquina. La omega reconoció a su alfa y sonrió mientras observaba que se adentraba en el garaje.

—Bueno, pasa buena tarde y suerte con esos arreglos, ¿sí? —volvió a hablar la mujer para despedirse.

—¡Adiós! —se apresuró a contestar Luke cuando su vecina ya caminaba los pocos metros que quedaban hacia su casa.

Justo en ese momento, Marjorie abrió la puerta principal tras él con sonrisa resignada y balanceando el maletín de alicates que su hijo reclamaba hacía unos instantes. Rodó los ojos divertida cuando Luke subió corriendo las escaleras y le plantó un beso en la mejilla antes de salir disparado hacia el garaje.

Annette correteó cuando ingresó en su casa, dejando las bolsas de sus compras junto al perchero de la entrada. Se colocó mejor el cabello tras los hombros y pintó en su rostro una nueva sonrisa con hoyuelos cuando oyó los pasos firmes de su marido.

—Annette —saludó Patrice, retirándose unas gafas de sol.

—Amour —susurró ella con pronunciación exquisita.

No lo veía desde la noche anterior. Aquella mañana el alfa había salido más temprano de lo normal.

El matrimonio chocó brevemente sus labios. Patrice apoyó ambas manos en las caderas de su mujer y aspiró el aroma de su cuello cuando ella se acercó. También bufó.

—¿Con quién hablabas ahí fuera?

Annette se limitó a parpadear confusa.

—¿Qué?

—Fuera. Creí verte hablando con alguien.

Se separó un poco del alfa para poder verlo a los ojos.

—Ah, sí, con Luke —contestó antes de pasar las manos por las solapas algo arrugadas del traje de su marido, quien enarcó una ceja.

—Al que le distéis mi moto…

Y fue ahí cuando la mujer no pudo evitar poner los ojos en blanco. El alfa pareció profesar un especial cariño por la moto cuando no la vio más en su garaje. A él no le molestaba allí; de hecho, había dicho que sí a venderla por la insistencia de Annette. No le hacía falta, pero tampoco le molestaba aparcada, aún luciendo vieja y algo oxidada. Quizás sintió un amor absurdo y repentino por su moto, sobre todo cuando le anunciaron que terminó siendo un regalo para ese chico. Al hijo de los Tompsett, el que ahora resultaba ser simplemente Luke.

Tensó su mandíbula cuando su omega volvió a abrir la boca.

—¿Vas a empezar?

Patrice bramó por lo bajo.

—No me gusta.

—Ya, ya lo has dejado claro antes. —Annette se separó de él, dejando en alto las palmas de

sus manos. Contuvo un resoplido—. No entiendo por qué —finalizó farfullando, dirigiéndose de nuevo hasta las bolsas que había dejado en la entrada.

El hombre abrió la boca anonadado, incluso se mostró ofendido.

—¿No entiendes por qué? Ya hemos hablado de esto y creo recordar que estabas de acuerdo.

La omega dirigió una mirada que cayó como una lanza sobre el otro.

—Pues... se puede decir que ya no. Es más, a decir verdad, no entiendo con qué debo estar de acuerdo. No todo es blanco o negro, Patrice. ¿Sabes? Luke me parece un buen chico.

El alfa, desde su posición, parecía no dar crédito a lo que oía.

—¿Blanco o negro? Pero qué...

—Patrice —cortó la mujer con severidad—, digo que quizás no hicimos bien en juzgar a alguien por su condición. Y más si en realidad es igual a la mía. Es un chico, ¿y qué? Harris me ha contado lo diferente que son las cosas en Londres. Incluso en Francia se están revisando leyes laborales igualitarias. Es más, ¿has visto al apuesto omega que presenta las noticias? Solo digo que la sociedad cambia, evoluciona y se vuelve más transigente. Que esta ciudad no vaya al mismo ritmo no significa que nosotros debamos anclarnos al pasado. Las omegas no servimos solo para ser amas de casa y es hora de que los omegas no estén escondidos o sufriendo de discriminaciones absurdas, que todo el mundo sabe que existen, pero prefieren ignorar.

El alfa parpadeó varias veces antes de digerir cada una de las palabras de su mujer.

—Tú no percibes cómo... huelen.

Annette trinó.

—Oh, ¡¿en serio?! ¿Todo esto es por tu fino olfato? Patrice, por favor, deja esa parte y saca más la humana, que de eso se trata el avance social. Simplemente, veo a ese muchacho haciendo su vida, yéndose cada mañana con una mochila a la espalda y volviendo para dedicarse a lo que le gusta. ¿Por qué algo está mal ahí? Es... Es solo un adolescente y quizás mi lado irracional y materno me hace verlo así, normal. Me recuerda a Harris, a cuando correteaba por casa para cambiar su mochila de clases por la bolsa de deportes. Y no, no veo diferencia. Si nuestro hijo hubiese sido...

—No compares —intervino el alfa con voz grave, interrumpiéndola de inmediato—. Sabes que en uniones como la nuestra esa probabilidad es casi inexistente.

—¡Cómo no! —replicó ella—. Betas con betas y alfas con omegas... Eso nunca se ha cumplido. El amor y los lazos no entienden de eso. ¿No te das cuenta? Avanzamos y yo no me pienso quedar estancada en ese pensamiento. Si mi hijo hubiese sido omega, lo hubiera amado igual y tú también. Los Tompsett salen a su jardín y pasan las tardes juntos, hablando, enamorados... ¿Qué los diferencia de nosotros? ¿La marca? Eso no quita todo lo demás.

Patrice inspiró resignado cuando su mujer enarcó una ceja, aguardando una contestación que esperaba no oír. El alfa prefirió morderse la lengua; tenía demasiados argumentos que iban desde protocolo, tradiciones o morales artificiales para defender los ideales que se arraigaban a él. A Patrice le gustaba el orden y lo correcto.

La melodía del teléfono móvil de la omega rompió la tensión que reinaba en el ambiente. Una enorme sonrisa y un gritito de emoción crearon una repentina amnesia con la reciente conversación cuando leyó el nombre de su hijo en la pantalla. Soltó de nuevo las bolsas de sus compras y se apresuró a abrir la tapa del aparato para llevárselo a la oreja, contestando con el mismo tono cariñoso de siempre.

Patrice destensó sus hombros tras ver el brillo en sus ojos. Susurró un leve: “Luego déjame hablar con él”, que Annette ignoró mientras hablaba con Harris.

Odiaba el polvo. ¿Podía existir algo peor que esas jodidas partículas que se adherían a todo aun cuando las quitaba con paños limpios casi a diario? No, Harris juraba que no. Detestaba esa tarea. Las portadas de sus libros negros nunca podían lucir bien.

Estaría unos dos meses fuera y le molestaba no poder llevarse todo en cajas de nuevo a Plymouth. Era absurdo, la mayoría eran cosas que necesitaría en el próximo curso y veía una tontera tener sus libros y enciclopedias de paseo. Ya estaba bastante preocupado porque solo consideraba un libro por cada asignatura de las ocho.

Se giró para fijarse en la cama de enfrente, esa que parecía una montaña de ropa, zapatos y edredón, cuyo dueño tenía los libros de sus asignaturas por el suelo o en su escritorio, entre vasos usados y envoltorios de chocolatinas. Por suerte, Harris había ganado la batalla de prohibir las cajas de pizza dentro de la habitación.

Todavía se lo preguntaba: ¿En qué momento había sido buena idea solicitar que lo trasladaran al cuarto de Nils cuando su anterior compañero se cambió de campus? También tenía la respuesta: en una post borrachera. Si Harris no quería salir, pero su amigo sí, siempre se terminaba encontrando con una cerveza en la mano. Nils y sus dotes en engatusar.

En ese momento, estaban a dos días de irse y la zona del rubio parecía una auténtica leonera. Harris no sabía qué lo ponía más nervioso: que su amigo consiguiese adecentar el cuarto antes de la inspección que la residencia llevaba a cabo para comprobar las instalaciones, o la idea de él, en sí, en Plymouth. En su casa, en su ciudad, con su hiperactividad y recordando cada dos por tres una maldita fiesta en barco que había encontrado en internet. Nils parecía fascinado por la ciudad costera y natal de Harris, quien se negaba a creer que solo por dicha fiesta habían planeado que sería una idea alucinante pasar unas semanas allí. Posteriormente, volarían a principios de agosto a Irlanda. Tras las vacaciones exprés, volverían a Londres para comenzar el segundo año de universidad.

Se dio por vencido con el escritorio de su amigo cuando descubrió latas de refresco vacías en los cajones. Luego le mandaría un mensaje amenazante, seguido de varias llamadas, y después rogaría para que el revisor de las habitaciones se demorara hasta el día siguiente.

Deseó dejarse caer agotado sobre su cama, pero unos golpecitos en la puerta frenaron el inminente desplome.

—¿Harris?

Ladeó una sonrisa antes de planchar con las manos la tela de su camisa negra y dirigirse a la puerta.

—Dani —saludó cuando se topó con él al abrir.

El omega sonrió cuando la figura del alfa ocupó su campo de visión. Aspiró tranquilo antes de entrar en el cuarto cuando Harris se apartó tras hacerle una seña.

—Yo... me voy ya. Mis padres llegarán en diez minutos.

Los labios gruesos del omega se movieron nerviosos antes de que el inferior se atrapara entre sus dientes. Harris inclinó su rostro, observando cómo Dani adoptaba esa pose tan suya. Sumiso, nervioso, sin un mínimo control en las feromonas que emitía mientras bajaba su mirada y jugueteaba con sus pulgares.

Su pelo estaba rapado y sus tupidas pestañas guardaban tímidos ojos marrones. Harris dio dos pasos y se acercó, aspirando el olor dulzón que no podría de otro modo irradiar el omega. Dani era así, dulce y tierno en absolutamente todos los sentidos.

—¿Al final viajarás a Portugal con tu familia?

El chico elevó la vista, fijándose en la atenta mirada del alfa.

—Sí, mis hermanos pequeños también vendrán y... Bueno, será curioso lidiar con ello.

Ambos sonrieron, imaginándose la situación.

—Nunca he estado en Portugal. ¿Podrás traerme un llaverito o un imán para la nevera?

—Claro que te traeré algo, Harris. Si quieres.

Hubo otro choque de miradas y unas mejillas afiebradas por parte del contrario.

Harris delineó su propio labio inferior con la lengua antes de separarse y dirigirse a su escritorio. Abrió el primer cajón y, sin tener que rebuscar, sacó un paquete rectangular perfectamente envuelto en un papel grueso color granate. Dani se quedó boquiabierto cuando se lo tendió.

—¿Qué es esto?

—Para ti —respondió Harris con simpleza, encogiéndose de hombros—. Lo vi, me acordé de una conversación que tuvimos y no pude evitarlo. Espero que te guste.

Dani se iluminó, sin ser capaz de cerrar la boca debido al asombro. Las manos le temblaron mientras despegaba con cuidado los pliegues que envolvían el presente. Finalmente, ahogó un grito de emoción cuando leyó la portada del libro de tapa dura que se hallaba bajo el papel: Fotografías de la naturaleza. Era el primer ejemplar de una guía que tiempo atrás le había comentado a Harris que le gustaría tener. Se trataba de una colección del trabajo de los mejores fotógrafos, una primera edición.

—Harris —murmuró acariciando el tomo, con los ojos todavía abiertos de par en par. El alfa aguardaba con una espléndida sonrisa—, no me lo creo. Tú... te acordaste de que yo... Oh, Harris. Esto es demasiado.

—Claro que me acordé. Lo vi en una librería de las afueras, esas en las que siempre me paso, y no lo pude dejar allí. Era el único que quedaba.

Los ojos de Dani brillaban; observaba al alfa con adoración mientras su corazón era un tamborileo constante. Llevó su vista otra vez al libro y a Harris, para de nuevo perderla en algún punto al darse cuenta de que la respiración se le había acelerado. Mas no tanto como su cuerpo cuando todo en él tembló al sentir dos dedos del alfa en su barbilla. Le levantó el mentón y él, por inercia, se mordió con fuerza el labio al encontrarse con su mirada verde.

—M-muchas gracias, Harris. Es... Es un regalo increíble, de verdad.

—Me alegro de que te guste.

La melodía del teléfono móvil de Dani sonó desde el bolsillo de su pantalón.

—Debe ser mi padre. Seguro que ya está abajo —justificó de corrido. Harris no apartaba el toque en su mentón.

—Pásalo muy bien en las vacaciones. Nos vemos a la vuelta.

—Sí —contestó antes de que Harris pronunciara la última palabra—. Si quieres puedes llamarme y... No sé, te cuento o me cuentas qué tal en Irlanda. ¡Oh, sí! Espero que lo pases genial allí.

Se deshacía en nervios mientras se abrazaba al libro que le acababan de regalar.

—Te llamaré —prometió Harris cuando Dani dejó de apresar su labio inferior.

Lo siguiente fue más rápido, a la par que sutil. Harris se inclinó sobre su boca para depositar un beso que apenas fue un roce dulce, nervioso y demasiado agitado.

Dani y Harris no sabían lo que eran. Lo que ocurrió entre ambos fue un encuentro salvaje. La naturaleza le ofreció al omega cuando el alfa reclamó uno en su último celo, cuando los deseos de Harris se concentraron en ansiar el cuerpo de un chico.

Pudo haberse quedado allí si Dani no irradiara aquella bondad. Si los nervios no lo consumieran, si no mirara a Harris de esa forma tan suya y no agachara la cabeza más veces de las que debía, pues el alfa siempre prefería observarlo de frente. Eran dos jóvenes que estaban

probando y yendo a tientas mientras coqueteaban con un dejarse llevar.

Dani salió con las mejillas totalmente acaloradas, siendo incapaz de enfrentarse de nuevo a la mirada de ojos verdes. Estaba aferrado a su nuevo libro de colección mientras Harris cerraba la puerta de su cuarto para, finalmente, desplomarse en su cama. También fijó la vista en sus dos maletas de mano, ya casi listas.

Volver a Plymouth...

Se repitió, exactamente siete veces, por qué había sido buena idea meter a Nils en su casa. Habían llegado hacía unas tres horas y ya todo era un desastre. La habitación de invitados quedaba a dos puertas de la suya y no entendía por qué una de las maletas de su amigo estaba ocupando parte del suelo de su habitación. Mucho menos comprendía qué demonios hacía Nils armando una cachimba en medio del pasillo del segundo piso, sobre una impecable alfombra persa de importación. Si Annette veía eso gritaría y Patrice echaría a su amigo de una patada.

—¡Nils! Pero ¡¿qué haces?! —gruñó Harris en voz baja mientras su amigo encajaba la manguera con la boquilla, probándola para asegurarse de que el aire no escapaba.

—¡Es mejor dejarla armada! Por si se ofrece...

—¡Estás loco! ¡¿Cómo demonios has sido capaz de traerte la puñetera cachimba de Londres?!

El rubio abrió los ojos de par en par cuando oyó ese inusual vocablo del correcto Harris Gautier.

—Tranquilo, hermano, todo está bien. Ya está armada y ahora la guardaré. Para mi bebé lo mejor. —Harris rodó los ojos tras cruzarse de brazos al oírlo. No podía creer que Nils hubiese acariciado la pipa al decir aquello—. Además, tu madre ya me adora. Tú no lo notas, pero yo sí.

Lo estrangularía, algún día lo haría, aunque en eso último tuviese razón. Annette no podía evitar carcajearse con cada ocurrencia del irlandés. Por supuesto, también quedó encantada por cómo este halagó el exquisito gusto en la decoración de la casa, o lo deliciosos que estaban el té y las galletas. Nils, al parecer, tenía ese don. Hasta Patrice había sonreído ante el desparpajo del joven alfa.

La casa Gautier rebosaba de alegría. Annette no cabía en sí al notar la esencia de Harris danzando alrededor. Tener a su cachorro cerca era un regalo para ella, el verlo irrumpiendo en la cocina para comer cualquier cosa de la despensa o escucharlo subir y bajar por las escaleras.

—Vamos a dar una vuelta al centro, mamá. Nils quiere ver el mar. Tanto tiempo en Londres hizo que tenga el cerebro más colapsado de la cuenta.

La omega sonrió cuando recibió un sonoro beso en la mejilla por parte de su hijo.

—Soy de Dublín —afirmó Nils con firmeza, encogiéndose cómicamente de hombros.

Nils también le plantó un beso en la otra mejilla a la omega cuando esta los acompañó hasta la puerta principal. Ese chico parecía ser un terremoto y era imposible que a Annette no le gustara. Harris siempre fue más serio, centrado y bastante despegado con sus amistades. Era consciente de que, en el fondo, su hijo nunca encajó del todo con el resto de los chicos de su entorno. Londres cambiaba a Harris, siempre a mejor. Volvía más sonriente, con cantidad de anécdotas y nuevos nombres de personas involucradas en ellas, así que adoraba también haber conocido por fin al famoso Nils.

Cuando Nils y Harris se montaron en el coche de este último, el rubio fue el encargado de subirle el volumen a la música, ponerse unas gafas de sol y sacar un brazo por la ventanilla.

Plymouth lucía una agradable temperatura de veintitrés grados, con cielo despejado y unos cálidos rayos de sol que calentaban la piel. Con ese clima, Harris propuso visitar el acuario y el parque central, pero, cómo no, los ojos claros de Nils brillaron cuando le mencionó sobre la

famosa destilería de ginebra de la ciudad. Harris no se podía creer que su amigo estuviese dispuesto a pagar por una visita.

—Venga, vamos a preguntar, que seguro al final hay una cata. ¡¿Te imaginas?! Vamos, Harris, amigo mío, hermano…

Era un chantajista. Harris lo cortó antes de que el rubio comenzara otro discurso.

Efectivamente, la visita constaba de una hora y media, pero a los veinte minutos de empezarla Nils ya se encontraba con una copa de balón catando ginebras en el bar. Su marcado acento y un aleteo de pestañas bastaron para que una camarera beta adelantara la prueba para él. Harris solo negaba con la cabeza mientras bebía de su correspondiente copa. Apenas eran las siete de la tarde.

Salieron de últimos del área de visitas de la destilería, Nils con un ligero mareo y el número de la camarera. Harris también se había bebido algunos gin-tonics, pero controlado. Todavía podía coordinar sus pies y, sobre todo, recordar dónde coger un autobús, ya que no se arriesgaría a conducir así.

—¡Tengo hambre! —bufó Nils, cruzándose de brazos a mitad del paseo hasta la estación de autobuses.

—Por favor, Nils —rezongó Harris cuando vio a su amigo tambalear—. Qué decadencia...

—Quiero papas, Harris. Y un dónut, o dos.

Harris apartó la mano del rubio cuando dos dedos se alzaron ante su cara.

Miró a su alrededor, agradeciendo que ya estuviera lo suficientemente oscuro como para que cualquiera no viera el tremendo espectáculo que daban. Al fin y al cabo, estaban en su ciudad, mucha gente lo conocía y jamás había andado por ahí con algunas copas de más. Rogaba que fuera real su perspectiva de que no portaba una sonrisa tan ridícula y bobalicona como la de Nils.

—Haaambreee —repitió el rubio, molestando con un dedo en las mejillas de su amigo.

—Sí, bien, ya te oí. Vamos a ese supermercado de ahí.

El rubio dio un brinco antes de cruzar la calle sin mirar. Harris insultó a toda su estirpe cuando tuvo que corretear tras de él.

Lo obligó a que se comportara al entrar al supermercado, también a que lo dejara hablar a él en todo momento.

—Pero quiero papas. ¡Sabor campesinas!

—Que sí —casi ladró, dándole un empujón antes de entrar.

El espectáculo no fue muy grande después. Nils pareció comportarse, jurando en bajo que se podría comer entero el estante de la zona de panadería. De hecho, se imaginaba a sí mismo como un dibujo animado, abriendo la boca mientras la cantidad de comida caía en ella. Harris lo ignoró por completo cuando lo oyó reírse solo.

—Hambre —repitió—. Qué supermercado más raro, voy a preguntar.

—Pero que tiene que estar en este pasillo… —Cuando se dio la vuelta, su amigo había desaparecido.

Horror, Nils borracho en un lugar público… Pensó que como mínimo saltaría la alarma de incendios. Corrió a buscarlo, sintiendo el ligero mareo del alcohol algo más leve. Mierda de destilería, la ginebra, Irlanda y a la mierda todo.

El supermercado pareció más grande de lo que se imaginaba. Cruzó la sección de refrescos y llegó a la de las especias. De un momento a otro, un aroma agrio se coló entre la cantidad de olores que se agolpaban en sus fosas nasales.

Tierra. Inhaló confuso.

—¡Harris, aquí están! ¡Estaban detrás de nosotros! Menos mal que este chico me ayudó

cuando llegué a los detergentes —la voz que oyó a sus espaldas antes de girarse había sido la de Nils.

Harris sintió que el calor le subía por la columna vertebral para establecerse en su faringe. En ese momento, otro pecho también repiqueteaba algo acelerado.

Los ojos de Luke se abrieron de par en par. Enmudecieron. Fue como una ola que chocó con un bosque frondoso. Todo ese sin sentido, como siempre.

Se podían haber encontrado en cualquier lado. De hecho, era más probable que fuera en mitad de la calle que conectaba sus casas, o incluso cediéndose el paso en una zona peatonal. En mil situaciones y no una en la que Harris entrara justo al supermercado donde Luke hacía apenas tres días había empezado a trabajar.

Luke había tragado saliva antes de que el alfa rubio se dirigiera a él. Dudoso, lo miró de arriba abajo antes de enarcar una ceja ante su patosa sonrisa al preguntarle por el pasillo de los aperitivos.

—¿Luke? —pronunció el alfa en voz alta, dando largas zancadas hasta acercarse a ellos. El omega luchó para no retroceder—. ¿T-trabajas aquí?

¿Acaso la ridícula camisa de rayas azules y la chapa con su nombre no lo dejaban claro?

—Sí —contestó con simpleza antes de largar un suspiro—. Hola, Harris.

Nils aprovechó y dio dos pasos hasta posicionarse detrás de su amigo, observando en sus manos las dos bolsas de papas que provocaban que se relamiera los labios. Harris ni siquiera se dio cuenta de eso.

Surrealista, todo lo era, hasta las repentinas gotas de sudor en la nuca de Harris. Incluso Luke empezaba a experimentar cierto sofoco…

Tantas preguntas se agolparon en la garganta del alfa que fue incapaz de formular alguna.

Vio a Luke distinto. Era extraño verlo sin gorra y con el pelo medianamente arreglado. Caía en capas sobre su frente. Estaba a su misma altura, así que tenía que inclinar la mirada en el mismo ángulo para encontrarse con aquellos ojos azules que parecían aguardar siempre a la defensiva. Y, sin más, el olor; el leve picor en su garganta no había sido una casualidad.

—Te hacía arreglando motos.

Quizás ese fue el último resquicio de raciocinio cuando su mente, masajeando sus sienes, le gritó que hablase de una vez. Algo imaginario también le dio un golpecito a Luke en el hombro para que contestara.

—También lo hago. Este trabajo es solo temporal, para comprar unos repuestos.

Luke había empezado a trabajar como reponedor hacía poco. Se enteró por un anuncio que el establecimiento buscaba un trabajador de media jornada, por las tardes y solo cuatro días a la semana. Precisamente, acceder a ese trabajo no fue porque sus padres no aceptaran ayudarlo con sus arreglos. Fue decisión de Luke el conseguirlo por sí mismo.

Sus padres lo apoyaron, aceptando que quisiera cierta independencia económica para sus aficiones y sobre todo para que se abriera a interactuar con más personas.

—Eso es genial. Yo he vuelto por las vacaciones. —Un resquicio de Harris agradecía el nimio efecto del alcohol para hilar aquellas frases.

Luke pareció recordar la última conversación que tuvieron, con una moto de por medio. Volvían a ser vecinos. Ventana con ventana, a lo lejos.

Las palmas de sus manos sudaron.

—Tu amigo… —comenzó Luke, desviando su vista hacia el rubio, a quien, por primera vez, no le molestaba no ser el centro de atención—, deberá pagar eso.

Nils había desistido de la idea de mirar a ambos como si aquello fuera un partido de tenis.

Había abierto una de las bolsas de papas y se había puesto a comer. Saboreó con ansias el medio paquete que ya casi se había mandado.

—¡Nils! —gruñó Harris cuando se giró a mirarlo.

—Te dije que tenía hambre —se defendió, encogiéndose de hombros—. Pero no te preocupes, que yo lo pago. —Se inclinó hacia el omega para observar la chapa que tenía escrito su nombre y enarcó a duras penas una ceja—. ¿Luke? ¿De qué me suena a mí ese nombre?

Justo ahí, Harris juró ser capaz de fusilarlo. Lo fulminó con la mirada, haciendo que el otro frunciera el ceño.

—Nils, vete hacia la caja y ahora voy yo. —El empujón que le propinó lo hizo tambalearse. Por suerte, no replicó.

Lo acuchillaría al llegar a casa. Nils sabía de la existencia de Luke, que él y Harris habían... Quizás debía darle un beso en la frente por no haber dicho algo más.

Maravillosa destilería, ginebra, Irlanda y maravilloso todo. Nils... Él era un horror. Seguro que sobrio hubiese soltado algo totalmente fuera de lugar.

—Tú también estás... —Luke apretó los labios antes de terminar la frase.

—Oh, no —interrumpió Harris, como si le hubiese leído el pensamiento—. Quiero decir, mi amigo es un poco…, bastante adicto a... Bueno, a muchas cosas. Hicimos una visita a la destilería, catamos y pues Nils es... Quiero decir, yo...

—Harris —lo cortó y el otro lo agradeció internamente—. Está bien, solo... ¿Necesitas algo más?

A la mente del mayor le costó cinco segundos asimilar que se refería a algo del supermercado.

—No, muchas gracias. Debo ir por Nils. Temo que haya espantado a todos tus compañeros.

El alfa hubiera salido disparado si una adorable sonrisa no se hubiese pintado en el rostro del omega. Luke rio ante la ocurrencia y negó con la cabeza antes de hacerse a un lado del pasillo para dejarlo pasar.

Cinco segundo más y Harris finalmente reaccionó para alejarse, esbozando esa ahora él una sonrisa.

No dijeron nada más, siquiera pronunciaron un adiós.

Luke volvió a ensanchar sus comisuras cuando se asomó al pasillo y vio a Harris tirando de la camiseta de su amigo, justo antes de que este abriera el congelador de helados.

Luke sonrió hasta que un repentino escalofrío anduvo por su espalda.

«¿Qué demonios acababa de pasar ahí?», pensó.

La segunda vez que se encontraron no fue por casualidad.

Nils danzaba en la habitación de invitados de la casa de los Gautier. Había llegado el ansiado día de la fiesta en el barco. Un buque zarparía del puerto de Plymouth cuando dieran las diez de la noche, con un número de asistentes limitados, zonas acotadas, pinchadiscos, tres consumiciones a bordo y un alfa rubio únicamente preocupado por esa cantidad de alcohol.

—Ahora iré a comprarlo… —canturreó de nuevo Harris, tirado boca arriba en la cama del cuarto de invitados. Sus manos hacían la función de almohada y sus pies chocaban entre sí.

Nils se llevó una mano al pecho con fingido dramatismo.

—La fiesta en el barco es una pasada, pero ¡¿solo tres consumiciones?! ¡¿Qué clase de abuso es ese?! Lo tenían que poner en letra pequeña, claro...

Harris, una vez más, rodó los ojos antes de resoplar.

—Bueno, Nils, no te preocupes. Ya te he dicho, bebemos unas copas antes de subir y listo.

El rubio paró los aspavientos que hacía y observó a su amigo. Apretó los labios y pestañeó varias veces antes de volver a hablar.

—Oh, hermano, llegaste a mí siendo una ratita de biblioteca y mírate ahora, preparando un botellón. —Nils fingió limpiarse lágrimas ficticias antes de que un cojín impactara en su cara.

—¡Que te den, payaso!

El rubio le devolvió de inmediato el golpe.

—¿Mi amigo Jack? —cuestionó Nils mientras Harris atrapaba otro cojín al vuelo.

—Con Cola.

—Ese es mi chico.

Hacían referencia a una mezcla de whiskey con refresco, bebidas que Harris había insistido que iría a comprar por su cuenta, pues sabía que si iban los dos tardarían más porque Nils divagaría en la elección del alcohol si se plantaba frente al mostrador de las botellas. No sería la primera vez que el irlandés pasara cerca de una hora debatiéndose entre ron o vodka, alegando que ambas botellas “le ponían ojitos”.

El alfa podía ir a cualquier supermercado de la ciudad, incluso acercarse a una licorería o ir hacia alguna otra tienda más cercana; sin embargo, ya había elegido dónde ir. Se dirigía a aquel lugar sin un por qué claro; más bien, con unas ganas algo absurdas, concentradas bajo su diafragma. Había pasado una semana y solo esperaba que él estuviera allí.

En el fondo, seguía siendo el mismo Harris Gautier que no podía dejar cabos sueltos, y con Luke… todos lo estaban.

Nils ya llamaba madre adoptiva a Annette y se quedó encantado tomando una merienda con ella cuando Harris abandonó la casa.

Ese día, el portón del garaje de sus vecinos no se había abierto. Unos veinte minutos después, plantado frente a la vidriera de botellas alcohólicas, dibujó una sonrisa al saber que debía buscar a un trabajador para que le abriera la puerta corrediza de cristal.

Caminó por los pasillos con las manos metidas en los bolsillos, ojeando distraído y con una nimia punzada constante en el pecho cada vez que alguien con camisa de rayas azules se le cruzaba. Pero ninguno de ellos era bajito, de cabello a capas y ojos azules. Cuando llegó casi al último pasillo, sus esperanzas ya eran pocas; no obstante, un hormigueo recorrió su garganta y sonrió.

Un individuo con la misma figura de Luke se encontraba en el pasillo de artículos para mascotas, subido en un taburete mientras apilaba latas de comida para perros.

Cierta fragancia afirmó que efectivamente era él.

Hizo un rápido movimiento para llegar a él cuando una de las latas se desestabilizó, estando a punto de caer al suelo.

—Cuidado —pronunció Harris, llevando el producto de nuevo a su sitio.

Los ojos de Luke se abrieron de par en par. Con un salto ágil, decidió bajar del taburete.

—Harris —pronunció casi afónico.

—Buenas tardes —el alfa se remojó los labios tras hablar. El otro por fin parpadeó—. Necesito tu ayuda para que me abras una de las vitrinas, por favor.

Luke se aclaró la garganta, como si no le estuviese dando tiempo a reaccionar.

—¿Qué sección?

—La de bebidas.

El omega enarcó una ceja y tragó saliva.

—Cómo no.

Y justo ahí la determinación del alfa se vino abajo.

Sintió calor en sus mejillas antes de que Luke le hiciera una seña con la cabeza para que lo siguiera. Lo vio sacar un manojo de llaves de un bolsillo de su pantalón, chequeando cada etiqueta hasta dar con la indicada.

Luke caminaba con gracia. Aquella camisa no era nada favorecedora, pero a él conseguía quedarle bien. Harris debía controlar sus zancadas para no adelantarle en los pasos, mientras su alfa no podía evitar embriagarse de aquella sutil fragancia que bailoteaba a su alrededor.

No entendía por qué Luke olía distinto. Por qué su aroma no era dulce y, en vez de estabilizar a su alfa, lo alteraba como si le diera pequeños pinchazos, haciendo que se mantuviera agazapado y a la expectativa de aquellas sensaciones. Ninguno de los omegas, Lena o incluso Dani, emanaban eso. Y no era porque Luke fuese un chico.

Lo tenía caminando a dos pasos de él y estaba seguro de que en su mente no debían estar pasando aquellas imágenes. No obstante, la lluvia, la luz de unos rayos que se colaban por una de las ventanas del lugar y el olor a vainilla que se expandía en el ambiente, se lo complicaba. Inevitablemente, su pecho se aceleraba por el azul de sus ojos en aquel momento. No podía creer que fuera el mismo color de siempre el que le miraba curioso e interrogante.

—¿Harris?

Mierda.

—... ¿Sí?

—Te preguntaba que cuál quieres.

Mierda, mierda, mierda. Habían llegado al pasillo de las bebidas.

Harris tuvo una breve charla con su fuero interno. ¿Por qué nunca podía actuar como una persona normal? Era increíble que soltara un ridículo y simple “qué tal” cuando, minutos atrás, tuvo clara la dirección que quería para una conversación. Era absurdo que cometiera la sandez de meterse en ese supermercado solo porque sabía que Luke estaría ahí. Como si buscara hallarlo en campo de nadie.

—Jack —espetó, haciendo que el omega frunciera el ceño antes de llevar su vista confusa al mostrador ya abierto—. Ya lo cojo yo, no te preocupes. —Harris estiró un brazo para alcanzar la botella y Luke dio un paso atrás, nervioso ante la repentina cercanía—. Muchas gracias —pronunció, pasando una mano por su cabello cuando el omega fijó su vista en él.

Luke se estaba percatando de que no llevaba el peinado igual al de la semana pasada. Era como si se lo hubiese cortado y ahora luciera sus rizos deshechos hacia atrás, fijados con algún producto.

Pestañeó y tragó saliva cuando se percató de lo irrisorio de su análisis.

—De nada. ¿Se te ofrece algo más?

—Cola.

—Esa puedes cogerla tú.

Harris le dio una sonrisa marcada con hoyuelos.

—Ya, pero agradecería que me dijeras en qué pasillo. Tiendo a perderme en este supermercado.

Luke repitió el movimiento de cabeza para que lo volviera a seguir.

—Gracias de nuevo —repitió Harris cuando estuvieron frente a los refrescos.

—De nada —habló de recorrido, tras aclararse la garganta—. Tengo que volver al trabajo.

—Claro. Que te sea leve. Ya nos veremos, Luke.

El omega frenó en sus pasos, pues ya le había dado la espalda al alfa. Analizó durante dos segundos aquellas palabras antes de volver a emprender su camino.

«¿Esta es tu nefasta forma de coquetear?», se dijo Harris para sí mismo.

Tenía resaca, una enorme y monumental. Sufrió una punzada más fuerte cuando se fijó en unos gorros de fiesta tirados. No entendía qué hacía el colchón de invitados también en el suelo de su habitación, o qué hacía Nils, hecho un ovillo, durmiendo sobre él.

Poco a poco, todo cobró algo más de sentido en su cabeza; recordó haber subido las escaleras de su casa a cuatro patas y algo más… A Nils imitando escenas de una película dramática, ligándose a la pinchadiscos y recibiendo una cachetada por parte de una camarera. A Nils vomitando por la borda y él vomitando en el baño.

El barco, el maravilloso barco.

Había comprobado por sí mismo que mezclar bebidas era horrible. La cabeza le iba a estallar, sus sienes palpitaban y toda luz le molestaba.

Se arrastró hasta el cuarto de baño y se despatarró en la bañera mientras abría el grifo. Se hundió en el agua por más de una hora, mientras calculaba cuántos analgésicos podría tomarse de una vez sin dañar su salud, o lo que quedara de ella. Cuando consiguió vestirse, sin apenas haberse secado el cuerpo y con gotas todavía escurriéndose por su cabello, bajó a la cocina. Lo hizo disimulando lo mejor que pudo y rogó que Annette no lo esperara con un sermón preparado, pues ni siquiera recordaba si habían hecho demasiado escándalo cuando llegaron a casa a las cuatro de la mañana.

Comprobó al entrar en la cocina que apenas eran las doce del mediodía y que había una nota esperándolo en mitad de la barra.

No habría sermones.

Besó la nota y se desplomó en uno de los taburetes altos, pegando su frente al mármol frío de la encimera.

—Buenas tardes, señorito. ¿Quiere desayunar ya?

El alfa levantó el rostro y le sonrió, a duras penas, al amable semblante de la cocinera de la casa.

—Hola, Nancy. —Ella le devolvió la sonrisa con cierta compasión—. Si no sale de aquí…, ¿sabes de algo que vaya bien para la resaca?

La mujer rio.

—Puede que me sepa la receta de alguna sopa...

—Te quiero. —Harris unió las palmas de sus manos antes de pegar de nuevo la frente contra el mármol.

Efectivamente, la sopa fue todo un éxito y Harris aseguraba que las dos pastillas que le había tendido la empleada comenzaban a hacerle efecto.

Aún no tenía señales de vida por parte de Nils y prefirió que así fuera, al menos de momento. Ya tenía bastante con los latidos en sus sienes como para también aguantar a su amigo quejica por su casi segura resaca de burro. De lo único que se preocupó fue de dejarle dos generosas raciones de sopa.

No sabía si la resaca también era la causante del pitido en los oídos o del ligero vaivén que sufría, como si aún siguiera en el barco, así que Harris se negó a hacer otra cosa que no fuera tirarse a lo largo en el sofá, a la espera de que el dolor de cabeza cesara. Eso e ir por su segundo litro de agua.

Se comparaba con una auténtica momia mientras caminaba por la estancia gracias a la manta cubriéndole los hombros. Frunció el ceño cuando ingresó de nuevo en la cocina y escuchó un sonido chirriante en la parte de atrás de la casa. Se hizo con otra botella de agua y salió al jardín.

Gruñó sin comprender cómo la claridad era capaz de afectarle de tal forma.

—Creo que esta vez es en serio. No voy a volver a beber —farfulló para sí mismo, saliendo descalzo al porche trasero.

En realidad, no le molestó que el césped fresco se colara entre sus dedos, ni que oyera a lo lejos el graznido de las gaviotas.

De nuevo aquel eco ensordecedor. Miró a su alrededor, buscándolo a tientas con la frente arrugada, demasiado ido como para no averiguar de manera más avispada que lo emitía la casa de al lado. Le llevó más tiempo del debido hilar lo obvio.

Era Luke.

Una sonrisa escapó de sus labios.

No lo pensó demasiado cuando caminó hasta la separación de sus jardines, justo donde años atrás había un simple cercado de metal. Por alguna extraña razón, agradeció que los nuevos setos estuvieran podados y que él fuera alto.

No podía visualizar por completo el jardín, pero sí distinguió cajas, un portón abierto y un muchacho que llevaba unas extrañas gafas protectoras mientras usaba una máquina escandalosa.

—¿Luke? —lo llamó cuando el motor de aquella cosa dejó de sonar—. ¡Luke! —insistió por segunda vez.

Hubo un breve silencio antes de escucharse unas pisadas.

—¿Harris?

Sonrió.

—¿Estás testando la máquina más ruidosa del mercado?

—Oh, no... Es solo una radial. ¿De verdad hace tanto ruido?

De repente, el alfa detestó no llegar a verle la cara cuando se acercó a los setos.

—Bueno, puede que no esté en mis plenas facultades para opinar sobre eso.

—¿Eso tiene que ver con la botella de ayer?

Harris, irremediablemente, rio negando con la cabeza.

—Puede... —Guardaron silencio y Harris mordisqueó su labio inferior con cierta impaciencia —. Oye, ¿te parece si me acerco? Esto de hablar a voces no le favorece a mi estado.

De nuevo un silencio y Harris tragó saliva lentamente. Se puso nervioso.

—Está bien.

El pecho se le aceleró, casi al mismo tiempo que la respiración de Luke se agitó.

—Voy.

Se deshizo de la manta que cubría sus hombros tras entrar en casa a por unas zapatillas cualquiera. Estiró su chándal negro y resopló antes de volver a salir por la puerta principal, cruzar la acera y encontrarse con la pequeña puerta de la casa colindante ya abierta. Enarcó una ceja cuanto volvió a escuchar el ruido de la máquina y caminó por el jardín de los Tompsett hasta acercarse al desmantelado garaje.

Luke se volvió a retirar las gafas de protección cuando lo sintió.

—Hola —pronunció el alfa, mirando con cautela a su alrededor.

El garaje de Luke parecía más abarrotado que la última vez. Distinguió dos motos tapadas con una sábana blanca y una amplia mesa en el centro del lugar. Allí se hallaba parado Luke, frente a la máquina que seguro antes le mencionó.

Harris paseó su mirada por cada baldosa hasta fijarse en él. Llevaba una de sus corrientes gorras hacia atrás y ropa holgada, unas bermudas rojas y anchas, también una camiseta de manga hueca de color gris. Sus ojos se fijaban en Harris con una graciosa marca alrededor debido a las gafas de protección transparentes que hasta hacía unos instantes usaba.

—¿No sabes lo que es una radial? —Harris lució sorprendido ante la repentina pregunta de Luke.

Ladeó una sonrisa y se hizo el pensativo por unos instantes.

—Pero por supuesto que... No, no tengo ni idea.

Luke luchó con la comisura de sus labios. Hizo un ademán con la mano para que Harris le prestara atención y volvió a la máquina, tomando unos cilindros largos de metal que tenía amontonados en el suelo. Se fijó en el otro de reojo antes de volver a poner la máquina en marcha. Harris se llevó ambas manos a las orejas para poder cubrirlas cuando el ruido fue más fuerte. Si su cabeza no explotaba con aquello tan cerca, los libros podrían escribir que sobrevivió a la resaca más monumental de su existencia.

La hoja de doble filo de la radial casi brillaba mientras giraba a gran velocidad. Luke, decidido en cada paso, midió un palmo del cilindro y dejó que la hoja lo cortara a ras, emitiendo un destartalado chillido cuando ambas piezas chocaron. El alfa entrecerró un ojo hasta que la parte sobrante del trozo metálico cayó al suelo y largó un suspiro de alivio cuando la máquina se volvió a apagar.

—Sirve para cortar —solucionó Luke con evidencia.

—Ya veo. Falta que sean más silenciosas.

—Eso ya es más difícil.

El omega tragó saliva luego de tomar una bocanada de aire, la cual vino acompañada de aquel aroma. Era firme. Olía a Harris… A alfa.

Gimoteó también en su interior.

De un momento a otro, Luke no entendía qué hacía plantado en su garaje. Se sentía absurdo y frustrado. Era demasiado fácil lidiar con Harris, entablar una conversación o sucumbir a su pésimo humor. Maldita sea, lo tenía allí. Todo era simple hasta que recordaba aquella noche de diciembre. Porque todo, en sí, era más sencillo si la borraba de su cabeza, y podía ser capaz de hacerlo si no fuera porque el instinto y su omega se ponían en alerta cada vez que lo tenía cerca, como si pudieran reconocerlo en cualquier parte.

Fue incapaz de dirigirle la palabra durante meses y en ese momento había accedido a tenerlo a escasos metros de nuevo. Definitivamente, era desesperante no llegar ni a comprenderse.

—¿Qué tal vas con la moto que era de mi padre?

Luke viajó su vista al paseíto curioso que daba Harris a su alrededor.

—Bien… Quiero decir, aún queda mucho.

El alfa asintió, vagando su mirada por la cantidad de herramientas desperdigadas por el suelo. No podía creer que existieran algunas tan raras.

—Seguro que...

—Harris —cortó el omega en medio de un suspiro.

Sus miradas se encontraron, sintonizándose al instante y formando al fin parte de una misma gama cromática.

Debió de haber reculado, mas no lo hizo cuando Harris se acercó a solo tres palmos. No sabía

qué decir. No comprendía, más bien, qué era lo que debía pronunciar cuando, para él, ya lo había dicho todo: “No se va a repetir”.

Luke ni siquiera podía tragar. Mientras, cada centímetro de la espalda de Harris hormigueaba. El omega ponía nervioso al alfa, y el alfa tornaba ansioso al omega.

—¿Sí?

La tensión reclamó a la atmósfera como suya cuando las cuerdas vocales de Harris vibraron al sentir tan de cerca la tierra mojada, las especias.

—Solo... Solo quiero normalidad.

El alfa fue bálsamo de alivio, ese torrente que cubría sus sentidos con su sola presencia. El latigazo de recuerdos cuando rememoró cierto frescor, cuando rozar un exiguo de su piel fue igual que jugar con hielo.

—¿Y a qué llamas tú normalidad? —A las descontroladas feromonas que emitía, Harris casi podía asegurar que no. Olía tan distinto… Tan picante y tan bien.

Los ojos de Luke eran dos luceros. Sin pestañear, estaban fijos en las pupilas dilatadas del alfa. No sabía lidiar con lo frustrante que era aquello, con que la cabeza le exigiera una cosa y su cuerpo hiciera otra. Que fuera su omega el que demandara que Harris lo mirara así.

¿Qué era la normalidad? No lo sabía. Era incapaz de cavilarlo si el alfa se acercaba tanto. Pero, para un Luke despejado, la normalidad podía ir desde las horas que pasaba en su garaje hasta la rutina en su nuevo trabajo. Porque quería que fuera la que reclamaba él mismo y no la condición que se sacudía en su interior.

Harris tampoco conocía lo que era la normalidad. Llegados a ese punto, definitivamente no lo hacía.

De nuevo, el alfa solo aspiró. Pestañeó cuando sintió al omega empequeñecer sobre sí mismo, asustado y confuso, lo que hizo que diera un paso hacia atrás. El alfa entendió muy rápido que la única forma de asistir a su naturaleza de calmar al omega, era alejándose de él para que respirara. Y eso era raro. Era tan... él, tan Luke: un cristal totalmente opaco.

Luke largó un suspiro cuando se apartó, rozando el alivio y rogando que su pecho le dejara tomar al fin una serena bocanada de aire.

Harris, por su parte, apretó sus labios antes de desviar la mirada hacia algún punto. Vagó su atención por la mesa de trabajo del omega, visualizando restos de metal, medidas, trozos de cartón, lápices...

Pasó saliva.

Luke parpadeó sin llegar a fruncir el ceño cuando vio al alfa encaramándose sobre su mesa y revolviendo algo entre los restos de material. Se irguió cuando Harris se dio la vuelta y le tendió lo que sostenía entre sus manos, tras dejar uno de los lápices de nuevo en la mesa.

—Solo... no sé. Yo tampoco sé lo que es la normalidad, así que aquí tienes.

Una vez más, hubo un mar frente al bosque y una mirada descendiendo antes de que Harris saliera del garaje.

Luke infló sus pulmones de aire antes de alzar el trozo de papel. En una perfecta caligrafía estaba el nombre y número de teléfono de Harris.

VI

Septiembre, 2007
Dos meses después

Odiaba madrugar un lunes. En sí, hacerlo en cualquier día parecía inhumano, pero que el despertador sonara a las seis de la mañana nada más comenzar la semana lo quería considerar un delito. Luke saltó de la cama tras haber estado tres minutos mentalizándose de ello. Dejó que el vapor del agua empañara el espejo del baño antes de entrar en la ducha y suspirar de gusto cuando el agua caliente tocó su piel. Enjabonó su cabello y cuerpo rápido para no tener que cerrar el agua. Instantes más tarde, salió restregándose con una toalla enorme en la que prácticamente se podía enrollar. Cepilló sus dientes, se vistió con un pantalón de chándal gris y una sudadera azul marina y ancha, donde podía juguetear a esconder los puños bajo las mangas. Luego se puso unas zapatillas blancas cualquiera y correteó escaleras abajo tras llevarse al hombro su mochila.

Vio de refilón que el dormitorio de sus padres, al final del pasillo, ya tenía la puerta abierta y negó con la cabeza, dejando escapar una risilla. Nunca les ganaría a esos madrugones.

Marjorie, todavía algo adormitada y confiando en que su café haría pronto su función, sonrió cuando lo vio ingresar en la cocina. La omega siempre se levantaba después de que George abandonara la cama.

—Buenos días, Luke.

—¡Buenos días!

Su madre tenía ya lista una jarra de zumo de naranja y una bolsa para llevar con un rico desayuno dentro. No había olvidado que ese día Luke entraba una hora antes a sus clases.

Aquel día, dos famosos mecánicos del condado visitaban su escuela para dar una clase práctica sobre las piezas de una empresa británica fabricante de motos.

El omega se bebió un vaso de zumo prácticamente de un trago. Se relamió los labios cuando su madre le tendió la bolsa con su desayuno envuelto.

—Gracias, mamá. ¡Nos vemos a la hora de comer! —Le dio un sonoro beso en la mejilla y Marjorie negó con la cabeza cuando Luke volvió a corretear.

—Buen día. ¡Ten cuidado!

Pero ya su hijo había dado un portazo antes de volverse a apurar en el camino.

Cada mañana daba el mismo paseo de apenas quince minutos hasta su instituto de formación profesional. Pero ese día, en especial, se sentía emocionado y moría de ganas por aplicar lo que aprendería en la Aprelia que tenía aparcada en el garaje. Podría incluso fabricar las piezas, luego investigaría en internet si resultaban ser compatibles con su moto y se acercaría a la ferretería después de las clases. Tenía que hacerlo de todas formas para ver si ya le habían traído los cilindros finos que había encargado.

Afianzó el agarre en su mochila y resopló antes de cruzar la reja principal del instituto al llegar. La institución contaba con innumerables programas de formación y a Luke siempre le resultaba divertido ver a los chicos correr mientras cargaban listones de maderas, maquetas, mandiles y gorros de cocina hasta llegar a sus clases. El edificio de mecánica al que iba Luke se

encontraba al fondo, y no tardó en pisarlo cinco minutos antes de que el reloj marcara las siete de la mañana.

Realmente adoraba lo que estudiaba, aunque, como cada día, se sentara en la última fila pegada a la ventana y clavara la vista al suelo desde que ingresaba a la clase. Se sentaba solo porque era incapaz de hallar el modo de encajar con el resto de sus compañeros alfas y betas, puesto que él era el único omega. Luke tampoco poseía envidiables habilidades sociales; de hecho, hacía demasiado tiempo que no llamaba a alguien amigo. Concretamente, desde que abandonó su anterior instituto y decidió que no valía la pena mantener contacto. En el nuevo se limitaba a centrarse en sus clases y en no participar en las actividades de grupo, pues ya suponía que nadie querría trabajar con él. Tenía sus objetivos claros y el resto siquiera le importaba.

Esa mañana, las risotadas de sus compañeros reinaban en el ambiente de la estancia. Chasqueó la lengua cuando sus sentidos percibieron los familiares olores a los que, inexorablemente, se tenía que acostumbrar.

—Vaya madrugón, ¿eh, Tompsett?

Rodó los ojos cuando aquella voz socarrona llegó a sus oídos. Max, el alfa que se creía el más gracioso del grupo, se encontraba rodeado de sus amigos betas, quienes no tardaron en acompañar el comentario con unas descoordinadas risillas.

—Ya ves —espetó el omega cuando llegó a su puesto y dejó su mochila sobre la mesa. Frunció el ceño al no hallar su silla junto a ella.

—¿Se te perdió algo? —habló uno de los betas.

Luke enarcó una ceja antes de mirarlos.

—¿Dónde está mi silla?

Estallaron nuevas risas jocosas antes de que Max, moreno y de ojos negro tizón, se bajara de su mesa para caminar hasta él.

—¿No oléis a perro mojado? —pronunció con un aire ridículo, jugueteando con la perforación que adornaba su labio inferior—. ¿Tu silla? No sé. ¿No es una de esas, omega? —aquello último casi lo escupió con socarronería, como siempre.

Luke apretó los puños antes de levantar el mentón y enfrentar la mirada del alfa.

—¿Perro mojado? —cuestionó—. ¿No te has secado esta mañana al salir de la ducha?

El alfa enseñó uno de sus colmillos cuando le bufó y Luke, tras tragar saliva, no se movió de su posición. Levantó un poco más su barbilla y recordó el día en que contraatacó a las pésimas comparaciones del alfa con que el único que tenía algo de perro era él. “¿Max? ¿Pero qué nombre de chucho es ese?”, le había dicho aquella vez.

Luke desvió su vista hasta el fondo de la clase, donde tres sillas se encontraban apiladas. Reconoció la suya porque iba a juego con el color correspondiente al pupitre. La clase constaba de tres filas: dos verdes y una azul. Su silla, de este último color, se encontraba en lo alto. Sabía que podía coger cualquier otra, pero estaba tan harto de que se metieran con él, de que aquel alfa y los ridículos fieles que le reían las gracias, lo hicieran menos.

Detestaba el afán de los otros de burlarse de su condición, de su poca resistencia física y de las opiniones que daba, e incluso de su olor. Odiaba también que lo arrinconaran por el resentimiento que le tenían, pues en muchos ámbitos de la mecánica él destacaba en el grupo.

Bufó antes de dirigirse a las sillas amontonadas. Tomó una cualquiera y se subió a ella antes de tomar aire para llegar casi de puntillas a la tercera que se encontraba apilada. Sujetó las patas de su silla con ambas manos y la levantó en peso. Max, junto a dos de sus amigos, miraban la escena expectantes, con sonrisas descaradas. Mientras, Luke rogaba que no se tambaleara, su orgullo no se lo perdonaría si lo hacía. Cuando sintió que no lo haría, pegó de nuevo los talones

al asiento al que estaba subido y respiró hondo cuando sus brazos pudieron con el trabajo. Echó una mirada a su alrededor y, tomando un breve impulso, soltó el asiento. La silla cayó de pie, sus cuatro patas chocando con el piso en un golpe seco.

El omega siquiera se permitió jadear cuando bajó de un salto; en cambio, sonrió y tomó su silla para dirigirse hacia la mesa. Negó con la cabeza cuando pasó por delante de Max.

—Ridículo...

El otro pretendía acercarse a él, pero un profesor beta ingresó en ese momento en la habitación, dando un afable "Buenos días" a sus madrugadores alumnos.

Luke tomó asiento en su lugar, bajó su mochila del pupitre y dejó escapar el resoplido contenido en su pecho cuando se agachó a sacar sus cuadernos. Exhaló antes de pasar el antebrazo por su frente y retirar unas pequeñas gotas de sudor.

Que hubiera aprendido a sobrellevar todo aquello no restaba lo agotador que seguía siendo, mucho menos significaba que ya no le afectaba. Ya no se trataba solo de demostrárselo a sí mismo, sino también de forzarse a aparentarlo.

Centró por fin su completa atención al profesor.

«Vamos, se suponía que iba a ser un buen día», se dijo.

Tenía que hablar con Dani, no lo había llamado en todas las vacaciones.

A finales de mes, las clases en la universidad volvían a comenzar para Harris. Ni siquiera fue consciente de cómo el tiempo pasó tan rápido. La estancia en Plymouth pareció ser fugaz, al igual que las tres semanas en Dublín. Había sido un viaje de locos, mochileros y lleno de descuidos; sin embargo, con todo ello, también fue el verano más alucinante de su vida.

Las semanas pasaron a un ritmo vertiginoso. Ya se encontraba en la segunda del nuevo curso y no podía sentirse más agitado. Siquiera había podido pegar el ojo la noche anterior. Le agobiaban las nuevas clases, el apretado horario, las asignaturas optativas en las que se había matriculado de más y el curso de alemán que empezaría en cinco días. Una pesadez en los hombros también lo había acompañado las últimas horas, junto a un ardor de estómago que apenas le permitía probar bocado con gusto. Nils se cansó de gritarle que le terminaría dando un ataque cardíaco si seguía así. Le advirtió que se relajara… y que lo acompañara a la inauguración del nuevo garito del campus. Fue entonces cuando Harris le pidió que saliera de la habitación.

Debía ordenar el montón de apuntes de las asignaturas que tuvo esa mañana y le estaba comenzando la jaqueca. Una extraña sensación hormigueaba su cuello mientras intentaba centrar su mente en el montón de papeles y… ¡Dani!

Se levantó de la silla de su escritorio como un resorte, palpando con apuro los bolsillos de sus vaqueros en busca de su teléfono móvil. Visualizó el aparato encima de la cama y se abalanzó sobre él para comprobar que ya llegaba cinco minutos tarde. Le había mandado un mensaje el día anterior al omega para que se vieran.

No mentía cuando juraba que no era consciente de la manera en que pasaba el tiempo. Simplemente, había pospuesto las cosas unos días, hasta que en un abrir y cerrar de ojos todo pareció juntarse.

Dani había estado de acuerdo en verse después de sus clases, lo que le ocasionaba a Harris un paseo de diez minutos hasta su campus. No llegaba a tiempo y detestaba ser impuntual.

La jaqueca se acrecentó cuando cerró de un golpe la puerta de su habitación al salir. Ni siquiera alcanzó a coger su cazadora; cómo la iba a necesitar, si vivía sofocado...

Ignoró los ascensores cuando se fijó en que andaban en la onceava planta y bajó los escalones desde el tercer piso con apuro. Podía mandarle un mensaje a Dani, pero se sentía nulo para

inventarse una excusa. No sabía forjarlas. Le diría que todo se le vino encima, que por primera vez Harris Gautier no supo gestionarse, lo cual era nuevo y agobiante.

Resopló cuando notó el nivel de su acaloramiento y otra punzada al final de la nuca.

Su móvil vibró en su pantalón. Si Dani preguntaba por el retraso, no sabría qué decirle. Odiaba no cumplir, así que dejó que sonara mientras se apresuraba hasta la puerta principal del edificio de las residencias.

Tuvo otro síntoma de la jaqueca aún más fuerte. El móvil vibró por segunda vez...

Fue más rápida la inercia de sacarlo del bolsillo y mirarlo que el volver a cavilar sobre qué le respondería. Sin embargo, el nombre de Dani no estaba escrito en la pantalla y frenó su apurada carrera. Era un número desconocido.

A las siete, ya era prácticamente noche cerrada en Londres. Cuando pisó la calle, apenas dos farolas la iluminaban. La tercera se hallaba fundida y la luz que emitía el teléfono era la única que hacía vislumbrar su rostro. El aparato todavía vibraba en su mano, parpadeando.

Descolgó justo antes de que la llamada se volviera a desviar.

—¿Diga?

—Harris.

Hubo silencio por largos instantes. De repente, fue como si todo levitara. Todo estaba en suspensión menos sus pies anclados al suelo. Sintió un breve y repentino calor, acompañado de un latigazo en la columna vertebral.

Oyó un quejido bajo, de una voz que reconocía.

—¿Luke? —Sin motivo aparente, la pronunciación de cada letra lo quemó. Su voz era grave y rasposa.

Recibió una respiración profunda del otro lado.

—Harris —repitieron. Era él—. Harris, o-otra vez...

Era Luke, lo estaba llamando. Luke se oía así.

El tiempo debió de detenerse por un momento, porque fue como si el mundo se hubiese dado la vuelta y el alfa siguiera allí plantado. Como si la vida fuera una película en rebobinación, desenrollándose y volviéndose a enrollar a una velocidad desenfrenada.

Harris no sabía qué hacer. Tenía un nudo en el estómago y sus labios estaban entreabiertos para que el aire se colara entre ellos. ¿Adónde se dirigía antes? No lo recordaba.

—¿Qué? —escapó de su garganta, mientras apretaba el teléfono contra su oído.

Al otro lado, aguardaba en una habitación a oscuras y con una tormenta sin lluvia un omega empapado en sudor que se aferraba a las sábanas y al teléfono, de ojos llorosos y labios secos que se resentían cada vez que clavaba los dientes en ellos.

La garganta de Luke raspaba y sus inspiraciones eran incapaces de acompasarse con los latidos del pecho. Todo iba demasiado deprisa. Tenía demasiado calor.

—Otra vez —murmuró, tan bajo que no pudo jurar si su voz coordinó con certeza las dos palabras—. No... No puedo. No puedo volver a pasar otro.

Las punzadas en sus sienes lo atosigaban.

Luke encogió los dedos de los pies antes de restregarlos contra el colchón. Su mano libre estaba hecha puño y podía sentir aun más el sudor en sus palmas.El móvil parecía resbalar de sus dedos.

La película se rebobinó una vez más, sin encontrar el punto dónde parar. Era una vibración distinta la que nacía en el fondo del pecho del alfa, trepando poco a poco hacia sus cuerdas vocales, aferrándose a ellas y tensándolas.

—Luke.

El omega se retorció al oír aquella voz férrea y reprimió un gimoteo bajo. Apretó las telas contra sí, contrayendo los músculos de su espalda hasta que sintió que tironeaban. Los destensó bajo el rumor de un ligero gemido que afloraba desde el centro de su garganta.

Harris volvió a hablar, con caución y rodando las vocales.

—Luke, ¿estás en celo?

Hubiera reconocido la vibración de aquella garganta en cualquier sitio, la forma en que el aire escapaba o cuántos segundos tardaba entre cada aspiración. Oía hasta el chasquido de su lengua antes de mojarse los labios y cómo chocaban sus dientes. Cómo la tela se raspaba con piel y el omega reprimía cada jadeo sin mucho éxito.

—Duele —confirmó Luke—. No puedo más. No sé qué hacer, solo recuerdo... —Tembló acompañado de traicioneras lágrimas—. El último fue horrible… Quema.

De repente, ya nada hormigueaba. La jaqueca ya no molestaba. Harris sintió que todo se frenó otra vez. No era la primera vez en su vida en la que se veía en tal sensación. No importaba qué iba a hacer o qué haría. No importaba nada. Porque si bajo sus pies se abría la tierra, él no lo notaría.

Sus huesos crujieron cuando dio media vuelta y abrió con el antebrazo la puerta principal del edificio residencial. Sin necesidad de tomar alguna bocanada de aire, ingresó en él dando zancadas largas. Enfocó su vista en las puertas abiertas de uno de los ascensores, metiéndose antes de que se llegaran a cerrar. Su puño entero presionó el botón del tercer piso. Los músculos de su brazo, totalmente rígidos, luchaban para flexionarse. La carcasa de su móvil no había cedido aún, pese a que no dejaba de apretarla.

Su frente se llenó de sudor antes de que enfocara la vista en el reflejo del cristal en el ascensor. Harris vio cómo sus pupilas se dilataban, el verde apagándose mientras su lengua bañaba sus labios para luego clavarse en la punta de sus colmillos. La saliva se le acumulaba en la comisura de los labios.

Salió del ascensor cuando las puertas se abrieron en su planta. Como un robot, dio pasos firmes por el pasillo. No fue consciente de la efectividad con la que sacó el pequeño manojo de llaves y encajó la correcta en la cerradura de su habitación, mucho menos de la fuerza con la que luego cerró la puerta. Después pasó el pestillo y pegó la espalda contra la madera.

—¿Harris?

¿Cómo no responder a aquel llamado? A aquellos rumores bajos de respiración agitada y gemidos que escapaban.

—Sí —musitó afónico.

—¿Dónde estás?

Gruñó en respuesta.

Fue su alfa el que terminó de dilatarle las pupilas. Los orificios nasales aleteaban en cada inhalación y el rubor en sus mejillas resaltó cuando se aferró todavía más al teléfono.

—En Londres. —Recibió un leve sollozo por parte de Luke. La angustia se alojó en el pecho del alfa.

—No sé llevar esto, ya no. El último fue horrible. Solo es horrible. No sé qué hacer, no sé a quién...

—No —replicó Harris de inmediato, en mitad de un gruñido entre dientes.

Hubo un denso silencio por un instante.

El último celo que pasó Luke fue estando solo y no mentía al tacharlo de horrendo. Porque todo consistió en un fuego demandante y totalmente abrasador que buscaba calmarse, que exigía una liberación que no hallaba. La parte omega, que sabía ya qué quería, no obtuvo un cuerpo que

le aportara frío ni que calmara las punzadas.

Duró tres días y medio. Se llegó a deshidratar y desmayar al ser incapaz de soportar la sed que lo barría. Debido a que había vuelto a sentir los síntomas que estuvieron ausentes en su último ciclo, Luke sufrió un ataque de ansiedad durante ese momento. Su mente solo se enfocó en recordar cada candorosa sensación del pasado y en cuál era la verdadera ola que podía evaporar todo aquello. Asimismo, pensó en Harris, en el alfa al que su omega ya había acudido una vez. El alfa que hacía días estaba en la casa de al lado, el único que sabía cómo olía y cómo debía tocarlo.

—¿Dónde estás? —demandó saber el mayor, cuando oyó que los gemidos de Luke morían en su garganta.

—En casa —respondió de inmediato, con el vello izándose cuando en sus oídos se volvió a colar aquel tono de voz—. Estoy solo. No dije que...

—No lo hagas.

La interrupción de Harris hizo que se le volviera a escapar un nimio gemido.

Sin saber en qué punto establecer la línea de separación entre lo frustrante y liberador, Luke se volvió a restregar contra el trozo de tela, que era una maraña arrugada y que prácticamente ya no tenía olor. En el último celo lo había perdido, pues había estrujado aquella camiseta de Harris con demasiada insistencia.

—Por favor... —rogó ahogado en el lamento, rodando en la cama y con nuevas lágrimas agolpadas. Algo tiraba al final de su espalda, tan fuerte que no lo dejaba ni erguirse.

Harris no había conseguido moverse de su apoyo contra la puerta. Se había dado cuenta de que era imposible que su pecho bombeara algo que no fuera lava. Todo le quemaba bajo la piel.

—*Ciel*…[1] —pronunció antes de apretar los dientes—. *Ciel*, *non*.[2] No quiero que duela.

Luke se sacudió.

—Lo hace, me arde. —Un gruñido nuevo comenzaba a vibrar en lo más profundo de la garganta de Harris—. Estoy mojado… Necesito frío.

—Escúchame —ordenó el alfa—, tienes... Vas a tocarte.

Cayó otra vez dentro de un pozo del que ya no sabía cómo salir. Porque era volver a aquella noche y su cabeza daba vueltas. Regresar a diciembre, a Luke rodando en su cama y a la necesidad de pasar sus dientes por aquella piel, a saber también cómo olía.

Mataría por sentir de verdad aquella picazón en la faringe. Mataría para que tal momento no fuera solo su imaginación. Luke solo, en la penumbra de su habitación, con su entrepierna resbalando y aquellos gimoteos bajos que morían sin contemplación contra una almohada. Aquel pequeño omega que volvía a él. Luke, ese chico que únicamente se dejaba leer cuando su condición lo dominaba.

—Y-yo no…

—Sí —exigió de nuevo el mayor, encontrando la voluntad de separarse de la puerta para dar dos pasos hasta el centro de la habitación—. Lo vas a hacer como yo lo hice, Luke. ¿Lo recuerdas?

Para entonces, el alfa danzaba entre brasas. Porque él sí recordaba aquella piel, aquel cuerpo expuesto y la manera en que su ser reclamaba tocarlo. La forma en que su alfa perdía la capacidad de obrar bajo un patrón racional. Su propia entrepierna también lo recordaba.

—Harris...

Luke tenía los pies estirados sobre su cama, rendido. Era muy fácil hacerlo con los recuerdos que reproducía su mente, con ese tono del alfa que ordenaba de manera tan efectiva aunque no estuviera cerca.

—Hazlo.

—No sé cómo…

Se oyeron jadeos, involuntariamente sincronizados.

—Sí sabes. Tienes que hacerlo.

El solo fantasear con un alivio hacía que Luke gruñera con desespero. Él jamás se atrevió a eso. Antes de que Harris prendiera la llama, solamente conocía la teoría.

—No me da frío, Harris. —Por ello, compararlo con la práctica podría ser un despropósito.

—En la misma posición de aquella noche, Luke. Hazlo. —Mas era la voz ruda y áspera de Harris la que se lo rogaba. El alfa siempre hablaba junto a esa melodía acompasada, acariciando las palabras con ese tono ronco, como si en todo momento buscara qué decir. Como si lo midiera, aunque en realidad cada letra fluyera naturalmente en esa forma tan suya de expresarse con pausa.

Las caderas de Luke se separaron del colchón y fue más sencillo de lo que esperaba tirar de su pantalón corto. Arrastró con él la ropa interior, empapada. La piel le ardía, tersa y lampiña, latiendo por un escaso frescor.

Las rodillas le temblaron cuando se giró para quedar boca abajo. Cuando elevó las caderas, soltó el teléfono y con una mano buscó un punto de apoyo para erguirse.

Temblaba. Todo lo hacía ante la idea de llevar su brazo hacia atrás, de rozar con su mano.

—Con dos dedos.

—*Ah*... —Se sentía totalmente subyugado. Era mezclar fuego con fuego y expandir el incendio.

El restregarse nunca surtió el efecto necesario. Eso no aliviaba, solo cosquilleaba; sin embargo, era aquella voz grave que sentía cerca la que todo lo cambiaba.

¿Por qué el alfa estaba en Londres y no podía plantarse de nuevo en la puerta de su casa? ¿Por qué su omega tenía la capacidad de querer empequeñecerlo en su día a día? ¿Por qué en momentos como aquellos poseía la imponente fuerza de controlar todo su ser?

Sus dedos rozaron la piel de sus nalgas, reprimiendo un quejido cuando enfocó el recorrido hacia sus pliegues. Abrió un poco más las piernas, tensó el coxis y, con una voluntad que no supo cómo halló, llenó sus pulmones de aire.

Harris gruñó alto.

Los dedos de Luke se remojaron demasiado rápido cuando resbalaron hacia ese punto que le arrancó un gemido agudo. Cada pliegue o arrinconada cavidad de su piel era tan sensible. Su pene rosado e hinchado tocó sus muslos cuando sus caderas se sacudieron, cuando el índice y el medio apenas empujaron en su interior. Fue entonces cuando una corriente eléctrica barrió sin compasión su sistema.

Los leves gimoteos llegaron a los oídos de Harris con desespero. El alfa era un león enjaulado, aferrado a aquel aparato y dando vueltas mientras salivaba y tiraba de sus cabellos fuera de su sudada frente. Sus piernas largas conseguían, con dos pasos, toparse entre las cuatro paredes del cuarto. Su alfa rugía de solo imaginar cómo el omega se tanteaba con sus dedos.

—Hazlo. Más.

El bulto en su pantalón demandaba atención; no obstante, no podía arriesgarse a perder algún sollozo o siquiera alguna respiración entrecortada.

Luke dejó caer el apoyo de su brazo cuando no encontró más fuerzas. Un zumbido en sus oídos lo descompensó y el calor volvió a recorrerle con jocosidad el pecho. Cambió el índice por el anular antes de volverse a acariciar.

No era lo mismo. No aliviaba igual. Calmaba su ansiedad, pero si Harris rugía de esa manera

desde el otro lado, cada corriente de sensaciones retornaba.

—No es lo mismo... No puedo —inquirió, pegando su frente al teléfono antes de estirar el cuello para no boquear.

Su derrame era caliente.

—Sí que puedes —musitó Harris, antes de ahogarse con su propia respiración—. Casi puedo olerte.

El omega se deshizo en gemidos.

No, Harris no llegaba a olerlo, pero los recuerdos se agolpaban. Necesitaba aquel cosquilleo de ese ambiente avinagrado.

Luke movió sus caderas y su miembro se volvió a rozar contra la piel. Le faltaba un par de manos y un cuerpo en específico. Necesitaba salir de sí, volverse a restregar contra las sábanas, gruñirle a Harris que le siguiera hablando con ese tono ronco porque era aquello lo que conseguía prender todo una vez más. Lo ayudaba a sentir el cosquilleo en la pelvis, el nudo en la boca del estómago… Sus dedos no llegaban a hacerlo, no calmaban como recordaba.

Su mano ya estaba empapada y resbalaba con facilidad.

—Harris...

Él contestó:

—Te anudaría ahora mismo.

Luke se mordió el labio inferior, haciéndose daño. Cerró los ojos hasta marearse, hasta no saber si ya se había derrumbado o no. Un aire rozó su nuca, haciéndole revivir lo que era sentir allí un aliento cuando su cuerpo se quedaba apresado.

Notó una explosión de fuegos artificiales sordos y sin color. Su cuerpo convulsionó cuando acarició el ingrávido orgasmo. Fue ese sensual bisbiseo que llegó a los oídos del alfa lo que terminó de volverle loco.

Se formó un silencio absoluto cuando el menor alcanzó a tomar una desesperada bocanada de aire.

—Luke —declamó Harris, sin la intención de obtener una respuesta—, en tres horas estoy allí.

Desde su ubicación en Londres hasta Plymouth había un recorrido en coche de cuatro horas. Harris realizó el mismo en dos horas y cincuenta y siete minutos, excediendo todos los límites de velocidad de la autopista y llegando a alcanzar las noventa millas por hora.

Su respiración ya era pesada cuando se detuvo frente a la casa de los Tompsett, con el reloj marcando las diez y cuarto de la noche. Para entonces, cada centímetro de su piel hervía y los dedos le temblaron cuando tomó su teléfono móvil. Algo muy dentro de él se agitó antes de presionar el botón de rellamada. Se escucharon tres tonos y un largo pitido que anunciaba que la misma había sido rechazada.

Tensó la mandíbula y sintió más calor. Se notaba desesperado y fuera de sí.

Había fijado su vista en la carretera durante todo el camino, visualizando antes de tiempo cada salida que debía tomar. Esquivó y adelantó cantidad de vehículos, ignorando los pitidos. Todo con tal de llegar, de cumplirle. No buscó una pauta lógica en sus acciones, se había acostumbrado a esa sensación que iba a una aceleración inconcebible.

Apretó el volante con las manos, liberando la tensión que se concentraba en sus brazos y que le nacía en los hombros. Bufó antes de volver a coger el móvil y fijar por largos instantes su vista en la pantalla.

No le podía hacer eso...

Cuando le volvió a dar a llamar, saltó automáticamente el buzón de voz. El teléfono no

demoró en volar hacia algún lado del auto antes de que un gruñido rudo emergiera de lo más profundo de su pecho.

Se iba a poner a llover pronto.

Las pupilas del alfa se volvieron a dilatar y su vista viajó entre las sombras de la noche. Sus oídos se afinaron a la espera de algún movimiento mientras la conocida vibración se asentaba bajo su caja torácica. La exudación en sus poros y el inhumano fuego se apoderó del ambiente.

Quería que lloviera ya, quizás así el olor a barro lo terminaba de desquiciar y por fin lo hacía reventar junto al rugido que se calentaba al final de su garganta. Porque así, quizás, hubiera pensado que aquel ruido que escuchó a lo lejos había sido solo una casualidad, a pesar de que siquiera atinó a distinguir unas pisadas. En cambio, su respiración se cortó cuando la puerta del copiloto se abrió de repente y un aroma a lodo, distinto del que esperaba, se encargó de abofetear sus sentidos. El cielo nunca goteó.

Tuvo que pestañear varias veces cuando asumió que un pequeño omega, jadeante y absolutamente abrumado, acababa de montarse sin más a su coche. Harris lo observó con asombro largar un suspiro. Su cuerpo estaba encogido y cubierto con ropas anchas.

Luke se acurrucó sobre sí mismo, subiendo las piernas al asiento para poder abrazarse a sus rodillas. No miró al alfa.

Harris fijó su vista en la carretera antes de tragar saliva y girar la llave del contacto. El motor del coche se puso en marcha y Luke tembló.

El mayor agradeció que apenas fueran veinte minutos hasta su destino. Minutos que, de nuevo, redujo a la mitad. Sin más, aparcó el coche lo más próximo posible a aquella casita independiente en la bahía de Whitsand. Apagó el motor, pero no se atrevió a mirar a su acompañante.

El omega rezumaba la misma cantidad de confusión, pudor y feromonas. A Harris cada vez se le hacía más pesado controlar sus instintos, mas se negaba a abalanzarse sobre aquel cuerpo que se seguía aferrando a sí mismo.

—Luke —susurró Harris en tono bajo, encerrando cierta angustia en la voz.

—¿En dónde estamos? —rezongó de inmediato el otro, vagando sus ojos a su alrededor por primera vez.

—En la casa de la playa de mi familia. —El alfa habló como un autómata, siendo incapaz de despegar sus ojos del omega cuando se atrevió a verle.

—Harris —murmuró Luke, restregando el rostro contra sus rodillas—, vuelve a doler...

Todo raciocinio del alfa lo abandonó cuando se aproximó hacia el cuerpo que se sacudía.

Era una sensación tan deliciosa, picante e inexplicable... Tan Luke.

Las llaves de la casa siempre las guardaba en la guantera del coche y solo él sabía cuánto había agradecido tal decisión en aquel momento.

—Confía... —pronunció demasiado cerca del omega, con el aliento volviéndose denso y palpable— de nuevo en mí.

Un gemido bajo escapó de ambos cuando el azul se enfrentó a unos ojos en los que apenas quedaba algo de verde, dictando la misma sentencia de hacía meses.

¿Cómo entraron en aquella casa? Demasiado rápido, a trompicones y con Harris dejando su coche abierto. Gruñía cuando batalló por encontrar la llave que abriera la puerta y luego cerró la misma de un portazo cuando escuchó al omega soltar un quejido tras él. Todo sucedió a una velocidad de vértigo, hasta que el silencio reinó y se encontraron al fin en el mismo espacio. Cerrados y a oscuras, donde no esperaron más.

Luke se levantó el bajo de su sudadera cuando Harris lo pegó a la pared, oliéndole como un

desesperado el cuello. Era como paliar la sed. Aquel maravilloso frescor nivelaba sin ningún tipo de explicación el grado de sus pieles.

Harris se revolvió cuando sus dedos tocaron las caderas descubiertas de Luke, quien se deshizo en sollozos cuando el alfa se arrancó su camiseta e hizo chocar sus torsos desnudos.

—Luke —murmuró el mayor, rodando sus labios por el cuello terso del contrario—, tomas supresores, ¿verdad? —Su pregunta contenía otro trasfondo, ya que por supuesto conocía la respuesta: todos los omegas en su sano juicio lo hacían.

—Sí —respondió ahogado, hundiendo las yemas de sus dedos en el cabello ajeno.

Ambos embebieron de un mismo aliento caliente.

—*Baise... Et pourquoi tu sens si bon?*[3] —Sus «erres» fueron acariciadas con la perfecta vibración que sintonizaban sus cuerdas vocales.

Se suponía que los supresores disimulaban el olor de un omega, pero en Luke podía jurar que eso no se cumplía, como muchas otras cosas. Su fragancia era fuerte…

—¿Qué? —jadeó el contrario, lánguido cuando la lengua de Harris le recorrió el cuello hasta su oreja. Le mordisqueó el lóbulo antes de jalarle del pantalón para pegarlo más a él.

No necesitaron una cama cuando Harris enfocó la vista en el sofá del pequeño salón. Ni siquiera retiró la sábana blanca que lo cubría para cuando depositó a Luke allí.

La necesidad se adjudicó a la atmósfera entre tirones y gemidos. El alfa sintió en su piel los mismos dedos que horas atrás le arrancaron un orgasmo al omega que ahora ansiaba atender. Aquel precioso omega en celo, el que se volvía uno revoltoso cuando su cuerpo lo cubría.

Harris gimió con rudeza cuando su erección se liberó. Supo que no duraría mucho cuando el otro se remojó los labios y abrió las piernas. Aquella acción siempre desbancaría al propio Harris y a su alfa, lo convertiría siempre en animal.

Las uñas cortas de Luke se clavaron en los brazos firmes que lo mantenían en aquella controlada ola de frío y calor, dándose así la primera estocada. Fue un perfecto deslizar. Sus ojos se llenaron de lágrimas de satisfacción por el regocijo del alivio.

Harris solo empujó cuando Luke lo abrazó y mordisqueó su cuello. Sus brazos apresaron el cuerpo menudo hasta el punto de que era capaz de levantarlo en peso para llegar más al fondo. Y así lo hizo.

Nada era igual que Luke. Él lo mordía, apretaba y gimoteaba alto, su cuerpo exigiendo y dándole lo que pedía.

Harris se desplomó en el sofá, con el omega cayendo sobre sus caderas.

—Por favor, hazlo. —La petición fue como música para sus oídos.

Harris estaba a las puertas de hacerlo. Luke era estrecho y él llevaba tanto tiempo atrapado en sus propias ganas de estallar...

Rugió cuando su cuerpo se estremeció y sus fuerzas flaquearon, sintiendo la única presión viniendo de Luke aferrado a su cuello. Tocó el paraíso con la yema de los dedos cuando el cosquilleo del orgasmo lo recorrió, cuando Luke estiró su espalda al sentirse colmado y acompañándolo en las mismas sensaciones hacia la ascensión a la gloria.

La respiración se les esfumó. Todo aterrizó sobre nubes esponjosas.

—*Oh, ciel!*[4]

VII

Al final sí que se repitió.

Sus ojos feroces barrían cada centímetro de su piel. Una palma recorría el cuerpo del omega sin poder despegarse, mientras se deleitaba por la sensación fresca que transfería y calmaba el vibrar bajo su pecho.

Harris era fuego. El calor colmaba en su sistema y se filtraba a través de sus gruñidos y movimientos bruscos. Perdía el control cada vez que su cuerpo cubría al contrario y los talones del omega se clavaban en su espalda baja. Cuando le pedía con quejidos bajos que apretara más aquel agarre, y él lo hacía.

Su lengua hormigueaba, maravillada por estar empalagada de aquel sabor acidulado, uno que refrescaba sus papilas. Harris, sintiéndose encerrado en su propio cuerpo, gestionaba sus movimientos con parsimonia, pues en su cabeza la realidad se concebía más rápido.

Sus ojos se habían vuelto oscuros. Fue cuestión de un rango de seis horas adivinar que aquella sed insaciable del alfa se debía a que también había entrado en celo.

Jamás había tenido uno tan salvaje, tampoco había estado tan en sintonía con su faceta más primitiva. Se sentía como un mar embravecido debido a un tsunami impredecible. El alfa fue un torbellino desde que tocó al omega y se atiborró de todos los gimoteos que este soltó contra su cuello. Casi no podía controlar que su sistema se desbordara con cada sensación y deseo. Su celo no le tocaba aún; calculaba que todavía tenía plazo de un mes, pero todo se fue abajo. Cavilar más se le volvió imposible. Lo único que demandaba su ser era rozar aquella piel suave.

Su celo se había sincronizado una vez más con el de Luke. Su instinto se disparó cuando el deseo reinó y por primera vez la teoría no pudo explicar la práctica. El instinto animal se movía gracias a pisadas cautas sobre un húmedo suelo selvático.

Luke hundió medio rostro contra aquel colchón que Harris había tirado al suelo. Lo arrancó del somier antes de hacerlo volar. Vio cómo Luke se dejó caer en él, destrozando sus labios secos con sus dientes al no poder dejar de mordisquearlos. Todo él siendo un cuerpo pequeño al que el alfa necesitaba seguir atendiendo.

Luke dejaba su olor en cada espacio insignificante que tocaba. Y Harris quería que lo hiciera.

El omega apretó el agarre de sus pies en las caderas del alfa y dejó escapar un gemido bajo cuando una lengua acuosa recorrió su cuello. Harris enredaba sus largas extremidades en el cuerpo contrario mientras daba movimientos acertados de caderas. La espalda de Luke dio un respingo cuando sintió su aliento en la barbilla, acercándose a una de las comisuras de su boca. Giró de nuevo el rostro y jadeó impaciente, balbuciendo un rumor angustioso que volvió a poner en alerta al alfa, quien apretó más sus manos contra la piel para dar otra embestida.

Era como domar a una fiera. A su celo más salvaje, pero a la vez controlado. Inexplicable.

Había sudor entre ellos, mordidas flojas, agarrones y labios rodando por la piel ajena. Estocadas que arremetían con precisión para alcanzar el hormigueo necesario, el corte de respiración justo. Luke gemía sin ser consciente de lo que eso ocasionaba. Harris toqueteaba sin ser consciente de lo que eso calmaba.

El cuerpo enorme del alfa acaparaba por completo el del otro. El omega era suave y Harris se recreaba cada vez más en eso. Ni un solo vello osaba cubrir su vientre, por lo que se volvía imposible que no enloqueciera cuando su estómago rozaba el miembro sonrosado y húmedo de Luke.

El aire huyó raudo de los pulmones de ambos cuando una sacudida involuntaria se atrevió a predecir lo que venía. Los dedos de los pies se encogieron, músculos tensándose y labios entreabiertos. Luke cerró los ojos con fuerza, explotando cuando Harris lo aplastó por completo con su peso.

El apoyo de las piernas falló tras otro orgasmo. El silencio se presentó en el ambiente, y la conciencia se rindió junto al ya ineludible agotamiento físico.

Veinticuatro horas más tarde, Harris dio un brinco en la improvisada cama. Se despertó desorientado, con la sensación de que había dormido mucho y llegaba tarde a algún sitio, ya que no había sonado el despertador. Se encogió sobre sí mismo al sentir el frío. La luz de la luna apenas iluminaba la habitación, por lo que debía ser media noche. Se frotó ambos ojos con las manos y estiró las piernas, sintiendo el entumecimiento. Los huesos de su espalda crujieron y reprimió un bostezo cuando su vista recorrió la habitación en donde se encontraba.

El cuarto principal de la casa de la playa era demasiado sencillo. Al subir al segundo piso, a mano izquierda, se hallaba un armario de tres puertas y una cama justo al frente, junto a dos mesas de noche. Al fondo, había una ventana sin cortinas. En ese momento solo había un somier rodado y un colchón en el suelo ocupando gran parte del espacio. Una de las mesas de noche estaba tumbada. Irremediablemente, su pecho se aceleró.

El alfa pestañeó.

Aquello ya lo había vivido. No el desorden, sino... el hallarse solo. Estaba solo.

—¿Luke? —se atrevió a pronunciar en voz alta, averiguando que su voz era totalmente ronca, casi afónica.

Se levantó del colchón a trompicones, sin toparse con su ropa en los alrededores y recordando tras segundos que debía estar todo en el primer piso. Sacudió la cabeza y no pensó demasiado antes de encaminarse hacia el pasillo para bajar a la primera planta.

La casa estaba en absoluto silencio cuando llegó al final de la escalera. A la derecha se encontraba el pequeño salón y a la izquierda la sencilla cocina. Tragó saliva cuando creyó ver su ropa interior en mitad del pequeño pasillo que conectaba ambas estancias. Sin embargo, otro latigazo le erizó la piel al darse cuenta de que la prenda era más pequeña. No era suya...

Entró rápidamente al salón, encontrando sus vaqueros sobre el sofá. Se los puso sobre el cuerpo desnudo y, mientras su vista viajaba para localizar su camiseta, el ruido de unas tazas chocando entre sí lo hicieron voltear.

Aspiró profundo.

Su respiración se relajó y los furiosos latidos en su pecho se manifestaron cuando supo de quién se trataba. Luke estaba en la cocina. Le tomó varios momentos cerrar sus manos en puños antes de dirigirse hacia ese lugar. Se sentía bloqueado entre su parte más humana y su condición. Como en una resaca donde prevalecía el agotamiento, se sabía embotado.

Sí, Luke estaba en la cocina, de puntillas y ojeando algo en uno de los armarios empotrados. Vestía su ropa, pantalón de chándal y ancha sudadera negra. Harris, en el marco de la puerta, apenas se movió al verlo. En cambio, Luke sí dio un respingo cuando giró y lo vio.

El choque de miradas no duró ni cinco segundos. El menor desvió su vista al suelo para luego centrarse en sus manos escondidas bajo la prenda que vestía. Una corriente de nervios mezclada con desconcierto se encargó de hacerse con su razón.

El alfa lo notó.

Harris fue cauteloso al dar el primer paso, manteniendo una distancia prudencial al ingresar en la cocina. Esa vez fue Luke el que apenas se atrevió a pretender un movimiento.

—Hola —se limitó a pronunciar el mayor, teniendo al instante ganas de morderse la lengua—. ¿Te ayudo?

Los hombros de Luke estaban tensos, con sus ojos al acecho e inspiraciones contenidas.

Luke llevaba horas preguntándose: «¿Ahora qué?», desde que se deslizó de entre los brazos de Harris y corrió hacia el primer piso. Se sintió más tranquilo al encontrar su ropa, pero alarmado cuando, una vez más, no supo cómo debía actuar. Esa vez no podía huir.

Le llevó una batalla interna volver a levantar su vista para enfocarla con la de Harris, quien era todo rizos cortos y alborotados, con su torso desnudo y solo un pantalón vaquero. Luke decidió centrarse en el verde que lo aguardaba.

—Tenía hambre. Vine a ver si...

—¡Oh, claro!

Harris pareció movido por un resorte cuando se apresuró a abrir las puertas del mueble contiguo al que hacía un momento el otro rebuscaba. Resopló tranquilo cuando se fijó en una taza con agua a medio beber sobre la encimera. Era importante no deshidratarse y comer después de pasar un celo. Hasta ese momento el alfa no se dio cuenta de que sus tripas también rugían demandantes por alimento.

Aquella casa llevaba demasiado tiempo cerrada, así que apenas encontraron unas latas de alubias con tomate y paquetes de ramen.

Luke enarcó una ceja cuando vio todo sobre la encimera.

—Toma todo lo que quieras. Creo que la cocina sirve, podemos calentar algo.

—Está bien.

El alfa estaba nervioso hasta el punto de que su voz tembló. Sentía que cualquier cosa podía espantar al omega. Era de nuevo esa sensación de controlar a su fuero interno y a la vez lidiar con su desconcertado raciocinio.

Luke dudó antes de revisar uno de los paquetes de ramen. Harris contuvo otra inspiración antes de tomar dos latas de alubias, dando apresuradamente media vuelta.

—¿Tú no lo vas a calentar? —La pregunta de Luke lo hizo brincar y volverse a girar apurado.

—Eh…, no. Tengo demasiada hambre, no importa. —Se mordió el labio tras hablar y Luke luchó con sus comisuras antes de negar con la cabeza.

Y ahí, Harris inexplicablemente se relajó. Reculó en sus pasos, dejando las latas de nuevo sobre la encimera.

Luke volvió a hablar señalando la estufa eléctrica:

—¿Cómo va esto?

Harris asintió y se movió rápido, sacando dos ollas pequeñas de otro mueble antes de girar las perillas para prender los quemadores. Sin que el otro se lo dijera, puso a calentar agua para dos paquetes de ramen y se aseguró de dejar en una jarra otro poco de agua fría.

—¿Estás seguro de que no quieres calentarlo? Sería un momento —insistió Luke cuando Harris se apartó de la cocina tras organizar todo.

Fue entonces cuando el alfa lo miró de frente. Dudó antes de encogerse de hombros.

—Bueno, está bien.

El agua hirvió en silencio, con dos pares de ojos observándola más de la cuenta. Luke se encargó de volcarla sobre el preparado instantáneo y revolver las alubias cuando Harris finalmente abrió las lata.

El alfa, con manos torpes, encontró platos y dos cubiertos. También se encargó de llenar dos vasos de agua y, tras tropezar con sus propios pies, llevarlos hacia el salón para depositarlo sobre la mesa de café frente al sofá. Volvió a sentirse torpe cuando intentó ayudar a Luke, quien llevó

los platos servidos con las alubias con tomate y su ramen humeante.

Harris se bebió de un trago su vaso de agua cuando los dos se sentaron por fin en el sofá. Luke miró sus fideos y descubrió que el estómago se le acababa de cerrar, y no precisamente por el alimento. Los fideos olían demasiado bien y el caldo le sentaría genial, pero no era aquello... Era el cuerpo de Harris justo al lado como una roca enorme incapaz de erosionar.

El sistema de Luke ya no ardía, dolía o se retorcía. Solo lo sentía aletargado, pesado y con un ligero tirón en las caderas. Se ruborizaba al pensar en que eso ya lo había vivido, y en que, sin embargo, ahora cualquier rastro de molestia también llegaba a ser un poco más intenso. Tuvo la sensación de que las horas habían pasado demasiado rápido, no tenía claro si fueron días o si habían caído en una noche eterna.

Harris comenzó a comer los fideos en silencio, casi al mismo tiempo que Luke. Con el primer bocado se dio cuenta de que, a pesar del batiburrillo de su mente, era sencillo que su apetito se volviera a abrir.

El silencio era algo que a Luke, en otras circunstancias, le hubiera molestado. Estaba acostumbrado a escuchar ruido a su alrededor, a trabajar con máquinas, a andar con música o hablar siempre con sus dicharacheros padres si estaba en casa. Lidiaba con el silencio únicamente estando solo, en momentos que él se encargaba de evitar. Prefería no toparse con sus pensamientos.

—¿Está bueno? —cuestionó Harris de la nada, tras tragar una cucharada colmada de comida.

—Sí —respondió el otro, para luego volverle a retirar la mirada.

Harris se limitó a suspirar.

Para Luke volvía a ser extraño lidiar con el alfa, demasiado. Se revolvió en su asiento y dejó que sus pensamientos se encargaran del resto, involuntariamente.

Era consciente de que tornaba a otra persona cuando su naturaleza llegaba para hacerse con el control. También que de su boca salían palabras que jamás imaginó que pronunciaría. Sus acciones lo desbancaban. Era como si dos versiones de sí mismo vivieran dentro de él: uno era el de casi diecisiete años que estudiaba mecánica e iba en *skate*, que marcaba su identidad y con el que se quería sentir identificado; sin embargo, el otro era aquel que tenía más fuerza, pues era incapaz de controlarlo. El omega dominaba a Luke, se sintonizaban por momentos para luego volver a despegarse.

Estaba con un alfa a su lado, uno que en ese momento solo identificaba como Harris, el niño pijo de universidad privada que era su vecino. El amable vecino que le regaló la moto de su padre y el que respondía a sus llamadas cuando todo se comenzaba a mezclar.

Era curioso que Harris y Luke se entendieran, aún más que alfa y omega también.

Luke apartó su plato casi vacío antes de tomar su vaso y llevárselo a los labios. Harris lo miró de reojo, queriendo imitarlo, pero descubrió que el suyo se hallaba vacío desde hacía rato. El hambre ya había cesado y podía llegar a morirse de nervios. No sabía cómo sobrellevar la situación, la catalogaba de surrealista.

Su vientre todavía cosquilleaba al recordar cómo estuvieron tumbados en aquel sofá. El olor... Todavía olía a Luke. El omega olía a él, a Harris. Cualquier esquina olía a ellos.

No se veía con la voluntad de aceptar de nuevo un “Esto no”, mucho menos se veía recorriendo media ciudad para ir a cierto supermercado y...

—¿Harris? —El aludido dio un respingo antes de lanzar su vista sobre la del omega.

Pero Luke no dijo nada más y el otro resopló por enésima vez, llevando una de sus manos hacia su propio cuello para masajear la piel tensa.

Había perdido clases, debió haber entregado una práctica ese mismo día y completar la

matrícula de su curso de alemán; por el contrario, estaba allí, en Plymouth. Y lo que más le angustiaba era que todo ello no le atormentaba tanto como debía.

—Luke —pronunció firme, apretándose más el músculo trapecio—, yo creo que...

—Debemos hablar —lo interrumpió, dejando escapar un suspiro—. Sí.

Harris inspiró complacido, sintiendo que un peso enorme acababa de desaparecerle de los hombros. Se giró hacia el omega.

—Yo... —comenzó Luke de nuevo, pellizcando las mangas anchas de su ropa—. Esto es raro.

—Lo sé. —Harris llevó la misma mano que tenía en su cuello hacia su pelo, empujándolo hacia atrás. Resopló.

—¿Te había pasado antes? —Harris parpadeó varias veces mientras digería la pregunta de Luke. A dos segundos de hacerlo, sintió sus mejillas afiebrándose.

Si se refería a perder el control o a no ser consciente ni de las horas, todo debido a él… No, no era la primera vez. En cambio, sí que era la primera vez que entraba en celo de esa manera.

Se acaloró.

—Sí, se supone que no me tocaba. Yo... Bueno, sí me había sentido raro estos últimos días, pero no llegué a pensar que era por eso. Creo que también influye que… que...

—¿El qué? —inquirió el omega.

—Que haya tenido contacto contigo y que tú también lo estuvieras.

Esa vez, las mejillas que se arrebolaron con furia fueron las de Luke. Frunció el ceño, sintiendo el calor subiéndole por la espina dorsal. Apretó más los puños de sus mangas y largó un suspiro que bien pudo resonar como uno frustrado.

—Ya.

Había accedido a hablar y, tras tres frases, ya se estaba arrepintiendo. Le costaba horrores, sentía que era demasiado íntimo.

—Es tonto, ¿no crees?

Luke despegó su vista del suelo cuando escuchó la cuestión. Arrugó la frente.

—¿El qué?

—Estar así, que no podamos siquiera hablar después de... —Tomó aire, juntando todo su coraje para continuar—. De habernos acostado.

Harris Gautier, el mismo que no podía dejar cabos sueltos, estaba allí, aunque se muriera de bochorno, y nadie lo iba a mover.

Luke quería esconderse, pero la determinación del alfa era la que lo mantenía anclado a su mirada. Tragó saliva, cerrando sus ojos con fuerza antes de atreverse a abrir la boca.

—¿Eso es lo que dura? El tuyo, quiero decir.

Harris se remojó los labios.

—Sí, nunca son veinticuatro horas completas. Todavía me siento un poco raro. Cansado, revuelto, pero sé que ya pasó. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Luke sabía que estaba teniendo la conversación más incómoda de su vida. No se comparaba a la que tuvo con su madre cuando pasó su primer celo y le trató de explicar los cambios en su cuerpo. O a la del médico cuando le habló de los supresores y métodos anticonceptivos, incluso no superaba a la de sus padres cuando le preguntaron si estaba bien cuando pasó aquella primera noche con Harris. Y quizás precisamente por eso, porque el alfa tuvo razón en denominar aquella incomodidad como tonta, era que debía tragarse el sofoco que hablar de ello le ocasionaba. Al fin y al cabo, era fácil. En realidad, no era la primera vez que confiaba en él.

—Bien. En mi caso…, es difícil de explicar. —Los ojos de Harris aguardaron impacientes a que Luke encontrara el afán de proseguir—. Suelo caer malo cada tres o cuatro meses, no es

nada regular.

Las mejillas de Luke se sentían a punto de explotar, así que el otro enarcó una ceja e intentó tornar el ambiente. Notaba la incomodidad del omega.

—Pero tomas supresores. ¿No te ayudan?

Con o sin confianza, el menor trinó soltando un bufido.

—Me juraron que calmarían los síntomas, que alargaría los ciclos o que duraría menos, pero... —gruñó—. ¡Yo eso no lo noto! Es frustrante. Funcionan como anticonceptivas y ya. A mí no me… —se cortó cuando sintió más calor en sus mejillas.

Harris se mordisqueó el labio inferior.

—¿Te dura tres días? Entonces ahora...

—Cuando... —Temía desmayarse del apuro. Prefería interrumpir al alfa y hablar él—. Quiero decir, la otra vez que... —resopló—. En diciembre también me duró dos días.

Al alfa le llevó unos momentos hilar.

—Cuando no los pasas solo, ¿te duran menos?

Luke bufó y asintió.

—Sí. Cuando los he pasado contigo me duran dos días. La verdad es que no entiendo por qué, supongo que… —No se atrevía a decir en voz alta que suponía que los orgasmos eran los que ayudaban y calmaban la sed, que eso era lo que demandaba su caprichosa naturaleza.

Sin embargo, Harris únicamente se había quedado con una palabra. Contigo. Reaccionó cuando el omega lo observó interrogante.

—Luke, yo... Todo esto es raro. Complicado. Yo también trato de entender esa otra parte de mí y, ¿sabes?, me han dicho que cuando somos jóvenes es distinto, que cuesta más entendernos con nuestras condiciones. Supongo que... No sé. No puedo controlar a mi alfa cuando siente a tu omega. Supongo que es normal, aunque nos parezca raro.

Luke asintió de nuevo, acalorado y confuso. Era demasiada información sobre el celo de los alfas, sobre el suyo, o sobre cómo se afectaban... Pero al menos había vuelto a confirmar que con Harris su condición se controlaba. Asimismo, el alfa también había asumido que la suya se aceleraba. Juntos eran complejos.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? Esta situación no es precisamente la más cómoda para mí, Harris. Tengo... demasiados asuntos. Mi condición es... —bramó—. Soy consciente de que la última vez que nos vimos te pedí normalidad.

—No es tu culpa —intervino de inmediato el mayor—. Esto es algo que no depende de nosotros. No elegimos lo que somos ni la manera en que eso nos afecta.

Luke en eso no pudo estar más de acuerdo. Él nunca la hubiera elegido.

—Esto me agobia. Me incomoda.

—Lo sé, puedo sentirlo.

—Creo que eso también lo hace, que sientas lo que yo...

—Oh —farfulló Harris con apuro, mientras jugaba con sus dedos, azorado—. Lo siento, no lo hago a propósito.

Luke tranquilizó al alfa con un movimiento de cabeza antes de largar un suspiro.

La situación no podía ser más irreal. Estaba allí, con su vecino que había venido desde Londres. Era incapaz de hablar con Harris sobre la llamada y lo demás que había ocurrido. Era frustrante la manera en la que no podía digerir todo aquello.

—Creo que es mejor esperar a mañana para volver a casa —Harris había vuelto a hablar.

Luke asintió.

—Debería llamar a mi madre y decirle que estoy bien.

Ni siquiera sabía dónde estaba su móvil. Recordaba haberlo metido en uno de los bolsillos de su pantalón cuando lo apagó antes de salir de casa, pero seguramente estaba en el suelo del salón o quizás se le había caído en el coche de Harris. Palpando en el bolsillo de su sudadera, se encontró con su cajetilla de tabaco. Necesitaba uno.

—¿Te importa? —cuestionó.

El alfa negó, casi atónito.

Luke se llevó el tabaco a los labios, sacando de la misma caja un mechero plateado. La mecha se prendió y aspiró hondo, impregnándose del sabor a nicotina y alquitrán.

—No sabía que fumabas.

—Me relaja —resolvió con simpleza, encogiéndose de hombros.

Harris rascó su nariz, mas no mencionó nada del olor del tabaco. El humo danzaba con gracia alrededor de Luke, quien giraba su rostro para expulsarlo de sus pulmones tras dar profundas caladas.

—Puedes usar mi teléfono si quieres. —Harris también se palpó su pantalón y en segundos recordó su paradero—. Si antes voy a buscarlo al coche. Recuerdo que lo dejé allí. —O más bien, lo lanzó.

—Sí, luego. Yo también debo buscar el mío.

Luke fumó tranquilo, centrándose únicamente en las caladas y el sabor que atemperaba. Harris decidió levantarse en silencio para recoger los vasos y los platos vacíos. Dejó todo en el fregadero de la cocina y decidió que prefería lavarlos al día siguiente. Cuando ingresó de nuevo al salón, unos ojos azules se posaron sobre él.

—Si te parece, me quedo a dormir esta noche aquí —señaló el sofá con un dedo índice.

Harris asintió tras segundos.

—Sí, yo iré arriba. Me daré una ducha. Si quieres darte una, puedes. El mueble del baño está repleto de toallas limpias.

—Está bien. Gracias.

El alfa esbozó una leve sonrisa con hoyuelos antes de dar una vuelta sobre sí mismo y caminar hacia las escaleras. Antes de subirlas, hizo un amago de despedida con la mano. Luke la correspondió con un movimiento de cabeza.

Harris, una vez arriba, se despojó del pantalón y se metió en la ducha, sin esperar a que el termostato calentara el agua. Sus dientes castañetearon ante el contacto frío y bajó la nuca para terminar de sentir el agua helada en su espalda. Su mente le pedía no pensar y dejar pasar las horas, también ordenar el desastre que había dejado en la casa.

Hizo la cama de nuevo, llevando el colchón a su sitio para luego vestirlo con sábanas limpias. Ordenó las mesillas y se dejó caer agotado y desnudo sobre el mueble. Quería dormir, pero no sabía si podría, ya que ni la ducha o el cambio de sábanas había logrado que dejara de sentir aquel aroma junto al hormigueo que se alojaba en su garganta.

Oyó que Luke tomó entró a la ducha una hora más tarde y que hizo algo en la cocina. Gruñó y enterró el rostro en la almohada. Al día siguiente le esperaba un largo viaje en coche para volver a Londres. Se negaba a pasar por la casa de sus padres; sería una visita absurda con la que tendría que dar demasiadas explicaciones, además de que ni siquiera traía ropa. No fue consciente hasta ese momento de que no llevaba dinero encima.

Mientras tanto, el omega se encogió en el sofá del primer piso, vestido y con las mejillas todavía arreboladas al haber encontrado su ropa interior en el suelo. Su móvil también había aparecido. Lo encendió para mandarle un mensaje a su madre y no demoró en volver a apagarlo. Esa conversación también lo angustiaba.

En la primera noche que pasó fuera, sus padres le dejaron espacio para contarles, en una conversación muy breve, que simplemente había “tenido que acudir”. Le rogó a Marjorie que confiara en él y no le hiciera más preguntas, jurando que había estado seguro en todo momento.

Finalmente, fue bien entrada la madrugada cuando en aquella casa reinaron las respiraciones tranquilas y acompasadas que se habían rendido al sueño.

A las ocho de la mañana, Harris se revolvió en la cama y soltó un gruñido cuando unos rayos de sol chocaron con sus párpados cerrados. Gateó por el colchón hasta bajarse de él y estirar su espalda. Su pantalón y ropa interior aguardaban sobre una de las mesas de noche.

Tras lavarse la cara con agua helada y recordar que su camiseta debía seguir en el salón, bajó los escalones al primer piso. Al entrar se topó con un Luke somnoliento y despeinado.

—Buenos días —articuló el mayor cuando el omega le apartó la mirada.

—Buenos días.

Luke se llevó las manos hacia el cabello, consciente de la maraña que este era.

—¿Dormiste bien en el sofá? —cuestionó Harris, dándose cuenta de que el salón se encontraba impecable. Incluso su camiseta estaba doblada sobre la mesa.

—Sí, es cómodo. —Hubo un choque de miradas y Luke optó por aclararse la garganta—. Voy un momento al baño, no tardo. Nos iremos ya, ¿no?

—Sí, cuando quieras.

—Cinco minutos.

Harris largó un suspiro antes de apresurarse a vestirse con su camiseta cuando Luke se perdió escaleras arriba. Efectivamente, la cocina estaba inmaculada, con los platos fregados y colocados en su sitio.

Luke cumplió con esos cinco minutos cuando abandonaron la casa. Harris la cerró con llave mientras el omega se dirigía vacilante hacia el coche granate del otro. Se sentó en el asiento del copiloto a la misma vez que Harris posaba las manos sobre el volante. No dijeron nada cuando el coche se puso en marcha y tomaron la carretera.

El alfa aspiró, atreviéndose a mirar de reojo al otro, quien no había despegado la vista de la ventana. A Harris le resultaba increíble el poder identificar su fragancia picante en cualquier lado, pues cuando estaba relajado era cuando precisamente la misma parecía extenderse con más sensualidad. Mar y lluvia; especias y césped embarrado.

El camino de veinte minutos en coche fue ameno. Harris encendió la radio y dejó sintonizada la emisora de noticias. Luke volvió a perder la vista en el cristal, escudriñando hacia el paisaje familiar.

Cuando entraron en la urbanización, un nudo apretó el estómago de ambos.

—Si quieres déjame antes de doblar la esquina. Creo que es mejor.

Harris estuvo de acuerdo. No quería tentar a su suerte y toparse con Annette. Estacionó su coche cuando encontró un hueco libre antes de girar hacia la calle.

—Luke —llamó Harris, retirándose el cinturón de seguridad y girando el cuerpo hacia él. Resopló antes de hurgar en uno de los bolsillos de su pantalón—. Ten…

El aludido abrió los ojos con asombro cuando en una de sus manos cayeron las llaves de la casa que acababan de abandonar. Arrugó la frente antes de cuestionar con una mirada.

—¿Qué? ¿Por qué me...?

Su pecho se aceleró, y el alfa lo notó.

—Luke, es solo que... Sé que hablamos de normalidad. Hemos hablado de lo que pasó y de lo que nos pasa. Soy el primero que anda a tientas con esta situación, pero también llegué a una conclusión… —Los ojos del omega aguardaban igual de impacientes que desconcertados—. Si

me llamas otra vez, yo voy a responder. Voy a decir que sí y, si es necesario, volveré a aquí.

Luke se atragantó con su propia saliva. Llegó a hiperventilar dentro de un estado de perplejidad, todo junto. Intercambió miradas entre el manojo de llaves y Harris. Abrió y cerró la boca dos veces antes de poder centrarse solo en las llaves.

—Pero… ¿Cómo voy a tener yo esto? ¿Estás loco? Tus padres irán en cualquier momento, o tú...

—Mis padres nunca van. Solo lo hacen en verano, y siempre me avisan antes. Además, me haré con la otra copia de la llave.

Los ojos del menor podían llegar a salirse de sus cuencas. Aquel giro en la situación, porque no solo en la conversación, lo había dejado casi en la estocada. Le costaba asimilar que Harris le estuviese proponiendo en algún momento... ¿repetir?

Sus mejillas adoptaron de inmediato furiosos tonos rojizos. La respiración errática tampoco ayudó.

—¿Me estás proponiendo que te llame si...? ¿Realmente me estás diciendo que...?

—Luke —lo cortó Harris, embebido de su alarme—, te lo estoy diciendo por si quieres o necesitas un lugar íntimo, así me llames o no. Créeme que mis padres nunca van y... No sé, quizás también quiero que lo tomes como una fianza. Nuestra relación siempre ha sido extraña. Me he querido acercar a ti, a Luke, pero han sido nuestras condiciones las que siempre han hablado por nosotros. Por ellas estamos aquí y ahora tenemos que lidiarlo de esta forma.

—Pero también me estás insinuando que puedo acudir a ti cuando se repita el...

—Sí.

—¿Así, sin más?

—Bueno, ¿no estamos ahora mismo aquí por eso? Lo que ha pasado, de nuevo, ¿no ha sido así? ¿Sin más?

Luke se alejó apretando sus labios. No había sido un golpe bajo, pero lo pudo sentir como tal. Al fin y al cabo, fue él quien cogió el teléfono para buscar una atención que ni siquiera sabía si querrían brindarle. En ese momento, simplemente tenía en su mano la respuesta a ello.

—Harris...

—Se supone que voy a estar en Londres hasta las vacaciones de fin de año. Si quieres, cuando vuelva, te puedo hablar. Si me quieres devolver las llaves, también lo puedes hacer.

—Entonces, en pocas palabras, ¿me estás diciendo que si te vuelvo a llamar tú...? Me estás diciendo que te llame y te diga: Oye, Harris, creo que voy a entrar en celo y tú… —se cortó. No podía creer que hubiese dicho eso en voz alta. Estaba entrando en pánico, no estaba sabiendo gestionar nada.

—Si quieres, le ponemos un nombre en clave.

Los ojos de Luke, abiertos de par en par, lo escudriñaron escandalizados.

—¿Sí?

El alfa negó con la cabeza, dejando escapar una risilla.

—No lo sé. La verdad solo bromeaba con eso último...

Luke se giró para hundirse en el asiento. Miró de nuevo a Harris, fijándose en sus marcados hoyuelos cuando sonreía, también en su lunar cerca de uno de ellos.

¿Confiaba en otro alfa que no fuese él? En sí, fuera de su entorno familiar, ¿confiaba en alguien más?

—Vale —sentenció, escondiendo en su puño el manojo de llaves. Tras vislumbrar el semblante pasmado del alfa, también cerró los ojos—. Y... veo bien lo de la palabra clave.

Harris ladeó el rostro, confundido.

—Lo dije de broma...

Luke bufó. No soportaba sentir tanto calor en sus mejillas.

—A mí me parece una buena idea. Esto es probar, ¿no?

—Sí, claro, pero… no sé. No soy bueno para esas cosas.

«Absurdo», Luke se gritó internamente que todo lo era. Tragó saliva, perdiendo la vista en las baldosas de la calle.

—Había algo que te quería preguntar. —Harris lo miró cuando habló y asintió, alentándolo a proseguir—. ¿Por qué me hablaste en francés?

—Yo... ¿lo hice?

Luke enarcó una ceja, casi divertido.

—Sí, no sé qué decías. Nunca hablas en ese idioma, ¿no?

Harris se encogió en su asiento. Un tono carmín había pintado por completo su semblante perplejo.

—Solo con mis padres, a veces. Más bien con mi madre —refunfuñó con pesadez, hurgando en aquella explicación que desde pequeño había conseguido abochornarlo—. Soy bilingüe. Mi padre casi siempre me hablaba en un idioma y mi madre en otro. Precisamente de ella cogí esa manía. Cuando me regañaba lo hacía en francés. De pequeño, en el colegio, cuando me enfadaba lo hacía en ese idioma para decir palabras feas, así no me entendían y los profesores no me regañarían. Hoy en día, cuando me pongo nervioso, estoy estresado o supongo que pierdo el control, cambio el idioma. Mi compañero de cuarto alguna vez me lo ha dicho. Sinceramente, no soy consciente cuando lo hago.

Luke asintió a la explicación, mordisqueándose el labio.

—Vale. Yo no sé prácticamente nada de francés, así que... esa palabra clave podría ser en ese idioma. Invéntatela tú.

Harris alzó una ceja. ¿Una palabra en francés cuando Luke quisiera buscarlo? Cuando su condición quisiera volver a llamarlo… De repente, algo frenó. Un azote imaginario lo golpeó.

Respiró hondo. Sin apenas cavilar, pronunció:

—En rut.

Luke se fijó en los labios del alfa cuando articuló aquellas dos palabras. El alfa acarició las consonantes con un exquisito acento. Entonó cada vocal.

—¿Cómo?

—En rut. Pronúncialo conmigo: «on rhut».

Luke parpadeó. Pronunciar la «r» francesa como una consonante gutural no era sencillo. Dejar morir una especie de «g» en su garganta no fue nada fácil, así que Harris rio en su primer intento. Después de tres veces, Luke consiguió pronunciar al fin algo parecido al vocablo.

—¿Qué significa?

El alfa se humedeció los labios antes de contestar.

—En celo.

Irremediablemente, las mejillas de Luke se arrebolaron una vez más. Retiró su vista unos instantes, reteniendo el aire en los pulmones cuando guardó el manojo de llaves de la casa de playa de los Gautier en un bolsillo de su sudadera.

Cuanto menos, la palabra en clave era apropiada.

—Bien.

Luke intentó pronunciarlo de nuevo y Harris sonrió complacido cuando esa vez no le salió tan mal.

Largó un suspiro al abrir despacio la puerta del copiloto del coche.

—Buen viaje hasta Londres, Harris. Ve con cuidado y todo eso.

El alfa asintió, volviendo a marcar los hoyuelos en su rostro perfilado.

—Claro. Ánimo con las clases, tus motos y... todo —exhaló—. Tienes mi número, Luke. Cualquier cosa que necesites fuera del… Bueno, cuenta conmigo igual.

Luke asintió rápidamente con la cabeza, sintiéndose avergonzado. Salió del coche, mordiéndose el labio inferior con fuerza.

—Au revoir! —Aquella pronunciación por parte de Luke no había estado nada mal.

Harris mostró su dentadura perlada cuando Luke ya se encontraba correteando calle abajo. Le llevó unos instantes girar la llave del contacto y poner el motor del coche de nuevo en marcha.

Por alguna extraña razón, no podía desvanecer la sonrisa, a pesar de que su juicio le comenzara a gritar que fuera consciente de lo loco que era todo. Llevaba un batiburrillo de pensamientos pero se concentró únicamente en dos palabras, de cinco letras en total.

VIII

Dani

Llego en cinco minutos.

Harris se masajeó el cuello con la mano tras leer el mensaje de texto. Largó un suspiro y estiró las piernas, revolviéndose en la silla donde estaba sentado.

Nunca se le dio mal eso de disculparse. De hecho, lo habían educado bajo la premisa de que asumir los errores era lo correcto, por lo que no debía ser dubitativo ante la idea de enfrentarlos. Así que los asumiría. Sabía qué podría decir o a qué cuestiones se enfrentaría. Aunque el hecho descarado de haberse largado a Plymouth, sin dar ninguna explicación a Dani, quien lo esperó durante una hora en una cafetería, era lo que en realidad fomentaba su alteración. Tal espera no se la había contado el omega, sino el chismoso de Nils, que tenía la habilidad de enterarse de todo.

Habían pasado dos días desde que volvió y había quedado con Dani a media tarde. Harris entrelazó sus dedos y apoyó los codos en la mesa para erguirse hacia adelante. Los estudiantes se paseaban a su alrededor con bandejas con magdalenas y algún café. La hora de la merienda era la más calmada y él nunca se la saltaba, pero en tal momento parecía imposible que su estómago tolerara algún bocado.

Llevó su vista a la entrada del local y tragó saliva. Dani entró al lugar, barriendo la estancia con la vista y esbozando una leve sonrisa cuando se topó con Harris. Descolgó su bandolera del hombro y caminó hacia él, retirando la mirada cuando se encontraron frente a frente.

—Hola, Harris. —Los dientes del omega apresaron su labio inferior con fuerza cuando percibió la imponente fragancia del alfa.

—Dani —articuló el otro, pretendiendo una sonrisa—. ¿Qué tal?

El omega contuvo un suspiro cuando reunió toda su voluntad para mirarlo. Siempre lo ponía muy nervioso el hacerlo.

—Bien, muy bien. He tenido una semana algo caótica con las clases… Pero bueno, lo normal. —Se encogió de hombros tras responder. Sus enormes ojos no dejaban de estar fijos en Harris.

—Me imagino. Al principio del curso todo es una locura, volver a la rutina y todo eso...

—Sí, totalmente.

Ambos se sonrieron. Esa vez, el primero en retirar la vista fue Harris. Notaba cómo las palmas de las manos le comenzaban a exudar.

—¿Quieres un café?

—¿Y tú qué tal?

Hablaron a la vez, interrumpiéndose y volviendo a reír. Dani alzó una mano para pedirle un café a una camarera que pasaba mientras Harris lo observaba.

—Yo... —Dani enarcó una ceja cuando el alfa carraspeó—. Estoy bien, igual de liado. Este año he cogido más asignaturas y estoy tratando de hacerme.

—Seguro que lo llevarás genial.

La ágil camarera apareció como un rayo para dejar el café frente a Dani.

—¿Queréis algo más?

—No, muchas gracias —respondió Harris cuando Dani lo cuestionó con la mirada.

La muchacha era beta y lució una resplandeciente sonrisa cuando dio media vuelta. El alfa percibió una leve tensión cuando se volvieron a quedar solos. Podía notar el nivel de nervios del omega. Resopló.

—Dani, verás… —Se cortó para aclararse la garganta otra vez. Los ojos color chocolate del contrario se enfocaban en él—. Yo quería disculparme por la actitud que he tenido contigo. En vacaciones realmente todo fue una locura con el viaje a Irlanda. Sé que dije que te llamaría…

—Harris —interrumpió el otro—, no tienes por qué disculparte. Lo entiendo, de verdad. No te preocupes.

—Sí que tengo. El otro día habíamos quedado y yo… —Guardó silencio y apretó los labios. Sus mejillas adoptaron tonos rojizos ante la mención. Dani calentó sus manos en la taza de café, sin responder y luciendo sofocado de repente. Harris supo que debía seguir hablando—. Tuve que salir de urgencia hacia Plymouth. Un amigo me necesitaba y... —Su saliva se evaporó por completo; apenas atinó a remojarse los labios—. Debí haberte avisado para cancelarlo y que tú no...

Se mordió de inmediato la lengua. Se suponía que él no sabía que Dani lo había esperado tanto rato.

—Ya —musitó el omega, encogiendo los hombros—. Cuando vi que no llegabas supuse que algo te surgió. Me preocupé un poco cuando me encontré con Nils y dijo que no sabía dónde estabas. Creí que te había pasado algo, pero más tarde me confirmó que tu coche no estaba y que seguramente habrías salido.

Harris quiso que se lo tragara la tierra.

Dani siempre era delicado, comprensivo e incapaz de atreverse a usar una palabra que no estuviera cargada de empatía, así que Harris se sintió mal cuando se lo imaginó allí, esperando, preocupado y probablemente sin pensar algo malo de él, pese a que estaba en todo su derecho de hacerlo. Debía reclamarle y no lo hacía. El alfa sentía que merecía toda aquella sensación de absoluta culpa.

—Lo siento, de verdad. Debí haberte avisado.

—No te preocupes, seguro que fue por algo importante. No te atormentes.

El labio que esa vez se machacaba contra unos dientes era el de Harris. La incomodidad lo consumía y se sentía desmerecedor de la comprensión que el omega le otorgaba. Si Dani solo supiera... Sabía que no era justo.

—Eres demasiado bueno.

Dani bajó el rostro cuando más calor se concentró en sus mejillas.

—Para nada —justificó, sin levantar la vista de su café—. Solo... —inspiró—. Solo te pido saber, Harris.

El nombrado frunció el ceño.

—¿El qué?

Al omega pareció costarle volver a hablar:

—Tú y yo —pronunció con esfuerzo, tragando saliva e inspirando de nuevo—. Me gustas, Harris. Me gustas de verdad y quiero saber a dónde va a llegar lo nuestro. Si tú y yo...

El calor que ya notaba en todo el rostro bloqueó más al omega. No estaba preparado para esa conversación. De hecho, se planteaba si había sido osada tal sugerencia: pedir respuestas.

—Dani —comenzó Harris en un susurro ronco—, eres... una persona increíble. Me lo paso genial contigo y también me gustas, pero...

El alfa suspiró frustrado y, si cabía, consumido aún más en el sentimiento de culpa.

Dani batió sus pestañas con suma lentitud cuando volvió a pasar saliva. Paseó sus ojos por el

semblante del alfa antes de sentir una molesta punzada en la nuca. Escucharlo era más duro que imaginarlo.

—¿Hay otra persona? —lanzó, haciendo que Harris casi diera un brinco en su asiento—. ¿Sabes? No sé mucho de relaciones, nunca se me dieron bien. Tú has sido el primero por el que yo... —Suspiró rendido—. Dices que te gusto y a la vez existe un "pero". Yo quiero saberlo, Harris. Quiero saber si tengo derecho a hacerme ilusiones contigo.

Harris de inmediato batalló con el nudo que se había formado en su garganta.

Sí, Dani le gustaba como persona. Podría llegar incluso a encantarle, sin embargo, todo eso lo veía con más clarividencia hacía una semana. Él tampoco sabía tratar con relaciones, jamás había tenido pareja o se había involucrado de esa manera con alguien. Hablar de "gustar" o "ilusionarse" eran términos que percibía a otro nivel, unos que realmente hubiera podido probar con Dani para seguir en aquella línea que mantuvieron bajo un "dejémonos llevar".

El Harris de hacía cuatro o cinco días hubiera dicho que sí, pero el de ese momento no podía concentrar ganas en ello cuando ya había aceptado acudir a los deseos de su vecino cada vez que lo necesitara. No podía, no si era el nombre de Luke el que le venía a la cabeza más veces de la cuenta.

—Dani, lo siento. —No sabía siquiera si debía emplear esas palabras. Sentía que no iba a acertar en cualquier cosa que dijera—. Ni yo mismo sé qué es, pero sería injusto seguir con esto. Mereces que alguien esté al cien por cien para ti, y yo... Yo soy un desastre. No te quiero hacer daño solo porque mi cabeza no tiene nada claro.

El omega agachó la mirada y asintió, apartando a un lado su taza de café intacto.

—Está bien, eso era lo que quería saber. No pasa nada, de verdad. No puedo forzar que yo te... —suspiró—. Creo que es mejor que nos alejemos un tiempo. Quizás podríamos llegar a ser amigos.

El alfa asintió con firmeza, viéndose incapaz de pronunciar algo más. Acababa de descubrir que, definitivamente, era horrible en eso de las relaciones. Nefasto.

Dani no dijo más. Sacó una moneda de uno de sus bolsillos y la dejó sobre la mesa. Harris quiso decirle que él le invitaba al café; sin embargo, atropellando las palabras y con el calor todavía vacilante, el otro se adelantó y le anunció que debía irse. Harris ya no supo qué hacer, solo asintió.

—Cuídate, Dani. De verdad que yo...

—Y tú, Harris —Dani, incómodo, ignoró lo último que pronunció—. Nos veremos por ahí.

A pesar de todo, el omega fue capaz de dirigirle una de aquellas sonrisas tan suyas.

Harris bufó cuando Dani ya se hubo ido, dejando escapar así toda la tensión que había acumulado. No se podía sentir bien. Estaba perdido y comenzaba a sentir un leve alivio por percibir que al menos había hecho lo correcto. Aquel chico se merecía algo real. Se merecía todo, mientras era él quien que no tenía una remota idea de qué quería.

Las ruedas del *skate* rozaban escandalosas sobre el asfalto. Luke controló la posición de sus rodillas, compensando el peso de más que le otorgaba la mochila en su espalda. Las gotas de sudor bañaban su frente y delineó con la lengua las comisuras de sus labios a medida que se iba acercando a la bajada de los escalones. Eran cinco gradas no muy empinadas, quería intentarlo.

Tomó un poco más de velocidad e impulsándose con un pie mientras mantenía los brazos en un ángulo recto, realizó el salto. Contuvo la respiración. La camisa roja de cuadros que llevaba abierta por encima lo siguió con elegancia en la ascensión; su gorra ni siquiera se movió. Le dio tiempo a pensar que debía girar un poco más el pie derecho para aterrizar sin tambalearse.

Salió disparado de su *skate* cuando este intentó frenar y él no pudo controlar el impulso de la velocidad que llevaba. No obstante, no cayó al suelo. Sonrió, correteando hacia atrás para volverse a subir a la tabla. Para la próxima, omitiría el último empuje.

Se remangó las bermudas vaqueras, atándose mejor los cordones de las zapatillas estilo *skater* y rascó su estómago plano. Tenía hambre. Una traviesa sonrisa se pintó en sus labios finos cuando recordó el pastel de zanahoria que había comprado su madre el día anterior. Era la hora de la merienda y anochecía; era tiempo de volver a casa.

Volvió a impulsarse con un pie para emprender el camino, aferrándose a las asas de su mochila. Tenía que realizar unas tareas de clase, pero las dejaría para el día siguiente. Era viernes y emitían su programa favorito por la tele. Con suerte, convencería a su padre para pedir una enorme y grasienta pizza familiar para verlo. Pensando en ello, no pudo evitar reír. George sería el primero en sugerir que añadieran al pedido un cubo de alitas de pollo.

Diez minutos más tarde entró escandaloso y jadeante a su casa, con el *skate* bajo el brazo. Lo dejó sin mucho cuidado junto al perchero de la entrada.

—¡Hola! —gritó soltando también la mochila a los pies de la escalera.

—¡En la cocina! —contestó Marjorie.

Luke correteó, encontrándose a su madre frente a su portátil, sentada delante de la enorme barra americana. Se retiró las gafas del puente de la nariz y sonrió al ver a su hijo.

—Tengo un hambre que me muero. —El menor rio antes de ir directo a la nevera, donde se relamió los labios cuando vio una porción de la tarta con la que tanto había fantaseado.

Tras servirla en un plato, saltó sobre uno de los taburetes frente a su madre. Cerró los ojos cuando su estómago rugió ante el primer bocado.

—He comprado batido de chocolate. —La mujer enarcó una ceja tras hablar, y sonrió cuando Luke abrió los ojos enormemente e intentó tragar tras haber levantado uno de sus dedos pulgares.

—¡Luego me serviré un vaso!

Marjorie observó a su hijo devorar la porción del dulce. Cerró la pestaña del navegador que hacía minutos ojeaba y lo apartó hacia un lado.

Miró a Luke, pensando en que le había crecido demasiado el pelo ahora que lo veía sin gorra. El menor se la acababa de quitar, revolviéndose el cabello antes de llevarse el tenedor de nuevo a la boca. El pelo castaño le caía sobre la frente, provocándole esa manía de hacerlo a un lado para que no le molestara en los ojos. La mujer también sonrió al verle las ropas de ese día, tan de Luke. Siempre usaba un estilo deportivo, prendas anchas con el único objetivo de sentirse cómodo.

Suspiró. Ese era su niño...

Unas arruguitas se formaron alrededor de sus ojos cuando le sonrió. Se bajó de su asiento y caminó hacia la nevera a por el batido. Lo sirvió en dos vasos y le entregó uno a Luke, quien no demoró en tomarlo.

—¡Qué rico! —pronunció Luke tras saborear el chocolate líquido de un trago.

Marjorie pintó una sonrisa en sus labios, dándole la razón mientras tomaba del suyo.

«Mi niño», se repitió.

—Luke —llamó sin pensarlo demasiado—, una pregunta... —Él la miró, asintiendo para que prosiguiera—. No quiero que tengas vergüenza de esto, pero es algo en lo que quiero que tengas claro que siempre debes llevar un control... ¿Cada cuánto se presenta tu celo?

Meses atrás, Luke se hubiese puesto de mal humor ante tal pregunta. De hecho, hubiera estado un día entero sin hablarle a su madre; sin embargo, sabía que con la única que toleraba hablar de eso era con ella. Su madre era la única de su entorno que sí era como él.

Luke lamió la marca que había dejado el último sorbo del batido en su labio superior.

—Cada cuatro meses, más o menos. El último vino a los cinco.

La mujer apretó los labios y llevó una rápida cuenta con los dedos. Para entonces, el semblante de Luke ya había enrojecido. Uno de los hechos que ocasionaban que los ciclos se alargaran era que fueran atendidos. Esa idea lo acaloró un poco más. Existían cosas que ningún grado de confianza podía llegar a cubrir.

Era sabido que la madurez sexual, tanto en omegas como en alfas, llegaba a una temprana edad, pues era la propia naturaleza la que marcaba ese ritmo. No era de extrañar que muchas uniones estuviesen concertadas antes del primer ciclo, o la simple existencia de tratamientos en plena adolescencia para controlarlos. Eso lo sabía cualquier padre. Sin embargo, la educación en el uso de métodos anticonceptivos era lo más preocupante en aquel grupo social. Los omegas, más que ningunos, se debían cuidar.

Marjorie no dudó en intervenir en ese ámbito. Nadie la había enseñado a andar por aquellas tierras movedizas, sobre todo después de lo que le ocasionó a su hijo su propia condición. Sabía que Luke, en lo referente a ella, se movía por instintos como todos los omegas. A ella misma también le tocó hacerlo en su momento. Los celos, en sus primeros años de vida, siempre se presentaban más salvajes y descontrolados, con o sin la necesidad de haber sido atendidos. En cambio, Marjorie sabía que los de su hijo sí lo eran.

Ella también desapareció de su casa cuando en la pubertad se presentaron los suyos, pero ahora era Marjorie la que no dormía por las noches hasta saber que su hijo llegaba para luego pasar casi un día encerrado en su cuarto, durmiendo. Tenía aún que hacerse a la idea de que ahora era Luke el encargado de gobernarse, haciendo frente a las demandas de su propio sistema.

—He pensado en que deberíamos visitar otro doctor. Los supresores que tomas no te ayudan a controlar del todo tu celo, quizás estaría bien probar otros.

Unos inhibidores más fuertes podrían aliviarle los síntomas hasta desaparecerlos.

Luke al oírla apartó la vista, clavándola en el granito de la encimera.

—No sé —dudó—. Supongo que por probar...

Marjorie asintió.

—Los hay también en inyecciones. Funcionan como anticonceptivos e inhibidores, quizás te son más útiles que los que se suministran en cápsulas. Son para omegas adultos, yo los uso. Podemos consultarlo.

—Está bien —concedió el omega de inmediato, mordiéndose la cara interna de una mejilla—. Pero iré yo solo. Quiero decir, si me concertas una cita, prefiero ir yo.

La omega asintió y Luke se removió incómodo cuando se formó el silencio. La mujer inspiró hondo y observó de nuevo a su cachorro, siendo consciente de cómo dependía menos de ella.

—Hijo —llamó, estirando su mano hasta posarla sobre la de Luke—, tú... estás bien, ¿verdad? Sabes lo que haces.

Luke destensó sus hombros ante el contacto.

—Sí, mamá. No tienes por qué preocuparte.

Marjorie le hubiera hecho mil preguntas más, pero era el semblante acongojado del menor el que precisamente le advertía que no era el momento. Acarició con su pulgar el dorso de su mano antes de retirarla tras un apretón. Tomó los vasos vacíos que antes habían contenido el batido y se dirigió con ellos hacia el lavaplatos.

—¿Qué te apetece cenar hoy?

Luke bajó del taburete para acercarle el platillo vacío a su madre.

—Hoy emiten ese programa en la tele y pensé que una pizza sería genial...

Marjorie negó de inmediato con la cabeza, sonriendo.

—No lo puedo creer. ¿Sabes quién dijo eso mismo antes de salir a hacer sus recados?

El menor mordió su labio inferior.

—¿Papá?

Marjorie rio divertida.

—Tal para cual.

Noviembre, 2007
Dos meses después

Harris entró a su cuarto como un torbellino, durándole la agitación pocos segundos después de apoyarse en el pomo de la puerta. Frunció el ceño cuando también se percató de que la habitación que compartía con su amigo estaba totalmente a oscuras.

—¡No enciendas la luz! —oyó—. No quiero verme.

Harris puso los ojos en blanco. No se creyó que su amigo realmente hubiera absorbido por la nariz tras decir eso.

—Nils, ¿qué haces?

Harris encendió las luces del cuarto para luego ir directo a subir las persianas. Omitió por completo el bulto enorme recubierto de edredones que estaba sobre la cama del alfa irlandés.

—Esto es demasiado, Harris. No puedo...

Entrecerró los ojos, mirando de nuevo hacia el bulto que supuestamente era Nils. Sabía que la mente de su amigo estaba a otro nivel.

—No pienso preguntar.

—Oh, Harris… —Nils volvió a absorber su nariz.

—No puedes ser tan exagerado.

—¡No lo soy! —lloriqueó—. No quiero que nadie me vea.

Harris dio un golpe sobre el lío de edredones. El alfa gimoteó.

—De verdad que no puedo creer que...

—¡Tú no lo puedes entender! ¡No has pasado por esto! A ti no te han vejado, torturado y humillado con...

—Mierda, Nils, ¡que solo te han puesto ortodoncia!

El otro berreó.

—¡No lo digas en voz alta!

Nils se removió, luchando con brazos y piernas para salir del enorme bulto.

—¡Mira cómo tienes la habitación! Me tengo que ir en media hora y tú...

—¡Oh, es verdad! ¡Se me había olvidado que me abandonas!

Harris bufó, cruzándose de brazos frente al demacrado aspecto de su amigo. El rubio lucía un horrible pijama granate de franela, el pelo totalmente despeinado y unas marcadas ojeras. Una mano cubría su boca en todo momento mientras hablaba. Había sido un auténtico espectáculo acompañarlo hacía dos días a la clínica. Harris fue testigo de cómo Nils entró heroico en la consulta y salió recreando a un niño en plena rabieta, con el argumento de que se había hecho a la idea de que su atractivo iba a variar, pero no a tal nivel. Harris le había repetido hasta la saciedad que no era para tanto.

—No te abandono, volveré en cuatro días. Sobrevivirás.

—¿Pero quién me traerá las únicas y asquerosas cremas que puedo comer?

Harris había comenzado a ojear la bolsa de mano que ya tenía medio preparada sobre su cama.

—Siento darte la noticia de que tendrás que bajar al comedor.

El otro entonces ahogó un gritito.

—¡No tienes corazón! —Nils lo miró con desprecio, sacándole de la maleta el par de calzoncillos que acababa de meter—. ¿Tu siguiente consejo cuál va a ser? ¿Que le hable así al grupo de animadoras? ¡¿Qué fusil se te fundió en ese estúpido cerebro de empollón?!

Harris cerró los ojos y resopló.

—Nils...

—¡¿Qué?!

Devolvió a su sitio el par de calzoncillos y unos vaqueros que el rubio le había vuelto a quitar.

—¿Recuerdas cuando el año pasado te hiciste daño en un tobillo jugando al fútbol? —Su amigo asintió con ceño fruncido—. ¿Recuerdas que solo se te hinchó un poco, aunque todos dijéramos que seguro te habías hecho un esguince? El médico dijo que no lo era, que con reposo y una tobillera se te pasaría.

—No entiendo qué...

—¿Y qué hiciste tú? —continuó Harris, comprobando que ya había metido en la bolsa todo lo que tenía preparado.

—Dije que tenía un esguince —respondió Nils con simpleza, cruzándose de brazos—. No sé a dónde quieres llegar.

Harris sonrió triunfal.

—A que creo recordar que gracias a ello tu habitación se llenó de chicas preocupadas por tu tobillo. —Nils, con lentitud, abrió un poco más los ojos, toqueteándose la barbilla—. Incluidas las animadoras…

—Sí, tenía que quedar con ellas por turnos.

Harris le propinó unos golpecitos en la espalda luego de colocarse el abrigo que descansaba en la cama y colgarse el bolso en el hombro.

—Pues ahí lo tienes.

—No sé si eres un genio o un desalmado.

—¿Desalmado yo? De nada por el consejo. Apenas me echarás de menos.

Harris parecía ya más que listo para marcharse, así que el rubio, refunfuñón, dio un pisotón al suelo.

—Puedo intentar ese consejo, pero sigo viendo innecesario que te vayas este fin de semana a Plymouth.

Su amigo lo esquivó.

—Hace mucho que no voy. Mi padre dijo que me llevaría a las oficinas y...

Nils pretendía seguir un poco más en su papel de indignado, pero se le escapó una sonrisilla casi inevitable.

—… Y está el omega ese.

Harris casi se tropezó con sus propios pies.

—¿Qué? Eso no tiene nada que ver con que vaya.

Las cejas del otro se sacudieron con comicidad.

—Lo que tú digas... Espero que al menos me traigas una ginebra a tu vuelta. —Nils dio media vuelta, dispuesto a volverse a tirar sobre el lío de edredones de su cama—. ¡O dos! Mejor tráeme dos, te lo exijo.

Harris prefirió salir del cuarto antes de que su amigo volviera a berrear algo más.

Le aguardaba un viaje de aproximadamente cuatro horas en coche. Le parecía más económico y prefería llevárselo para andar con él por su ciudad. La entrega de un trabajo antes de la fecha y

un profesor enfermo habían conseguido que pudiera permitirse esa escapada de cuatro días. Los últimos dos meses lectivos habían sido mucho más ajetreados de lo que llegó a imaginar. Apenas tenía tiempo para él y era Nils el que se encargaba de distraerlo llevándoselo a alguna fiesta. Ahora simplemente le apetecía volver a casa.

Llegó al estacionamiento de su coche y depositó la bolsa negra en el maletero. Entró en el puesto del conductor, se quitó el abrigo para tirarlo en los asientos traseros y prendió la calefacción tras meter la llave en el contacto. La voz de un comentarista de radio comenzó a romper el silencio. Luego sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos del pantalón, dejándolo sobre el salpicadero.

Observó por largos instantes el aparato de color gris. Tomó el móvil de nuevo, abriéndolo para observar el fondo de pantalla predeterminado y sin gracia. Entró en el menú de contactos.

Decir que se había pasado el día pensando en aquello era quedarse corto.

A, B, C, D... Apretó con ahínco la tecla con la flecha hacia abajo, viendo cómo los nombres de su agenda corrían ante su vista. F, G, H… Tensó la mandíbula y presionó la tecla un poco más despacio. L…

Veía estúpido que tuviera hasta gotitas de sudor en su frente.

Presionó el botón de opciones y luego el de escribir mensajes.

—Vale... —pronunció finalmente en voz alta, fomentando que eso mismo germinara un cosquilleo constante en la boca de su estómago—. Vale… ¿Qué le pongo?

Hizo crujir su cuello con la mano libre para luego soltar un sonoro resoplido. Quería gruñir.

Harris

Hola Luke, soy Harris...

Borró.

—Claro que sabe que eres Harris —se bufó a sí mismo—. Tiene tu número.

Harris

Hola Luke,
te escribo porque he decidido...

Borrar, borrar, borrar.

Se chilló que no era un jodido ensayo literario y volvió a trinar, removiéndose en su asiento y llevando su vista a su alrededor. Todo aquello se le daba fatal. Era un completo espanto.

El aparcamiento estaba tranquilo, solo se oían a lo lejos las risas de dos chicas que caminaban animosas.

Regresó su atención al teléfono y respiró hondo antes de volver a presionar la tecla.

Harris

Hey, ¿qué tal?
Estaré por Plymouth hasta el domingo
y me preguntaba si querrías quedar.
¿Todavía montas en skate?
Un amigo me ha enseñado a ir en uno, creo que es digno de ver.

Lo que mencionaba haber aprendido, fue en realidad lograr subir a la tabla sin caerse en el décimo octavo intento. Pero no eran más que detalles.

Repasó mil veces el texto, sintiendo que era pasable y al segundo que no, que simplemente era un asco. Se preguntaba si debía despedirse, si se ponía adiós en los mensajes de texto… Se pasó diez largos minutos delante de aquella diminuta pantalla, con aquel nudo apretándole sin compasión.

Esa vez su alfa sí que gruñó, airado.

Acarició con la yema del dedo pulgar la tecla que daba la opción de enviar. Se sentía ridículo, avergonzado, de nuevo más ridículo y al segundo con un ligero aire de esperanza.

Enviar. Mensaje enviado. Lo hizo, apretó la tecla.

Soltó el teléfono, dejándolo caer en algún lado del asiento del copiloto. Apretó el volante más de la cuenta, sintiendo la tensión concentrada en sus nudillos. Prendió el motor del vehículo y de inmediato presionó el pedal de embrague, metió primera en la palanca de cambios y aceleró para abandonar lo más rápido posible el estacionamiento de la universidad. Emprendió el viaje que ya había hecho tantas veces.

IX

El jodido cacharro, el último grito en telefonía según aquel beta de la tienda de móviles, se había quedado sin batería. Lo comprobó cuando hizo una parada en Bristol para estirar las piernas y tomarse el café que su cuerpo ya demandaba. En dos horas de camino no le había llegado ningún mensaje y al volver a emprender el viaje, presenció cómo el aparato había prácticamente muerto en sus manos.

No lo había cargado en los últimos tres días. Apenas utilizaba el teléfono para llamar a sus padres o quedar con algún amigo. Para mandarle mensajes amenazantes a Nils, sobre todo. Era la primera vez que le importaba eso de estar disponible u oír el sonido del aparato y este fallaba.

Se abrazó a la resignación y pasó las siguientes dos horas de conducción distraído. Canturreó un par de canciones tras ponerse las gafas de sol cuando unos rebeldes rayos se atrevieron a colarse entre las nubes que se empeñaban en encapotar siempre el cielo británico. Había sacado incluso una mano por la ventanilla, haciéndola danzar.

A las cinco menos cuarto de la tarde, sonrió cuando vio el cartel que daba la bienvenida a la ciudad de Plymouth. El mar, los graznidos de las gaviotas, el ritmo poco acelerado, la gente, alguna cara conocida... De repente tuvo ganas de pasear por el puerto o acercarse al faro. Oler, sin más.

Como siempre, un hueco para estacionar su vehículo estaba disponible justo enfrente de la casa de sus padres. O su casa. ¿Lo seguía siendo? Eran cuanto menos raras las cuestiones que planteaba la independencia, esa sensación de pasar a sentir como hogar más de un sitio.

Metió en uno de los bolsillos de su chaqueta su inservible teléfono móvil, no sin antes haberlo apreciado con cierta inquina. Descansó su abrigo en su antebrazo antes de dirigirse hacia el maletero para sacar el bolso, el cual se colgó en el hombro derecho. Un leve pitido anunció la activación de la alarma del coche mediante cierre centralizado y fue entonces cuando sopló con pesadez al no sentir su billetera en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Un leve susto que terminó en un suspiro de alivio cuando, palpándose como un pulpo, la halló en el bolsillo de al lado.

No se iba a molestar en buscar las llaves de casa, solo tocaría el timbre. De hecho, era raro que Annette no hubiera estado pegada a alguna ventana, controlando la hora a la que aproximadamente llegaría. Giró en sus talones en dirección a su casa, echando un vistazo al buzón adornado con una impecable impresión: Gautier.

Dio un paso, solo uno. No llegó a dar el segundo, por supuesto que no. No cuando cierto timbre de voz se coló en sus oídos, mucho menos cuando el ambiente tenía aquella manía de revelarse cuando eso pasaba. Contuvo las ganas de inspirar profundamente para examinar…

—Vaya, niño pijo de universidad privada.

Harris fue la recreación de un muelle saltarín cuando giró sobre sí mismo sin levantar los pies del suelo. Unos hoyuelos marcaron los costados de la sonrisa que se dibujó en su rostro.

Luke, su vecino, acababa de salir de su propia casa con una enorme bolsa negra de basura. No alcanzó a asombrarse o a reaccionar de otra manera en cuanto lo vio.

¿Qué se suponía que Harris hacía allí? ¿No era que no volvería hasta fin de año? Le debería haber costado reconocerlo, pero no. Fue tan súbito, tan Harris. Con su metro ochenta de altura y los rizos peinados hacia atrás sin cuidado alguno, llevaba un suéter gris de cuello redondo y unos

vaqueros negros y estrechos, junto a unas botas del mismo color tizón.

—Hey —atinó a pronunciar el alfa.

Llevaba horas esperando un mensaje y ahora tenía al autor de aquel supuesto enfrente. Así, porque sí. Se dijo que tenía derecho a tomarse su tiempo para recuperarse del shock.

Luke esa vez sí que no pudo evitar la media sonrisa que se asomó en las comisuras de sus labios.

—Qué sorpresa.

Fue probable que el omega también estuviera intentando reponerse de la impresión con una aparente normalidad. Era bueno en eso.

Harris, a su vez, parpadeó dos veces ante la posibilidad de otro mutismo.

—Sí —espetó—. Yo... he venido hasta el domingo.

Era jueves, caviló Luke. No supo por qué se fijó en ese detalle.

Ambas miradas recorrieron el semblante ajeno. Harris, de repente, deseó que su teléfono móvil nunca más se volviera a encender. De hecho, deseaba escupir que se lo habían robado. Veía aquel mensaje tan patético en ese momento…

—¿Necesitas ayuda? —dijo entonces el omega, señalándole.

El asa del bolso se encontraba escurriéndose por su brazo y el alfa ni siquiera lo había notado. Volvió a colocárselo con torpeza, carraspeando.

—No, no, gracias. —Sonrió. Porque cuanto menos había que hacerlo y, si fuera por él, también se daría un zape. «¿Te serenas?», se dijo a sí mismo mentalmente. Tomó aire antes de volver a hablar—. Conseguí unos días libres adelantando trabajos y bueno... Hace tiempo que no venía. A ver a la familia, me refiero.

—Claro.

—Te mandé un mensaje también y...

Harris, sin duda, era pésimo en eso de relacionarse. Lo acababa de descubrir. Se preguntó a sí mismo si siempre lo había sido, y cómo era que siquiera tenía algún amigo.

Luke no se percató del batiburrillo interno del alfa. Alzó una ceja mientras su expresión tornaba a una de sorpresa.

—¿Un mensaje? ¿A mí?

—Sí, hace unas horas. Por si… Por si querías quedar o algo así. Para vernos.

El omega lució desconcertado.

—Oh, creo que tengo el móvil arriba, en mi cuarto. Desde que llegué de clases me metí en el garaje. Lo uso muy poco, lo siento...

—Ah, no te preocupes. Es normal, sí. De hecho, el mío ha muerto por el camino. Nunca le presto atención.

El otro sonrió.

—Pues... yo vi a tus padres salir al mediodía y no los he sentido llegar. —Luke aclaró de inmediato su garganta, rascándose la nuca tras estirar una manga de su sudadera—. Quiero decir, eso ha sonado a acosador o algo así. Pero como estoy siempre aquí afuera, escucho el portón de tu garaje y tu madre me saluda y...

—Hey, está bien. —Harris sonrió—. Ya decía yo que era raro que mi madre no saliera. Es extraño, sabían que venía.

El omega se encogió de hombros.

Harris pensó en hacer una rápida llamada, pero recordó que su última novedad del mercado se encontraba inservible en el bolsillo de su chaqueta. Se echó una vez más el bolso al hombro antes de hurgar en uno de sus compartimentos laterales. Al segundo tanteo, encontró las llaves de casa.

Se las mostró con comicidad al omega.

—Bingo —se burló este en respuesta.

Harris rio una vez más. Todo se le daba mejor si los absurdos nervios lo abandonaban. Si la sensación de bochorno le daba una tregua.

—Los llamaré desde casa. Seguro que no ha pasado nada, pero me preocupa un poco.

Luke asintió.

—Claro, claro. —Suspiró, dándole una pequeña patadita a la enorme bolsa negra que hacía un rato había dejado en el suelo—. Yo tengo que llevarme esto.

No era basura como tal, sino unas piezas de mecánica que ya no servían y debía llevarse para reciclar. Se echó la bolsa al hombro. Harris frunció el ceño al verlo.

—¿Tú no necesitas ayuda?

—Oh, no te preocupes. Me queda a un paseo, estoy acostumbrado.

Luke había dado dos pasos cuando Harris se mordió el labio inferior.

—¿Paseo con esa cosa? Parece que llevas el cadáver de una de tus últimas víctimas.

Luke sacudió la cabeza, riendo.

—Entonces, me cargué a un hombre de hojalata. Mira cómo suena esto… —Dio un pequeño brinquito para que las piezas chocaran y emitieran chasquidos del metal entre sí.

El alfa negó risueño, aún plantado en el camino hacia la entrada de su hogar. Debía llamar a sus padres y saber de ellos. Esperaba que nada grave hubiera provocado que llevaran tantas horas fuera.

Volvió a observar a Luke.

—Te puedo llevar a donde vayas, si quieres. Cargar eso parece incómodo.

El omega le lanzó otra mirada. George era el que siempre lo acercaba con el coche al punto de reciclaje, pues siempre llevaba cantidad de bolsas repletas de restos de materiales, metales cortados y herramientas que ya no servían. Esa tarde su padre se encontraba tomando una siesta y fue Marjorie la que le sugirió ir más tarde u otro día, pero Luke nunca fue bueno en eso de posponer sus planes. Había ordenado el garaje, renovado sus cajas nuevas de herramientas y aquella bolsa llevaba demasiado tiempo dando vueltas por su hogareño taller. Apenas era un paseo de media hora y sabía que, si se le hacía pesado, podría tomar un autobús.

—No te molestes, de verdad.

—No es molestia —repuso el alfa—. ¿Me esperas cinco minutos? Voy a dejar esto y hago una rápida llamada.

Harris no sabía bien qué estaba haciendo. Tenía la maldita costumbre de dudar cada una de sus palabras o intenciones si era Luke el que estaba inmiscuido en ellas.

Luke, por su parte, apresó la esquina derecha de su labio inferior con sus dientes. Si algo tenía que ver con Harris, él también era el primero en sentirse desconcertado.

—Bueno, está bien.

El otro pestañeó, aclarándose la garganta para disimular una sonrisa. Enseguida, se centró en las llaves en su mano y caminó hasta la entrada principal de su casa mientras Luke dejaba la enorme bolsa de nuevo en el suelo. Harris aprovechó para hacerle una seña con la cabeza.

—Si quieres, puedes pasar. Será solo un momento.

El alfa aspiró la esencia de su hogar cuando cruzó el umbral de la puerta. Había un silencio poco común y ni siquiera Nancy, la cocinera, estaba cerca. Soltó todo lo que cargaba a los pies de la escalera antes de percatarse, mirando por el rabillo del ojo, que un omega titubeante lo seguía a una distancia extremadamente prudencial.

Sonrió nervioso.

Dejó la puerta abierta a sus espaldas antes de cruzar el pasillo que conectaba con el salón principal. El teléfono fijo aguardaba en una pequeña mesa de centro. Lo descolgó y marcó el número del móvil de su madre. Luke no había aparecido por su salón cuando, al segundo tono, una voz femenina y familiar contestó:

—¡¿Sí?!

—¿Mamá?

—¡Oh, Harris! —Annette pareció absorber por su nariz—. Harris, ¿dónde estabas? He estado llamándote a tu móvil. ¿Estás en casa? ¿Ya llegaste a Plymouth? ¿Por qué no me contestabas? ¡Dime dónde estás!

La avalancha de preguntas lo dejó casi boquiabierto. Tuvo que rascar su sien antes de pronunciar vocablo alguno.

—Sí, acabo de llegar y no os encontré, por eso te llamo. El móvil se me quedó sin batería. ¿Dónde estáis? ¿Todo bien?

Annette pareció bufar al otro lado de la línea. También pareció golpear a alguien.

—¡Annette! —se quejó Patrice.

—¡El niño ya llegó y nosotros aquí! —trinó la mujer—. Primera y última vez que haces un viaje sin llevar el teléfono con batería, ¿me oyes? —se dirigió a su hijo—. Casi me da un infarto. Pensé lo peor, Harris. Y si lo llevas mientras conduces, te paras a un lado de la carretera y contestas. ¡No conduzcas mientras hablas por teléfono!

Sin saberlo y a la distancia, Patrice y su hijo enarcaron la misma ceja al escuchar la reprimenda de la omega. Harris no entendía nada.

—Eh... Está bien, mamá, tranquila. Pero ahora dime, ¿dónde estáis?

—¡Que dónde estamos! —gruñó—. ¡El niño quiere saber en dónde estamos, Patrice!

—¡No podía saber que esto iba a pasar, Annette! —replicó él.

—¿Mamá?

—¡Estamos en Paignton! A tu padre se le ocurrió la idea de venir hoy a hacer unas compras, a lo que yo le dije que no daría tiempo porque tú llegabas. Él insistió y…

—¡Era el único día que podía!

—¡Calla! —vociferó de nuevo ante la interrupción de su marido—. Al volver nos hemos encontrado con un tráfico de más de dos horas, ¡dos! Al parecer ha habido un accidente, han cortado un carril de la autopista, se ha juntado todo con unas obras y... ¡A mí me va a dar algo encerrada en este coche!

—Al menos hemos puesto el aire acondicionado —añadió con simpleza el padre de Harris, ganándose otro golpe en el brazo.

Harris pestañeó, esbozando una sonrisilla casi inevitable al imaginar la situación y por la histeria de su madre. Sus padres estaban atrapados en un tráfico fuera de Paignton, una ciudad situada a unos cuarenta minutos en coche de Plymouth.

—Pero ¿estáis bien? ¿Habéis visto el accidente o algo así?

—Sí, estamos bien, no te preocupes. Y no, no hemos visto nada. Creo que nos queda una hora aquí más lo que tardemos en llegar a casa. Lo siento mucho, hijo, deberíamos haber estado para recibirte. Me siento muy mal. ¿Tú has llegado bien? ¿Has tenido cuidado al conducir?

—No te sientas mal, mamá, no pasa nada. Sí he llegado bien y sin ningún incidente. No te preocupes.

Annette absorbió por su nariz de nuevo.

—Tengo tantas ganas de verte, mi amor. ¿Has comido? En la nevera hay pasta y puré de papas de ayer. También pan y embutidos.

Harris negó con la cabeza, riendo.

—Tranquila, mamá —insistió—. Está todo bien. Más bien, tened cuidado en la carretera y paciencia para que lleguéis pronto. Yo... —carraspeó—. Yo igual voy a salir.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

El alfa rascó su sien.

—Pues... cerca. Por aquí, con Luke.

La omega abrió la boca, pero la volvió a cerrar antes de pensar de nuevo lo que iba a decir.

—Oh... Bien, sí. Tened cuidado, cariño. Intenta no llegar tarde, que me muero de ganas por darte un abrazo.

Harris sonrió, sintiendo un leve calor en sus mejillas. Annette siempre había sido una madre cariñosa, pero desde que partió a la universidad, en ella afloró una vena extremadamente amorosa, cargada de motes entrañables que al alfa no le molestaban.

—Claro, mamá. Nos vemos en unas horas. Te quiero.

—Te quiero, mi vida. Hasta luego.

Colgó el teléfono con una sonrisa. Echó un rápido vistazo a su salón, tragando saliva al encontrarse solo. Salió de la estancia a zancadas largas y se asomó por el pasillo de la entrada. Su vecino se encontraba en el marco de la puerta, no se había movido de allí.

Luke dejó de juguetear con las mangas de su sudadera al verlo.

—¿Todo bien?

El alfa caminó hasta posicionarse frente a él. Asintió.

—Sí, solo un atasco.

Harris volvió a palparse sus ropas para comprobar que llevaba consigo la billetera y las llaves del coche.

—Vaya...

—¿Nos vamos?

Luke apretó un poco más las mangas de sus ropas.

—Vale. —Caminó con apuro hacia el exterior de la casa, sintiendo a Harris tras él—. Iba al punto limpio, ¿sabes dónde está?

El alfa desactivó la alarma del vehículo antes de dirigirse a abrir el maletero.

—La verdad es que no —admitió con un mohín—. Tendrás que indicarme.

Luke se apresuró a colgarse a la espalda la bolsa de reciclados para luego depositarla en el interior del automóvil.

—No es muy lejos.

Ambos se subieron al coche. Harris prendió el motor y… Lodo. De repente, olía a eso, a aquello que picaba.

Si era raro volver a la rutina y familiaridad de Plymouth, ni hablar de la dificultad que significaba volver a tener a Luke sentado a su lado.

La radio encendió sus luces y la canción que antes estuvo sonando volvió a reproducirse.

—Me encanta esta canción —dijo el omega cuando apenas unos segundos de la melodía se escucharon.

Harris sonrió, sus hoyuelos se marcaron. Luke clavó su mirada en el cristal tras haberse fijado por largos segundos en ellos.

Al llegar al punto limpio, el omega no dejó que Harris lo ayudara a sacar la escandalosa bolsa del maletero. De hecho, le insistió en que lo esperara delante del portón de la entrada de aquella zona dividida y acotada con contenedores.

Un hombre saludó a Luke en cuanto llegó hacia él y le indicó con un gesto amable que lo siguiera. Harris, que los observaba desde el lugar indicado, supuso que debían conocerse de antes, pues se molestaron en mantener una pequeña charla. Cinco minutos más tarde, aparecieron sin cargar nada.

Harris miró curioso cómo el trabajador palmeaba la espalda de Luke mientras se despedían. Siguió a Luke con la mirada hasta que volvió a entrar al coche.

—Listo. Muchas gracias por acercarme.

El alfa enarcó divertido una ceja.

—Por nada. ¿Reciclaste bien?

—Por supuesto —Luke contestó, abrochando su cinturón de seguridad.

La garganta de Harris cosquilleó.

—¿Tienes... algo más que hacer? Me refiero a que te puedo acercar si quieres. Quizás ir a tomar algo o no sé...

Se puso nervioso y Luke ladeó el rostro, escrutándolo.

—¿Algo más que hacer?

—Sí, no sé. Yo no tengo nada más que hacer, así que podemos hacer algo.

No sabía cuántas veces había usado ya la palabra “hacer”. Por alguna extraña razón, la que había omitido añadir en aquella última frase fue “juntos”.

El omega apartó la vista y la enfocó en las yemas de sus propios dedos mientras pensaba. Haberse encontrado a Harris había sido raro, pero que se ofreciera como su chófer sin duda lo era aún más. No se paró a pensar en lo obvio, lo que ya sabía, en lo fácil que era lidiar con él, incluso con sus evidentes nervios.

Era su día libre y solo tenía planeado encerrarse en su garaje a trabajar...

—El centro comercial —anunció, mirando hacia el alfa—. Los grandes almacenes de las afueras. Tengo un pedido ahí que...

—¿En North West? —intervino Harris. Luke se mordisqueó la uña de su dedo pulgar y asintió —. Está bien.

Sin más, Harris puso el motor en marcha mientras Luke se aferraba al agarre de su cinturón. El omega fijó su vista en la ventana para disimular una sonrisa, otra más.

Harris supuso que le iba a costar más mirar al omega después de lo sucedido la última vez; sin embargo, estaba lejos de la realidad, ya que lo observaba sin cobardía. En su defensa, era demasiado fácil hacerlo.

Estacionaron en el aparcamiento privado de la gran superficie, con Luke indicando cuál era la entrada más práctica y cercana. Bromearon sobre las habilidades del alfa para aparcar en paralelo cuando el menor apostó sobre si lograba hacerlo a la primera. Harris, con el pecho inflado como un pavo y los nudillos aferrados al volante, lo consiguió. Siguieron con aquella burla, Luke diciendo que había sido pura suerte y Harris alardeando de sus impecables dotes en la conducción. Así entraron a la enorme tienda de mecánica, especializada en piezas y repuestos de automóviles y motocicletas.

Los ojos del omega se apresuraron en iluminarse, mientras que el otro se limitó a seguirlo, observando todo con cierta perplejidad. Allí había desde alfombrillas para el coche hasta las tuercas más extrañas que hubiese visto.

—¿Y qué se supone que buscas aquí? —preguntó el alfa, a punto de toquetear un motor de exposición.

—Un filtro de aceite —respondió el omega, girándose hacia él—. ¡No toques! ¿No has visto el cartel?

Harris dio un brinco, atinando a ver los dientes perlados que se asomaron en su sonrisa. Sus mejillas se enrojecieron cuando se fijó en aquel anuncio de “Por favor, se ruega no tocar”.

—Perdón.

Luke negó con la cabeza, dando media vuelta para recorrer los pasillos con maestría. Sabía por dónde ir para comprobar la mercancía de novedad frente a lo que usualmente no le solía interesar.

—Esto es enorme —habló de nuevo Harris, caminando en todo momento tras su experto acompañante.

—Sí, es genial. Si no encuentras algo aquí, es que no existe.

—Supongo que vienes mucho.

El omega se encogió de hombros, girando en otro pasillo.

—Cada semana.

Llegaron a una sección que Harris bien pudo denominar arte abstracto. No entendía la forma de ninguna de las piezas que Luke toqueteaba y descartaba con extrema normalidad. Harris se llegó a cuestionar cómo había aprobado su licencia de conducir, pues en su momento aprendió algo de mecánica y herramientas, todo eso que ahora juraba que había olvidado. Pero lo poco que pudo aprender distaba mucho de ser algo parecido a lo que había allí. Tuercas, tornillos, engranajes con cantidad de cabezales y ni hablar de las herramientas que parecían mutaciones de simples llaves inglesas.

—Tú buscabas un filtro de...

—Aceite —completó Luke—. Estoy mirando si está el que busco. La Aprelia ha rechazado ya dos que le he probado.

Harris lo observó, fijándose en sus ojos concentrados en leer los modelos y especificaciones de cada balda con artículos de exposición. El alfa no sabía nada de motos, sin pena podría afirmar que su conocimiento era nulo. En cambio, no le era tan difícil recordar que la de su padre era de ese modelo. Escondió su rostro cuando las comisuras de sus labios se curvaron y fingió analizar uno de aquellos filtros, como si realmente se enterara de algo.

En el pasillo contiguo se encontraban los neumáticos. Había cantidad de ruedas, desde las que consideraba normales hasta auténticas bestialidades. Para sorpresa de Harris, la tienda estaba bastante concurrida, con gente midiendo o haciendo encargos junto al asesoramiento de trabajadores. Otros tantos se paseaban empujando un carrito, dejándose guiar por su propio criterio.

—Sí que hay —anunció Luke a sus espaldas. Unas arrugas se afianzaban a los costados de sus ojos mientras sonreía. Harris tuvo que devolverle la sonrisa cuando se volteó a verlo—. Iré a la caja a pedir el que encargué. ¿Estás pensando en cambiar de neumáticos? —Luke señaló los que hacía instantes parecían haber captado su atención.

Harris enarcó una ceja, negando con la cabeza y alzando las palmas de sus manos.

—Oh, no, para nada. Todas esas cosas que las lleve el mecánico. Yo llevo mi coche a la revisión anual y que ellos se encarguen —rio—. Soy de los que llaman al seguro si se les pincha una rueda.

Luke soltó una carcajada mientras pasaba al lado del alfa.

—¿De verdad? No lo puedo creer…

El otro rascó su nuca, azorado ante su mirada.

—Soy bastante torpe en todo eso. Se me dan mejor los números, la contabilidad y las estrategias empresariales, ya sabes...

Luke arrugó su frente, casi espantado.

—¡¿Los números?! Qué horror. Me quedo con mis exámenes prácticos cambiando neumáticos.

—¿Haces exámenes así?

Asintió con simpleza.

—Teóricos también, pero mi curso es de mecánica y evidentemente pesan más los prácticos. Cambiar ruedas, filtros, cargar baterías, estabilizar chasis...

El alfa se cruzó de brazos, cambiando el peso a su otra pierna. Admiró la confianza con la que Luke hablaba.

—¿Y se te da bien?

—Soy el mejor —contestó con ceja enarcada y sonrisilla orgullosa. No era vanidoso. No era él quien lo decía, sino sus propios profesores—. ¿Y tú? ¿Eres bueno en llevar libros contables y esas cosas de empresa?

—Da la casualidad de que también soy el mejor. Bueno, lo intento.

Harris, por su parte, tenía un poco más de desapego con el tema de la vanidad. Siempre fallaba en el intento de ser presumido, pese a que no mentía. Por ello, sus mejillas se sonrojaron. Luke caminó, alzando una ceja y obviando el repentino acaloramiento del otro.

Diez minutos más tarde, andaban por los pasillos del centro comercial contiguo. De la muñeca del omega colgaba una bolsa con la pieza que acababa de comprar. El alfa lo miraba de reojo de vez en cuando, mientras Luke paseaba su atención por los diferentes escaparates.

—¿Y cómo es la universidad? —preguntó de repente—. Quiero decir, ¿es igual que en las películas? Locura, desfase... ¿Fiestas?

Harris sonrió de lado y Luke se colocó mejor su gorra antes de dirigirle una mirada, entrelazando sus manos en su espalda.

—Puede decirse que sí, pero menos exagerado. Sin tantos capitanes del equipo y animadoras. Sin duda, también con más trabajos que entregar y más fiestas a las que no puedes ir, porque no te dará tiempo a sacarte la carrera de otra forma.

Luke torció el gesto, atento a la explicación.

—No sé por qué me da que esas cosas te pasan solo a ti...

—¿El qué? —cuestionó el otro con cierta diversión—. ¿Lo de no ir a todas las fiestas?

—Sí. Tú eres el niño de colegio privado con nota media de sobresaliente, ¿no? Venga, siempre lo has sido...

Harris negó con la cabeza, aunque era verdad; su rendimiento y calificaciones siempre fueron intachables, al igual que su expediente. Se podía suponer que eso era lo innato en Harris Gautier.

—Bueno, tienes razón. Sí conozco a uno que siempre va a todas las fiestas. Es Nils.

Largó un suspiro recordando a su dramático y fiestero amigo. ¿Seguiría regocijándose de sus “desgracias” escondido en la cama, o habría tenido la decencia de bajar al comedor? Rio. Apostaba que alguna omega del equipo había sucumbido a los exagerados relatos de las dolencias que padecía.

—¿Nils? —cuestionó Luke frunciendo el ceño.

—Lo conociste en verano. El día que nos encontramos en el supermercado.

Luke cubrió su boca con dos dedos mientras recordaba. Sí, casi podía visualizar a aquel alfa que no tuvo reparos en comerse una bolsa de papas antes de pagarla. Definitivamente, podía hacerse una idea de cuánto le podía gustar una fiesta.

—Sí, ya me acuerdo.

Harris se encogió de hombros, intuyendo la imagen de Nils que tendría el omega.

Luke fue el primero en apartar su vista cuando se percató de que llevaba más tiempo del

debido fijándose en el tono verdoso de los ojos de Harris. El alfa parecía analizarlo cada vez que reparaba en eso.

—¿Y tú, Luke? ¿Quieres ir a la universidad?

Él arrugó el entrecejo al oírlo.

A un mes de cumplir los diecisiete años, consideraba que había escuchado aquella pregunta menos veces de las debidas. Su madre se lo cuestionó alguna vez, antes de que comenzara el curso formativo que se encontraba impartiendo. Sus profesores no les hacían esas preguntas, suponiendo que especializarse en aquella rama no era sinónimo de querer aspirar a una carrera universitaria. Él daba por hecho que tampoco lo hacía.

—Creo que no. —El alfa aguardaba atento—. Quiero decir, estoy en mi segundo año de ciclo medio de electromecánica. Cuando termine, pretendo estudiar el superior o empezar a trabajar. Es lo que se me da bien.

—¿Pero te gusta?

—¿Lo que estudio? ¡Me fascina! Tampoco me veo haciendo otra cosa, la verdad.

—Pues con eso ya tienes muchísimo ganado. Es más, deberías sentirte afortunado. No todos a tu edad lo teníamos tan claro.

—¿A mi edad? —preguntó el omega con una risilla cantarina—. Has sonado como un anciano. Solo nos llevamos dos años.

Harris negó, también riendo.

—Lo sé, lo sé. Pero me refiero a que yo mismo dudé antes de empezar mi carrera. Creí que siempre lo tuve claro. De hecho, al empezar la veía como un simple trámite antes de estar capacitado para entrar a trabajar. Solo pensaba en estudiar, matricularme en todas las asignaturas que pudiera, adquirir conocimientos al máximo y ahora... No sé, Londres es completamente diferente, otro ritmo. Es como si me diera tiempo a todo, así no tengo que estar pendiente solo de estudiar y dar todo en los exámenes. Es... extraño. Supongo que en el fondo sonará también a empollón, pero creo que necesitaba pasar por la universidad, seguir con las exigencias académicas que inevitablemente me impongo y disfrutar de otros ambientes.

Luke lo escuchó con real interés y le asintió cuando terminó de hablar.

Harris remojó sus labios, percatándose de lo que acababa de explicar. Era consciente de todo aquello, pero se sentía mejor pronunciarlo en voz alta. Era, de hecho, la primera vez que hablaba con certeza y se mostraba más sincero consigo mismo, en vez de dejarse llevar por lo que pretendiera demostrar.

—Entonces, no solo yo debo sentirme afortunado.

Harris hizo un ademán con la mano, pese a que tenía razón.

Frenaron su paseo por los pasillos de la gran superficie cuando visualizaron una coqueta cafetería con forma de caravana, rodeada de una curiosa y colorida valla. Un cártel anunciaba su nueva inauguración.

—¿Os apetece tomar algo, chicos? —los abordó una joven alta y sonriente, que se movía con agilidad al deslizarse sobre las ruedas de sus patines.

Luke la miró curioso.

—¿Quieres? —preguntó Harris.

El omega identificó a la chica como otra omega, de media melena pelinegra que enmarcaba a la perfección su rostro aniñado y pecoso.

—Vale.

La muchacha los acompañó sobre sus patines tras sugerirles tomar dos taburetes altos cerca de la barra. La pequeña cafetería estaba realmente atestada de gente.

—¿Os apetece comer? ¿Quizás beber? Tenemos una carta de combinados muy atractiva.

—No, al menos yo no —contestó Luke una vez sentado—. Para mí un refresco de naranja estará bien.

—Otro para mí —añadió Harris.

La omega sonrió, apuntando el sencillo pedido en una minúscula libreta que sacó de su corto mandil.

—¡Enseguida!

Dio media vuelta, danzando con gracia entre las mesas y dejando cierto aroma a cerezas cuando su melena bailó tras ella.

Luke arrugó la nariz. Harris lo miró.

—Soy más de limón, pero haré una excepción.

El omega pintó una sonrisa, jugueteando con uno de los posavasos frente a él.

Comentaron del ambiente en el local y bromearon respecto a cómo los camareros aguantaban el equilibrio sobre aquellos patines mientras llevaban las bebidas. Se burlaron incluso de la marca que dejó el refresco en el labio superior de Luke cuando les dieron el primer sorbo. Y el tiempo pasó, quizás demasiado rápido, cuando dieron las siete y media de la tarde.

—¿Te parece que volvamos? —preguntó Harris cuando se terminó de un trago lo que quedaba de su bebida.

Luke asintió, rebuscando en uno de los bolsillos de su sudadera para luego dejar tres monedas sobre la barra.

—Yo invito, por ofrecerte a acompañarme… Gracias de nuevo.

—No es nada. Me lo he pasado muy bien.

El omega asintió y dio un salto para bajar del taburete, esperando a que el otro lo siguiera para guiarlos hasta el aparcamiento. No hablaron mucho más. Luke no hizo una broma sobre las dotes de conducción del otro cuando puso el coche en marcha y Harris tampoco vaciló con presumirlas.

Al llegar a sus casas, aún dentro del coche, se despidieron con miradas profundas y sonrisas sinceras. Luke le agradeció de nuevo y Harris le repitió que no era nada, que la próxima vez le tocaba a él invitar.

Cuando Luke se fue, solo quedó un aroma a tierra mojada.

Luke se desperezó en su cama, gruñendo aún enredado entre las sábanas. Ese día entraba a las nueve a clases y no podía agradecerlo más. Era un viernes tranquilo para culminar la semana; terminaría aquel curso de robótica simple y estaría a la una de nuevo en casa.

Bostezó con exageración cuando escapó de la comodidad del colchón y estiró sus brazos hacia el techo en un intento de eliminar el letargo de su cuerpo. Se rascó el cabello despeinado y luego una de sus nalgas sobre el pijama. Apenas podía conseguir abrir los ojos.

—Luke, ¿ya estás despierto? —La voz de su madre al otro lado de la puerta lo hizo emitir un quejido a modo de respuesta afirmativa—. No seas remolón. Esta mañana he hecho gofres, ¿te apetecen?

Sus ojos se abrieron de par en par al escucharla.

—¡¿Gofres?! ¡Ahora bajo!

Marjorie rio al oír el grito.

Luke, en el interior de su habitación, se apresuró a reunir en el regazo la ropa que se pondría ese día. Una sudadera azul marina, camiseta blanca, pantalón de chándal negro, ropa interior, sus zapatillas y su gorra. Era la misma que usó el día anterior sobre su alborotado cabello.

Corrió hacia el baño y se dio una rápida ducha mientras sus tripas rugían al imaginarse los gofres caseros de su madre recubiertos de una generosa capa de miel; los embadurnaría. Se apresuró de nuevo tras secarse el pelo y cepillarse los dientes. Su peinado quedaría aplastado con la forma de la gorra, pero ya estaba acostumbrado.

Armó la mochila, comprobó los libros y los cuadernos de ese día y se detuvo a media carrera al ver su teléfono móvil bajo unas libretas sobre el escritorio.

Era un desastre, siquiera había vuelto a atenderlo al llegar en la noche anterior.

Se mordisqueó el labio inferior antes de apretar el botón de desbloqueo. Tenía un veinte por ciento de batería y un mensaje nuevo. El mensaje llevaba cerca de doce horas aguardando, y él ya sabía de quién era.

Apretó los labios.

Harris

Hey, ¿qué tal?
Estaré por Plymouth hasta el domingo
y me preguntaba si querrías quedar.
¿Todavía montas en skate?
Un amigo me ha enseñado a ir en uno,
creo que es digno de ver.

Una de sus cejas se alzó automáticamente, acompañada de una sonrisilla que en el calor de su intimidad no le molestaba esbozar.

¿Harris montando en *skate*? ¿Por qué se imaginó a una torpe jirafa con patines?

Rio, releyendo el texto una y otra vez. Tardó exactamente tres minutos en presionar el botón de responder.

Luke

¿Tú, montando en skate?
Qué callado te lo tuviste ayer...
Creo que es digno de ver.
¿Esta tarde a las cinco en el parque de la fuente?

Cuando apretó la opción de enviar, no se lo pensó tanto.

Seguía siendo demasiado raro verse así, teniendo esas iniciativas. Sobre todo con él, por todo lo confuso que iba de la mano de Harris.

Guardó el teléfono en el fondo de su mochila justo antes de salir de su habitación y corretear escaleras abajo. Su barriga volvía a molestarle con la idea de aquellos gofres con miel.

Solo por eso, por supuesto.

X

—¡Cuidado!

No frenó. Creyó que aquel amago de pisotón que dio en el suelo lo haría, pero no. Saltó del *skate* antes de ver el hormigón demasiado cerca y se estabilizó con los brazos. Jadeó y observó cómo aquella tabla con ruedas rodaba lejos de él. Posó ambas manos en sus rodillas, curvándose hacia adelante mientras tomaba profundas bocanadas de aire. El corazón se le iba a salir del pecho.

—Me rindo —se quejó con voz rasposa y respiración agitada. No levantó la vista ni cuando sintió ciertas pisadas tras él.

El *skate* no demoró en estar a sus pies. Quiso bufar por eso, pero una risa desvió irremediablemente su atención.

—A ver —comenzó la voz—, lo has hecho mal, sí. Fatal. Pero es que te apuras cuando ya estás encima de la tabla. Te quedas muy tieso. ¡Tienes que buscar el movimiento con el cuerpo, Harris!

Definitivamente bufó.

Haber dicho que sabía "algunos movimientos" había sido un tremendo error, pero no lo imaginaba tan difícil, pues ya había mantenido antes el equilibrio en un invento como aquel. O al menos en algo parecido. Era precisamente en la tabla de Luke donde era incapaz de mantenerse erguido. Sentía que era imposible, que tropezaba con sus propios pies y que la caída sería inminente.

Ignoró el gesto de Luke y señaló hacia la *skate*.

—Es que el que yo probé era más grande. Te juro que con ese no me caía.

El omega colocó los brazos en jarra, ladeando el rostro para observarlo. Harris seguía en aquella posición jadeante, retirándose unas inexistentes gotas de sudor de la frente. Luke puso los ojos en blanco, negando con la cabeza y esbozando una sonrisilla.

Se habían encontrado hacía cerca de una hora en aquel parque. Harris fue puntual y a las cinco de la tarde paseó distraído por allí, con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera y siendo un especialista en disimular cuando miraba hacia todos lados mientras chequeaba su reloj. Luke apareció solo cinco minutos más tarde, montando en su tabla y bajando de un salto tres escalones para dirigirse hacia él. Harris tragó saliva cuando el ambiente se avinagró al encontrarse con Luke.

El alfa se atavió con la ropa más deportiva que pudo encontrar en su armario, esa que no lo acompañó a Londres y que si no lo hizo fue por algo. No quería vestir de chándal y mucho menos usar deportivas, tampoco le agradó la idea de combinar sus botas de piel negras con aquel pantalón azul marino y horrorosas rayas a los costados. Al final, optó por sacar unas zapatillas que nunca había utilizado y combinar todo con una camiseta básica blanca.

Suspiró antes de salir de casa tras colocarse la parte de arriba del chándal, a juego. Y, por supuesto, Luke rio al verlo. Se burló preguntándole si luego iba a alguna clase de pilates. Harris se quiso morir del sofoco allí mismo.

Por su parte, el omega llevaba la misma ropa que en la mañana. Había sido un día ajetreado de clases y al mediodía había comido en un restaurante del puerto con sus padres. A prisas había

vuelto a su casa para cambiar su mochila por el *skate* y echó a correr, llegando a tiempo a la cita o a lo que aquello fuera.

—¿Más grande? —cuestionó el omega, rascando su barbilla—. ¿Era un long?

Harris abandonó su posición, poniéndose recto y pintando una expresión confusa en el rostro.

—¿Un qué?

Luke volteó los ojos de nuevo.

—Un *longboard*. Si la tabla era más grande, quizás probaste un *longboard*. —Se agachó para simular sobre su tabla un tamaño notoriamente superior—. ¿Era más o menos así?

Harris asintió antes de preguntar.

—Pero entonces, ¿esto qué es?

—La mía es un cruiser —contestó simple y alzando los hombros.

El alfa asintió con convicción, como si hubiera entendido. No lo hizo.

Luke sonrió antes de montarse en su tabla e impulsarse con un pie. Le indicó a Harris que lo siguiera con un gesto de cabeza. El parque donde se encontraban contaba con una zona habilitada para la práctica de deportes de inercia: *half-pipes*, *quarter pipes*, escaleras para saltar, barandillas... El rostro de horror de Harris fue evidente cuando Luke se acercó a aquellas instalaciones. El menor se posicionó al lado de las barandas, junto a pequeñas rampas delimitadas a la perfección.

—Venga, inténtalo aquí. Puedes agarrarte a la barra. Cúrvate como te dije, seguro que te sueltas cogiendo un poco de velocidad.

Harris no movió ni un músculo.

—¿Sabes qué creo? Que el problema son mis pies. Tengo dos lanchas por pies. Creo que lo mío es físicamente imposible.

Luke enarcó una ceja. Soltó sin remedio una carcajada.

—¡¿Pero qué dices?! Eso no tiene nada que ver, hay gente más grande que tú que hace unos saltos que alucinas. Venga, inténtalo —Luke lo alentó enérgico mientras el alfa volvía a dudar.

Esa vez sí que una gota de sudor se asomó por su frente. Procuró medio sonreír mientras se acercaba a donde el otro lo esperaba. Se iba a matar, lo daba por hecho. No comprendía por qué estaba poniendo un pie encima de aquella cosa que ya se movía con solo rozarla.

Contuvo un caprichoso gruñido, mas no pudo evitar tensarse cuando Luke hizo el amago de sostenerlo por el codo cuando él, con torpeza, se agarró de la barandilla. Quiso echarse para atrás cuando el contacto del omega cesó y se vio allí, solo ante el peligro. Se aferró a aquella vara metálica hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luke le dijo algo de tener que soltarse, a lo que él asintió, pero no lo hizo hasta tomar tres largas y profundas bocanadas de aire.

Por alguna extraña razón, pensó en Nils. Podía escuchar su risa, la misma que soltó cuando probó la tabla de uno de sus compañeros, la que ahora sabía que se llamaba *longboard*. Pensó en que el nombre era ridículo, de nuevo en la risa de Nils e incluso en la enorme carcajada que soltó su amigo aquel día cuando no le quiso responder al motivo del repentino empeño de aprender a subirse a un *skate*. Recordó que lo había ignorado por completo cuando le preguntó: “¿Es que acaso quieres impresionar a alguien?”.

Iba a hacer el ridículo de su vida.

—Esto es una mala idea. Una pésima idea —murmuró el alfa para sí mismo, mientras flexionaba sus rodillas y se alejaba apenas de la barandilla.

Luke dio dos palmadas, tomando distancia para observar mejor el recorrido.

—¡Recuerda que tu cuerpo es el que lleva el movimiento!

Harris asintió, alzando uno de sus pulgares.

Solo tenía que acordarse de controlar el impulso y agacharse lo justo y necesario en el momento adecuado. Debía posicionar bien los brazos, ser sutil en el movimiento de la planta de los pies sobre la tabla y, muy importante, el de la cintura, que debía ir acorde con cuánto se encorvara.

Empujó con un pie y la tabla comenzó a rodar. Se estaba moviendo solo, y justo ahí se dio cuenta de que se había olvidado de todas las indicaciones. Absolutamente todas.

La rampa no era demasiado empinada, pero juró verla como el mismísimo rápido de un río. Sintió el roce del aire en la cara, quiso evitar el mantenerse rígido y deseó cerrar los ojos para no ver el final de la pendiente, el llano al que llegaba con demasiada velocidad… Perdía el equilibrio e iba directo hacia la pared de uno de los *quarter pipes.*

—¡Gira! —Luke ya se había llevado las manos a la cabeza. Volvió a gritar—: ¡Harris!

El mencionado era incapaz de responder. Veía la pared cada vez más cerca, no atinaba a moverse y sentía que iba demasiado rápido. No sabía girar, así que hizo lo único que el instinto de supervivencia probablemente activó: saltar.

Harris saltó alzando los brazos y dejándose caer hacia un lado cuando tenía la pared a apenas dos metros. El *skate* siguió rodando cuando el cuerpo del alfa impactó contra el suelo.

—¡Harris! —volvió a llamar Luke, boquiabierto—. ¡Menudo hostión!

El omega salió corriendo hacia él, mientras que el otro, tendido en el suelo, no atinaba siquiera a moverse.

—Pésima no, nefasta idea —farfulló Harris, apoyándose en un codo para intentar levantarse.

Luke llegó hasta él y le colocó una de sus manos en la espalda cuando se acuclilló a su lado.

—¿Estás bien? —se apresuró a preguntar—. ¿Te puedes levantar? ¿Te duele algo?

Harris emitió un quejido cuando sintió una punzada de dolor en el brazo que no estaba usando de apoyo. Se llevó la mano contraria a la zona adolorida y prefirió quedarse sentado en el suelo.

—Un poco el brazo —expresó sin desfruncir el ceño.

Luke parpadeó varias veces antes de retirar la mano de la baja espalda de Harris para llevarla luego al mismo lugar donde este se sobaba.

—¡Es que has caído en peso! No te has ni movido de encima de la tabla, ¿qué te pasó?

El alfa bufó, haciendo un amago de encogerse de hombros.

—Esto no es lo mío. Sea un pie grande o no, creo que mi agilidad es nula. —Curvó sus labios en una sonrisa mientras Luke todavía lo observaba pasmado.

Volvió a analizarlo entero, llevando sus manos hacia las de Harris.

—Déjame ver.

Esa vez, el que parpadeó varias veces fue el alfa, dejándose tocar el golpe. Tragó saliva cuando Luke bajó el cierre de su chaqueta y le ayudó a retirarse la prenda para dejar expuesto su brazo. Un par de ojos azules fueron a parar en él cuando remangó la manga corta de la camiseta.

Notó un cosquilleo paralizante cuando Luke, con suma delicadeza, pasó la yema de uno de sus dedos pulgares por la zona ya enrojecida e hinchada. De repente, algo lo sacudió cuando miró directamente hacia los ojos del omega. Algo más tironeó.

Luke estaba preocupado por él, lo sentía.

—Estoy bien, no duele tanto —le dijo con un deje ronco en la voz, llevando su mano sana donde el omega examinaba.

La mirada de este cayó como una lanza sobre Harris. De pronto, una tensión espesa y precisa se presentó ante ambos. El alfa tragó saliva cuando el rumor de un gruñido comenzó a calentar el centro de su caja torácica y Luke exhaló, tornando el ambiente a un sabor salado y recordándole a Harris a un día de álgido invierno. Al de una lluvia densa.

Harris pretendió acercarse en un acto totalmente involuntario; sin embargo, el cosquilleo de cierto toque desapareció cuando el otro se apresuró a ponerse de pie.

Luke escondió su rostro cuando sintió la necesidad de largar un pesado suspiro y Harris carraspeó antes de impulsarse con el brazo sano para levantarse del suelo.

Luke había pasado de preocupado a nervioso y, le gustara o no, Harris ya conocía que la manera de estabilizar a ese omega era poniendo distancia entre los dos, aparentar normalidad.

—Un poco de hielo y bastará. Me daba demasiado de estos cuando hacía tapones jugando al vóley —habló de nuevo el mayor, sonriendo y señalando su zona golpeada.

Luke volvió a fijarse en el brazo que se sujetaba y asintió con rapidez.

—Sí, voy a por hielo al quiosco de la esquina. Espérame aquí.

El alfa arrugó la frente.

—No te preocupes, puedo ponerme cuando llegue a casa, no es…

—Cuanto antes lo apliques será mejor, sino se hinchará más —interrumpió Luke de corrido—. Yo también me he dado bastantes así. Ahora vengo.

Sin esperar respuesta, el omega echó a correr mientras se retiraba la gorra. Harris lo miró alejarse durante escasos segundos, justo antes de inspirar hondo y caminar en otra dirección, masajeándose el cuello con la mano del brazo sano.

«Vaya idea», fue lo único que pudo repetirse una y otra vez.

—¿Mejor? —Luke había dudado si hacer la pregunta o no.

Estaban sentados en el bordillo de una acera, en una zona que seguía delimitando el parque donde habían pasado la tarde. El omega había vuelto con dos botellas de agua helada y unos cubos de hielo en una pequeña bolsa transparente. Harris lo esperó allí, junto al *skate* que aguardaba apartado de su vista.

—Sí, mucho mejor. No te preocupes. —Harris sonó conciliador, esbozando una sonrisa y echando un vistazo al brazo que recibía el frío. Al principio había escocido, pero el corriente tratamiento conseguía calmar la leve punzada de dolor.

Sus ojos se enfocaron en el semblante contraído del otro, quien inclinó levemente la cabeza para apreciarlo mejor.

—La verdad es que me asustaste, y eso que soy de los que suelen reírse de las caídas en los momentos menos oportunos. Pero es que te quedaste tan quieto en el suelo...

Harris negó, acentuando los hoyuelos en sus mejillas.

—Para la próxima jugamos al voleibol. Hace tiempo que no practico, pero seguro te llevo ventaja.

Luke apartó la mirada, jugando con las gotas que se concentraban en el plástico de la botella de agua.

—Mejor al fútbol. Creo que una vez me dijiste que jugabas, ¿no?

De aquello ya hacía demasiados años, con una valla metálica y verdosa de por medio. Cuando eran más bajitos, reían más y concentraban una confianza absurda, siendo irónico que, para aquel momento, se conocieran mucho menos.

Harris pasó los dedos por su cabello rizado, peinándolo hacia atrás.

—Sí, jugaba. Lo dejé, creo que a los trece años cuando entré al instituto.

Luke asintió.

—Yo también, cuando me compré el primer *skate*.

Habían conseguido salir de aquel momento incómodo que vivieron. El omega era el que optaba por perder la vista mientras el otro bebía de su botella para de vez en cuando mirarlo de

reojo. Sabía en qué terrenos pantanosos se estaba moviendo.

El mayor observó a Luke con cautela, hallando comparaciones odiosas y cavilaciones que, en definitiva, adoptaban más autenticidad si lo tenía delante.

Pensó en Lena, aquella chica que conoció al llegar a la universidad y se había mostrado interesada en él. Siendo sincero consigo mismo, no podía recordar en qué momento se apagó aquella predilección. Harris, como siempre, era pésimo en eso de las señales o captar indirectas. Sus relaciones con otras personas habían sido escasas, primitivas si las acotaba a los celos. Nunca le interesó algo más, hasta que llegó cierto día lluvioso de diciembre.

No se lo negaba. Desde aquel momento, Luke le dio fuerte. Muy fuerte. Porque aquel chico no era solo atracción sublevada por sus condiciones, sino un aroma distinto. Era misterio, una personalidad diferente, y una cantidad de metafóricas capas que parecían recubrirlo. Que lo tratara como si fuera otro alfa, que actuara como beta y fuera aquel irremediable omega tampoco ayudaba. Harris jamás se arrastró por las condiciones, pero era inevitable que se jactara en secreto de aquella peculiaridad que él detentaba.

Luke era atrayente. Era el primer chico al que supo que podía desear, con el que se dio cuenta de que no solo se decantaba por ciertas omegas y que, de hecho, encontraba una sensualidad más adictiva en las curvas masculinas.

Descubrimiento tras descubrimiento, se cruzó con Dani, ese chico por el que no podía dejar de sentir un nudo en el estómago. Lo que peor le salió fue aquel coqueteo serio, que le diera a probar lo que otro omega destapó para luego huir. Fue Dani el que de verdad le dejó indagar en todo lo que le inquietaba. Él podía ser perfecto, podía encajar con él. Le gustaba, era hermoso y le atraía. Tenía aquellas curvas masculinas, y lo buscaba, se preocupaba por él y quería cuidarlo. Lo podía tener todo con él. Pero Dani no era Luke.

Luke era capaz de ignorarlo, de mostrarse indiferente e incapaz de mostrar alguna debilidad. Era un enigma no saber si le interesaba; más bien, era él quien debía buscarlo. El propio omega de Luke era diferente y no solo por aquel aroma que ya sabía que lo volvía loco, que sin remedio lo atraía como un sediento. Era un omega por el que se decantaría, ya que sabía que disfrutaba más de lo salado que de lo dulce; del frío en la piel antes del calor que podían transferir otros.

Su omega también se retorcía y lo exponía, dejando escapar todo aquello que Luke no quería rebelar. Harris estaba seguro de que era así, porque quizás escogía lo raro, lo que debía descifrar. Aquel bloque de hielo por el que sabía que debía caminar con cautela, por si se rompía y finalmente se terminaba ahogando.

Luke le interesaba y sabía que por su parte no iba a recibir la atención o el mismo interés. Que era él quien debía seguir apareciendo en el supermercado donde trabajaba, o con su coche para llevarlo a reciclar o a comprar... Incluso hacer el ridículo montando en *skate* solo para pasar tiempo con él.

Quizás también debía aprender a coquetear de verdad, a buscar la forma de hacerlo desde Londres, todo en medio de la tesitura de no saber si Luke lo llegaría a aceptar fuera del trato que habían hecho. El de dos palabras.

En cualquier otra situación, un alfa le exigiría más al omega que lo había buscado y, en cierta parte, reclamado. Así mismo, ese omega también demandaría la atención del alfa.

Pero con Luke no fue así.

A Harris le comenzó a interesar Luke en celo, su alfa podía llegar a rugir de solo pensarlo; sin embargo, comenzaba a hacerlo también fuera de él gracias a los gestos castos de miradas cruzadas y sonrisas tímidas. Quería indagar en el omega, averiguar todo sobre el dueño de aquel cuerpo menudo, ataviado siempre con aquellas ropas anchas y deportivas, de manos ásperas y

trabajadoras que exponían ciertas cicatrices. Quería saber qué había sido de aquel chico que conoció hacía ocho años.

De cualquier forma, lo iba a dejar. Iba a permitir que Luke se siguiera cerniendo poco a poco sobre él, con el objetivo claro de también colarse con sutil y extrema delicadeza en el propio Luke.

Febrero, 2008
Tres meses después

Se realizaban llamadas, mensajes y algún correo electrónico cuando deseaban compartirse algo. Todo comenzó en la época de exámenes, cuando Harris decidió llamar a Luke para preguntarle cómo le había ido y este, días después, tuvo el mismo detalle al enviarle un mensaje de texto.

El móvil de Harris ya no solía quedarse sin batería, pues llegaba a cargarlo casi a diario. A veces sacaba fotos a las motos que veía por el campus y se las mandaba a Luke para preguntarle cómo debía buscar información sobre ellas en internet. Realmente no se trataban de datos que ansiaba conocer, pero el omega podía llegar a pasarse horas hablándole de algún modelo y eso le encantaba.

Luke también acudió a Harris por ciertas dudas sobre unos problemas matemáticos que implicaban ecuaciones. Así, sin más, comenzaron a ayudarse. Llegaban a hablar durante horas. El propio Nils se daba cuenta del tiempo que pasaba su amigo frente a su portátil y solo reía sin decir nada. Los padres de Luke también se percataron de que su hijo le prestaba más atención a aquel móvil que antes solía olvidar, pero también guardaban silencio.

Poco a poco, fueron conociendo más del otro. Harris se enteró de que a Luke le gustaba el cine. Descubrió que no se llevaba muy bien con sus compañeros de clase y que tenía a un par de conocidos en el curso de gastronomía, carrera que también se impartía en su instituto.

Por otro lado, Harris le contó a Luke sobre su fobia a las serpientes, ya que de pequeño tuvo un ataque de pánico cuando vio una en un zoo. Le habló sobre que le hubiera gustado tener una hermana porque en su infancia jugaba siempre con sus primos menores cuando pasaban gran parte de los meses de verano en Lyon, la ciudad natal de su familia. También le contaba que su curso de alemán era tedioso. Ambos llegaron a burlarse de las toscas pronunciaciones que tenía el idioma.

Un día, Luke le habló a Harris sobre la pecera que había comprado y cómo a los dos días los pobres peces de colores no sobrevivieron. El alfa entonces indagó en internet y le recomendó la raza que debía comprar, y Luke lo hizo. Los animales llevaban semanas vivos en la pecera.

Con aquel ritmo nuevo, llegó febrero y también el vigésimo cumpleaños del alfa. Cayó un viernes, uno en el que Harris se podía permitir dormir hasta más tarde, pues solo tenía una clase a las diez de la mañana. Sin embargo, Nils no se lo permitió cuando lo despertó a cojinazos y se tiró encima de él, realizando ciertos movimientos obscenos sobre su trasero. El alfa no cesó pese a que lo tiró al suelo y canturreó un cumpleaños feliz. Nils esa mañana sí debía ir más temprano a clases, pues, aunque cursaran la misma carrera, algunas de sus asignaturas optativas no coincidían.

El rubio por fin lo dejó tranquilo cuando le tendió una cajita con el primer regalo del día.

Harris, somnoliento, llegó a abrirla sobándose un ojo. Casi jadeó.

—Nils —susurró, encontrándose con la resplandeciente sonrisa con ortodoncia de su compañero—, ¿esto es un porro?

El rubio solo dio un brinco eufórico sobre el colchón.

—¡Feliz cumpleaños, hermano! Tu fiesta no la haremos hasta la semana que viene, pero tú y yo más tarde lo celebramos. Vete venerándolo hasta que llegue. ¡Nos vemos a la hora de comer! —Su amigo le dio una palmadita en el hombro antes de cargar sus libros bajo el brazo y salir por la puerta.

A Harris le llevó varios minutos reaccionar. Nils era el único capaz de considerar aquello como un "regalo". Volvió a cerrar la cajita mientras negaba con la cabeza.

El reloj marcaba las ocho y media. Soltó un ronquido de gusto cuando calculó que podría dormir un poco más y se coló entre las sábanas, deduciendo que su madre lo llamaría en un rato. Hundió la cabeza en la almohada e irremediablemente volvió a reír ante la excentricidad de Nils. Recordó las palabras "tu fiesta" y "la semana que viene" y casi pudo padecer un escalofrío.

Por segundo año, su amigo, como no podía ser de otra manera, era el encargado de organizar la fiesta. No le había dado ningún detalle, sobre todo después del drama que armó porque no sería el mismo fin de semana donde caía su cumpleaños, ya que Harris había decidido que viajaría a Plymouth esa misma tarde. Tomó la decisión sin que sus padres lo supieran. Sería como un regalo a su madre.

Con una sonrisa pintada en el rostro de solo imaginárselo, supo que no volvería a conciliar el sueño, no obstante, eso no le quitaba de disfrutar un poco más de la comodidad del colchón.

De repente, su móvil vibró. Abrió los ojos y se incorporó para alcanzar el aparato sobre la mesa. Tenía la pantalla iluminada, y cuatro letras bastaron para que un cosquilleo se asentara en la boca de su estómago.

Era un nuevo mensaje de Luke.

Sonrió al mismo tiempo que presionaba el botón de abrir.

Luke

¡Buenos días!
¿Cómo es eso de despertarse con 20 años?
¿Ya has mirado si te ha salido alguna cana
¿Empiezas a sufrir alopecia?
Ya lo comprobaré este fin de semana…
Feliz cumpleaños, niño pijo.

Sonrió al leer las últimas palabras. Aquel mote...

Sus dedos fueron ágiles recorriendo el teclado de su teléfono después de presionar la opción de responder.

Harris

¡¿Pero qué dices?!
Yo soy como el buen vino, 20 años no podrán conmigo.
Muchas gracias, Luke, has sido de los primeros en felicitarme.
Ten buen día, nos vemos pronto.

Lo releyó antes de mandarlo. Después de tantos mensajes, ya lejos quedaba aquella indecisión que alguna vez existió a la hora de enviar los pequeños textos.

Le había mencionado a Luke sobre su visita sorpresa a Plymouth y le preguntó si podían verse el fin de semana. Él aceptó y además le prometió que lo invitaría a algo por su cumpleaños. De tan solo recordarlo, los hormigueos arremetieron con más fuerza.

Luke calaba en él, se lo había permitido.

Dejó el móvil a un lado antes de volver a descansar su cabeza en la almohada. Una enorme sonrisa se negó a abandonar su rostro. Su pecho martilleaba y algo le decía que sería un día memorable. Tenía ganas de volver a casa y de ver a sus padres… De ver a Luke.

Su móvil cayó en el fondo de la mochila.

Acababa de leer la contestación de Harris al mensaje de felicitación. Quizás había pensado más de la cuenta en él mientras se duchaba, cepillaba los dientes o elegía la ropa. Ya estaba camino a clases, había decidido escribirlo cuando salió de casa y creyó haber tenido una buena idea de "felicitación". No era bueno en ellas. A las pocas personas que felicitaba por fechas así, lo hacía cara a cara.

Largó un suspiro.

Harris era el único con el que no se cumplía esa regla, ni muchas otras. Era él con quien se mensajeaba y la razón por la que le había dado una vida útil a su móvil. Gracias a él pasaba más horas de la cuenta delante de su ordenador. Era Harris, sin más.

Apuró el paso aferrado a las asas de su mochila e intentando centrar su mente en lo que debía. Aquel día era importante. En su clase se había organizado un concurso, o algo así; sus profesores preferían llamarlo proyecto. Se trataba de la creación de una maqueta sobre un motor novedoso que pudiera revolucionar el mercado. El ganador podría presentar su propuesta frente a fabricantes de una conocida marca, optando además a la concesión de una beca para pasar quince días en Alemania durante los meses de verano. Y decir que Luke estaba eufórico por aquello era quedarse ridículamente corto.

Llevaba más de un mes sin trabajar en la Aprelia, ya que se volcó por completo en la creación de su maqueta. Se había atrevido a diseñar un motor de coches de bajas emisiones. Su profesor lo había observado incrédulo cuando el joven omega le comentó la idea. No era un proyecto descabellado, mas sí ambicioso para un simple estudiante de segundo año.

Había visitado el punto limpio y desguaces en busca de piezas. Se había acercado casi a diario a la ferretería y a su tienda favorita de mecánica. Poco a poco, tras un mes de trabajo, podía decir con orgullo y en voz alta que lo había conseguido.

Repasó las explicaciones que le daría a los jueces, en cómo contaría que su trabajo apostaba por el empleo de motores turbodiésel de poca potencia en aquellos que rondaran el centenar de caballos. Sabía la cantidad de cuestiones en contra que le lanzarían y allí él contraatacaría con su as bajo la manga, en lo que realmente concentró su estudio. Su proyecto no se centraba solo en la dotación de ahorro en el motor. Trataría sobre los neumáticos con baja resistencia de rodadura y en un sistema de retención que apagara los propulsores cuando no fuera necesaria su utilización, atreviéndose a rematar todo con el concepto de arranque automático y la propuesta de un diseño aerodinámico en carrocería. En pocas palabras, Luke no había diseñado la proposición de un nuevo motor, sino que prácticamente creó un modelo automovilístico.

Estaba nervioso, pero no a un nivel que aplacara lo emocionado que también se encontraba. Tenía todo: sus maquetas del diseño del coche y la misma idea en motocicleta lo esperaban. Tenía muestras de los materiales por los que apostaba, esos que había conseguido tras largas horas en los desguaces. Contaba con un informe con el cálculo real de las emisiones que consiguió sacar tras intensas clases particulares sobre ecuaciones. Todo plasmado en gráficos.

Quería, más que ganar, demostrar lo que era capaz de hacer.

Abrió la puerta principal del conjunto de edificios de formación con una sonrisa que podía partirle en dos el rostro. Debía dirigirse directamente al salón de actos, pero antes pasaría por su

taquilla a recoger lo demás para luego sí juntarse con el resto de sus compañeros. Todos contaban con media hora para prepararse antes de que los profesores y jueces llegaran.

Cruzó el pasillo de su edificio en dirección a los salones. La sonrisa seguía plasmada en su cara y sus ojos azules brillaban. Lo hicieron hasta que sus comisuras descendieron al llegar a la zona de las taquillas.

Una fuerza inexplicable ancló las plantas de sus pies al suelo.

Su casillero era el veintiocho, el que tenía la puerta media abierta. El que había sido forzado. Una ola de pánico lo abatió antes de correr hacia el lugar. Olvidó llenar sus pulmones de aire cuando abrió la puerta y comprobó lo que faltaba.

—No… No, por favor, no...

Su informe, su maqueta móvil... No estaban.

Removió el contenido de la taquilla con rabia; dos libros salieron volando junto a hojas y una libreta que se dañó al tirar de ella. Aun así, su trabajo no estaba.

Golpeó la puerta de la vieja taquilla, revisó las demás y se giró sobre sí mismo, buscando a su alrededor sin saber exactamente el qué. Hundió sus dedos en su cabello, el que ese día sí peinó porque había decidido no usar gorra para la presentación.

No podía respirar con normalidad. Sentía los latidos de su músculo cardíaco casi en la garganta, una punzada en las sienes y cierta humedad acumulándose en sus ojos. No fue consciente de que una lágrima resbaló por su mejilla derecha cuando se volteó y volvió a ver hacia su casillero vacío.

Corrió en dirección al salón de actos donde sí debería estar la otra maqueta que únicamente abarcaba el motor, la cual no servía de nada si no poseía su informe. Sin él no podía fundamentar su trabajo, no tenía pruebas ni cifras reales, esas que estuvo recopilando durante un mes. Un mes...

Sus compañeros ya estaban en el salón de actos, frente a las mesas donde sus maquetas aguardaban cubiertas por una pequeña sábana blanca. Delante de cada una había un cartel con el nombre del creador. Fue directo hacia la suya, “Luke Tompsett”. Tironeó de la tela, comprobando que allí sí estaba parte de su proyecto, que ahora era inservible.

Observó a su alrededor con la vista aguada, intentando localizar sus documentos, aquellos en los que se dejó la piel, que hizo con mimo, en los que volcó su ilusión… Los que demostraban qué se le daba bien. Lo que le gustaba...

Los buscó con la mirada, pero no los halló.

El omega era un cóctel que emitía inestables feromonas, tantas que demasiados pares de ojos se concentraron en él. Ante eso, un silencio se formó en el salón antes de que estallaran los murmullos, cuchicheos y ciertos gruñidos bajos.

Los ojos de Luke viajaron hacia cada uno de los alfas y betas que lo analizaban agazapados. Hacia todos, hasta que frenó en uno. Moreno, de ojos negro tizón, pelo rapado, complexión ancha y con un aro en su labio inferior, el mismo que curvó una de sus comisuras cuando se topó con la mirada del omega.

—Tú —musitó Luke en un tono mucho más bajo de lo que pretendía—. ¡Fuiste tú!

Una furia arremetió con fuerza e hizo hervir su interior. No tuvo la capacidad de pensar cuando alzó los puños y corrió en dirección al alfa, quien respondía al nombre de Max.

Chocar con aquel cuerpo fue como hacerlo con una piedra, mas no le importó cuando le golpeó el pecho. Cuando gritó más fuerte que había sido él y atinó a darle un segundo golpe en el pómulo. Como era de esperar, y estando en una evidente desventaja física, el alfa casi lo sacudió cuando lo tomó del brazo y de un solo movimiento lo alejó de él.

Luke se removió ansioso, con los puños todavía en alto. Lágrimas de rabia corrían por sus mejillas y emitía aquel aullido bajo que se concentraba al final de su garganta. No le importó la mirada de advertencia del alfa cuando pretendió pegarle de nuevo. No obstante, sí se encogió y quedó paralizado cuando un rugido fue capaz de helarlo entero.

Los betas quedaron mudos, el resto de alfas callaron. El omega solo gimoteó con los ojos abiertos de par en par, sintiendo una sacudida en su interior.

Sumiso.

Max no soltó el brazo de Luke ni cuando este se calló, calmando su quejido. El alfa mantuvo el vibrar en sus cuerdas vocales y el rugido entre su dentadura apretada. Oprimió el agarre hasta que al omega le dolió.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —Una voz demandante y tosca, de alfa. El director de la institución ingresó en el salón, seguido de dos profesores que miraban atónitos la escena.

—Max, suéltalo ya —un beta amigo del alfa había pronunciado aquello a sus espaldas.

Solo entonces el de ojos negros desclavó su vista del omega y lo liberó. Luke miró a su alrededor, sintiéndose pequeño. Notó que encogía entre todos aquellos gigantes, que únicamente lo observaban a él. Su omega se retorcía en su interior y Luke, por primera vez, quería hacerlo con él.

Dio un paso atrás y observó las mesas, el piso, el color pobre de las paredes y cómo dos profesores se acercaban a él. Antes de que pudieran hacerlo, dio media vuelta y salió de allí, con la cabeza embotada y su condición gimoteando desesperada. Corrió por los pasillos con lágrimas nublándole la vista y con un sollozo atorado en el centro de su faringe.

Le habían robado, lo habían hundido. Su trabajo, su ilusión, eso que no le había contado a nadie porque quería darles una sorpresa si ganaba. Porque sería incapaz de decepcionarlos si perdía. No se lo contó a sus padres, no se lo contó a Harris...

Harris. ¿Por qué pensaba en Harris?

Él lo ayudó con gran parte de su proyecto sin saberlo. Se quedó con él hasta bien entrada la noche, explicándole cómo debía dibujar correctamente un gráfico y qué diferencia tenía ese con un diagrama de barras, todo por teléfono. Todo para nada.

También su padre, que lo llegó a esperar hasta una hora en el coche en uno de sus tantos viajes a las tiendas o punto limpio. Todo para nada.

Todo el tiempo que empleó... Ni siquiera tenía la posibilidad de saber si fue útil o no. No lo podía saber, porque otros habían decidido que no tendría ese derecho.

Necesitaba salir de aquel edificio, romper a llorar... Quería calmarse y dejar de sentir que se asfixiaría, pues no era consciente de que estaba experimentando todos los síntomas de un ataque de ansiedad. Corrió y corrió por las calles de la ciudad, ignorando a aquellos que hacían su vida y lo miraban extrañados.

Huyó sintiendo que aquel era el camino más largo que había hecho y soltó un quejido cuando visualizó su hogar.

No se dirigió a la puerta principal. Cruzó el jardín hacia el garaje. Se quitó la mochila de la espalda con rabia y sacó de uno de los bolsillos laterales un manojo de llaves. Abrió el portón, jadeante y con un mareo todavía constante. Lo abrió y allí estaba, su refugio donde se encontraba el eje del mismísimo orden que estabilizaba el caos que a veces encerraba su vida. Había restos de planos y algunas anotaciones en borrador de su proyecto, solo eso.

Lo único que se le pudo venir a la cabeza fueron preguntas: ¿Por qué no había dejado el informe en casa? ¿Por qué no lo llevó en todo momento consigo? ¿Por qué se había quedado el día anterior en el instituto rematando la presentación? ¿Por qué confió, si nadie le dio motivos

para hacerlo?

—¡Idiota! —El sollozo emergió de su garganta cuando de un manotazo hizo volar todas aquellas anotaciones que descansaban en su mesa de trabajo.

Lanzó una llave inglesa contra un mueble e impactó sus puños contra la superficie, sintiendo de inmediato la picazón del golpe. Esperó con regocijo el dolor.

Fue directo hacia una de las motos cubiertas por un forro negro. Abrió la cremallera con agilidad, deshaciéndose con rapidez del cobertor. Era una motocicleta del año dos mil totalmente arreglada. Observó cómo las llaves de contacto estaban puestas.

Iba a montarse en la moto, pero se detuvo para fijarse en su caja de herramientas. Se abalanzó sobre ella y la abrió con desespero, rebuscando en su interior hasta hallar aquel manojo de dos llaves. No se molestó en volver a cerrarla cuando esa vez sí se subió a la moto y la arrancó. Aceleró sin soltar el embrague para que el tubo de escape emanara humo blanco. Apretó los manillares, se tumbó sobre ella y tomó una bocanada de aire antes de incorporarse a las calles. Sin casco, sin que le preocupara la velocidad.

Hizo rugir más fuerte el motor.

Notó cómo el viento rozaba su cara y entrecerró los ojos cuando la imagen de su taquilla abierta lo asaltó. Aceleró, sintiendo los gimoteos que reprimía y sacudió la cabeza para que la brisa le arrancara las lágrimas. Las millas por hora aumentando en el panel lo calmaban. Hacían que su cabeza le gritara que, si quería huir, hiciera rugir la motocicleta porque eso crearía más aire frío.

Tenía calor, la boca de su estómago quemaba.

Se dirigía a la bahía de Whitsand, a una casa que no le pertenecía.

Esa vez lo acompañaba un grupo de música que había descubierto hacía poco. Tamborileó los dedos en el volante mientras escuchaba la letra de la canción, que aún no podía canturrear porque todavía no se sabía.

Era una tarde de brisa agradable, con más de la mitad del camino hacia Plymouth recorrido. Tenía ganas de llegar, algo se lo advertía. Le ansiaba estar en casa y darle una sorpresa a su madre. La distancia cada vez se hacía menos pesada y el viaje de aproximadamente cuatro horas se tornaba más ameno. Le gustaba conducir.

Apretó el puente de su nariz con dos dedos cuando un hormigueo le recorrió la nuca. Movió el cuello, deshaciéndose de la sensación justo cuando la canción cambiaba, al mismo tiempo que su móvil en el salpicadero vibraba.

Tomó su teléfono y apartó la vista de la carretera por un segundo para comprobar que tenía un mensaje nuevo. Era de Luke. Una sonrisa apareció en sus labios.

Luke

Harris ya llegaste.

Frunció el entrecejo luego de abrir y leer el texto. Era raro que escribiera así. Supuso que era una pregunta.

De nuevo, otro mensaje ingresó en la bandeja de entrada.

Luke

Lo siento, Harris, siento que hoy…

Luke jamás escribía así.

Apretó los labios y sintió cierta preocupación aflorando en él. Volvió la vista a la carretera y apretó el volante, sin retirar la presión del pedal de aceleración.

Con una mano libre, escribió en el teléfono todo lo rápido e inteligible que pudo.

Harris

¿Qué te pasa, Luke?

Los minutos de espera fueron pesados. Sus hombros se tensaron y sus oídos, finos, estuvieron pendientes a la vibración del teléfono. Largos minutos pasaron hasta que el aparato volvió a sonar.

Harris abrió el mensaje y lo leyó, una y dos veces. Sus pupilas se dilataron al instante.

Luke

En rut.

XI

Había sido arrollador, la sensación de calor, la punzada en las sienes y el cosquilleo que comenzaba al final de su espalda, extendiéndose hasta justo detrás de las orejas.

Necesitó huir, encerrarse y que nadie lo viera. Necesitó entenderse con aquella ira que lo llevaba al borde de las lágrimas. Y se acordó de Harris, de aquel lugar. Él le había dicho que lo podía usar si lo necesitaba, así que llegó a la casa y dejó la moto aparcada a dos pasos del porche. Tardó en encajar la llave en la cerradura. Su corazón martilleaba con fuerza cuando consiguió abrir la puerta...

No supo qué fue exactamente lo que hizo que se tranquilizara. Quizás fue el olor, el estar solo sin que nadie lo viera u oyera. Un aroma familiar hizo que su faringe hormigueara y el calor que sintió en las mejillas aumentó. Si pensaba en lo sucedido, un nudo se formaba en el centro de su vientre.

Durante horas estuvo abrazado a sí mismo tras la puerta principal, con las llaves de la casa encerradas en un puño. Pero no se permitió llorar; las lágrimas eran inútiles, se dio cuenta de que no ayudaban a que liberara la frustración.

Le habían robado, infravalorado y humillado. Se reclamó a sí mismo por aquel gemido que tuvo que soltar cuando la naturaleza siguió su cauce y llevó a cabo las reglas. Un alfa lo había rebajado. Se había tenido que subyugar ante uno, ante aquel… Le fue imposible evitarlo. Fue algo que no decidió cuando pasó y se detestó por ello. Se odió.

Se gritó y enredó los dedos en sus cabellos para tironear de ellos. Gruñó cuando solo palpó más calor, reconociendo los síntomas.

Se retorció en medio de una guerra contra su omega, una que siempre perdía. Podía enfadarse con él y detestarlo, mas sería su naturaleza la que contraatacaría sometiéndolo. Podría maldecirla, pero esta siempre se rebelaría en su versión más devastadora. Esa donde el propio Luke perdía, abriendo paso a la forma más fiel de su condición: un omega en celo.

Sucedía otra vez, cinco meses después y con los ciclos alterados por sus nervios. Pensó en su madre, en la cita a la que no fue para cambiar de supresores y probar métodos mejores. Lo olvidó al estar trabajando en su proyecto. Siguió tomando los mismos y allí estaba, reconociendo cada vestigio.

Notaba el ardor bajo la piel, las palpitaciones y el aire caliente traspasar por sus arterias pulmonares. Las bocanadas quemaban. Las horas pasaban y aquella casa mantenía el olor. Recorrió su vista por el pasillo y miró el respaldar del sofá que adornaba el centro del pequeño salón.

Una vibración calentaba sus cuerdas vocales junto a las primeras gotas de sudor que comenzaban a perlar su frente. Todo era causa de eso que todavía no dolía, pero lo haría. En una hora, a lo sumo dos...

En algún momento, con la vista fija en aquel sofá, sacó de su mochila el teléfono móvil. Intentó mandar un mensaje mientras apretaba los labios. Luego algo rugió al recordar el nombre de Harris.

La casa de él, su olor a alfa.

Su omega imploraba en su interior, demandando su presencia.

Cuando dos palabras hicieron la sentencia, este las había contestado.

Harris
¿Puedes ir a la casa?

Luke
Ya estoy en ella.

Harris
Voy. No te muevas de ahí.

El móvil resbaló de sus manos cuando una ola deshizo el nudo en la boca de su estómago. Tuvo un ardor constante recorriéndolo, arremetiendo con fuerza ante la idea de que, de nuevo, no tendría que lidiar solo con todo aquello. Harris iba a cumplir con su palabra.

Harris… Quería verlo.

Le dolieron los músculos por permanecer tanto tiempo en la misma posición, al igual que las articulaciones cuando las estiraba. Las horas habían sido lentas y pesadas, luciendo victoriosas cuando Luke se rendía a cada minuto y el enfado o frustración ya no tenían cavidad y caía una vez más en la resignación de su posición. Llegó a sentarse en el sofá tras batallar con sus piernas trémulas y manos convulsas. Volvió a encogerse sobre sí mismo, lidiando con un constante rumor de: «Otra vez… ¿Por qué otra vez?».

Se adormitó cuando la vista se le comenzó a nublar y sintió que ya lo había dominado la fiebre. Tenía sed, pero no voluntad para moverse a buscar una gota de agua. Su garganta raspaba y la saliva, como siempre, se evaporaba. Aguardó las punzadas.

La respiración de Harris se le cortó cuando vio una motocicleta aparcada delante de la casa de la playa. La palanca del freno de manos crujió cuando tiró de ella para accionarla. Retiró las llaves del contacto y dio un portazo más fuerte de lo debido cuando salió del coche.

Había conseguido la otra copia de las llaves y las apretaba en su mano derecha. No se preocupó en tomar una bocanada de aire cuando subió los tres escalones del porche y rozó con los dedos el frío pomo de la puerta principal.

Los instintos del alfa eran tan primarios… Quiso gemir de gusto cuando reconoció aquel olor tan dispar y picante, el que le hacía repudiar lo dulce para únicamente deleitarse en él.

Cruzó el umbral de la puerta mientras buscaba el aroma, notando la exudación en los poros. Sabía que la razón, en breve, optaría por abandonarlo. Pero se encontraba en un punto donde ya no le importaba.

Luke dio un respingo al sentirlo. Seguía en el sofá y Harris estaba allí.

El alfa dio dos pisadas cautas y su atención viajó hasta la estancia del salón. Luke entonces no supo de dónde halló la fuerza para levantarse del mueble donde había estado acurrucado, pero lo hizo. Estaba de pie mirando a Harris, que cerró la puerta con extrema delicadeza. El crujido de esta fue lo único que irrumpió en el silencio sepulcral.

El omega tragó grueso cuando distinguió el verde en sus ojos y notó las gotas de sudor recorriéndole la sien. Sus labios ya estaban agrietados cuando los separó para intentar pronunciar un fonema que finalmente terminó muriendo en el fondo de su garganta seca. Cerró las manos en puño cuando Harris se movió como un depredador; sus movimientos eran casi imperceptibles, como si tuviera miedo de espantar a aquella criatura temblorosa que lo miraba de frente y

concentraba un compungido lamento. Harris supo, o más bien volvió a confirmar, que podría llegar a enloquecer.

No necesitó dar un paso, mas sí aferrarse a la camisa del alfa cuando este se acercó más a él, lo tuvo que hacer para no caer de rodillas. Harris sintió el corrientazo instantáneo ante el tacto. Sostuvo sus codos, le rozó con sus dedos la menuda cintura y tensó la mandíbula cuando se tropezó con las dos lagunas de agua cristalina que lo enfocaban.

Luke jaló con más fuerza de la ropa del alfa para pegarlo a él. Harris obedeció, cómo no. No hablaron, solo se embebieron sus alientos compartidos cuando los suspiros lucharon con ahínco por escapar.

El omega plegó sus párpados cuando una sacudida recorrió su sistema y una brisa fría se atrevió a hacer frente a cierto ardor. Harris lo rodeó con sus brazos y coló sus pulgares bajo la tela de su sudadera, acariciando el final de su espalda que se entibió con el toque. Un tacto que solo lo hizo gruñir, un vibrar excitante que demandaba, uno con el que al omega le volvieron a temblar las piernas.

Harris lo sostuvo, perdiéndose en sus ojos y en la fuerza que ejercían contra él: tibia y endeble. Firme y frágil.

Luke era ese sabor cítrico, ese hormigueo amargo que le recordaba al tiento del pasto. Aquellos aromas que se intensificaban en su celo, eran un río de sensaciones que el alfa no podía llegar a entender. Los percibía con todos sus sentidos e incluso era capaz de transpirar por los poros a causa de ellos. El omega poseía esa fragancia intensa, sin embargo, en aquel momento fue cáustica.

El menor temblequeaba, asistiéndose al alfa que solo deseaba olisquearlo. La camisa de Harris, con finas rayas azules y blancas, se hallaba arrugada y mal puesta.

—Luke… —su voz salió áspera, acariciando las vocales de esa forma tan suya. El aludido reprimió el quejido que quiso escapar de su garganta cuando sintió el aliento del otro en su cuello. Harris se había agachado sobre él, atreviéndose luego a rozar la punta de la nariz con el lóbulo de su oreja—. ¿Estás bien? —Los dientes del omega cepillaron con fuerza su labio inferior. Sintió que la vibración de la voz lo sacudió—. ¿Tienes algo más? Te noto... —resopló —. Tienes algo más.

El alfa tuvo que convertir su pregunta en una afirmación cuando recabó que aquello no era la misma sensación de cuando lo sabía nervioso o preocupado. No era igual que cuando estaba confuso. No era lo mismo y lo frustraba.

Harris contuvo un jadeo cuando la frente del omega se pegó a su pecho. Notó cómo negaba con la cabeza respirando despacio, pero no estaba conforme. Ansiaba saber. Luke tenía algo más.

—Dime qué pasó, Luke. Por favor, dímelo. —El omega le ocultaba algo. Inexplicablemente, algo bajo la piel se lo chillaba. Intentó separar a Luke para poder mirarlo, pero no se dejó—. ¿Te hicieron algo? ¿Alguien te hizo algo? Dime quién fue.

El cuerpo de Harris se volvió rígido ante la idea mientras el negro dominaba el iris de sus ojos. Coló por completo sus manos bajo la tela de la sudadera del otro y posó las palmas enormes sobre la piel expuesta. Luke comenzó a percibir la crispación que emanaba el alfa.

—Tú no gruñes —pronunció Luke con un hilo de voz, sin separarse ni un ápice del pecho donde se apoyaba—. No lo haces igual…

El alfa era capaz de enloquecer, de hecho, casi lo hizo cuando hundió su nariz en el cabello del omega.

El frío volvió a circular entre ellos.

—Luke, por favor...

—Tócame, Harris. Tócame antes de que duela.

El propio omega jaló su prenda para levantarla, sin hacerlo del todo, dejando su vientre plano apenas a la vista y jadeando con los labios entreabiertos. Comprobó que si levantaba su puño contra el torso de Harris podía llegar a ver la piel olivácea que se escondía bajo su camisa arrugada.

Luke alzó los brazos para quitarse la camiseta.

—Dime qué pasó —insistió Harris cuando la sudadera de Luke ya se enrollaba bajo sus axilas.

—No.

El otro lo ayudó a deshacerse de la prenda cuando lo vio luchando y lo pegó de nuevo a él.

—¿Por qué estás así? Me vuelve loco sentirte así.

Cuatro manos comenzaron a desabotonar la ropa que cubría el torso de Harris, quien aún miraba al otro con una interrogante mientras humedecía sus labios con lentitud.

—Harris, solo necesito... —se cortó cuando ambos se encontraron con sus pechos desnudos. Luke supo que aquello era la manta helada que necesitaba—. Sabes el qué. Me quema…

Finalmente, Harris rugió. Sus brazos terminaron de envolver el cuerpo menudo de Luke, quien le enterró las yemas de sus dedos en los costados, creando un sendero con las mismas hasta el escaso vello del centro de sus pectorales.

Luke era suave, con su piel lechosa y tibia a cada toque. Harris acarició las caderas del omega y con sus dedos largos le recorrió la espalda hasta llegar a los hombros, los cuales masajeó para luego poder deslizarle las manos abiertas sobre el torso. Luke abrió la boca, cerró los ojos e inclinó levemente la cabeza hacia atrás cuando necesitó soltar un jadeo.

Sentía completo frío sobre él, por fin.

La mirada de Harris se centró en las aureolas rosadas que conformaban sus pezones. Se relamió los labios cuando sus pulgares rozaron la punta y Luke dio un respingo, sosteniéndose de los brazos del alfa para no volverse a tambalear. Harris salivaba al sentir en sus dedos la suavidad, al ver cómo la piel se erizaba mientras oía cómo el otro gemía. Y el olor... Su olor. Cuatro de sus cinco sentidos estaban centrados en él. Faltaba el quinto: el gusto.

Con un movimiento rápido, Harris colocó una de sus manos en la curva de la espalda de Luke. El otro, aún más ágil, agachó la cabeza para chocar su lengua contra uno de aquellos sonrosados pezones.

Luke gimoteó sin pena, perdiendo sus dedos en los rizos alborotados de Harris. La saliva del alfa estaba fría mientras jugueteaba con aquel trozo de piel sensible, en aquel movimiento que electrizaba el flujo sanguíneo de Luke. Lo cubría de sensaciones y cosquilleos, de angustia por querer sentir todo más rápido.

Más intenso, más cerca. Más duro. Durante más tiempo.

Harris lo lamió y chupó, incluyendo en el juego a sus dientes y escurriendo una de sus manos hasta su trasero. Luke estaba a su completa merced.

El alfa mordisqueó los pezones ensalivados del omega, ascendió y rozó con sus dientes el resto de la piel hasta encontrarse en el hueco de sus clavículas, las cuales besó y también lamió. Chupó la piel, le olisqueó el cuello y luego recorrió detrás de sus orejas hasta mordisquearle el lóbulo izquierdo.

El alfa acunó el rostro del omega entre sus palmas, le acarició los pómulos, tragando saliva y volviéndose a perder en su mirada. Deseó poder morderle la punta de la nariz. Soltó un gruñido que le fue imposible de controlar cuando Luke dejó entrever su lengua entre los labios.

Contuvo la respiración.

—*Baiser*… —dijo Harris, atragantándose con su acento francés—. *Laisse moi t’embrasser*…

Los labios de Luke lucían áridos y secos. La lengua de Harris hormigueaba y sus papilas salivaban…

Nunca lo había besado. Quería besarlo. Necesitaba hacerlo.

—No te entiendo.

El alfa no distinguía los idiomas, pues eran sus instintos los que demandaban sin importar cómo. Pestañeó, acercando un pulgar a la comisura de la boca del omega.

—Quiero besarte.

Luke, instintivamente, apretó los labios y arqueó la espalda para alargar un brazo entre ambos, intentando crear una absurda distancia. Frenó.

El pecho de Luke tamborileó con fuerza.

—No... No, eso no. —Negó con la cabeza, con sus ojos abiertos de par en par.

Había evitado muchas veces aquel contacto, era consciente de ello. Escondió su rostro demasiadas veces cuando la boca de Harris se acercaba a la suya. Llegó a evitar que estuvieran mucho tiempo frente a frente por eso. Sin embargo, en ese momento, Harris se lo había pedido directamente y él se encogió. Se quiso retorcer y gimotear confundido, asustado. Sentía ansiedad. No quería que lo besara.

Harris dejó escapar un quejido desde lo más profundo de su garganta cuando rozó con un dedo los ásperos labios que ansiaba probar. Luke se había alterado ante su petición y, a pesar de sus deseos, no quería eso. Él mismo se desesperaba si el ánimo del otro tornaba.

No le gustaba que le mirara así de repente, así que suspiró tranquilizador y acarició la muñeca del brazo que el omega interpuso entre ellos. Siseó, asintiendo con la cabeza para poder atraerlo con suma delicadeza. Luke hacía instantes le había pedido que lo tocara, así que se centraría en hacerlo.

El omega se acercó con reticencia y ojos chispeantes, tensándose cuando el alfa volvió a agacharse para pegarse a él. Soltó un resoplido de alivio cuando le hundió el rostro en el cuello.

El mayor tenía un olor y temperatura que lo estabilizaban. Era una sensación arrolladora donde no se sentía inferior, pues con Harris podía formar parte de un todo que solo le pertenecía a ambos. No le demostraba superioridad, sino una misma línea que desembocaba en algo más fuerte. Era capaz de llegar a una tregua con su omega y con él mismo.

El alfa lo hizo retroceder dos pasos para que se posicionara frente al sofá. Volvió a acariciarle los hombros, a gruñir contra su piel y a vivir el deleite que era la emanación de sus feromonas. Y Luke cerró los ojos, haciendo exactamente lo mismo. El bulto en su pantalón crecía, la ropa le picaba tanto que ambos se miraron a los ojos cuando uno se desabrochó el cinturón y el otro jaló de su ropa interior junto al pantalón de chándal.

Harris evitó enfocar la vista en los labios del omega, pues los seguía deseando: se veían finos y tan perdidos. ¿Cómo no hacerlo? La sangre de ambos bombeaba con furia cuando la demanda animal reclamaba más acción.

El omega de Luke gimoteó justo antes de sentir dolor por pura desesperación.

El pantalón y ropa interior del mayor se enredó en sus tobillos cuando batalló con los zapatos para deshacerse de todas las prendas que les restaban movimiento.

Harris sintió que podía aullar cuando sus ojos volvieron a recorrer aquel cuerpo desnudo y encogido, con pezones todavía húmedos por su saliva y un pecho que subía y bajaba a causa de la errática respiración. Su pene erecto adornaba su entrepierna enmarcada por muslos firmes. Su cuerpo era puras curvas.

Luke sintió la humedad concentrada entre sus nalgas cuando decidió llevar sus manos a los sutiles abdominales marcados del otro. Harris lo pegó a él, gimiendo cuando su miembro,

también erecto, le rozó el vientre.

Harris llevó ambas manos al trasero de Luke y apretó. Inhaló profundo. Ya estaba lubricado y probablemente dilatado, listo para él. Amasó la piel y deslizó los dedos hasta el pliegue de sus nalgas. Dedujo que las piernas le podían llegar a fallar cuando sintió las puntas de las yemas humedeciéndose.

—Tourne-toi —susurró, calentando con su aliento el oído del omega—. Date la vuelta —tradujo luego.

Luke giró sobre sus talones, dócil a la par que tembloroso. Harris lo acomodó en el sofá, recorriéndole los hombros con sus manos e indicándole sin palabras que se pusiera de rodillas sobre el mueble, con su torso pegado al respaldar. Así, lo observó durante escasos segundos, babeando por aquel cuerpo expuesto, cuyo dueño lo miró de reojo apenas giró el rostro.

La curva que aquel trasero formaba... Harris podría declararse demente por ella.

—Así, te quiero así… —murmuró, creando un toque desde las rodillas flexionadas hacia arriba—. *Parfait*.

Luke se recordaba que debía respirar.

El alfa clavó sus rodillas en el suelo justo detrás de él, relamiéndose los labios cuando el recorrido de sus manos llegó hasta las caderas. Le separó las nalgas.

—Harris —gimió, aferrándose al mueble—. Oh, Harris… —Alzó el rostro, dejando su cuello expuesto mientras separaba instintivamente las piernas.

El otro lamía su entrada, encontrándose con que su lengua resbalaba y podía llegar a salivar aún más ante el sabor… El sabor de Luke, que lo hacía gruñir. Quería comérselo. Su cuerpo se sacudía, siendo consciente de que testaba un manjar que ni siquiera sabía que existía. El flujo del omega resbalaba por su barbilla y sus labios, los cuales se relamía. Luke estaba preparado para él, eso no quitó que probara penetrarlo con la lengua.

Luke se quedó sin aire cuando se estremeció, pegando su pecho al sofá y destrozándose los dedos al necesitar apretar algo. Gimió porque no dolía, no llegó a hacerlo; Harris había llegado a tiempo. Calmaba el ardor que en ese momento era diferente. Era el que él mismo creaba.

La lengua del alfa salió de la cavidad, recorriendo hacia abajo y topándose con la piel sensible de sus testículos, la cual chupó y después lamió. Estaba hambriento, desesperado y extasiado...

Harris se levantó del suelo, sosteniendo su propio miembro erecto, caliente y necesitado de atención. Se mordió con saña el labio inferior cuando tuvo una imagen casi derrotada del omega. Porque lo mejor de todo siempre eran los gemidos de Luke.

El alfa sujetó las caderas del omega cuando se posicionó tras de él. Solo necesitó apoyar las rodillas detrás de las suyas, indicándole con un movimiento que se irguiera. Harris, al ser más alto, quedaba perfectamente alineado hacia la gloria, hacia un volcán.

Envolvió entre sus brazos el pecho del omega cuando este llevó las manos hacia atrás para separar sus glúteos y que Harris por fin arremetiera con una estocada. Así resbalaron, encajando a la perfección y sintiendo la sacudida en todo su sistema ante la primera penetración. Con la sensación de estar lleno, la de llenar… El frío, el cosquilleo, las olas que extinguían el fuego… El gozo.

Harris posó sus labios en el hueso de la mandíbula de Luke, comenzando un movimiento de caderas. Un vaivén que se mantenía en una melodía de gemidos y jadeos asfixiantes. Las piernas temblaban con cada espasmo y el vello de los dos cuerpos se erizaba.

Harris tuvo que pegar su frente sudorosa a la sien de Luke, dando lugar a más gimoteos ahogados y sonidos chorreantes en cada encuentro de caderas. Sacaba su miembro para únicamente volver a entrar con más fuerza, una que marcaba la desesperación y el deseo. Los

hacía encajar para estabilizar el mismísimo instinto primario.

Luke se impulsaba hacia adelante con cada embestida, sintiendo que su miembro rozaba contra la tela del sofá. Llegaban hasta el fondo, tocaban el límite. Cuando el mayor deslizó una de sus manos hasta encerrar entre sus dedos su pene húmedo y rosado, que disfrutaba en silencio de los roces que ocasionaba cada empujón, no pudo más.

Perdió las fuerzas y cayó rendido, temblando ante la primera ola de placer. Su cuerpo empapado en sudor lo hizo resbalar contra el torso de Harris.

—*¡Ah!* —chilló en la última bocanada de aire, su raciocinio huyendo antes de caer—. Hazlo, Harris. Hazlo…

«Anúdame».

Porque aquella sensación era la mejor. A Luke le gustaba, jodidamente le encantaba. Era sublime, terminaba de arrastrar con todo.

El omega contraía sus paredes en cada lloriqueo. Harris gritó en la última embestida cuando Luke recibió su derrame caliente. El alfa vibró con las sacudidas del orgasmo, impregnado del olor de ambos. Jadeó al quedar preso en su interior, llegando a no sentir las articulaciones cuando dejó caer su peso contra la espalda ajena.

Se encontraban sudorosos, pegajosos y rendidos.

Luke ya no sentía. Se sabía cansado y sin aliento. No dijo nada cuando Harris lo abrazó tras encontrar el hueco perfecto en su cuello, solo se dejó.

El sabor de su boca era pastoso cuando despertó. El colchón no era cómodo; un muelle se clavaba en una de sus costillas, así que rodó, sintiendo una tirantez en el coxis y un letargo que se extendía por todo el cuerpo.

Luke abrió los ojos, pero solo se encontró con la oscuridad. Una luz se colaba por la ventana, tenue y apenas dejando distinguir la estancia. Le llevó largos segundos enfocar lo que parecía ser un armario, jalar de la sábana que lo cubría y paralizarse cuando un cuerpo tras él también se movió.

Estaba en la cama con Harris. Seguía durmiendo.

Un nudo se ciñó a su garganta.

Supuso que era de madrugada, pues todavía no había amanecido. El alfa a su lado emitió un leve ronquido cuando volvió a hundir el rostro en la almohada que abrazaba. Luke lo miró por largos segundos, sin atreverse a pestañear. Él exhaló.

Sintió el ritmo cardíaco aumentando cuando se vio desnudo, expuesto. Tironeó de las sábanas para cubrirse de la cintura para abajo, moviéndose hasta el borde de la cama para encoger las piernas y abrazar sus rodillas. Sostuvo su cabeza entre las palmas de sus manos, balanceándose quedamente hasta que por fin pudo parpadear.

Necesitaba un cigarro.

Una presión se apoderó de su pecho, encerrando una sensación latosa. Algo le pesaba y quería gritarlo, al igual que salir corriendo de allí. De la misma manera, otro algo tiraba de él para que permaneciera. Todo lo envolvía en un torbellino donde no sabía qué hacer, mucho menos comprendía qué sentía.

Su celo parecía haber menguado. Habrían pasado doce horas y no lo entendía, puesto que esperaba el ardor que precisamente no estaba experimentando. Le faltaba consultar si su celo, desembocado tras un ataque de rabia o desespero, también podía estabilizarse antes. Todo eso dependía de cada omega, eso le decía siempre el médico.

Rozó su nariz contra la piel de su brazo, descubriendo un olor dulzón y ajeno. Olía a Harris, al

cóctel agridulce que podía llegar a definirlos.

Se abrazó a sí mismo sin que la angustia en el pecho cesara, con cada noción contradictoria que lo terminaba paralizando. Todo lo que alguna vez tuvo sentido parecía un disparate en su cabeza. Todo lo que alguna vez percibió como sandez, ya no lo sabía tan descabellado...

—Luke. —El omega paró el leve vaivén de sus movimientos cuando sintió un tirón en la sábana a la que se aferraba. Un escalofrío recorrió su columna vertebral al notar a Harris removerse—. ¿Estás bien?

Un sonoro resoplido escapó de los pulmones del omega. Harris quiso rozar su espalda desnuda, mas algo le dijo que no era buena idea.

Luke asintió antes de ladear levemente el rostro hacia él. Harris tragó saliva cuando se encontró con su mirada perdida. Se adaptó rápido a la oscuridad y a la leve luz que se colaba por las rendijas de la ventana. Había sido el crujido del colchón el que lo había despertado.

—Vuelve a dormir, aún no ha amanecido —volvió a hablar el alfa. Su voz era cálida, un susurro ronco que podía pecar incluso de tranquilizador—. ¿Quieres que me vaya abajo?

Harris ya se había sentado en la cama, tomando distancia. Podía sentir la enorme tensión.

—No.

Contuvo el aliento cuando Luke se removió, todavía enredado entre las sábanas. Lucía demasiado agotado.

El omega cerró los ojos al girar hacia él, dejándose caer encogido sobre la cama y sin darle la espalda. El corazón de Harris latió desbocado cuando él también volvió a tumbarse, cara a cara con quien no se atrevía a abrir los párpados. Sus dedos picaron cuando por su mente cruzó la idea de retirarle el pelo sobre la frente, de taparlo un poco más… Solo hizo lo último.

Luke dio un respingo cuando se sintió totalmente cubierto por la sábana. Harris lo observó, velando su acompasada respiración. Le costó volver a dormirse, siendo consciente de que aquel llamado de dos palabras podía haber hecho que dieran dos pasos hacia atrás.

Porque iban bien. Tan bien...

Le gustaba sentir que Luke se colaba en su vida, fantasear con que a la inversa sería igual. Le apasionaba la idea de que lo invitara a tomar algo por su cumpleaños, de hablar... Sin embargo, allí estaba, en su encrucijada. Por un lado, estaba su alfa gruñendo satisfecho y por el otro él mismo se frustraba por no saber qué esperar. Luke era un laberinto lleno de trampas, donde abrir una puerta también podía tener como consecuencia retroceder hacia la salida.

Sintió miedo durante las horas que pasaron, cuando amaneció y pudo percibir con mayor claridad el sonido de las olas del mar. Cuando Luke se levantó, él se hizo el dormido y comprobó que los pasos que dio fueron hasta el cuarto de baño. Rato más tarde lo sintió en el piso de abajo.

Tuvo el dilema de que si fuera por él, no se ducharía. Olía demasiado bien, pero estaba en Plymouth. Se suponía que había ido para darle una sorpresa a su madre...

Luke no se fue mientras él se aseaba. Lo esperó fuera de la puerta principal, con las llaves de su moto en la mano. Harris sacudió sus mojados rizos cuando lo visualizó mientras bajaba las escaleras. Vestía sus ropas y destrozaba su labio inferior de tanto mordisquearlo. El silencio duró cinco segundos cuando Harris quedó frente a él.

—¿Te vas? —el alfa cuestionó, aclarándose la garganta tras hablar.

—Tenía veinticinco llamadas perdidas de mi madre. Vio que me llevé la moto y que no contestaba, así que se puso en lo peor. Ya he hablado con ella, lloró un poco y creo que por primera vez habló incluso de un castigo.

Harris curvó sus comisuras cuando las del propio Luke hicieron lo mismo.

—Pobre...

El omega asintió, experimentando un poco más de culpa.

—Harris, yo... —se cortó cuando el alfa dio un paso más—. Siento haber arruinado tu día.

Aquella declaración tomó a Harris por sorpresa. El mayor había pensado demasiados términos para definir su encuentro y ninguno de ellos era aquel.

—No has arruinado nada, Luke.

—Venías a darle una sorpresa a tus padres...

El otro negó.

—Se la daré hoy. Apuesto que mi madre gritará igual. —Sonrió, marcando aquellos hoyuelos en los que el otro se fijó.

—Deberías llevarles unos dulces o algo así.

—Buena idea.

Luke retiró su vista al notar de nuevo la tirantez. Detestaba aquel momento. Detestaba no saber cómo hacerlo más fácil.

—Debo irme.

El alfa asintió, delineándose con la lengua el labio inferior.

—Luke... Sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? Todo lo que hemos hablado en los últimos meses no ha cambiado y si tienes un problema... yo... —resopló—. Que yo, si puedo, estaré encantado de ayudarte. Puedes confiar en mí. Nuestro trato sigue en pie, pero eso no quita todo lo que...

—Harris —lo cortó cuando el otro, casi asfixiado, también estaba a punto de atragantarse con sus propias palabras—. Lo sé, confío en ti. Créeme que eres una de las pocas personas en quien lo hago.

Y tensión. Eso fue lo único que se pudo percibir.

—Bien —musitó—. Genial, sí...

Porque Harris sabía que lo iba a dejar ahí. No le contaría más de lo que le pasó el día anterior. No se abriría a hablar de su verdadera relación con él. Se sintió hasta ridículo cuando una de sus cuestiones era si, a pesar de todo, seguiría en pie lo de ir a tomar algo con él.

No se lo preguntó.

Luke dio media vuelta, subiéndose a la moto. Harris avanzó un par de pasos.

—Ten... cuidado. Con la moto y eso. —Harris se hubiera mordido la lengua tras hablar. Deseó hacerlo.

—Lo tendré.

Y sin más, le dedicó una última y retraída sonrisa antes de arrancar y desaparecer. El alfa resopló, destensando sus hombros.

Luke lo iba a volver loco, estaba seguro de ello. Había vuelto a retroceder con él, lo sabía…

No entendía por qué tenía que ser tan complejo. Confiaba en él, pero no le contaba. Se acostaba con él y aun así no lo besaba. Se colaba en su vida y no se quedaba. Luke sería el causante de demasiados dolores de cabeza y sabía que no iba a hacer nada para remediarlo.

Aquel fin de semana no habían ido a tomar algo. Luke no le escribió y la llamada de Harris no dio señal cuando antes de volver a Londres lo intentó contactar.

La sorpresa que les dio a sus padres había sido un éxito. Annette lloró cuando Harris apareció con una bandeja de dulces y Patrice había salido exultante de su despacho cuando escuchó la voz de su hijo. Fueron dos días cortos e intensos. Sus padres lo llevaron a cenar aquel sábado y Annette compró una enorme e innecesaria tarta de cumpleaños para volver a celebrar el domingo, el mismo día que debía regresar a Londres. Le habían dado sus regalos: una tarjeta a su

nombre vinculada a la cuenta corriente de Gaer y un teléfono móvil nuevo. También tuvo una propuesta de su padre de que ese verano, si quería, podía asistir a varias reuniones de la empresa familiar, esa para la que se estaba formando con el objetivo de algún día dirigir.

Así pasó una larga semana en la que también agradeció estar ocupado con las clases y la finalización del curso de alemán. Su nuevo teléfono tenía acceso a internet e incluso podía comprobar su correo electrónico en él, aunque ya no lo usaba tanto.

Luke solo le había mandado un mensaje días después, disculpándose por no haber podido contestarle, anunciándole que tendría una semana muy ocupada y que su móvil había comenzado a fallar. Harris había mirado con inquina su nuevo teléfono. Se había molestado y aquel día ni atendió lo debido en clase. Estuvo días gruñón y de mal humor, detestando el estar inevitablemente atento a su teléfono, bien por costumbre o simple masoquismo.

Una parte de su razón le decía que a Luke había que cogerlo con pinzas, darle su espacio, y otra le chillaba que tampoco era justo. No sabía qué había hecho mal.

Pronto llegó el viernes, el mismo día en que Nils apareció en el cuarto de ambos usando varios accesorios de colores y una sonrisa radiante que le anunciaba que había llegado la hora. Su fiesta de cumpleaños atrasada...

Su amigo había alquilado un local de celebraciones ubicado en el campus. También había invitado a todos sus compañeros de la carrera y media residencia universitaria. Harris sabía que Nils tramaba algo, mas quedó boquiabierto cuando el rubio lo atavió con una corona de flores y una falda de hilos de colores.

—¡¿Listo, hermano?!

Más amigos hacían jaleo en el pasillo mientras reclamaban al anfitrión de la fiesta. Harris los había observado sonriente. Su móvil no sonaba, había recibido como calificación de alemán un simple notable y su ánimo era… pésimo. Pero Nils movía sus cejas con comicidad, haciendo un bailecito ridículo a la vez que sacudía en una mano una botella de vino espumoso, y quizás era eso lo que necesitaba.

Necesitaba alcohol, que el Harris del futuro acarreara con las consecuencias. Era su fiesta de cumpleaños.

—¡Trae acá!

Todos vitorearon cuando tomó la botella de vino para agitarla más fuerte. El corcho salió volando seguido de un borbotón de líquido. Se dirigieron al local donde aguardaban el resto de los invitados, pues Nils había contratado a un pinchadiscos y un cañón de humo.

Había luces cambiantes, felicitaciones sinceras y cantidad de jóvenes brindaron a la salud del cumpleañero. Nils danzaba a su alrededor, mostrándole todo lo que había organizado. Le recordó que era su día y que se lo merecía.

Harris se acabó el contenido de la botella de vino mientras estaba en la zona donde servían ponche dulzón con demasiado vodka. Sonaba la música pop más de moda y comenzaron los juegos absurdos donde todos bailaban, dejando siempre al cumpleañero en el centro. Cachimbas sobre los mesones adornados con platos con poca comida y chicas que aleteaban sus pestañas cuando felicitaban a Harris. También chicos que le guiñaban un ojo cuando se cruzaban con su mirada y de nuevo Nils con aquel pésimo movimiento de caderas. En algún momento de la noche se había quitado la camiseta, luciendo tres collares de flores que le colgaban del cuello.

Un Harris mareado negó con la cabeza cuando se acabó su tercer o cuarto vaso de ponche. Enfocó la figura patética de su rubio amigo antes de dirigirse hacia él.

Nils lo recibió con los brazos abiertos, comprobando al instante que era una buena idea sentarse, ya que Harris casi se lo llevó por delante al ser más efusivo de la cuenta en el abrazo.

Harris lo siguió obediente y se sentó en una de las sillas.

Sus ojos brillaron al toparse con una copa llena que alguien había dejado olvidada.

—¡Luego no me digas que no vas a volver a beber! Deja de mojar tanto el pico… —La voz de Nils fue descoordinada, pero no tanto como el grito agudo que lanzó Harris en respuesta.

—¡¿Yo?!

El rubio rio, provocando que el otro también soltara una carcajada justo antes de apoyarle su frente en un hombro.

—Madre mía, cómo vas ya...

Harris, borracho, también era un espectáculo cómico.

—Nils —llamó mientras peinaba sus rebeldes rizos hacia atrás. Se juró que algún día probaría hacerse una coleta.

—¿Sí?

—Eres mi mejor amigo.

—Lo sé.

—Sí, porque todo es una mierda y yo te entiendo y tú me entiendes. Esta semana solo te he entendido a ti. Al profesor cabrón de macroeconómica no lo entiendo, ¿tú no lo entiendes? Es imposible. Y a la amargada del curso de alemán menos porque me odia, yo lo sé. Y por entender no entiendo ni a mi móvil. No te compres un chisme de esos...

Harris balbuceaba sin mucho sentido y Nils asentía, dándole unos golpecitos en la cabeza mientras comprobaba que llevaba demasiado tiempo con su propio vaso vacío.

—Nils… —volvió a llamar.

—Dime.

—Estoy jodido...

—Ni tanto —rio, empujándolo levemente con el hombro—. Mañana lo notarás más. Ahora deja que se te baje un poco y te pones a bailar.

—No es por eso —se quejó Harris mientras hacía un ademán con la mano—. Estoy jodido de aquí. —Acto seguido se dio un manotazo en el pecho.

Nils puso los ojos en blanco.

—Por favor, no vayas a empezar...

—Sí, Nils.

—No.

—Que sí.

—Harris...

El otro bufó.

—Es Luke. Él me tiene jodido. —Hurgó en un bolsillo de su pantalón hasta que encontró su teléfono. Lo alzó frente a la cara de su amigo—. Mira, no me llama. Ya no me escribe, nada...

Nils apartó el aparato de sus narices y observó cómo el otro lo miraba compungido.

—Harris —pronunció firme—, si él pasa de ti, pasa tú de él.

—¡Qué fácil, Nils! ¡Qué fácil!

—¡Es fácil! —contraatacó—. Llevas una semana pegado a ese cacharro, esperando a alguien que injustamente ha pasado de ti.

—Injustamente —repitió Harris, trabándose en la segunda sílaba de la palabra.

—Sí. Tú estás ahí para él, como un putito a domicilio para que luego pase de ti.

—¿Me dijiste putito?

—Y tú —continuó el rubio, ignorándolo— pierdes el culo por ese omega que vete tú a saber qué vida lleva en Plymouth, o qué es lo que no te cuenta. ¡Mira a tu alrededor! Mira ese grupo de

chicos de allí. Se mueren porque les dediques aunque sea una palabra y tú pensando en uno que no te habla y está al otro lado del país.

Harris enarcó una ceja con torpeza, llevando su vista hasta el grupo que le señaló su amigo. Se había fijado antes en ellos; eran unos omegas de primer año.

—El pelirrojo te mira a ti —apuntó Harris y el otro bufó.

—Harris, si Luke no te habla, fíjate en el resto de las flores que también tiene el campo.

Nils y su particular poesía.

—Pero... a mí me gusta él. —Se encogió de hombros como si hubiera dicho la cosa más natural del mundo—. Es diferente, tan diferente, Nils… Yo solo quiero conocerlo, pasarlo bien con él. Ayudarlo, y que sea el del...

«El del celo».

Su amigo lo observó, palmeándole la espalda cuando Harris pareció perder fuerzas para continuar. El alcohol le hizo pronunciar en voz alta todo aquello con lo que se comía día a día la cabeza. Nils lo sabía, había sido víctima de todas sus confesiones.

—Voy al baño —anunció Harris tiempo después, tambaleándose cuando decidió ponerse de pie.

Su amigo se aseguró de que caminara recto antes de dejarlo ir. No estaban lejos de los aseos, así que le recordó que debía entrar en los de la izquierda, los de alfas. A Harris le tomó un rato descifrar que la izquierda era la mano con la que no escribía.

Los baños estaban prácticamente vacíos. Un chico salió y le dio una palmadita en la espalda, diciéndole algo de su cumpleaños y la fiesta. Harris solo asintió antes de dirigirse a uno de los cubículos. Escogió el del fondo y cerró la puerta. La tapa del retrete estaba plegada, hecho que agradeció antes de sentarse encima. En realidad, no pretendía usarlo.

Se llevó las manos a la cabeza, sintiendo el mareo arremetiendo. Un cosquilleo se hizo dueño de su mandíbula. Tenía algo de sueño junto a ganas de bailar.

Sacó su móvil del bolsillo y lo observó por largos segundos. Probablemente, iba a cometer una locura de la cual se arrepentiría hasta el fin de sus días.

Tomó con dos manos el aparato, utilizando sus pulgares tras dejar su vista a menos de un palmo de la pantalla.

—Menú, agenda… Lu-ke —pronunció tras teclear, antes de presionar la tecla de llamar.

Tardó más tiempo de la cuenta en dirigir el teléfono a su oreja. Cuando lo hizo, su garganta se desecó.

—¿Harris?

—Ay, mi madre… —Se apoyó la mano libre en la frente cuando reconoció la voz. El omega le había contestado y él pudo sentir los mismísimos síntomas de algo parecido al vértigo.

—¿Hola? ¿Harris?

El aludido asintió como si el otro pudiera verlo.

—Hola —dijo, escondiendo el rostro tras la palma de una mano.

«Hasta luego dignidad, ya nos encontramos más tarde».

—Hmm... —Luke se encontraba tirado en su cama, a punto estaba de irse a dormir—. ¿Qué tal? Qué sorpresa...

Harris se mordió la lengua, luchando por concentrarse.

—Sí, sorpresa. —Estaba siendo ridículo, aunque el mareo ayudaba a que no le importara tanto como debía—. ¡Estoy en mi fiesta de cumpleaños! Esa no fue sorpresa.

Luke, al otro lado, frunció el ceño al escucharlo. Harris llamándolo, sin un motivo aparente y con aquella vocecilla más áspera de la cuenta, diciéndole que estaba en una fiesta...

—Vaya, qué bien...

—¿Y tú? ¿Cómo estás? Como ya no sé de ti... Quiero decir, como ya no me contestas... Quiero decir, que te llamo porque como no me escribes y entonces pienso: ¿Por qué será que ya no me escribe?, y pues... No sé, te llamo.

A Luke le había costado entender todos los rodeos que había dado.

—Harris, ¿estás borracho? —Luke conocía la respuesta, era evidente, pero le fue inevitable lanzar la pregunta cuando no supo qué responder a lo anterior.

—No —negó hasta con la cabeza—. Bueno, he bebido un poco. Un poco nada más. —Él solo simuló la cantidad de ese "poco", arqueando los dedos índice y pulgar—. Es que es mi fiesta.

Luke rascó su sien.

—Ya veo... ¿Y estás bien? ¿Te sientas mal?

—Más o menos... —se encogió de hombros—. Tengo un móvil nuevo, ¿sabes? Y esta semana terminé el curso de alemán con una nota pésima. Te lo hubiera contado, como lo hacía la semana pasada, pero me dijiste que estarías ocupado y supongo que no quise molestar.

El omega sintió su garganta rasposa cuando tragó. Un inexplicable calor lo asistió, sobre todo en las mejillas.

—Yo... lo siento por eso.

—Ya —contestó de inmediato el otro, sin temor a interrumpirlo—. Más lo siento yo, la verdad. Estos últimos días han sido una mierda, me cuesta concentrarme y tengo un humor pé-… pésimo, sí. Nils, mi amigo, el que come papas, me amenazó con echarme del cuarto y hace un rato ya me dio otro sermón. Y vaya estupidez que te llame para contarte todo esto que seguro ni te importa, ¿no?

El acaloramiento de Luke solo aumentó.

—No, no es eso, Harris. C-claro que me importa.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Una sonrisa demasiado bobalicona se pintó en el decadente semblante de Harris, la misma que rápidamente también descendió.

—¿Sabes, Luke? Yo... Yo pagaría por entenderte. Sí, no sé, escalaría una montaña también... Me gustaría saber qué tengo que hacer para que no me alejes cada vez que yo sienta que doy un paso contigo.

El otro pestañeó al escucharlo.

—¿Qué pasos quieres dar conmigo, Harris? —La cuestión, lejos de tener un tono curioso, fue planteada con voz algo rendida.

—Todos —acordó enseguida—. Los que me dejen conocerte más, los que hagan que tú también lo quieras hacer. Que me llames, que pienses en mí... Yo soy nefasto en eso, en tener detalles y esas cosas. Nils dice que soy muy políticamente correcto para todo. Supongo que sí, no lo sé. Lo cierto es que nunca había estado interesado en nadie.

—Harris...

—Porque estoy interesado en ti, Luke.

Hubo un silencio.

El ritmo cardíaco del omega se aceleró.

—E-estás lo suficientemente borracho como para decir tonterí-...

—No. Creo que estoy agradecido de estarlo porque de lo contrario seguiría callado. Es que yo me voy a volver loco, Luke. Siento que estamos bien y que podemos tener algo parecido a un acercamiento, pero todo se viene abajo y no por lo que pasó la última vez. No porque me

reclamaras por eso que tampoco me cuentas… —El alfa se llevó las manos al rostro—. Me angustia no saber qué es lo que estoy haciendo mal contigo.

Luke apretaba su teléfono móvil. Hacía unos instantes se iba a dormir. No planeaba hablar con Harris ni oírlo así. El alfa, de nuevo, aparecía en su vida centelleando. Ponía todo patas arribas y se atrevía a indagar en aquello que él mismo se guardaba para sí. En todo, en lo que ni siquiera se preocupaba en considerar.

—No estás haciendo nada mal. Tú y yo... solo teníamos un trato. —Mordió su lengua cuando recibió un silencio del otro lado.

El mayor había inspirado lentamente.

—También lo teníamos cuando salimos al centro comercial. Cuando nos tomamos un refresco o montamos en *skate*. También cuando me hablabas de esas ecuaciones de segundo grado. Cuando llegamos a pasar horas hablando.

Algo apretó. En ese momento, algo demasiado tirante molestó en el estómago de Luke.

—Sí...

—Entonces no entiendo. Yo quiero acompañarte de nuevo a esos sitios donde reciclas, o a aquella ferretería enorme. O lo que diablos fuera. No me importa destrozarme el otro brazo, porque para mí una cosa no quita a la otra, Luke. Me interesas, me gustas. Me gustas al nivel de que me vuelvas a llamar niño pijo. No me importa, me gusta. Pero creo que fui un idiota al pensar que yo también te gustaba, ¿no?

Silencio.

Harris creía que no sabía nada acerca de las relaciones. Luke, por su parte, tenía la certeza de que su propio conocimiento era nulo. Aquel alfa era su único referente. Sabía que no tenía las respuestas que el otro le estaba exigiendo, que era incapaz de dar significado a las veces que pensaba en él, o por qué se dejó llevar tanto en otras interacciones.

Le hubiera encantado que Harris fuera un buen amigo, sin más, pero en eso jamás empezaron con buen pie. Si él no fuera omega, quizás todo hubiese sido tan diferente…

—Luke, fue por eso por lo que no... Por eso no me dejaste besarte, ¿verdad? Porque lo único que te interesa de mí es nuestro trato.

Harris tragó saliva y Luke negó sin que el otro lo viera, prensando sus labios y cerrando los ojos cuando picaron. Una parte de él se quiso ofender casi tan rápido como otro plumazo de raciocinio le gritó un simple: «¿Qué esperabas?».

¿Acaso había demostrado lo contrario? No. ¿Acaso no era más fácil que Harris pensara eso? Se lo planteó por largos segundos…, pero acabó negando.

—No es por eso, Harris…

—¿Entonces? Dime por qué es. ¿Por favor?

La ansiedad se arremolinaba en el pecho de Luke. Sentía que cada bocanada de aire que tomaba era más pesada.

¿Cómo se suponía que se explicaba algo que ni siquiera uno mismo llegaba a comprender?

—Porque es lo único que nos quedaría, es lo único que no hice antes de tiempo. Lo que he podido llegar a controlar y supongo que lo quiero guardar…

—¿Para otra persona?

—No lo sé, Harris. Quizás simplemente lo quiero para mí mismo, como algo simbólico. No lo sé, no lo puedo saber.

La respiración de Luke era errática cuando agachó el rostro, derrotado. El alfa solo sentía el cuerpo frío, como si un balde enorme de agua congelada lo hubiese bañado entero.

—Ojalá me dejaras ayudarte a averiguarlo.

—No sé qué quiero o pretendo con esto. Mi día a día no es lo que espero, sino con lo que me tengo que conformar. He tenido que aprender cosas que no esperaba entender. —Su voz se cortó.

El sentirse solo, saber que era diferente. El no saber qué esperar. Ignorar las miradas, esas que él mismo también se llegaba a echar delante de un espejo… Existía algo imposible de cambiar o por lo que luchar si en el fondo creía que lo merecía. Nunca se quiso lo suficiente para siquiera plantearse lo contrario.

—Si tú me dejaras, Luke, yo estaría tan dispuesto a todo por ti...

—No, Harris.

¿Por qué iba a ser aquel alfa la excepción? Si todos se terminaban marchando, se burlaban.

—Sí. Solo tendrías que permitir que te viera...

Luke no quería que nadie lo hiciera. Negó con la cabeza. Sabía que Harris no lo merecía, precisamente él no. Pero sentía que debía negar.

—Déjame tiempo, Harris. No estoy preparado para esto. Todavía no.

—Está bien. Solo dime que al menos seré uno de los primeros en enterarse cuando lo estés.

De nuevo silencio.

Luke asintió, aunque Harris no lo vio.

XII

Al día siguiente la resaca no fue nada comparada con la sensación permanente de embotamiento en el cuerpo. Su garganta estaba seca, sentía la lengua como auténtico papel de lija y el tragar saliva hasta dolía.

Harris se revolvió en la cama, enredándose con la única sábana que le cubría el cuerpo. Gruñó al único y débil rayo de sol que se colaba por una de las persianas que no estaba bajada del todo. Incluso al inhalar sintió una arcada. La habitación olía extraño. Vio borroso cuando abrió un ojo y la lámpara del techo le dio vueltas.

—Harris... —oyó al otro lado de la habitación.

No le hizo falta ni mirar a Nils para adivinar que estaba hecho un desastre. Harris al menos conservaba la ropa del día anterior, su amigo únicamente la falda de hilos y cantidad de collares de flores que tenía enrollados hasta en las muñecas.

—Dime por qué sigo siendo tu amigo. —Harris descubrió que tenía una voz más ronca de lo normal cuando habló.

Deseó volver a vaciar su estómago, pero no tenía ya nada que expulsar. Sentía muchas lagunas en su cabeza. No recordaba haber vomitado todo en el baño antes de meterse en la cama durante la madrugada, mientras Nils le chillaba que al menos no lo hizo en una papelera.

—No lo sé —respondió el otro apenas con voz—. Yo mismo me odio. Estoy horrible, me quiero morir… —Nils enterró la cara en su almohada, totalmente despatarrado en su propia cama.

Sí, Harris tenía lagunas, pero no hacia todo lo que deseaba. Por suerte o por desgracia, recordaba a la perfección cierta llamada que había hecho. Imitando a su amigo, también optó por enterrar su cara de lleno en la almohada.

Había llamado a Luke borracho. Se le había casi declarado a Luke borracho y le había hasta rogado… En definitiva, deseaba asfixiarse con la almohada.

Repasó aquel instante, desde que tuvo la genial idea de encerrarse en un cubículo de baño, hasta que oyó que le colgaban la llamada. No sabía qué era lo más bochornoso, si el hecho de cómo procedió o aceptar que, sin estar en aquel estado, jamás lo hubiera hecho. Sabía que seguir como antes, sin saber de Luke, no era una opción para él, pero tampoco el solucionarlo así. Encima obteniendo la respuesta que temía oír…

Luke le gustaba. Interiorizarlo no fue difícil, sin embargo, saber que a la inversa no era así, era otra historia. A Luke no le interesaba una relación, ni un alfa, ni nada fuera del celo y el trato. Más de una vez quiso gruñir por eso, de hecho, creía recordar que lo hizo cuando salió del baño.

La noche anterior, Harris tuvo una charla consigo mismo. ¿Aquello sería lo que sintió Dani? ¿Sería que la vida se lo estaba devolviendo? Había “dejado” a Dani porque sus pensamientos estaban colmados de otro omega. De Luke, el mismo que luego se encargaría de rechazarlo. Aun así, no se arrepentía de haber aclarado las cosas con Dani y de ser fiel a sí mismo.

Al final de cuentas, Nils parecía tener razón. Como le había dicho alguna vez: “Eres el alfa más remilgado que he conocido”. El sabio de Nils... El mismo que también lo había dejado boquiabierto.

Durante la noche anterior, cuando Harris pensó que iba a colapsar, buscó a su amigo

necesitando contarle la genuina idea que había tenido. Caminó entre los invitados de su fiesta, recibiendo más coronas de flores e invitaciones a copas. Les preguntó a unas compañeras de su carrera si habían visto al rubio y él siguió el camino hacia unos pasillos donde ellas, aún lúcidas, le habían indicado. Lo siguiente que visualizó lo dejó más a cuadros, como si él no tuviera ya bastante con lo suyo...

Eran Nils y un chico. Nils y un chico omega, liándose. El mismo que se perdía por las omegas con falditas, se estaba enrollando con un chico en su maldita fiesta de cumpleaños. Harris optó por dar media vuelta cuando vio que la mano de su amigo viajó hasta el formado trasero del otro.

Fue entonces cuando Harris se sirvió dos vasos más de ponche y acabó hablando con un beta, que no recordaba si conocía, sobre mal de amores. Al parecer el chico se quejaba de algo de las omegas, también Harris le confesó que él por eso era más de penes y ojos azules. Ya sabía que su fiesta celebrando la entrada a la veintena estaba perdida.

Cuando Nils apareció rato más tarde, fue incapaz de decirle algo sobre lo que había visto. Harris se mareó al levantarse cuando ambos quedaron en volver a la residencia. Tiempo después, vomitó abrazado al inodoro antes de meterse en la cama. El resto fue historia, hasta ese momento.

Harris levantó lentamente la cabeza de la almohada, girándola hasta visualizar la cama posicionada frente a la suya. Nils seguía en la misma posición.

—Tú... —comenzó con voz raposa—, ¿No tienes nada que contarme?

El rubio se removió, cubriendo su frente con las manos y deshaciéndose con las piernas del edredón enredado en sus caderas.

—Joder... —espetó, buscando a tientas la botella de agua que sabía que estaba a los pies de su cama—. Anoche hice de todo.

Nils bebió y Harris soltó una especie de risa.

—Vaya que sí.

Nils miró a su amigo un momento, percatándose de que este enarcaba una ceja. Tragó saliva.

—Me lie con un omega —soltó como si fuera un intento de confesión.

—Lo hiciste —concordó Harris.

—Madre mía…

Harris sonrió, más porque Nils tampoco lucía preocupado sino sorprendido. Sabían que aquello simplemente era curioso dado su extenso historial sentimental.

—Solo os vi un rato. No llegasteis a... ¿más?

Había confianza de sobra para plantear una pregunta así. Harris había escuchado a disgusto demasiadas historias de Nils, quien en general no tenía filtros. El propio Harris también le había contado cosas respecto al mismo tema, a su manera y con los detalles que únicamente eran necesarios.

Le gustara o no, para contar su relación con Luke, esa que Nils conocía desde el principio, debía tocar ese tema. Aparentemente, eso era lo único que le unía al omega que de verdad le gustaba.

Carraspeó.

—No —contestó su amigo, sacándolo de sus traicioneros pensamientos—, pero lo hubiera hecho. Es raro. En realidad, nunca me habían atraído los... chicos en general.

—O quizás nunca los llegaste a mirar —opinó Harris al momento, con rauda franqueza.

Al fin y al cabo, la naturaleza era más simple: su única meta era buscar, emparejarse, relacionarse...

No era la primera vez que era sincero con Nils y lo alentaba a dejar de aparentar o ser

ostentoso. El irlandés amaba hablar de coches caros, chicas guapas y conquistas. De puertas para afuera podía pecar incluso de arrogante; sin embargo, fue con Harris con el que siempre predominó su faceta más payasa, dramática e incluso sincera. Resultaba que el alfa adoraba a su familia y sobre todo a su sobrino de apenas un año.

A Nils, en sí, le gustaba "tener" y llenarse la boca al decir que estudiaba en una universidad privada, ya que era algo que jamás pensó que podía llegar a pronunciar. Fue la suerte con un número premiado de lotería la que un día tocó a la puerta de la familia Hyland. Y a pesar de todo, aunque eso fuera algo que únicamente conocía Harris, Nils seguía siendo Nils. Lo vio cuando conoció a su familia el verano pasado en Dublín. Recordaba ver los ojos iluminados de su amigo al escuchar lo orgulloso que estaba su familia de él y lo mucho que lograría con sus estudios.

Quizás con todo aquello había llegado la parte en la que tocaba conocer al Nils más sentimental.

—Ya —pronunció el alfa. Fue un simple vocablo que vino precedido de un largo silencio. Harris aguardó paciente, ofreciéndole el tiempo que necesitara antes de volver a hablar—. ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, lo que quieras.

—Tú... prefieres a los omegas chicos. —Más que una pregunta, aquello sonó a afirmación. De hecho, lo era.

Harris largó un suspiró y asintió.

—Sí, supongo que sí. —También era más complejo que eso. Si se lo preguntaba en aquel momento, solo le interesaba un omega. Y sí, era chico.

—Recuerdo que me apetecía seguir con él, llevarlo a más porque me excitó. No lo hice porque me encontraba mal y borracho. Creo que le di mi número.

Harris rio, negando con la cabeza. Nils también lo acompañó.

—Entonces, avísame qué día tengo que dejar la habitación...

No sería la primera vez que Harris llegara a su cuarto y se encontrara con dos cuerpos enredados bajo las sábanas de la cama de su amigo.

Nils esa vez rio con más ganas, alzando una ceja y asintiendo. Tenía mil preguntas más, pero decidió aparcarlas para más tarde. Quizás era muy temprano para una de sus ordinarias conversaciones con el correcto Harris Gautier.

—Oye, ¿y tú? —preguntó en contraposición el irlandés—. ¿Qué pasó contigo anoche?

Harris tragó a duras penas.

La idea de contarle al otro lo que hizo era más nítida cuando estaba borracho, sin duda. Con el dolor de cabeza no sabía cuánto podría aguantar el sermón. Lo bueno era que Nils estaba en el mismo estado que él.

—¿Yo? —cuestionó con retórica—. Yo la cagué.

—... ¿Qué hiciste?

Harris entrecerró un ojo.

—Lo llamé.

Nils dio un respingo.

—No…

—Y casi que me declaré.

—Hijo de... tu madre.

—Y me rechazó. —Le seguía pinchando el pensarlo, casi tanto como pronunciarlo en voz alta.

—Mierda —resopló Nils con pesadez.

—Sí, mierda.

Un silencio denso se apropió de la conversación de los alfas, mas no incómodo. Esos no existían con Nils cerca.

—¿Y qué vas a hacer? Quiero decir, ¿qué te dijo exactamente?

Harris se mordisqueó el labio inferior con fuerza.

—Que no estaba preparado para algo más, básicamente. Tampoco me dejó mucho más en claro de por qué se desaparece o me deja de hablar. Al parecer le puede interesar lo que yo le quiera contar, pero hasta ahí. No le interesa tener algo más conmigo. No sé qué pasará ahora con nuestro pacto, o si alguna vez me volverá a hablar. Creo que yo tampoco tengo cara para volver a hacerlo. En pocas palabras, sigo como antes, con algo en claro que en realidad no quería escuchar. ¿Y qué haré? Ni siquiera lo sé, Nils. Supongo que lo que me ha jodido todo esta semana, esperar. Esperar alguna noticia de él.

El rubio había permanecido callado y estoico, asintiendo a las explicaciones y decidiendo en ese momento que, si todos los omegas eran como el que traía por el camino de la amargura a su compañero, se plantaría el quedarse en una de las aceras y no en el medio.

Sacudió la cabeza.

—Es una mierda eso de que te guste alguien de verdad. No poder disfrutar del resto de flores…

Harris rio, acordándose de aquel símil.

—Lo es. No sé qué voy a hacer, tampoco quiero pensar. Ahora mismo necesito una ducha y que se me pase este dolor de cabeza.

—Estoy de acuerdo. Es más, creo que nos merecemos una pizza. ¡Sí, joder! De esa pizzería que está en Piccadilly.

Nils juró salivar por el platillo italiano cuando Harris, ya de pie, se disponía a buscar ropa limpia para tomar la ducha que tanto necesitaba.

—Me parece bien, pero vamos en metro. —Alzó un dedo, el otro asintió sin chistar—. Genial. Y otra cosa, Nils. Lo que a continuación voy a advertirte es algo que se va a cumplir, ¿está bien? —Entrecerró los ojos, con la vista de su amigo sobre él—. En una larga temporada no pienso volver a beber.

Su amigo largó una escandalosa carcajada que Harris no pudo evitar secundar.

—Creo que yo mismo también voy a intentar cumplir esa promesa.

Marzo, 2008
Un mes después

Era un día de esos que su madre llamaría feo. Unas nubes negras y rebeldes encapotaban el cielo y llovía desde antes de que saliera esa mañana hacia sus clases. Había clavado muchas veces la mirada en las ventanas de su aula. Se llegó a fijar durante horas en las carreras que hacían las gotas mientras correteaban contra el cristal, justo antes de que lloviera con más furia y todas volvieran de nuevo a correr.

El sonido del agua cayendo en el asfalto ya se había vuelto casi familiar, pues lo había acompañado por horas aquella mañana, durante la clase de programación y en la de termotecnia. También en la media hora de descanso donde nadie salió y Luke se limitó a comprarse un chocolate caliente y un sándwich frío de la máquina expendedora. Aquella mañana había salido demasiado tarde de casa como para acordarse de pasar por el desayuno que seguro su madre le dejó preparado en una bolsa de papel sobre la encimera.

Había vuelto a fijar su vista en las gotitas cuando se fumó un cigarro en el baño que estaba justo al lado de la biblioteca, al que casi nunca nadie iba. Ese día ni se molestó en airear la estancia antes de apagar la colilla con el agua del lavamanos. Fue un día raro en general. Quizás no solo por la incómoda lluvia, pero... francamente no sabía definir por qué. Le apetecía llegar a casa, a pesar de que no supiera qué iba a hacer por la tarde. Con aquel tiempo no era buena idea meterse a trabajar en el garaje, aunque se muriera de ganas por instalarle los neumáticos nuevos a la Aprelia. Quizás avanzaría algo de sus clases.

Aferrado a su paraguas, antes de que dieran las dos de la tarde, le tocó caminar bajo la lluvia. Las gotitas golpeaban con fuerza sobre la fina tela plástica con la que se cubría. De cualquier forma, su pantalón se estaba mojando por el viento. La punta de sus zapatillas grises lucían más oscuras al encontrarse completamente mojadas.

El omega se encogía de hombros, aferrado a las asas de la mochila que cargaba a la espalda mientras caminaba deprisa para intentar llegar cuanto antes a casa. Si tuviera su móvil, tal vez le hubiera avisado a sus padres para que pasaran por él al instituto. Pero hacía demasiado tiempo que ya no lo llevaba consigo, ni siquiera recordaba si lo mantenía con batería.

Resopló con pesadez cuando tuvo que saltar un charco enorme para intentar llegar a la otra acera tras cruzar un paso de peatón.

Ese día, dentro de lo oscuro, había recibido una noticia que no supo si lo debía mantener satisfecho. Irónicamente, trataba de algo que ya casi ni le importaba. Su profesor de electromecánica había anunciado a segunda hora que aquel concurso del proyecto de un motor innovador había sido anulado por razones que la organización mantenía para sí. Muchos gruñeron ante la idea mientras otros se limitaron a permanecer callados. Luke, por su parte, no levantó la mirada del cristal al oírlo.

¿Debía alegrarse por ello? No lo sabía, nada se movió dentro de él al escuchar aquella noticia. Su profesor también advirtió que quizás, para verano, la empresa alemana volvería a hacer un concurso, sin contar con la institución. El docente había alentado incluso a que sus alumnos volvieran a presentar sus proyectos por libre. Pero Luke, ante eso, tampoco se inmutó.

Aquel martes solo quería volver a casa. Le estaba pareciendo atractiva la idea de pasar la tarde encerrado en su cuarto. Escucharía música o tal vez se echaría una siesta, desechando cada vez más la idea de adelantar algo de clases. Ya tendría tiempo para eso...

—¡Mierda! —maldijo cuando la lluvia cayó con más ímpetu, haciendo que riadas corrieran con fuerza calle abajo.

Las gotas eran gruesas y salvajes. No era una descabellada idea que llegaran a traspasar el paraguas. Se apresuró como pudo antes de doblar la esquina de la calle que lo adentraría al fin en su urbanización.

Los pocos coches que circulaban lo hacían con precaución y en su trayecto hasta casa solo se había encontrado con dos personas que intentaban caminar también escondidos bajo un paraguas, como él. Era tan raro que la noche anterior las noticias no anunciaran un tiempo así.

Suspiró de alivio cuando solo le quedaron dos casas para llegar a la suya. El viento siguió soplando con más insistencia, haciéndole entrecerrar los ojos. Se sentía helado con el pantalón completamente empapado. Aligeró el paso, alzó el rostro y visualizó a lo lejos la pequeña puerta del jardín de la entrada de su casa, golpeando a causa del viento. Eso era raro con la manía que tenía su madre de siempre ponerle el pestillo...

Cuando miró justo enfrente, lo que vio hizo que sus piernas dejaran de caminar. Frunció el ceño, extrañado. Frente a su casa había un coche de policía aparcado, con aquellas franjas de escandalosos tonos amarillos y azules. Por alguna extraña razón, también le costó volver a

emprender el paso.

Se aferró de nuevo a su paraguas, escuchando cada vez más cerca el sonido de la puerta siendo azotada a causa del viento.

El coche de la policía de Plymouth estaba justo delante de su casa. Su cara mojada por las gotas de lluvia se asomó para comprobar que en el interior no había nadie. Se giró nervioso por el ruido que hacía la puerta, colocando el pestillo cuando por fin la cerró por dentro. Fue ágil al subir los escalones del porche. Sacó las llaves de un bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta con ganas de recibir el calor que seguro guardaba su hogar. Pero no pasó nada de eso.

Ahogó un grito de susto en su garganta cuando lo primero que visualizó en el recibidor fue la espalda de un policía, el chaleco negro que llevaba siendo lo que anunciaba al completo extraño. Fue justo ahí donde su corazón comenzó a latir desbocado.

—¿Qué…?

—¿Luke? ¿Luke Tompsett?

El omega no había soltado el paraguas, pese a que chorreaba. Miró con ojos asombrados y enormes al hombre, al policía que conocía su nombre.

—Sí. ¿Qué pasa?

No le contestó. Solo le indicó con un ademán que entrara. ¿Por qué demonios un desconocido lo invitaba a entrar en su propia casa? Su respiración se comenzaba a tornar irregular.

El policía no habló más y él sentía que tampoco podría hacerlo. No entendía nada. No comprendía por qué le comenzaron a sudar las palmas de las manos y empezaba a sentir un hormigueo en el cuerpo, debajo de la piel.

—¿Luke? —Esa vez la voz fue la de su madre desde el salón.

El omega miró una vez más al agente, quien insistió con el ademán. Notó una presión más fuerte cuando aquella voz familiar no lo tranquilizó tras haber sido recibido por un desconocido. En cambio, una increíble tensión comenzó en la boca de su estómago.

Caminó sintiendo los segundos más lentos de lo normal. Cruzó el pasillo de la entrada para llegar al salón, donde se encontró con otro hombre que también vestía como policía.

Sintió un bofetón de olores extraños, un ambiente denso y tenso. Uno que solo rezumaba desconsuelo, pesar… Pena.

—Luke —su madre había vuelto a pronunciar su nombre.

Cuando este se encontró con sus ojos, el paraguas que había mojado toda la tarima desde la puerta principal se deslizó de entre sus manos.

Marjorie estaba sentada junto a una mujer también desconocida, que no vestía como policía. Se levantó para caminar hasta él. Lucía sus ojos miel enrojecidos, con unos surcos del mismo tono color bermejo bajo ellos y una tez pálida.

Luke no supo si en ese momento respiró. Fue incapaz de saber si lo hizo cuando su madre lo envolvió en un abrazo, ahogando un hipido en lo más hondo de su garganta. No, él no supo siquiera si parpadeó cuando se encontró con la mirada de aquella mujer que no conocía. Se la mantuvo mientras asentía, hasta que fue él quien la retiró. Porque su madre temblaba y él también lo hizo.

—¿Q-qué pasa?

Quiso separarla cuando ella, sin soltarlo, lo miró a los ojos. Sintió un latigazo en cada una de sus vértebras cuando no reconoció aquella mirada de su progenitora, una que no lloraba, aunque se notaba que ya lo había hecho. Como el paisaje que dejaba tras de sí una tormenta cuando no se ha despejado, pero sí escampado.

Fue entonces cuando todo vino de golpe, cuando de sus ojos tampoco brotaron lágrimas,

aunque sí los sintió picar. Un frío que jamás experimentó empezó a paralizarlo desde la punta de los dedos. Sus piernas no fallaron, pese a que en realidad quisieron con todas sus fuerzas hacerlo… Fue entonces cuando todo dio vueltas y su corazón latió con tanta furia, cuando le golpeó el pecho con rabia mientras él juraba que podía llegar a ver aquella situación desde fuera. Porque no podía ser real.

Marjorie pretendió hablar, tomando en cada intento una bocanada de aire. Sabía que si no lo hacía volvería a romper en llanto.

—Papá... —Y, aun así, luchando con todas sus fuerzas, lo hizo. Cubrió su boca con una mano cuando su hijo, tembloroso, pronunció el vocablo en voz alta.

Luke solo podía observar a su madre, ignorando por completo a la mujer que se había intentado acercar a ellos. Él sentía que era incapaz de parpadear, de dejar de sentir el frío o controlar las sacudidas que le apresaban el pecho. Porque tenía miedo, estaba experimentando el mayor miedo que jamás pensó que podía llegar a vivir.

—Mamá —llamó casi sin voz, con las últimas fuerzas—. Mamá, ¿dónde está papá?

Pero Marjorie no pudo contestar. No cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. No cuando los de Luke también quisieron hacerlo.

No supo cómo explicar con palabras todo lo que recorría su sistema. El terror era exigir una respuesta que en el fondo no deseaba conocer, porque nadie debería hacer una pregunta cuya contestación tendrá la fuerza más sobrenatural de partirte el alma a la mitad.

Era un día nefasto. Había tenido una semana nefasta en sí, un mes que Harris lo resumía con una coloquial y eficaz palabra: mierda. Todo, últimamente, había sido una mierda. Le costaba concentrarse, había discutido incluso con un profesor en una tutoría y hasta a su mejor amigo Nils le comenzaba a colmar la paciencia. Y eso era agotador porque él jamás estuvo acostumbrado a que todo le sobrepasara.

Él siempre conseguía tener todo bajo control, pero lo que lo crispaba era no saber lo que se le salía, ese ente imaginario que lo molestaba y lo hacía estar gruñón, sin ganas de hablar mucho o convirtiendo cada tarea en una más pesada. Le molestaba sentir que el tiempo pasaba demasiado rápido cuando se trataba de temas de clase, entregar un trabajo o preparar un parcial. También cuando cogía su coche y conducía sin un rumbo establecido, solo por el placer de escuchar música para encerrarse en sus propios pensamientos, sabiendo que no llegaría a ninguna parte. A veces también paseaba por sitios puntuales de la ciudad de Londres. Hubo fines de semana donde se perdió durante horas en Camden Town, descubriendo tiendas con encanto, puestos artesanos y comida deliciosa en los mercados.

Sí, trataba, pero no era suficiente. La sensación de perder el tiempo y que por ello algo molestara seguía con él. Por primera vez no le apetecía todo lo que pensó que jamás le iba a aburrir.

Su madre le preguntó muchas veces si todo estaba bien con él, así que se limitó a decir que sí. Nils le discutió su actitud demasiadas veces, pero también intentó animarlo con sus típicas fiestas, todas aquellas en las que el rubio era un fiel asistente. Sin embargo, a Harris no le apetecían.

Esa tarde no era muy diferente a las demás. Harris se encontraba sentado en su escritorio. Dejó caer su teléfono móvil contra la mesa y centró su vista en el montón de apuntes que debía ordenar. Era un día entre semana cualquiera, con su día de clases ya terminado. Apenas hacía una hora que habían subido del comedor. Nils estaba detrás de él, tumbado en su cama mientras escuchaba música a través de sus cascos. Meneaba sus pies, tarareando por lo bajo las canciones

que saltaban en su reproductor, con su vista fija en una revista.

Harris resopló cuando echó un vistazo a todas sus anotaciones mezcladas. Iba a ser un jaleo ocuparse de todo y, para variar, tampoco le apetecía hacerlo. Pero siempre era esa lucha con su conciencia, la que le recordaba que aquello seguía siendo su deber.

Iba a echar mano del primer tocho de hojas, pero su móvil vibró sobre la mesa. Movió carpetas y alguna libreta, pues por alguna razón en algún momento el teléfono había ido a parar debajo de una de ellas. El aparato se movía sobre la madera, encendiendo y apagando la luz de la pantalla con insistencia antes de que Harris lo tomara entre sus manos.

"Mamá", anunciaba la pantalla. Largó un suspiro antes de presionar la tecla verde para aceptar la llamada. Se dejó caer sobre la silla cuando se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, mamá —contestó.

No tardó en reconocer la voz de su progenitora al otro lado.

—Hola, mi amor. —Annette había sonreído tras tomar una larga bocanada de aire—. ¿Qué tal estás?

Harris rascó su sien con un lápiz. Esa pregunta siempre era algo compleja de contestar.

—Bien —resumió con la más sutil y fácil respuesta—. Iba a ordenar apuntes ahora.

—Oh, genial —respondió la mujer de inmediato—. Sí...

Y ahí el alfa, irremediablemente, frunció el ceño.

Annette ya lo había llamado el día anterior para preguntar por lo mismo. Es más, la mujer lo solía hacer cada dos o tres días. Era raro que se volviera a poner en contacto con él para preguntarle otra vez cómo estaba.

—Mamá —dijo con cautela—, ¿todo bien?

Escuchó un resoplido del otro lado. Annette había vuelto a tomar aire con pesadez.

—Harris… —Pero la mujer se quedó ahí, no pudo pronunciar más. Se encontró con que no sabía cómo decir algo así, mucho menos a su hijo...

—Mamá —pronunció de nuevo, poniéndose recto en su asiento—, ¿qué pasa? —Su pregunta salió seria, acompañada incluso de un nudo que tironeó en el centro de su vientre.

Annette supo que tenía que hallar el valor para hablar de una vez.

—Te llamo porque ha ocurrido algo. Ni siquiera sé cómo se dan estas noticias. Ojalá no tuviera... —suspiró—. Menos a ti, cariño, pero creo que querrás saberlo. Luke, él... Sé que os lleváis bien y...

Pero Harris fue el que esa vez no la dejó continuar. Su pecho se agitó sin remedio cuando su madre pronunció el nombre de su vecino. El lápiz que tenía en una mano cayó al suelo, sin que fuera capaz de darse cuenta de ello. Había abierto los ojos de par en par, apretando más el móvil contra su oreja.

—¿Luke? ¿Qué pasa con él? —Su corazón martilleaba exigente. Su garganta incluso se comenzaba a secar—. ¿Le ha pasado algo a Luke?

De ser lo contrario, ¿qué hacía su madre llamándolo para hablar de él? Una película se reprodujo demasiado rápido en su mente. Luke montado en *skate*, la voz de Luke a través del teléfono o sus mensajes. Luke entre las sombras de su casa de la playa. Los ojos de Luke, su toque, su olor... Luke la última vez que hablaron, también a través del teléfono, esa última vez que coincidía con el comienzo de sus días caóticos.

Una vibración comenzó a calentar su garganta.

—A él como tal no le ha pasado nada. Ha sido a su padre. Él... El padre de Luke falleció ayer.

Silencio, el más duro y seco, sin sentido. Y frío, porque Harris sintió cada parte de su cuerpo helarse, como una sensación que dejaba una horrible bofetada. Notó que su pecho incluso había

dejado de latir por un segundo, para luego arremeter con más fuerza. Intentó pronunciar algo, mas su voz no salió, siquiera oyó si su madre había dicho algo más.

El padre de Luke había muerto ayer. ¿Dónde estaba él ayer? ¿Qué había pasado ayer?... Luke. Él estaría destrozado.

En su mente no albergaban más ideas.

Se levantó de la silla, separando apenas el teléfono de su oreja. Dio una vuelta sobre sí mismo con la respiración pesada, dando un manotazo a un montón de papeles que tenía sobre el escritorio. Buscaba algo, pero no sabía exactamente qué.

—¿Harris? —era la voz de Annette. Estaba comenzando a angustiarse mientras pronunciaba el nombre de su hijo sin cesar.

—¿Harris? ¿Qué te pasa? —esa vez fue Nils quien preguntó.

El rubio se había percatado de los movimientos toscos y torpes del otro. Se había deshecho de sus cascos y dejado la revista a un lado.

Harris dio otra vuelta sobre sí, mas no contestó. Fue incapaz de escuchar la voz de su madre cerca de su oído, mucho menos pudo con la de su amigo a unos pasos lejos de él. Seguía buscando algo, revolviendo entre todo lo que estaba sobre su escritorio. Había incluso clavado la vista sobre la cama.

Nils comenzó a impacientarse cuando Harris, en una segunda vez que le preguntó, tampoco contestó.

—Hermano, ¿qué pasa? ¿Con quién estás hablando?

Harris se había llevado ambas manos a la cabeza, dejando caer sin cuidado su teléfono encima de la cama. El aparato tuvo la suerte de chocar en el colchón y quedarse ahí. Annette apenas se escuchaba ya desde el otro lado.

—Las llaves —pronunció Harris por primera vez, con un hilo de voz fino y demasiado bajo.

El alfa tiró de sus cabellos, deshaciendo todo lo que tocaba. Seguía buscando. Después de escasos minutos que había concebido como eternos, descubrió qué era lo que necesitaba hallar: las llaves de su coche.

Sacó de debajo de la cama su bolso de mano, ese que siempre usaba en sus pequeños viajes. Caminó hacia su armario y empacó ropa que quizás ni era suya, sin percatarse de todo lo que hacía.

Sentía que el tiempo estaba yendo demasiado rápido y lento a la vez... Fuera como fuese, sentía que no lo podía dejar pasar.

—Harris —volvió a llamarlo Nils. Había hecho una pila de ropa que no demoró en meter sin cuidado a su bolso—, ¡¿qué estás haciendo?!

El rubio gruñó alto, llamando por puro instinto la atención del otro. Nils tiró de uno de sus hombros para que se volteara a mirarlo. Los ojos de Harris estaban oscuros, perdidos. Logró enfocar por un momento al otro alfa antes de intentar balbucear, de llevar su vista de nuevo a la habitación: a su cama, al bolso deformado lleno de ropa… A las llaves de su coche que acababa de encontrar en una cazadora.

—Luke —dijo, sintiendo que su amigo lo apretaba más del hombro. Él se quería deshacer del toque—. Su padre... Su padre falleció ayer, Nils. El padre de Luke falleció ayer. Yo... Yo tengo que ir. Tengo que coger esto y tengo que ir a Plymouth. Tengo que estar en Plymouth. —Pronunciarlo en voz alta hizo que cada resquicio de su sistema se volviera a helar. De nuevo sintió un latigazo en su pecho, con lo complicado que ya era tener un ritmo de respiración normal.

Nils pestañeó seguido durante dos segundos, sintiendo cierta sensación de incomodidad al oír

la noticia; aquella punzada inevitable que cualquier persona con apenas una dosis de empatía podría sentir.

—Luke —habló de nuevo Harris, sin dejar que su amigo reaccionara—. Luke adoraba a su padre. Él tiene que estar... Necesito estar con él. Tengo que ver cómo está. Estará mal, Nils. Luke estará fatal. Estará derrumbado…

Harris se cubrió el rostro con las palmas de sus manos, exhalando con desespero y sintiendo sacudidas en el pecho. Era aquella sensación, la de imaginar a Luke, de tan siquiera visualizar al omega derrotado, con unos ojos tristes, húmedos y acabados. Estaba evocando aquella imagen y se le encogía más el corazón.

Cada pálpito, ansiedad y sentimiento de desespero era por eso. Él mismo no podía controlar el ritmo de su respiración. Sus manos comenzaron a temblequear ante la sensación de que debía hacer mil cosas a la vez.

Nils llevó su vista al teléfono, que volvía a vibrar sobre la cama de su compañero. Harris lo ignoraba por completo mientras se dirigía a cerrar la cremallera de su bolso. El rubio dio dos pasos hasta observar la pantalla y darse cuenta de quién estaba llamando.

No dudó en contestar.

—¿Annette? Soy Nils.

La mujer resopló del otro lado, con congoja y desconcierto alojándose en su pecho.

—¡Nils, menos mal! ¿Está Harris contigo? Dime que no ha hecho ninguna locura… Sé que está alterado, que quiere coger el coche y venirse. Por favor, cálmalo antes. No dejes que conduzca en ese estado. —La mujer había hablado de corrido, sin apenas respirar entre cada frase.

—Sí. Él está como ido. Le he preguntado y me ha dicho lo que ha pasado. Es horrible.

—Luke es su amigo, así que creí que debía saberlo porque seguro que el chico es incapaz de coger un teléfono en estos momentos. No lo sé... No sé si debí esperar a contárselo. No puedo hacer nada desde aquí. Seguro que no querrá que lo vayamos a buscar. —La omega se escuchaba desesperada.

Sabía que su hijo no sería inmune a la noticia, mas no que fuera incapaz de finalizar la llamada con ella. No dudaba que Harris se quisiera presentar allí, la personalidad de su hijo no se limitaba a afrontar una situación así con una simple llamada.

Nils también se mostraba preocupado. Sentía incluso la necesidad de intervenir en el asunto.

—No te preocupes, Annette. Yo lo acompañaré a Plymouth. Yo conduciré, no dejaré que se vaya así.

Harris ya se había colgado el asa de su bolso en el hombro y apretaba con fuerza las llaves de su coche en la mano.

—Oh, Nils. Muchísimas gracias. Te lo agradezco de corazón, de verdad… —Annette suspiró de puro alivio, con aquel malestar todavía presente. Se le pasaría cuando tuviera a su hijo cerca, eso lo sabía, más si conocía el estado de su cachorro, ese que inexplicablemente podía sentir en el pecho—. Dile que se tranquilice, por favor. Os estaremos esperando. Os quiero mucho a los dos. Tened cuidado.

—Lo tendremos. Nos vemos en unas horas.

Y ahí la mujer supo que ese tiempo sería el más angustiosos. Asintió antes de que el amigo de su hijo colgara la llamada.

Nils había tomado una pesada bocanada de aire cuando fue más rápido que Harris al llegar a la puerta de la habitación. El otro ya estaba dispuesto a salir.

—Hey —le llamó Nils, posicionando una mano en la nuca tensa de su amigo—. Te voy a

acompañar, ¿está bien? Tú no puedes conducir así hasta Plymouth, así que lo haré yo. —Harris apenas atinó a asentir. Aun así, se apartó cuando Nils intentó tomar las llaves—. Harris, ¿quieres que vayamos en tu coche o en el mío? —El alfa seguía sin enfocarlo del todo, así que le presionó el cuello—. ¿Harris?

—En el mío —musitó entonces.

—Pues dame las llaves para conducir. —Harris parpadeó antes de inhalar lentamente por la nariz. Aflojó su puño, tendiéndole las llaves—. Bien, ahora espérame cinco minutos y nos iremos, ¿de acuerdo? Cinco minutos y nos vamos, hermano.

El aludido asintió.

Nils fue rápido en buscar una mochila y meter un par de prendas de ropa, lo básico. Se aseguró de llevar efectivo en su billetera y tomar los teléfonos móviles de ambos antes de salir.

Harris siguió luego a su amigo. Confiaba en él, le gustaba hacerlo. Nils era el único capaz de entenderlo, o al menos eso creía, pues, ¿siquiera él mismo lo hacía? ¿Acaso aquella sensación que le arrollaba entero tenía explicación?

Solo era capaz de pensar en Luke, en su dolor. Le ahogaba pensar en cómo se sentiría.

Necesitaba llegar a donde él estaba. Por Luke y por él mismo. Por la propia sensación que le apretaba ya sin compasión el pecho.

XIII

—Pan-Pan —pronunció claro, apretando con los dedos el transmisor inalámbrico—. Pan-Pan, Pan-Pan. Aquí Porta Elyse, Porta Elyse, Porta Elyse. —Tomó una inspiración profunda cuando, con la vista fija en la pantalla del panel de mandos, anunció las coordenadas de su posición—. Nos precipitamos hacia las peñas de Gilstone. Por la fuerza de la marejada parece imposible controlar la embarcación. Corremos riesgo de daño en el casco si continuamos aproximándonos. Atentos a la siguiente retransmisión, cambio. —La llamada estaba dirigida a todas las estaciones. Era de urgencia.

Recordó al viejo Andrew cuando sintió una vez más la fuerza de otra ola, al timón agarrotado cuando sus manos se aferraban a él. Lo recordó porque esa mañana le había avisado que él no saldría con su buque a faenar. A esas horas, las condiciones meteorológicas no habían prevenido una situación de alerta, por lo que George y otros patrones habían salido con sus embarcaciones. Porque George Tompsett creía que conocía el mar. Era un patrón meticuloso en su trabajo, se conocía aquellas aguas y, como él los llamaba, también a sus obstáculos.

Reconoció muy rápido el islote de Saint Agnes. Se sabía incluso el nombre de las peñas que habitaban cerca. Creyó reconocer la de Gilstone cuando precisamente se percató de que, a causa del viento y las furiosas olas, tomaban rumbo hacia su dirección. El cielo se había tornado gris muy rápido; gotas de lluvia chocaban con saña contra la cubierta, acompañadas de una marejada que poco a poco se volvía más airada.

Sus marineros le advirtieron cuando una ola irrumpió a babor.

—¡Patrón!

La frente de George se había perlado de sudor. El timón se escapaba de sus manos cada vez que el mar arremetía contra ellos, enrabietado, haciéndole cambiar constantemente el rumbo. Por momentos incluso perdieron la comunicación por radio.

Tompsett había sido marinero durante años. Comenzó en su profesión con apenas quince años, conociendo antes al mar que a sí mismo. Una vida dedicada a ello, en donde apenas ese año iba a cumplir diez siendo patrón de la embarcación Porta Elyse, el arrastradero que cada día abastecía de pescado fresco al puerto de Plymouth.

Debido a su experiencia, se había encontrado antes con marejadas malas. Siendo marinero vio a compañeros caer por la borda, desespero, angustia... Sin embargo, cuando ascendió a patrón nunca tuvo grandes sustos, nada que no saliera de fallos en el motor y que no se arreglara con un simple aviso para que los asistieran. Nada que recurriera a que la mejor opción fuera quedarse en tierra. No obstante, fue ese día en el que decidió confiar en el mar Céltico que tanto creía conocer, el que estimaba como un compañero.

Fue ese día en el que se equivocó.

Todo pasaba demasiado rápido, aunque la percepción de cada acción tras las consecuentes sacudidas fuera más lenta. Había usado la radio cuando la misma retomó conexión, advirtiendo del riesgo, haciendo todo lo que estaba a su alcance, gritando a su tripulación y velando por su seguridad…

Se aferró con fuerza a los brazos del timón cuando sintió una violenta vibración bajo sus pies. Todo había chirriado y sonado como un golpe seco casi ensordecedor, justo cuando las alarmas

saltaron y las luces rojas comenzaron a adornar el panel de mandos. Pero, a pesar de todo, sabía que debía mantener la calma. Porque acababa de embarrancar contra aquella peña que hacía apenas cinco minutos supo identificar.

No volvieron a llamarlo.

En el casco del barco se había abierto una vía de agua debido al impacto. Observó aquellos paneles que exigían decisiones con sus luces parpadeantes y pitidos estrambóticos, comenzando a sentir algo que poco a poco le oprimía el pecho. Estrujó en su mano el transmisor tras presionar el botón de emergencia y contó cinco segundos, esos que garantizaban que la emisión de socorro había sido emitida.

Su voz no tembló cuando tuvo que hablar de nuevo. No lo hizo en ningún momento.

—Mayday, Mayday, Mayday. Aquí Porta Elyse. Hemos chocado con las peñas próximas a Saint Agnes. Se ha abierto una vía en el casco. Se ha abierto una vía en el casco. Solicitamos rescate de tripulación. Cambio. —Esa vez, rogaba porque la conexión de radio no volviera a fallar—. Mayday, Mayday, Mayday —repitió al realizar el llamado una segunda vez.

Las luces de emergencia no cesaron y sus oídos apenas percibían el chillido de la alarma. No, el mar nunca lo había traicionado de esa manera, pero sabía qué hacer. Quizás por experiencia, por profesionalidad... Su trabajo iba de la mano de la presión, de no aferrarse a lo material y calcular con frialdad.

Su respiración fue errática cuando con el puño presionó el pulsador que ordenaba el cierre de escotillas en la popa. Su buque se estaba llenando de agua, el panel le indicaba que el boquete se ensanchaba por la presión de corriente que se colaba. Sabía que la embarcación, en minutos, comenzaría a hundirse.

El cierre de las escotillas, también en la popa del barco, les haría ganar tiempo. Lo necesitaba para que todos subieran a cubierta y agarraran los salvavidas.

Dejó el caos de la sala de mandos atrás cuando corrió por los pasillos, buscando a las ocho personas que formaban parte de su tripulación. Debía advertirlos, era su trabajo, su deber. Era el patrón que también velaba por ellos.

Les gritó a dos marineros que preguntaban qué pasaba, que desesperados exigían saber si se estaban hundiendo.

—¡A cubierta! —George los empujó, reconociendo cada cara entre los pasillos iluminados de luces rojizas parpadeantes—. ¡Subid a cubierta!

La sensación de asumir el peso de sus decisiones lo asediaba.

—¡Las cámaras!

Su cabeza iba mucho más rápido de lo que corrían sus piernas. Los marineros lo percibían mientras chocaban con las paredes al intentar obedecerlo, junto al sonido ensordecedor de hierro chocando entre sí cuando algo sacudió de nuevo el buque…

George cayó de rodillas, aún dirigiéndose hacia las cámaras donde su tripulación trabajaba. Debía evacuarlos, informarles del peligro y ponerlos a salvo.

El volumen del agua que se colaba por la rotura del casco estaba haciendo lo suyo: levantar el buque por la proa. Y ese mar bravo y furioso, ese que engullía...

—¡Sterlyn! —Aquel grito hizo a George cambiar de dirección.

Debían desalojar lo más rápido posible la zona de las cámaras donde se almacenaba el pescado en contenedores frigoríficos. Había reconocido la voz de su marinero, Peter, un hombre canoso que llevaba demasiados años trabajando junto a él.

—¡Patrón!

George jadeó cuando llegó al pasillo donde el marinero fue a su encuentro.

—¡A cubierta, Peter, hay que subir a cubierta! He cerrado escotillas, ¡tenemos todos que subir!

El hombre siquiera se inmutó, mas sí tragó saliva cuando se encontró con los ojos de su patrón.

En aquella tripulación todos eran betas, ya que así controlaban mejor su naturaleza y actuaban con mayor asertividad, de esa forma ninguno se impondría.

Peter asintió, con respiración errática y sus manos enterrándose en su cuero cabelludo.

—Sterlyn todavía está en las cámaras, los demás también… —El canoso Peter hizo alusión a su compañero, mostrándose alterado de nuevo cuando otro crujido hizo vibrar las paredes bermejas que los rodeaban. Pero George levantó el mentón, incapaz de achicarse. No en ese momento.

—Ve a decirle al resto que suban. Os quiero a todos en cubierta, ¿me has oído? Yo iré a por el chico. ¡Vamos! —George había sujeto entre sus manos el rostro sudoroso de su marinero mientras hablaba, quien tras segundos asintió.

Confiaba en él, en aquel hombre que incluso había ido a su casa a pasar la tarde de un domingo... Confiaba ciegamente en él.

Peter apretó el hombro de su patrón antes de girar para cumplir con lo ordenado, apoyándose en las paredes de los largos pasillos para poder ignorar la vibración constante en el suelo.

George apretó sus puños antes de volver a correr hacia la cámara del final del pasillo, con el ambiente todavía embebido por aquellas luces rojas e intermitentes, por aquellos crujidos...

—¡¿Sterlyn?!

Entonces, lo siguiente sucedió demasiado rápido.

El cuerpo del patrón impactó contra las cimbreantes superficies cuando un temblor más fuerte batió toda la estructura. El Porta Elyse se hundía sin que fuera una decisión, sin que se pudiera evitar.

—Patrón… —El llamado llegó débil cuando George se intentó estabilizar, notando el suelo alzado. Los pasillos que antes eran rectos estaban convertidos en pendientes.

Sterlyn era un muchacho, beta, de apenas veintiún años. Solo un aspirante a marinero...

La respiración de George se cortó cuando vio al chico tirado en la cámara. Estaba atrapado con sus piernas aplastadas por uno de los contenedores de pescados, contra la pared que cada vez se inclinaba un poco más. George supo justo ahí que la realidad también podía ser concebida como la más tremebunda pesadilla.

—Te sacaré de aquí. ¡Vamos, te sacaré de ahí!

Solo veintiún años recién cumplidos, de tez pálida y cabello rubio... Sterlyn miró a su patrón sin entender por qué no sentía dolor, notando que podía perder la conciencia si miraba a sus pies.

—Patrón...

—¡Voy a quitar esto de aquí!

El muchacho era incapaz de siquiera emitir un quejido más allá de lo que decía, mientras observaba al más mayor intentando empujar aquel contenedor que podía llegar a pesar una tonelada. Era físicamente imposible que George lo quitara o que tan solo lo moviera, ¿pero cómo se le explicaba eso a la razón en una situación así?

El beta intentó buscar algún objeto para hacer presión. Intentó con su hombro, maldiciendo, pidiendo por favor...

—Patrón —insistió el inexperto marinero, observando cómo el otro ya caía de rodillas a su lado—. Yo... Yo sabía que este trabajo no era para mí. Yo sabía que esto en el fondo me daba miedo… —La voz del joven salió rasposa y temblorosa, acompañada de unos ojos igual de perdidos que cristalinos. Cuando lágrimas brotaron de los orbes de Sterlyn, él apenas lo notó.

George supo en ese preciso momento que él también tenía miedo. Estaba muerto de miedo.

—No...

—Me voy a morir.

Los crujidos pasaron a segundo plano. Cualquier cosa lo haría, ya que era la mera conciencia, golpeada por la realidad, la que decidía gritar. Aquello era real, por mucho que exigiera que todo parara. Era real que el mar los reclamaba.

—No, no… Vamos, chico. —Quiso decirle que sí valía para aquello, que si lo aceptó en su tripulación fue porque le vio potencial, porque se vio a él mismo: joven e inexperto, pero con ilusión. Con ganas de aprender, con ojos soñadores...

Sí, quiso hacerlo, pero otra sacudida hizo temblar todo a su alrededor. El frío del agua de mar cubrió sus tobillos para entonces, paralizándolo.

Los contenedores rodaron por la cámara, chocando con saña. George sintió una presión ejercida en su pecho cuando algo lo hizo caer de espaldas. Perdió la conciencia por un instante cuando la vasta vibración y sacudida hizo que se golpeara la cabeza.

Para aquel momento, ya no había rastro del joven marinero...

—Sterlyn —susurró el beta, luchando con una repentina visión borrosa—. ¡Sterlyn, no!

Solo había agua, fría y rauda.

Ahogó un grito cuando las lágrimas de rabia también acudieron, porque no era justo, no entendía. Porque si tuviera la oportunidad, cambiaría cada una de sus decisiones de ese día. No era justo que aquel chico, con toda su vida por delante, muriera así. Y que él no pudiera hacer nada…

El nudo que se formó en la boca de su estómago no tuvo compasión a la hora de oprimir, mucho menos el vacío que sentía en el pecho. Tenía la garganta seca y las manos temblorosas. El hormigueo comenzaba desde las yemas de sus dedos y se extendía por toda su epidermis, presionando en sus sienes.

—No… —Negó con la cabeza cuando se sintió impotente, cuando también quería llorar y las rodillas tentaban con fallarle. Ya se había levantado a pesar de la fuerza del agua que se colaba —. No, no, no...

Se vio atrapado, sin salida cuando uno de los contenedores, tras la última sacudida, bloqueó la única puerta de salida de la cámara.

Volvió a negar.

Siguió haciéndolo sin dejar de golpear el contenedor, destrozando sus nudillos y creando punciones de dolor en sus hombros. Chilló mientras temblaba, mientras el frío se hacía con él y el mar que lo había traicionado le restaba todo movimiento, el que en todo momento era igualmente inútil.

Estaba atrapado en aquella cámara, con el volumen de agua subiendo. Negó hasta que supo que era en vano, que eso nada cambiaba. Buscó otra salida y no la halló. La buscó aun sabiendo que no existía.

Acabó con sus fuerzas al no dejar de golpear. Golpeó aun sabiendo que no servía de nada. Chilló, maldijo y lloró sin parar. Solo porque quería vivir. Era la impotencia de estar frente a lo que le iba a arrebatar lo que más quería. Era el pelearse con aquel mar que se fue contra él, con aquel que siempre hizo juego con sus ojos.

¿Por qué siempre creyó que eso no le pasaría? ¿Cómo fue tan iluso de creerse cómplice de una bestia como aquella? El maravilloso y poderoso mar… ¿Cómo se suponía que se debía afrontar al hecho de que se encontraba conociendo su final?

En su mente se agolparon tantas cosas: logros, recuerdos, metas que no se cumplieron y tantas

otras que sí, y deseos que ni siquiera sabía que tenía, pues, al fin y al cabo, ¿qué era la vida? ¿No era toda esa serie de infortunios que jamás fueron planeados?

Tantas imágenes reproduciéndose, pintándole una sonrisa tenue acompañada de ojos vidriosos; de mirada perdida. Tantas, tantas imágenes… Cuando conoció a Marjorie en aquella tienda de telas donde él había ido con unos amigos a buscar lentejuelas para un disfraz y ella a por una tela para confeccionar su última falda. En Gales, porque ellos siempre fueron de allí. Sabía que se enamoró de ella desde que enfocó la vista en sus ojos color miel. Marjorie le hizo saber mucho después que sus ojos azules también fueron lo primero que la cautivó.

Recordó cuando se asentaron en Plymouth, esa ciudad costera de la que George había quedado prendado siendo marinero. Cuando la familia de Marjorie no estuvo de acuerdo con que él no fuera un alfa. Ellos solamente se enamoraron más y de la mano decidieron que ese debía ser su nuevo hogar, que si no los aceptaban, pues huirían. Porque era simple: se amaban. ¿Qué importaba lo demás?

Y miró el tatuaje en su brazo, ese único dibujo que adornaba su piel con tinta. Una brújula que apuntaba hacia la palabra hogar. La miró, no pudo dejar de hacerlo.

Más imágenes, tantas… La cara de su omega, cómo derramó lágrimas de alegría cuando lo buscó con aquella prueba de embarazo en la mano. Cuando decidieron el nombre de aquel milagro, de aquel amor tan puro que nació hacia alguien que ni siquiera conocían. Cómo decidieron llamarlo Luke.

Su Luke, su hijo, su amor.

Sus ojos se aguaron mientras miraba aquella palabra tatuada. Porque el propio George era la brújula y ellos su única dirección.

Hogar.

¿Le dijo suficientes veces a su hijo que lo quería? Esperaba que sí. Amaba a su niño, amaba a su familia. Eran su orgullo, su respiración, su anhelo, su deseo… Los amaba y le hubiera gustado tanto pasar un poco más de tiempo con ellos. Todavía tenían tanto que hacer juntos…

No era justo. No, no lo era, aunque ya se hubiese escrito.

Cerró los ojos y besó su antebrazo derecho, sintiendo de nuevo el frío del mar rozando su piel, mojando ya su rostro, engatusándolo en su leve vaivén...

Pensó en Marjorie. Pensó en Luke.

Iban a ser fuertes. Tenían que serlo. Porque su último ruego fue ese, solo ese. George iba a descubrir qué había después del último aliento. Averiguaría si existía una forma de seguir junto a ellos, porque sin palabras siempre se los prometió.

Siempre lo haría.

Jamás había sentido un peso tan demoledor sobre sus hombros. Un peso que no era literal, pero que estaba seguro de que sí tenía más voluntad que cualquier otra fuerza.

Ni siquiera llegaba a sentir lo cansado que se encontraba por pasar horas en carretera encerrado en su coche, el cual percibió como un cubículo donde el tiempo pasaba demasiado lento. Donde su mente lo traicionaba, atosigándolo con cantidad de imágenes mientras mantenía la vista fija en su teléfono. En algún momento intentó contactar a Luke, pero la llamada no dio señal.

Ahora, se encontraba en el centro de los asientos traseros del coche de su padre, quien conducía mientras Annette ocupaba la posición de copiloto. Nils, por su parte, había preferido quedarse en la casa de los Gautier.

La llegada fue caótica. Annette los recibió percatándose al instante de la angustia que asistía a

su hijo. Harris solo exigió que se marcharan a donde debían en esos casos, negándose a tomar una ducha, comer algo o beber un vaso de agua. Patrice fue quien anunció que sacaría el coche del garaje.

Ya no llovía, pero las calles de Plymouth continuaban mojadas, con charcos enormes que habían dejado tras de sí las riadas. La noche había caído y aportaba un aspecto más lúgubre a todo escenario.

Los tres estaban en silencio, Annette mirando a cada momento hacia atrás, para solo percatarse de la vista perdida de Harris. Durante todo el trayecto, el alfa mantuvo sus ojos clavados en el cristal frontal, pestañeando únicamente cuando el limpiaparabrisas saltaba para eliminar las gotas que todavía se escurrían, con un único pensamiento: nunca había estado en un tanatorio. Se descubrió asombrado cuando experimentó el rechazo hacia tal palabra y su significado. Los imaginaba fríos, de paredes blancas... De hecho, más que fríos, los creía helados. Estaba seguro de que en sitios así debía salir vapor de la boca al hablar. ¿Se hablaba acaso en un lugar así? ¿Se debía hacer? No lo sabía, no sabía nada e inexplicablemente se sentía algo patético por eso. O demasiado afortunado.

¿Luke habría estado antes en un sitio así? Si pensaba en eso, la punzada que se había alojado en la boca de su estómago quemaba un poco más.

Fue incapaz de tragar saliva cuando su padre se adentró en el aparcamiento del lugar. Había silencio cuando bajaron del coche. Él apenas atinó a dar un paso, fue Annette la que tomó su brazo tras sobárselo con mimo, pronunciando un simple: “¿Vamos?”, al que Harris respondió con un asentimiento de cabeza. Patrice los guió hacia el ascensor que daba al edificio.

Definitivamente, Harris no se lo imaginaba así. Las paredes eran de tonos grises cuando llegaron a lo que supuso que era la recepción. Madera lacada en la misma, personal uniformado con funestos trajes negros, además de una... ¿pantalla?

Tuvo que frenar en seco.

¿Realmente aquello era un tanatorio? No sabía con qué se iba a encontrar, pero en definitiva no esperaba algo así. Frunció el ceño, notando la quemazón en el centro de su vientre. Sus padres lo observaban en silencio.

¿Por qué había recepcionistas? ¿Qué demonios iban a…? No lo entendía. Sintió ganas de vomitar, de refregarse los ojos para comprobar si así todo se aclaraba un poco. En realidad, ¿cómo debían ser aquellos lugares sino? Eran silenciosos, casi sin olor. Se había mentalizado con que iba a sentir una ola de emociones y sensaciones, porque eso era a lo que más le temía. ¿Cómo iba a evitar notar en su pecho la angustia y dolor que sentiría al estar en aquel lugar, si la naturaleza lo había diseñado para ello? ¿Cómo lo hacía la gente?

Annette apretó la mano de Harris para indicarle sin palabras que avanzaran. Él lo hizo, asumiendo que quizás lo que debía hacer era no buscar comprenderlo. Patrice se acercó a la recepción, donde un trabajador asintió y le indicó algo en aquella pantalla. Su padre asintió antes de volverse a dirigir a ellos.

—Primera planta.

¿Cuántas tenía ese edificio? El alfa sacudió la cabeza. Mejor era no entender...

—Harris —lo llamó su madre, volviéndole a acariciar con cariño el brazo—. ¿Estás bien? Seguro que...

—Sí.

Y caminó, sin saber a dónde, con su padre alcanzándolo para poder guiarlo de nuevo. Subieron una escalera, con escalones enormes de mármol beige, las paredes esa vez siendo de tonos cremas. Patrice era el que subía primero. Annette iba detrás de él, como un niño arropado porque

se podía caer.

No, Harris jamás se pudo llegar a imaginar cómo era un sitio así. Cantidad de aromas, sensaciones y presiones que engatusaban de repente el ambiente, aunque hacía minutos no hubiera percibido nada. Murmullos, grupos de gente callada o que hablaban muy bajo. Muchos se abrazaban a sí mismos mientras que otros simplemente estaban con sus poses normales, como si se ubicaran en cualquier otro lugar.

Vio gorras marineras. Vio a personas que juraría que le sonaban de la ciudad o de encontrárselos en algún lado. Distinguió a vecinos de su urbanización, a los del supermercado y la tienda de zapatos del centro. Juró que muchas caras le eran conocidas y estaba seguro de que la suya para ellos también, ya que muchos se les quedaron viendo por un momento.

A pesar de que el pasillo era largo, ellos se quedaron en la primera sección. Era como un cuarto con una pequeña recepción de dos sofás blancos. Había gente en la entrada, en grupos, hablando y murmurando algo. Annette saludó a algunos, pero Harris se veía incapaz de intentar hacer lo mismo. Era su padre quien se abría paso entre las personas.

Fue entonces cuando aquello que le preocupaba sucedió. Una presión en el pecho, su padre aflojándose el nudo de la corbata al también sentirla... Era como una bofetada de sentimientos, una sacudida de tensiones. Era llanto y desconsuelo que creaban un vacío amargo. Era horrible.

Su corazón se encogió al reconocer por primera vez a alguien, sin siquiera cavilarlo. Era Marjorie, la madre de Luke, sentada en uno de aquellos sofás.

Los ojos de Harris escocían, siendo incapaz de respirar normal, de exhalar a tiempo...

Era la madre de Luke con la vista perdida en algún lugar, asintiendo a algo que le decía una mujer que le besaba un hombro y apretaba su mano. Estaba rodeada de gente que solo tenía intención de arroparla. De amigos, esa familia que sí se escoge. Llevaba su pelo castaño amarrado en una coleta baja, hecha sin mucho esmero. Sus ojos hinchados, surcados en tonos rojos a juego con la punta de su nariz, de labios secos y de un rosa palo… Una estampa que no pudo llegar a imaginarse, una que quedaba demasiado lejos de cómo golpeaba la real.

—Marjorie... —su padre habló, arrodillándose a los pies de la omega, quien tras varios segundos consiguió enfocarlo—. Mi familia y yo te presentamos nuestras más sentidas condolencias. Lo sentimos muchísimo.

Harris definitivamente quería vomitar.

¿Era eso lo que se decía? ¿Acaso aquello... calmaba?

Marjorie alzó la mirada hacia la figura de sus vecinos, viéndose cansada, como si cada movimiento fuera agotador, como si sus músculos no contestaran... Harris sintió finalmente humedad en sus ojos cuando la mujer esbozó una media sonrisa que con esfuerzo se pintó en sus comisuras. Ella asintió, intentando remojar sus labios.

—Muchas gracias. De verdad, gracias...

Harris no podía explicar la sensación en el pecho, el sentir una mínima parte de lo que la omega estaba viviendo. Nunca en su vida supo lo que era ser verdaderamente un alfa hasta ese momento. Nunca, a su vez, le había contrariado tanto serlo.

—Marjorie. —Annette se atrevió a tomar el espacio de un pequeño asiento que un hombre dejó al lado de la omega cuando asintió ante las palabras de la familia recién llegada—, mi más sentido pésame. En estos momentos ninguna palabra es un alivio. Solo... Puedes contar con nosotros para lo que necesites. Nos tienes al lado, nunca lo dudes.

Porque no hacía falta que detrás existiera una amistad para aquello. Se suponía que hasta que no llegaban momentos así, eran cuestiones que ni se planteaban. Eran familias vecinas que al fin y al cabo podían coincidir día a día, tropezando con un simple “buenos días”.

Marjorie tomó la mano de Annette cuando esta se la sujetó, apretándosela y comprobando que ambas compartían un tacto frío. Las dos asintieron, Marjorie intentando esbozar una sonrisa de nuevo.

Harris sintió un latigazo en su columna vertebral cuando su vecina lo enfocó de frente. El joven alfa quiso hablar, repetir algo parecido a lo que pronunciaron sus padres, pero se vio incapaz. Sabía que sus cuerdas vocales eran insuficientes para pronunciar vocablo. Su saliva se había evaporado y la punzada hacía que todo raspara.

—Luke —dijo entonces Marjorie, con la vista todavía fija en Harris. Pronunciar aquel nombre ocasionó que su voz sonara de repente algo más débil. Pero tomó una bocanada de aire antes de seguir—. Tú eres amigo de Luke, ¿verdad?

Para Harris oír aquel nombre le había supuesto que sus piernas temblaran y el ardor arremetiera con más fuerza. Así que solo asintió, con mandíbula tensa y hombros rígidos.

La omega que le hablaba dejó escapar un suspiro. Sus ojos de repente aguantaron lágrimas que se agolpaban.

—Puedes... ¿Puedes hacerme un favor? —Harris, sin pensarlo, asintió de nuevo—. Luke está dentro, lleva demasiadas horas allí. No quiere salir y... debe hacerlo. No ha comido nada y ni siquiera se ha sentado. Él... —La mujer se rompió. Luchó contra sus lágrimas y el temblar en su voz, tomando fuerza en cada inspiración—. Quizás a ti te escuche. Tal vez lo haga porque no te espera. Sácalo un momento de aquí para que tome aire, por favor. ¿Lo podrías aunque sea intentar?

Annette abrazó a la omega por los hombros cuando esta agachó la cabeza, rendida tras terminar de hablar. Mientras, el pecho de Harris solo latía furioso, con su cabeza intentando procesar las palabras de la omega.

Luke estaba dentro. Él había ido por él. Quizás podía ayudarlo.

Su vista viajó hacia la puerta de madera entornada, de donde entraba y salía más gente.

Marjorie había salido de allí hacía unos momentos, acompañada de sus amigos, quienes insistieron en que no era sano permanecer tantas horas frente a la vitrina. Ella lo hizo, aunque durante horas se negara porque su hijo era incapaz de reaccionar. Porque Luke no la abrazaba, no se movía, no hablaba. Él solo… estaba allí.

Harris sintió un picor en la garganta cuando intercambió una mirada con sus padres, antes de volverle a asentir a la mujer. Sintió frío al encaminarse a la puerta, sabiendo que se toparía con aquello lúgubre, pero olvidando a la vez todos sus planteamientos sobre cómo sería en realidad un tanatorio, pues, al fin y al cabo, ¿qué importaba? Era material, simples instalaciones que encerraban lo incapaz de moldear: el dolor.

Cruzó la puerta, topándose con una luz amarillenta, dos pequeños sillones y un pasillo corto. No se equivocó en que sentiría helarse...

Había hombres que limpiaban sus lágrimas tras fijar la vista en aquel cristal. Betas canosos que se llevaban las manos a la boca mientras negaban con la cabeza, mirando al techo y luego a negar, compartiendo el silencio.

Su cuerpo se paralizó al ver la cantidad de coronas de flores, de gorras y nudos marineros. Los mensajes en las bandas que adornaban aquellas coronas, los leves hipidos que a veces escapan en la propia ausencia de sollozos… El ataúd cerrado que precedía de detalles de respeto y recuerdo eterno. Precisamente esas eran las cosas que se quedaban cortas ante cualquier estampa que se imaginara. Peor que triste. Peor que amargo.

Harris visualizó demasiado rápido el cuerpo menudo que se abrazaba a sí mismo, al lado izquierdo de aquella cristalera. Un cuerpo encogido que vestía ropas anchas, una figura por la

que Harris hubiera caído de rodillas.

Caminó hacia él sin ser consciente de que daba sendos pasos, apretando sus puños porque sus manos temblaban y sudaban, apresando un suspiro en su garganta cuando oteó su perfil. El perfil de Luke, pálido y con ojeras marcadas. El hueso de su pómulo alzándose orgulloso mientras sus pestañas espesas abrazaban a media asta sus singulares ojos azules y opacos. Sus finos labios apretados, igual de blanquecinos que su tez.

Sí, Harris hubiera caído de rodillas, pues la sacudida que dio su pecho superó cualquier otra sensación. Porque sentía el dolor y la desolación, también la confusión e incredulidad.

Se acercó a él, impensado. Caminó hasta llegar a su lado, sin desclavar la vista del semblante que tenía la absoluta capacidad de estrujarle debajo del pecho. Luke tardó cuarenta segundos en mirarlo. Harris lo supo porque los contó.

Verlo de frente era multiplicar por dos la presión. Sus ojos perdidos, entreabiertos, como si sus párpados ya no tuvieran fuerza de actuar. Luke miró de frente a Harris, quien no se movió, sino que aguardó junto a la punción de sus sienes.

Luke lo miró. Por primera vez se atrevió a levantar la vista de aquel cristal, sin saber por qué, siendo algo que hizo sin siquiera lucubrar. Estaba demasiado agotado para hacerlo. Fue algo que sintió sin tener razón para explicarlo o siquiera negarlo.

Era Harris, estaba allí. ¿Por qué estaba allí? Preguntas vagas pasaron con demasiada fugacidad por su cabeza. Porque no, tampoco tenía la suficiencia de buscarles contestación.

—Lu...

Todo sucediendo demasiado rápido...

“Lu”, así lo llamaban de cariño. Así recordaba que su padre lo nombraba cuando de pequeño hacía alguna travesura, también cuando lo miraba de aquella otra forma. No sabía por qué lo hacía, ¿por qué llamarlo con amor cuando era un niño tan revoltoso? De mayor también lo llamaba así, cuando tiraba todos los libros que apilaba en las estanterías porque no tenía la paciencia de quitarlos uno a uno cuando quería el que se encontraba abajo. Cuando apartaba la verdura y la escondía en la servilleta... Cuando juraba que había ordenado su cuarto y en realidad había amontonado todo bajo la cama. Aun así, su padre lo llamaba Lu. ¿Ahora quién lo llamaría así?

Sucedió demasiado rápido cuando sintió la humedad en sus ojos. Por primera vez, sus hombros cayeron cuando llenó sus pulmones de aire en un suspiro involuntario y concentró las últimas fuerzas que le quedaban para estar de pie en dejar escapar un sollozo desgarrador de su garganta. Las lágrimas brotaron en cascada y su cuerpo se desvaneció cuando su vista únicamente enfocaba a Harris.

Harris… Lo sostuvo entre sus brazos cuando vio que sus rodillas fallaban. El alfa abrió los brazos para pegarlo a su regazo, para sostener su peso. Luke en el acto enterró el rostro en su pecho mientras sentía la confortante sensación de no mantenerse erguido por sí mismo. Ya no podía más, no quería hacerlo. Ya no tenía más fuerza para eso.

Los sollozos escapaban de su garganta cuando cerraba los ojos y visualizaba el ataúd y las flores, aquella imagen que se había grabado a fuego en su mente porque durante demasiadas horas se negó a observar otra cosa.

¿Quién le volvería a decir Lu? No lo sabía. Le atormentaba no saberlo. Se sentía tan perdido.

Harris lo sostuvo y lo estrechó entre sus brazos, manteniendo sus manos en la espalda baja del omega, en el vibrar angustioso que le ocasionaba verlo así. Luke se había rendido, atreviéndose a caer aun sin la certeza de si lo iban a recoger. Sin la certeza de saber que Harris jamás hubiera permitido que rozara el suelo.

—Shhh... Estoy aquí, Luke. Estoy aquí para ti. —Su mano sobándole la espalda, aportando un calor nimio—. Tranquilo, Luke. Tranquilo...

El omega era incapaz de pronunciar vocablo. Apenas alcanzaba a oír o entender lo que sucedía. Solo quería rendirse, cumplir con la voluntad que creyó inservible: llorar.

Luke lloró mientras Harris lo movía fuera de allí, mientras demasiados pares de ojos caían sobre el alfa y el omega. Murmullos lastimeros y lamentos empáticos acompañaban la escena. Patrice apartándose cuando Marjorie, igual de derrotada, quiso asistir a los clamores de su hijo. Fue Annette quien le volvió a apretar la mano y con un nudo en la garganta le susurró palabras consoladoras, ya que la mujer, por su parte, también sentía la necesidad de rendición.

Harris lo sacó de allí, enfocando su vista en el pasillo que conectaba las secciones. Se percató en ese momento de que justo enfrente había una especie de patio descubierto con una fuente sin agua que adornaba el centro de la estancia. El alfa tampoco estaba en las condiciones de plantearse mucho más, así que caminaron hacia allí, lejos de los cuchicheos y el ambiente denso, y cruzaron la puerta que conectaba con el patio.

La brisa de la noche les rozó el rostro, con únicamente dos farolas iluminando la zona. Luke se había aferrado a las solapas de la chaqueta que vestía el alfa, ahogándose en cada quejido que soltaba su garganta. Era incapaz de respirar sin hipidos mientras Harris le sobaba la espalda, con su voluntad crispada por tenerlo así entre sus brazos. Roto, en un llanto desgarrador.

¿Qué podía hacer, aparte de desesperarse?

Necesitaba perderse en el olor a tierra mojada que lo estaba atiborrando, en el picor en su garganta, ese sabor avinagrado que podía llegar a degustar en sus papilas gustativas... El olor de Luke, su esencia cubierta de angustia.

Se podía llegar a volver loco.

—Ya está... Ya está, Luke.

No luchó contra aquello que le exigía que lo calmara y la razón que se manifestaba en su parte más humana. El omega necesitaba ese desahogo, llorar, aunque eso al alfa lo desarmara.

Minutos largos en un silencio que solo era interrumpido con los quejidos de Luke, por su dolor expresado en la forma más vulnerable. Sentía el vacío en el pecho, la incredulidad y la rabia convertida en impotencia. Era un sentimiento que se encerraba en el propio cuerpo y razón, una sensación de negación constante. Una realidad incapaz de aceptar, en la que únicamente se quería ver encerrado a causa de una pesadilla.

Quería despertar. Solo esperaba que despertara de una vez...

—No... N-no lo voy a ver más. —Las palabras sonaron secas cuando Luke las pronunció, permitiendo que Harris lo estrechara más entre sus brazos. Aquella frase descorazonadora que arrancó lágrimas del alfa y dejó que corrieran por sus propias mejillas.

No lo iba a ver más, eso era lo más duro. Interiorizar tal hecho al enfrentarse a una pérdida, a la desaparición de un pilar. Siquiera le había dado las buenas noches a su padre la noche anterior, pues había subido tarde del garaje cuando George ya se había acostado porque como cada día, se levantaba a las cinco de la mañana.

Se arrepentía de tantas cosas. Le atormentaba cada decisión, cada cuestión a la que no le encontraba explicación. Era como la angustia de un niño que se volteaba tras echar a correr y no encontrar a su padre, siendo consciente al instante de que se encontraba perdido. ¿Quién no lloraría?

Harris hundió su nariz en el pelo revuelto del omega, sin cesar en frotarle la espalda, sabiendo que una vibración se calentaba sin remedio en su garganta.

Él mismo le dijo a Luke que estaría dispuesto a todo por él. No mintió. Se refería a estar con

él, a verlo reír, a formar parte de su vida... No esperaba verlo roto y por eso dolía. No entraba oírlo llorar y por eso desesperaba. Agradecía poder estar ahí para sujetarlo, de la misma manera rogaba que el omega no tuviera que pasar por algo así nunca más.

Luke lloró durante eternos minutos sobre su pecho, sintiendo algo de calor en sus frías extremidades. Desmoronado...

Harris gruñó todavía abrazado al omega cuando sintió la puerta que daba a aquel patio abrirse. Era su madre, junto a dos individuos que muy rápido identificó como betas. Annette le hizo un gesto de cabeza junto a un ademán con la mano.

Llevaban más de tres cuartos de hora fuera y Harris ni siquiera se había percatado.

El vibrar en su faringe no cesó hasta que Luke se removió de entre sus brazos, haciéndolo pestañear. No dejó que se separara de él, así que caminaron juntos a la par de Annette y los dos hombres. Luke clavó su vista en el suelo cuando su llanto hizo un amago de sofocarse en un hipido.

—Luke... —Marjorie habló. Estaba de pie junto a los mismos sofás donde Harris la había visto en todo momento.

La omega estiró los brazos cuando su hijo irremediablemente alzó su vista al escucharla. Harris notó un frío en el pecho cuando el omega se separó de él, dejando un vacío en el hueco perfecto en el que había encajado. El alfa apretó los puños mientras su mandíbula se tensaba contra su voluntad.

La parte humana… Luke necesitaba el calor de su madre, el único consuelo que no era promovido por la empatía. Tenían que compartir el mismo tormento.

La omega articuló un “gracias” dirigido a Harris antes de cerrar los ojos cuando más lágrimas cayeron por sus mejillas al abrazar a su hijo.

—Quiero ver a papá. Quiero estar con papá… —Nudos en la garganta formándose cuando el omega volvió a gimotear, desgarrado.

Marjorie asintió, depositando besos en la cabeza de Luke.

—Sí, mi amor.

La despedida. Como todas, injustas, indeseadas, aborrecibles...

Luke no volvió a mirar a Harris, siendo incapaz de enfocar a conciencia. Se dejó dirigir por su madre, quien entró de nuevo en aquella habitación donde la realidad no cesaba en ser vasta e indolente.

Harris observó con tensión en sus músculos cómo el omega se alejaba de él, cómo las personas volvían a murmurar y regresaban al mismo ambiente, a aquella pseudo-normalidad.

Fueron sus padres los que se voltearon a verlo, encontrándose con el verde de los ojos de Harris más oscuro. Su pecho subiendo y bajando a causa de una respiración poco acompasada y su vista fija en ningún punto.

Con nada hubiera sido capaz de imaginar todo aquello.

Annette pretendió pronunciar algo mientras Patrice aguardaba callado.

Fue el turno de Harris de sentir que se asfixiaba. Esa vez era él quien necesitaba aire, por lo que dio media vuelta y se encaminó hacia el patio donde había estado hacía escasos minutos. Un gruñido grave emergió de su garganta cuando apoyó las manos en sus rodillas y se inclinó hacia adelante para tomar una profunda bocanada de aire. Su corazón tamborileando con agite cuando la punzada en su cabeza solo se acrecentaba.

Era incapaz de imaginar un miedo mayor, de lidiar con el torbellino de sensaciones que lo acudían. Él quería llorar de solo imaginarse viviendo una pérdida así. Si a Annette o a Patrice les pasara algo, él... él...

Lloró de solo lidiar con la idea. Lloró porque esa era la realidad de Luke. Lo hizo porque se dio cuenta de que nunca estaría preparado para los topetazos que daba la vida.

Sus dedos barrieron las lágrimas de sus ojos cuando pudo tomar una profunda bocanada de aire para meramente lograr serenarse.

Cuando Annette vio a su hijo regresar, la angustia se presentó en su semblante.

—Mamá, yo... me quiero quedar esta noche aquí. Quiero estar aquí por si me necesita.

La mujer apretó sus labios, asintiendo casi sin ser consciente de ello, movida por la única necesidad de aquietar a su cachorro.

Harris tenía la vista perdida cuando se topó con la de su padre.

—Está bien —concedió el alfa de mayor edad, apretando el hombro de su hijo.

XIV

El cuarto golpecito de su frente contra el cristal de la ventana le hizo cerrar los ojos e inspirar hondo por la nariz. Se podría decir que hasta al propio reloj le pesaban las horas. El clima seguía sombrío y el silencio se había apropiado de toda estancia.

George Tompsett fue incinerado el veintisiete de marzo del dos mil ocho. Sus cenizas y las de cuatro de los nueve marineros que iban a bordo del Porta Elyse fueron arrojadas al mar en el puerto de Plymouth. El ayuntamiento de la ciudad había decretado tres días de luto por la tragedia. Aquel día era el tercero.

Harris se alejó de la ventana de su habitación, pasando ambas manos por su cabellera. Se paseó en círculos como un león enjaulado antes de volverse a abalanzar sobre el cristal. Daba igual las veces que viera aquella imagen, la punzada en el pecho siempre sería la misma. Era Luke sentado en las escaleras del porche trasero de su casa con una cajetilla de tabaco vacía a su lado, mirando a la nada. Estaba solo.

La casa de los vecinos de Harris no tuvo movimiento hasta la noche anterior, donde antes de que oscureciera llegaron Luke y su madre. Harris no supo qué debía hacer, pues no había visto al omega desde la noche donde se desmoronó junto a él en el funeral. Recordaba que después de haber pasado las horas, al llegar de tomar un poco el aire, se encontró con Luke durmiendo apoyado en el hombro de su madre, totalmente vencido por el agotamiento. Fue allí donde Marjorie les propuso a sus vecinos que se marcharan, puesto que ya solo quedaban pocos allegados. Era la última noche de velatorio, ya que, a la mañana siguiente a temprana hora, ocurriría la cremación.

Harris aceptó irse, movido por la confusión y los consejos de los mayores. Entendía la necesidad de privacidad, debía añadirle a eso que Luke no le había vuelto a hablar, envuelto en aquel estado ausente que lo atosigaba. Fueron demasiadas cosas y él también estaba agotado. Sin embargo, no durmió bien a pesar de que Nils intentara distraerlo con conversaciones banales tras haber escuchado todas y cada una de las angustias de su amigo.

La segunda noche tampoco descansó como debía, ya que sabía que la casa de al lado volvía a estar habitada.

Tercer día por la mañana y no podía despegar la vista de su ventana desde que descubrió que podía ver al omega desde allí. Nils había resuelto todo con demasiada simpleza, con un improvisado “Vete a hablar con él”.

Era desesperante.

Debía volver a Londres, por Nils y el bien de que ambos no siguieran perdiendo clases. Su amigo le había jurado que no se preocupara por eso, mas su conciencia era la que pesaba. Nunca se le dio bien eso de asumir que otros renunciaran a algo por él. Nils lo había ayudado y no podía estar más agradecido por eso, sin embargo, todo ello hacía que la presión también aumentara.

¿Qué se suponía que debía hacer con Luke? Era totalmente frustrante no saber cómo actuar, no saber si la cantidad de cuestiones que lo atormentaban iban a tener respuestas. No sabía si debía molestarlo, si ir a buscarlo se consideraría así. No sabía si el luto se respetaba de otra forma...

Harris bufó y volvió a dar otro golpecito contra el cristal de la ventana.

—Ve. —Dio un brinco cuando escuchó una voz en el marco de la puerta. Era Annette.

La omega entró en el cuarto de su hijo con una sonrisa amable pintada en su rostro, esas de madre que resultaban tan gratificantes. Jugueteaba con su alianza, vestida en un traje color crema que la hacía lucir impecable.

Harris sonrió, dejando escapar un suspiro.

—No sé si...

—Prueba. —Annette se encogió de hombros mientras su hijo agachaba la cabeza. Ella aprovechó para revolverle el cabello, incluso le agachó su cabeza aún más para darle un beso.

—¿Y si lo molesto? ¿Y si no quiere hablar? Quizás prefiere estar solo...

—¿Y si no? —La omega fue sobria en su contestación adornada con un tono natural.

Harris dejó escapar otra sonrisa algo cansada.

No dijo más, de hecho, disfrutó de los mimos de la mujer. Era reconfortante la sensación de estar en casa, entre la calidez familiar, como si estuviera en una fortaleza. Sabía que siempre se regocijaría de aquello. Lo sabía más que nunca.

—Mamá —comenzó cuando Annette lo miró de forma amorosa. Su madre era hermosa, lo creería por siempre. Con su pelo azabache y ojos que se asemejaban al color turquesa, con su sonrisa sincera y pura—. A mí Luke... —Inspiró cuando ella asintió—. A mí Luke me gusta.

No necesitaba decirlo, pero quería hacerlo. Quería pronunciarlo con la misma naturalidad que sentía en el pecho.

Annette volvió a asentir, manteniendo la misma sonrisa.

—Lo sé, cariño. —Harris dejó escapar otro resoplido. Su madre volvió a acariciarle las mejillas—. Y está bien. Él es un buen chico. Ojalá no estuviera pasando por todo esto. Ojalá tú no te vieras en esta tesitura, sé que es difícil.

El alfa asintió, bufando y con el alborozo de un niño al que su madre le daba la razón. Un niño protegido.

—Hiciste bien en venir —habló de nuevo Annette—. Estoy segura de que él lo ha valorado. Hemos hecho lo que podíamos. Este ahora es el momento más difícil... Hay personas que quieren hablar y otras simplemente escuchar.

¿Y si no volvía a Londres y se quedaba por meses en el regazo de su madre? Desde ahí todo era más fácil.

—Sí... Debería ir, sí. Además, no me podría quedar con la duda del...

—… “Qué pasaría” —completó la mujer, haciendo comillas con los dedos—. Eso lo sacaste de mí.

Ambos rieron y Harris dejó un cariñoso beso en la mejilla de su madre. Alargaron aquellos mimos un poco más hasta que se oyó la puerta del cuarto de invitados abrirse. Annette le guiñó un ojo a su hijo, saliendo ambos de la habitación. La omega comenzó a hablarle de un pastel al irlandés, quien había sido el que abrió la puerta. Nils le asintió encantado a la mujer.

Harris más de una vez había fruncido mucho el ceño por el entusiasmo de su amigo con su madre. Nils demasiadas veces le advirtió también que si iba a ser igual de celoso con sus parejas, tendría tremendos problemas. Harris solo se limitaba a bufar.

El frío de la calle se podía soportar con una simple sudadera. Harris largó un suspiro tras peinar sus rizos hacia atrás. Nunca había tenido el pelo tan largo, debía hacer algo con él... Sacudió la cabeza por precisamente estar pensando en su pelo en un momento así. Culpaba a sus traicioneros nervios por ello. Quería gruñirle a su mismísima histeria.

Se estaba dirigiendo a la casa de los Tompsett.

Cerró los ojos cuando abrió la pequeña verja principal. Hundió las manos en los bolsillos de su sudadera cuando subió las escaleras del porche de la entrada, luego las sacó cuando se arrepintió

y volvió a bajar los escalones. Se las llevó a la cabeza tras resoplar.

Sabía que Luke estaba a pocos metros, justo detrás de la casa. Sabía que podía llegar hasta él bordeando el jardín. Cantidad de preguntas retóricas de si lo molestaría, si debía tocar el timbre o si sería muy descarado entrar así, lo asistieron. Giró dos veces sobre sí mismo antes de intentar serenarse.

Luke estaba allí. Lo sabía. Lo sentía.

Sus pulmones se empaparon del aroma a tierra mojada y su garganta cosquilleando cuando se encaminó a bordear la casa. Su corazón colaboró con martilleos cuando sintió lo avinagrado en sus papilas, justo ahí chistó y se remojó los labios.

Luke, sentado en los peldaños del porche trasero de la casa. Sintió el sudor en las manos cuando el omega levantó apenas el rostro. No importó lo sigiloso que intentó ser Harris, él lo sintió.

Lo vio removerse en su asiento, volviendo a clavar la vista en sus zapatos. Algo cosquilleó en Harris cuando ya se encontraba tan cerca de él.

—Hola, Luke. —Voz grave, algo raspada y también temblorosa, aunque hubiera pronunciado solo dos palabras. El aludido escondió sus manos bajo su ropa—. ¿Me puedo sentar?

Un viento sacudió el ambiente, arrastrando perezosas hojas secas. Harris miró hacia ellas y cuando observó de nuevo a Luke, lo vio asentir. Su corazón latió furioso cuando caminó hasta aquel porche y tomó asiento junto a él.

El lodo con aquel toque a jengibre se hizo más presente y el sabor picante emanó al final de su garganta. Eran aquellos sinsentidos que tanto le gratificaba notar.

Otra ráfaga de aire corrió cuando ambos permanecieron en silencio, cuando Harris lo miró de reojo y sintió el cosquilleo en la epidermis y tensión en los músculos. Porque ya había sentido todo eso antes.

—Gra-… —El omega se cortó cuando su voz se quebró. Carraspeó—. Gracias por haber venido desde Londres.

El alfa pestañeó un par de veces, percibiendo la saliva pesada al tener que pasarla. Inspiró cuando se percató de que Luke hablaba, pero sin mirarlo.

—No me tienes que agradecer nada.

Vivió el calor en sus sienes cuando dudó de sí mismo, de si estaba actuando bien.

Era raro querer arropar a alguien que quizás no se dejaría, que quizás no querría. Resultaba difícil controlar a su alfa, ese que se mostraba más primitivo que nunca. Gruñía por cobijarlo, por llevárselo, esconderlo... Pero era el propio Luke el que transmitía rechazo y le resultaría imperdonable no respetarlo.

—Vale... Gracias por venir.

El omega tragó saliva, mirando de reojo que la cajetilla de tabaco que lo separaba del alfa continuaba vacía. Necesitaba un cigarro desde hacía un rato.

Volvió a perder la vista en la punta de sus desgastadas zapatillas. Era fácil quedarse perdido en un punto. Las cápsulas que llevaba dos días tomando eran buenas para eso, la psicóloga les había dicho que los haría descansar mejor, a él y a su madre. Y sí, Marjorie dormía justo en ese momento. Se suponía que Luke también debía estar haciendo lo mismo, pero no podía. Tampoco lo decía.

Estaba bien poder concentrar su mente en un color o cualquier pensamiento leve. En un tejido, mancha... En su tabaco consumiéndose; cómo se encendía con la pequeña llamarada del mechero. En aspirar el humo para sentir su pecho caliente, tragarlo y después de un buen rato soltarlo, notando cómo volvía a subir por su garganta. Sí, estaba bien.

—Yo... debo regresar a Londres. Quizás mañana o pasado.

Luke encontró el mechero sobre el escalón donde estaba sentado. Lo había buscado en su chaqueta vaquera, hurgando con pereza cada bolsillo. Cuando lo tuvo en sus manos se centró en el tacto del plástico contra su dedo pulgar.

Harris lo observaba, mordiendo su labio inferior.

—Sí.

Mas fue una afirmación vacua, pronunciada porque sí. Harris hubiera jurado que se la había dirigido a sus zapatos. La vista de Luke seguía clavada en ellos.

—Luke, me gustaría que me llamaras para cualquier cosa que necesites... Si quieres hablar o si te apetece que te cuente algo. Yo... Si quieres también lo haré. Me gustará hablar contigo. Quiero estar ahí para ti, para lo que necesites. —Harris dudó en repetir todo lo que había pronunciado, pues Luke seguía mirando a la nada.

Abrió y cerró la boca dos veces, notando el sudor en las palmas de las manos. También la pequeña presión en el pecho.

—Vale.

Luke había comenzado a mover las puntitas de sus pies de un lado al otro, quedamente.

—Dime si necesitas algo, Luke, lo que quieras. Háblame. Si vuelvo a Plymouth te buscaré si quieres. —Se comenzaba a encontrar perdido, divagando en aquel pozo de preguntas adecuadas o no. Y Luke encima seguía allí. Solo estaba—. ¿Cómo estás? —Pero enmudeció cuando Luke ladeó el rostro e hizo un amago de mirarlo.

El omega exhaló cuando sus ojos divagaron con pereza. Justo ahí Harris tuvo tiempo de observar sus marcadas ojeras. El cabello del omega le caía sobre la frente, molestándole en los ojos, pero no se lo retiraba como de costumbre. Su rostro pálido, acompañando sus labios secos y de un marchito color rosado. Lucía agotado, también demacrado. Era como si hubiera perdido diez kilos en dos días, como si de verdad pudiera desaparecer entre las ropas anchas que acostumbraba a vestir.

Harris ni parpadeó cuando el otro se movió, alzando la cajetilla de tabaco vacía.

—Se me acabaron. De resto bien. Mamá está durmiendo, ella está bien.

El alfa tuvo que apretar los labios cuando Luke volvió a perder su mirada en el jardín. Los ojos se le aguaron.

—¿Necesitas...? ¿Quieres que te traiga una?

—Sí. No me apetece salir. No me apetece que pregunten. —Ocurrió un silencio donde Luke sí pestañeó—. Que lo sientan.

Y sonrió. Algo igual de breve que artificial. Algo que hizo que el vello de Harris se erizara.

—Te la traeré. Lo que necesites, Luke.

—¿La puedes dejar aquí? —Palmeó el escalón a su lado, allí donde había descansado la otra cajetilla.

Harris definitivamente descubrió que la tirantez en el pecho era más bien una punzada de dolor.

—Claro. —Su voz salió ronca. Luke volvió a asentir, lo hizo durante unos segundos hasta que hizo un amago de levantarse—. ¿Ya te vas?

—Sí.

Harris sintió un cosquilleo en la nuca cuando se movió con torpeza al intentar levantarse. Lo hizo, pero Luke entonces continuó sentado.

—Lu...

—Quiero dormir —interrumpió el omega, con un hilo ronco de voz.

—Sí, claro... Descansa. —Era como hablar con un holograma de Luke. Como si no fuera él. A Harris no le llevó demasiado descubrir que estaría bajo los efectos de alguna pastilla, de esas relajantes a las que se acudían en situaciones como esas—. Luke, no sé cuándo podré volver a Plymouth, pero te llamaré, ¿de acuerdo? Si me dejas, lo haré cada día.

El alfa se puso de cuclillas frente a él, interrumpiendo su vago campo de visión. Por primera vez, el omega lo enfocó. Luke lo miró y se fijó en su pelo, pudiéndose centrar únicamente en un rizo desecho que se había escapado.

—Sí, vale.

—¿Sí puedo llamarte?

Un rizo de un color tan castaño... Luke quiso sonreír, pero no le salió.

—Sí. Llama.

Harris asintió y el contrario retiró de nuevo la mirada, la enfocó en sus manos donde tenía el mechero y la cajetilla de cigarros.

—Luke, ve a descansar, ¿sí? Va a empezar a refrescar y te puedes enfermar aquí fuera. Yo iré a por esto. —Sus dedos temblaron cuando retiró del regazo del omega el pedazo de cartón que ya había arrugado. El toque con su mano fue frío, los dedos de Luke estaban helados...

Luke asintió, perdido. Se puso de pie apoyándose en la baranda de madera para impulsarse. Sorprendentemente, apenas se tambaleó.

Harris lo observó, alzando su vista para encontrarse con aquella que permanecía opaca. No lo pensó demasiado cuando cubrió con sus enormes palmas los puños del omega. Le hubiera sujetado las manos hasta calentarlas, pero sintió la tirantez de estas, así que únicamente realizó aquel movimiento rápido para luego besarlas.

Harris besó el dorso de las manos de Luke en un instante fugaz, lo que el otro tardó en recogerlas. Asintió de nuevo, dando dos pasos hacia atrás cuando el omega dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que conectaba con el interior de su casa. No se despidió, no dijo más.

Harris deseaba verlo de nuevo. Se sentía mal, dolía... Lidiar con la impotencia nunca fue su fuerte, más en un tema que no podía controlar.

Le consiguió el paquete de tabaco gracias a Nils, él siempre solía tener uno consigo. Se lo dejó en el porche, con aquella presión latente en el pecho mientras pensaba en la promesa de una llamada, palpando la angustia y digiriendo el rechazo. También con la condena de ser incapaz de desistir.

Deseó que el tiempo pasara rápido, que arrastrara así todo lo que debía.

Abril, 2008
Un mes después

En Londres llovía, como siempre. Daba igual cuándo dirigiera la vista hacia el exterior, siempre vería todo empapado.

Londres era clases, lluvia, trabajos y horas de estudio para rendir en los exámenes. Era más sombrío porque apenas recorría otro camino que no fuera de la facultad a la residencia. Londres también era cansancio y decepción cuando el teléfono sonaba, porque la pantalla no mostraba el nombre que esperaba. El mismo nombre que no daba tono cuando él llamaba.

Harris comenzó con dos llamadas al día que nunca dieron señal. Continuó con una que sí la dio, pero nadie contestó. Luego fue una cada dos días cuando dejar mensajes en el contestador tampoco sirvió.

Hubo momentos en los que se desmoronó, gruñendo porque no sabía qué más hacer. Porque

su mente debía estar en su vida mientras su corazón se evadía a donde aparentemente no lo querían. Y claro que razonó con el espacio, con darle tiempo, ser empático, tener comprensión con la situación; sin embargo, con todo ello también pasaban las semanas: eran pesadas, pero volaban, tanto que ya había pasado un mes de todo aquello. Un mes donde pegar ojo algunas noches era un reto, donde estar pendiente del teléfono móvil se había convertido en una enfermiza obsesión. Llegó a salir hasta de clases cuando pensó que vibraba en su bolsillo. Llegó a gritarle a algún inocente teleoperador que solo le ofrecía cambiar de tarifa.

Y como siempre, en Londres solo llovía y eso por alguna extraña razón lo exasperaba. Nils hacía lo que podía, lo comprendía a su manera y trataba de darle su espacio, pero como amigo también le molestaba su comportamiento. Consideraba que no era justo, aunque Harris siempre buscara la excusa perfecta para justificarlo.

—Hey, ¿te vienes? —Era un jueves por la mañana cuando el rubio habló. Acababa de salir del cuarto de baño, ya arreglado. Harris se encontraba sentado en su escritorio.

—¿Adónde?

Nils suspiró, buscando en su propia mesa las llaves para guardarlas en un bolsillo de su cazadora. Rodó los ojos cuando se volteó a ver a su amigo.

—A la reunión de las becas, Harris, ¿lo recuerdas? Llevamos una semana hablándolo. Hoy es la reunión informativa donde nos presentan esas empresas del extranjero que…

—¡Joder! Es verdad —interrumpió y se levantó a trompicones de su silla.

Nils volvió a suspirar, dirigiéndose hacia la puerta principal del cuarto.

—Tienes cinco minutos. Mueve ese culo.

Harris se apresuró a vestirse. Olvidó su billetera, pero volvió cuando se percató de que también se había dejado atrás el teléfono. Nils prefirió callar una vez más.

Mayo, 2008
Un mes después

Cuando Harris olvidaba su teléfono en el cuarto, ya no se ponía tan nervioso. Volvía a por él, pero más por el hábito de tenerlo siempre consigo.

Había planeado volver a Plymouth a principios de junio, justo antes de comenzar los exámenes finales. Intentaría relajarse, desconectar y volver con las pilas recargadas para finalizar su segundo año de universidad. Nils también tenía listos sus billetes para volverse a Dublín por dos semanas, así que todo era un caos.

Maletas, ropa sucia, borradores de trabajos y clases optativas con horarios matadores. ¿Cómo era legal salir de la facultad a las nueve de la noche? Harris no lo sabía, pero ya estaba acostumbrado. Había incluso adelgazado. Probó unas semanas ir al gimnasio y al principio pareció que todo transcurría bien hasta que el dolor fue insoportable, por lo que optó por mantener las dietas de ensaladas y batidos de frutas. Nils aseguraba que se estaba quedando fofo y Harris juraba que después del verano hasta le coquetearía por el cambio que iba a dar. Pensó en retomar el vóley, quizás apuntarse a natación...

—¿Has visto mis calzoncillos con estampados? —Harris puso los ojos en blanco al oír a su amigo.

Él se encontraba ordenando apuntes mientras Nils tenía el detalle de intentar preparar su maleta de viaje.

—Afortunadamente, no. ¿La lavadora no ha hecho un bien a la humanidad y los ha engullido? Tienen hilos colgando…

—Son los más cómodos que tengo, ¿de acuerdo?

—Qué asco.

—¡¿Asco?! Deberías probarlos. Quizás tienes que dejar de usar esos slips apretaditos y llevar la huevera un poco más... sueltecita.

Harris pestañeó, boquiabierto.

—Basta...

—¡Es la mejor sensación del mundo! Obviamente, no te lo vas a poner una noche donde mojes, ¡no hay que ser cutre! Aunque bueno, el otro día cuando quedé con Óscar... Ya sabes, no tenía planeado que pasara nada, así que llevaba esos y no veas cómo se...

—¡Nils! —bufó entre dientes—. He dicho que basta.

El rubio hizo una mueca de disgusto, colocando sus calzoncillos bien doblados en la maleta.

—Qué genio... No se te puede decir nada, de verdad.

—Bueno, si quieres háblame de lo que llevaba puesto Óscar, no tú.

Esa vez fue Nils quien soltó un gruñido bajo. A continuación, enarcó una ceja, casi divertido.

—Uy, sí. Como si te fueras a inmutar...

Harris le enseñó el dedo medio mientras su amigo lo amenazaba con tirarle otro calzoncillo.

Lo cierto fue que Nils finalmente no aguantó mucho más organizando su equipaje. Arrastró la maleta bajo la cama antes de dejarse caer sobre el colchón, luciendo exageradamente agotado.

Harris también acabó con sus apuntes. Masajeó su cuello antes de imitar a su compañero de cuarto y caer en su propia cama. Quiso cerrar los ojos, pero la voz cantarina de su amigo volvió a retumbar.

—No tengo ganas ni de bajar a cenar. ¿Pedimos algo?

Fue increíble, porque la barriga de ambos alfas rugió ante la mera mención.

—Por esas cosas te sigo aguantando. A veces tienes ideas brillantes, hermano.

Nils rio con una escandalosa carcajada, de esas tan suyas que se volvían contagiosas. Él mismo hizo el pedido que llegaría en veinte minutos. Harris se hubiera adormitado en la espera, pero el irlandés se caracterizaba por su ser dicharachero.

—Oye, ahora que vuelves a Plymouth, sí le vas a contar a tus padres nuestros planes, ¿no?

Harris abrió los ojos, girándose para ver al otro. Dejó escapar un leve suspiro.

—Sí, claro. Ya sabes que contárselo por teléfono me parecía bastante frío, es algo importante. Mi madre sigue sin entenderse con las videollamadas. —Ambos soltaron una carcajada ante la mención.

Harris negó con la cabeza, divertido. Echaba tanto de menos a Annette...

—Sí, solo recuerda que es a finales de junio cuando debemos decidirnos.

—Lo sé.

Nils suspiró.

—Porque nos vamos a decidir, ¿verdad?

—Claro que sí. Ya lo hemos hablado.

Le dio un guiño cómplice al irlandés antes de que diera un bote de la cama para recibir la cena de ambos.

Harris solo inspiró, clavando su vista en el techo.

Casi tres meses después, le seguía poniendo los pelos de punta la idea de volver a casa. Casi tres meses, donde jamás le contestaron una llamada.

Junio, 2008
Un mes después

Annette había mandado a limpiar la casa entera. Las alfombras estaban aspiradas y, por alguna extraña razón, hasta las lámparas brillantes. La nevera estaba atestada de comida al igual que el congelador. Hasta en el salón ya estaba servido el té con galletas. Pues cómo no tener todo impecable si por fin llegaba su niño...

La mujer le había exigido a su marido que llegara antes del trabajo. El alfa tuvo que aceptar las amenazas, además de que, por supuesto, ansiaba ver a su hijo. La omega había dado órdenes a todos, desde a Harris que se encontraba en camino, quien recibió tremenda reprimenda sobre seguridad vial, hasta a Nancy, la adorable cocinera que también deseaba volver a ver al más joven de la familia.

Por supuesto, Annette lloró cuando ella misma abrió la puerta del coche apenas su hijo aparcó. Hubo una cantidad de besos y gritos puestos en el cielo, ya que el alfa seguro que no se estaba alimentando bien. También cantidad de halagos por lo guapo que estaba y lo bien que le quedaba el pelo con aquella banda. Y de nuevo manotazos exigiéndole saber de qué se estaba alimentando. La omega se podía decir que pasaba de una histeria a otra, y Harris a eso ya estaba acostumbrado. Le gustaba y francamente hasta lo extrañaba.

Serían dos semanas en Plymouth hasta tener que volver de nuevo a Londres.

Descargaron las maletas y entraron en la casa entre más arrumacos. El alfa llenó sus pulmones del aroma a hogar y del olor de su madre, de aquella inevitable paz. Tomaron el té con galletas, Harris hasta repitió mientras su madre comenzaba con su batería de preguntas, como si no hablaran cada dos días por teléfono.

—Bueno... Hay algo que os quiero comentar a ti y a papá. Pero mejor por la noche, los tres juntos en la cena.

La mujer enarcó una ceja, llevando una mano a cubrir su boca.

—¿Es algo malo?

El alfa negó de inmediato.

—Para nada, es algo bueno. A mí me lo parece, al menos.

—Oh, bien. Entonces lo contarás nada más tu padre entre por la puerta. Hasta la cena no aguanto.

Harris negó, sin más opciones que aceptar la decisión que ya había tomado su madre. La entendía, en eso ambos también eran iguales.

—Oye, mamá, otra cosa. —Se aclaró la garganta al dejar su taza vacía a un lado—. Has sabido algo de... Ya sabes.

Annette largó un suspiro, ofreciéndole una cálida sonrisa a su hijo. Harris aguardó, notando cómo los nervios le trepaban por el esófago. Se tensó.

Sí, la mujer sabía a qué hacía referencia. En algunas de sus llamadas hablaron de eso. Además, ella no había olvidado la confesión que le había hecho. A Harris le gustaba Luke y ella respondió simple, con la mera certeza de que eso ya lo conocía. Tal hecho no llegó a ser algo que la mantuvo alguna noche en vela. ¿Cómo lo había descubierto? No tenía una idea clara de ello, simplemente lo sabía. Conocía a su hijo. Se sabía de memoria los detalles y miradas de Harris, sus temas de conversación o el simple estado de este durante esa noche que podía llegar a tachar como una de las más tristes. También los había visto juntos en aquel patio y había reconocido la urgencia de Harris en ese entonces. Quizás simplemente había que estar ciego para no verlo, tal vez por eso era un tema que nunca comentaba con su marido.

Annette se preocupó por todo aquello. Recordaba el semblante de su hijo después de aquella vez que ella misma le alentó a que fuera a hablar con Luke. Le costaba olvidar cómo a Harris le llevó recuperar un tono de voz más animado en las llamadas.

Fue Harris quien en un principio llegó a preguntarle por él, por si su madre sabía algo. Después de eso, se limitaba a contestar con un "no" seco cuando era la omega quien preguntaba si él sabía algo al respecto. Sin embargo, ahora Harris razonó que era un tema que no podía ser considerado como tabú si su dolor de cabeza se encontraba en la casa de al lado.

La omega tomó una de las manos de su hijo, regalándole una caricia antes de hablar.

—Lo cierto es que sí nos hemos enterado de algo. Fue hace solo dos días. No quise decirte nada porque sabía que ibas a venir y porque, bueno… No sabía si lo querrías saber.

Harris sintió una ola de nervios rompiendo en el centro de su vientre.

—¿Qué ha pasado? Yo... quiero saber. Estoy aquí.

Su madre suspiró.

—Hacía mucho tiempo que no coincidía con Marjorie. No es que hayamos hablado mucho después de lo que pasó, pero le nació contarme que ella y su hijo... se mudan.

Inconscientemente, Harris retiró las manos de la caricia de su madre. Necesitaba pasárselas por la cabeza.

—¿Qué? ¿Se van de Plymouth?

—Oh, no, solo se van de la urbanización. Tampoco quise preguntar por qué, la vi algo afectada por ello. Supongo que me lo quiso contar porque la casa ya tiene colocado el cartel de venta.

Harris tragó saliva. Le costó, pero lo hizo. El martilleo en su pecho comenzaba a ser molesto.

¿Un cartel? ¿La casa de Luke tenía un cartel que anunciaba que se vendía? Tenía que ver eso con sus propios ojos, tenía que... Realmente no sabía qué se suponía que tenía que hacer. Sentía que Luke lo había considerado como un vecino más al que debía saludar de vez en cuando, como si no fuera una persona con la que había compartido momentos íntimos, confesiones, horas de conversación, risas...

Llegaron a tener un acuerdo. Llegaron a tener algo.

Harris gruñía de la cantidad de veces que había olvidado su orgullo, su dignidad. Cualquiera en su sano juicio hubiera entendido las señales. Cualquiera vería que Luke no quería saber nada de Harris, que podía rozar lo enfermizo la insistencia del último. Sí, cualquiera, pero era la propia versión en la cabeza del alfa la que le mostraba cierto rayito de esperanza. Le decía que Luke no era así, que debía tener un motivo, que lo llamaría a pesar de todo y volvería a cogerle el teléfono porque... Porque aquellos que lo veían desde fuera no habían sentido las sacudidas en el pecho. Nadie más que él sintió lo que supuso sostener al omega entre sus brazos cuando este lo eligió para desmoronarse. Nadie más que él podía explicar la sensación absurda de unión, la que complementó todo regocijo que suponía atenderlo, fuera cual fuese la manera.

Nadie más que él, porque al parecer Luke tampoco lo sentía.

Una unión no correspondida; un amor no atañido. Porque sí, si aquello no era amor, ¿entonces qué significaba esa palabra? Había demasiados omegas, si se trataba de algo físico o de instintos. Había más preocupaciones, pero ninguna llegaba a atosigarlo hasta en sueños. ¿Qué iba a ser sino, si fantaseaba con su aroma, si gimoteaba cuando lo extrañaba? Si era su pecho el que marcaba el ritmo y sus emociones las que dominaban el raciocinio. Era amor porque él estaba dispuesto a lanzarse al océano sin salvavidas, aunque fuera el otro el que ni siquiera parecía tener intención de nadar.

Porque Harris se enamoró de Luke. Y Luke no se había enamorado de Harris.

XV

—¿Qué te parece? —la voz de Marjorie salió tras aclararse la garganta, pero nadie contestó.

—Si quieren los puedo dejar solos. Piénsenlo con calma —habló la joven beta vestida con un traje de dos piezas. Sujetaba un maletín en la mano derecha al igual que una carpeta con papeles en la izquierda.

La omega le asintió con una sonrisa amable y ella salió del piso que acababa de enseñarle a sus posibles clientes.

Marjorie suspiró una vez estuvo a solas con su hijo.

Era el tercer lugar que visitaban. Se habían decantado por un barrio, no lejos del puerto, bien comunicado por transporte público. Solían ser edificios de no más de cinco plantas y dos habitaciones por vivienda, de alquiler. Era un barrio también con precios razonables.

Luke permanecía estático frente a la ventana de lo que podrían destinar a que fuera el salón. Solo se inmutó cuando su madre le posó una de sus manos en un hombro.

—¿Luke?

Él pasó saliva.

—Está bien. Es muy parecido a los otros que hemos visto. Este está bien.

Marjorie tomó una bocanada de aire antes de posar su frente en el punto donde había tocado a su hijo. También le regaló una mimosa caricia a su brazo.

Estaban a punto de vender su casa. El día anterior habían tenido una reunión satisfactoria con unos posibles compradores, una familia que acababa de trasladarse a Plymouth por negocios. Pero todo era más complejo de lo que parecía.

Tomar la decisión de mudarse les llevó cerca de dos meses. No era algo que no tuvieran que pensar en frío. No era una que desearan, sino que se volvió necesaria. Cuando Marjorie y George compraron su casa fue cuando al beta lo ascendieron a capitán en su profesión. Eso les otorgó el beneficio de mejorar su nivel adquisitivo, que siempre fue medio y algo limitado. Ese también fue el gran orgullo de George: formar una familia en una gran casa, en un buen barrio, viviendo bien, acomodados y pudiendo cumplir antojos. Sin embargo, en todo ello la realidad era más cruda.

Los Tompsett habían pedido una hipoteca y pagaban una cuota mensual elevada por ella, una que con el sueldo del beta sí pudieron costearse, pero con su ausencia todo se volvía un poco más cuesta arriba. Marjorie trataba de adelantarse a lo que vendría.

No podrían mantener la cuota de un coche y otros pagos que la familia antes sí asumía. Marjorie ya no trabajaba, hacía años lo había dejado, poco después de que naciera Luke. No fue solo por cuidar de él o por dejar su oficio al ser una omega ya emparejada, sino porque se lo podían permitir. Con ello se pudo meter en otros temas que le apasionaban, como la caridad y ser presidenta de consejos estudiantiles cuando su hijo se formaba en la educación pública. Y todo estuvo bien con eso, llegó a hacerlo sin problemas, pero ya no.

La pensión de viudedad que recibiría la omega no sería igual a la cantidad con la que estaban acostumbrados a vivir. Si tiraba de ahorros se quedaría pronto sin ellos, pero no era una opción, ya que serían prioridad para pagar los estudios de Luke. No si consideraba que debían tener ese respaldo para hacerle frente a cualquier otro imprevisto, pues el mercado inmobiliario no se

hallaba en su mejor momento.

La venta de la casa les traería beneficios, pero no superarían el valor original de la propiedad. La agente les había advertido que no era rentable vender, tampoco lo sería en los próximos años, sin embargo, no tenían otra opción. Debían enfrentar la pérdida económica y mediar desde cero su estilo de vida, el cual cambiaría por completo. Marjorie prefería eso que seguir con el que ya tenían, pues a la larga les pasaría factura con deudas que serían incapaces de asumir. Y todo aquello a su vez era duro, por supuesto que sí.

Los rumores se extendieron rápido, muchos decían que se mudaban para no lidiar con los recuerdos, porque la casa sería muy grande para los omegas. En cambio, nada más lejos de la realidad, ya que eso era lo que precisamente más costaba: abandonar los recuerdos. A ella lo que le dolía era tener que dejar atrás todas las risas que se escondían en las paredes de su primer hogar, donde formó una familia de verdad. Le dolía dejar su habitación, donde todavía la ropa de su marido colgaba en el armario. Dolía dejar aquel pasillo con un tizne en la pared, ese que Luke hizo siendo pequeño cuando los cuadernos se le quedaban cortos al pintar. La cocina, el comedor donde sucedieron tantas celebraciones...

Era probablemente lo más duro si encima de perder a su pilar no podía mantener la sombra de sus vivencias. Pero la omega también sabía que aquello era mantener al pasado con cariño, mas no asegurar un futuro. Lo más importante era su hijo e intentar garantizar su bienestar, construir un nuevo hogar si era necesario. Solo trataba de ser realista y hacerlo lo mejor posible.

—Elijamos esta casa, mamá. Para nosotros es suficiente.

Que su hijo volviera a hablar era algo que la mujer no se esperaba cuando se sumergió en sus pensamientos.

Marjorie largó un suspiro, pretendiendo también una sonrisa. Era una casa pequeñísima si la comparaban con la de ellos. Una pequeña cocina abierta al salón-comedor que conectaba con el pasillo que daba a las dos habitaciones con sus respectivos cuartos de baño. Les sobrarían muchos muebles que ya poseían, sería un reto intentar adornar el piso con ellos.

—Sí, mi niño. A mí también me lo parece.

Otra caricia en el brazo del omega, quien llenó sus pulmones de aire antes de voltear a ver a su madre, serio.

—Estaremos bien, ¿verdad?

Marjorie ya había asumido que no podría evitar la punzada en el pecho cuando los ojos de Luke la enfocaran. Quizás era un sinsentido, pero notaba que ahora su mirada se parecía más a la de George. El mismo azul, la misma forma de inspeccionar...

—Claro que sí, vamos a estar bien aquí. Solo hace falta decorarla un poco, una mano de pintura para que todo no sea tan blanco y quizás comprar una mesa más pequeña… —La omega había intentado mantener un tono risueño, contagiárselo a su hijo, quien apartó la mirada a pesar de también asentir.

—¿Crees que a papá le hubiese gustado? —La voz de Luke salió débil. Miró a su madre tras cuestionar.

La omega apretó los labios, sintiendo la picazón en los ojos cuando decidió tomar una de las manos de su hijo.

—Seguro que sí. De hecho, nuestro primer piso en Gales era muy parecido a este. —Ella sonrió, recordando aquel único y pequeño hogar que pudieron alguna vez permitirse. Solo vivieron en él seis meses antes de cometer la locura más dulce de escapar a Plymouth—. Todo va a salir bien, cariño. Lo haremos por él, ¿de acuerdo?

Luke agitó la cabeza como afirmación. Sus ojos se humedecieron casi al instante.

—Mamá, es normal aún llorar, ¿verdad? No puedo evitarlo.

No lo preguntaba por él, sino por su propia madre, quien parecía estar luchando con las comisuras de sus labios, con intentar no pestañear...

Las lágrimas emanaron de los ojos de ambos cuando la omega envolvió a Luke en un abrazo cálido y apretado. Tenían que seguir, por ellos y por George, porque Marjorie estaba segura de que los escalofríos que sentía en su espalda tras cada decisión tomada eran de él. Era George alentándola, prometiéndole que todo saldría bien. Tenía que ser él...

—Sí es normal, Luke. Claro que es normal.

Julio, 2008
Dos meses después

Era una gozada disfrutar de una temperatura media de veintitrés grados en pleno mes de julio y un verdadero lujo poder pasear por el centro. Su zona favorita de la ciudad era el paseo que daba al antiguo faro, la torre Smeaton. También perderse por el parque West Hoe. Era lo que se necesitaba después de tanto tiempo en Londres, el césped, el sonido de las olas del mar y el graznido de las gaviotas. Olía a verano y a helado. La risa de los niños reinaba, al igual que el chirrido de los columpios mientras esquivaba a los más mayores que no dudaban en recorrer el paseo con sus bicicletas.

Suspiró.

Volvía a estar en casa tras acabar su segundo año de carrera, el cual había superado con un par de matrículas de honor. Era satisfactorio ver que todo esfuerzo tuvo su recompensa. Harris volvía a estar en Plymouth, pero, como siempre, por tiempo limitado. La próxima parada no volvería a ser Londres.

Había salido a pasear, pues más tarde quedaría con su padre en la empresa. Por alguna razón que desconocía, Patrice había insistido en presentarle a unos socios. Eso también lo ponía algo nervioso.

Perdió la vista en dos niños que parecían inspeccionar una bicicleta a la que se le había salido la cadena. Como adulto que era, ¿debía ayudarlos? Era extraño llegar a ese punto de la vida donde se asumían unas responsabilidades que antes se ignoraban. Era extraño asumir en sí.

Se suponía que estaba en su hogar porque siempre fue así, porque lo identificaba. Era costumbre hacerlo, y, sin embargo, también era raro. Allí no estaban sus amigos, no tenía una rutina. En el fondo era como si no encajara del todo en la ecuación. Todo se sentía a su vez tan ajeno. En Londres era simplemente él, mientras que en Plymouth era una sombra de quien se formaba en la capital, algo mezclado con el Harris de allí. Un Harris con el que cada vez era más complicado identificarse.

Era frustrante no poder explicar sus propias cábalas, más si se trataba de comprender el paso enorme que era formar su propia vida, sus necesidades, lidiar con preferencias que nunca imaginó que tendría. Que Annette le preguntara cuando salía sin avisar, adaptarse al horario de comidas en casa, a la absurda comodidad de que le lavaran la ropa... Y a la madurez, esa caprichosa que obligaba a uno mismo a plantearse todo, absolutamente todo.

Esbozó una sonrisa cuando uno de los críos consiguió encajar la cadena de la bicicleta de nuevo. Fue el menor de ellos, quien lo celebró con unas cuantas palmadas mientras el otro lo miraba asombrado. Debía tener ocho o nueve años, el mayor quizás le llevaba dos o tres.

Prefirió tragar saliva y reanudar su paseo.

Sí, la madurez de ver que lo que antes se creían problemas podía tornar a algo absurdo.

Descubrir, por ende, todos aquellos que ni siquiera se pensaba que existían. Aquel en particular que hacía que Harris recorriera las calles con la necesidad de mirar a todo el mundo a la cara, como si fuera a reconocer una, como si la vida fuera tan cruda... No era algo que planeara, sino un acto innato, inconsciente. Era la resignación de mantener cantidad de preguntas sin respuestas, la de rendirse ante el acto de llevar su teléfono móvil siempre consigo. Ya no lo hacía.

Luke se había mudado y no sabía a dónde. Hacía un mes, en las dos semanas que pasó allí, no se lo topó. A la única que pudo ver, y de lejos, fue a Marjorie. Y aceptar eso se sintió como una cruz; fue duro ver que podía llegar ni a inmutarse por ello. Porque la razón se cansaba y la de Harris estaba agotada. El deseo de respuestas también podía volverse indiferente.

Llamó su atención un grupo de personas que organizaban un corrillo alrededor de alguien que parecía dar un pequeño espectáculo. No era raro que en verano cantidad de puestos de artesanos se armaran en el paseo, al igual que artistas callejeros que mostraban sus habilidades al formar figuras con globos para los más pequeños, magos que realizaban trucos con cartas o astutos que eran capaces de tragarse una vara con fuego, como en aquel caso. Los murmullos de asombro se escucharon ante la habilidad del joven de cabello largo, liso y castaño que se movía con gracia sujetando las varas. Harris se abrió un hueco entre la multitud para observar el espectáculo. Los niños miraban igual de pasmados que aterrados mientras sus padres observaban con suficiencia o sincera admiración.

Harris sonrió cuando la mayoría de gente se apartó y el joven tuvo que negar a los muchos niños que sí querían ayudarlo. Su frente estaba perlada de sudor mientras recorría los semblantes de su público, intentando encontrar al indicado. Lo hizo, y justo ahí a Harris se le pudo caer al suelo la sonrisa que mantenía.

La vida nunca le dejaría de sorprender, porque a lo mejor la misma no era tan mala con él si le otorgaba aquello que innata e inconscientemente buscaba. Porque le dio tiempo a pensar que quizás fue un ingenuo en no creer que el golpe de las casualidades lo podría llegar a asestar por segunda vez.

El artista había elegido a un ayudante entre el público. Harris se abrió paso, poniéndose de puntillas entre el barullo para observar mejor. Era un chico menudo de ojos azules, no muy alto, vestido con un chándal y una gorra hacia atrás, también sujetaba un *skate* con una mano. Era un omega, lo reconoció, entre la cantidad de gente lo hizo. Tierra mojada, mar y especias... Claro que lo reconoció. Era Luke.

La vida era otra caprichosa y, si se lo planteaba, hasta bufona.

Luke había aceptado la vara del artista poco convencido, tras haberse negado dos veces. Con sus mejillas arreboladas se vio obligado a ceder tras oír los ánimos del resto del público. Fue en ese preciso instante cuando Harris se olvidó de que presenciaba una actuación. Podía jurar incluso que el resto de gente se había evaporado porque solo se pudo centrar en un perfil.

Era él, estaba allí. Luke estaba a metros de él.

Notó el cosquilleo arremeter en sus tripas, la punzada en el pecho y el sofoco aumentando. Solo se fijaba en la muñeca algo huesuda que se aferraba a su tabla. En su cuerpo rígido, también en los cabellos que se escapaban de su gorra. Se veía tan pequeño, aunque sus ropas fueran enormes.

Advirtió un rugido bajo a su lado que llamó su atención. Era un hombre de no más de cuarenta años que lo miraba con ojos ámbar desafiantes, mientras su hija se abrazaba a su pierna. Harris pestañeó, sacudiendo la cabeza y separándose de allí.

No se había percatado de la vibración en sus cuerdas vocales y la energía que seguramente

emanaba, una de alfa. Había sacado su lado más irracional, incontrolable.

Se pasó ambas manos por el cabello cuando tomó una ligera bocanada de aire. Brincó en el sitio cuando el público estalló en aplausos y chiflidos. Se percató de que aquel joven que dominaba el fuego hacía reverencias al público mientras agradecía, pasando un sombrero donde los espectadores no dudaban en depositar dinero. Harris también lo hizo, se sacó de inmediato cinco libras de su cazadora.

¿Cuánto tiempo había pasado? La improvisada función había acabado y él no se había percatado de nada. La gente se empezó a marchar, abriendo aquel medio círculo que habían armado. Lo hacían al mismo ritmo que a Harris se le entrecortaba la respiración. Visualizó a Luke sacando unas monedas de un bolsillo de su pantalón para también dejarlas en el sombrero. Recibió otra reverencia por parte del joven, quien con gráciles movimientos seguía agradeciendo su merecida recompensa.

El bullicio de las gaviotas pareció resonar con escándalo.

Luke soltó un suspiro cuando una pequeña sonrisa se escapó de sus labios. Decidió alzar la vista, sin buscar nada, planteándose seguir con su camino y quedando preso de aquel antojadizo destino que lo obligó a toparse con otra mirada que era verdosa, casi cetrina.

El alfa pudo haberse llegado a torcer por la explosión de chispas que notó en el centro de su vientre, pero solo se limitó a dar media vuelta. Giró sobre sus talones y se dispuso a caminar, siendo incapaz de pestañear, de destensar sus nudillos o liberar la presión en sus hombros encogidos.

Harris se alejaba y la garganta de Luke se desecó en ese momento, porque lo vio.

El omega pudo prometer que estuvo demasiado tiempo estático, aunque realmente permaneciera así por cinco segundos y medio.

—¿Harris? —Su voz no fue una gran proyección, pero había conseguido dar un paso enfocando la espalda del alfa, quien frenó en seco.

Una ola calurosa barrió el sistema del omega, una que no tuvo nada que ver con la propia sensación térmica. Sus dedos se restregaron contra el *skate* que sujetaba mientras sentía el cosquilleo en el resto de sus extremidades, pues Harris se giró prácticamente a cámara lenta mientras él al fin conseguía parpadear.

Luke pudo verse como en la escena de una película, pues toda la gente parecía haber desaparecido, ni siquiera había rastro del artista que los había apelotonado allí. Eran Luke y Harris, frente a frente.

—Hola, Harris. —Al menor le costaba mantener la mirada y pronunciar aquello por segunda vez fue un reto. Ni hablar de lo que supuso que sus piernas se movieran para dar dos pasos más para acercarse al otro.

—Hola, Luke. —Harris sentía que no iba a ser capaz de decir mucho más.

—¿Qué tal? No sabía que estabas en Plymouth.

Harris enarcó una ceja casi como un acto reflejo, mientras que Luke optó por morderse la lengua, sintiendo de inmediato la necesidad de apartar la vista. No fue la mejor forma de empezar la conversación, lo tuvo claro al instante.

—Sí, ya ves...

Se merecía la hostilidad y el omega dejó escapar un suspiro por ello. Mirar de frente a Harris era enfrentarse a muchas cosas, demasiadas.

Tragó saliva cuando los ojos verdes lo enfocaron, inquisitivos.

—Harris —exhaló—, ¿te apetece tomar algo? ¿Hablar?

Notó la tensión recorriéndole la nuca y el repentino temblor en las canillas. Luke Tompsett no

era una persona que solía dar explicaciones, pero la persona que tenía enfrente era la única con quien debía hacer una excepción.

—Está bien.

La terraza estaba concurrida, pero no les costó mucho que les facilitaran una mesa. Habían caminado en silencio hasta que Luke señaló aquella cafetería improvisada en el paseo. Imitaba el estilo de un coqueto puesto en la playa.

Se sentaron el uno frente al otro. El *skate* del omega descansó a los pies de la mesa. Luke pidió un refresco de naranja mientras Harris prefirió no tomar nada. Se dedicó a acariciarse los nudillos.

Harris tuvo que pestañear varias veces, ahogando risas sarcásticas que morían al final de su garganta. Era de locos encontrarse a Luke así, como si la vida se estuviera tronchando de él, como si todo aquello fuera un juego de simulación. Sin duda lo era, alguien debía estar gozando poniéndolo en aquella situación.

Observó cómo jugueteaba con una servilleta de papel mientras se mordisqueaba nervioso el labio inferior. Y era irónico, porque hacía un mes, incluso poco menos, hubiese tenido una artillería de preguntas y reclamos. Hubiese escuchado con ganas y exigido hasta mostrarse más frío. Sin embargo, se hallaba en blanco mientras recordaba de forma vaga todo aquello que le llegó a molestar. Lo sabía, pero podía jurar que antes lo tenía más esquematizado; creyó haber tenido sus argumentos en una posición más sólida.

Luke soltó un resoplido cuando terminó de romper la segunda servilleta de papel.

—¿Ya has acabado la universidad?

Harris pasó saliva al notar el azul de la mirada de Luke enfilándolo.

—El segundo año.

—¿Te ha ido bien?

—Sí, afortunadamente me ha ido genial.

Luke dejó la marca de sus dientes en su labio inferior. Se sentía sofocado, incapaz de asegurar si la bebida de naranja bajaría por su garganta. Estaba seguro de que se atragantaría, lo podía llegar a hacer de solo verse allí.

Era consciente de que tenía mucho que decir, porque inexplicablemente le había nacido, porque el que estaba sentado frente a él era Harris. Un Harris que llevaba el pelo más largo, en rizos que casi le rozaban los hombros. Parecía más grande, algo que ni le sorprendía porque siempre tenía la misma impresión, siempre notaba que el alfa lucía más ancho y que sus ropas cada vez se le ceñían más al cuerpo. Sus rasgos estaban más perfilados, pero siendo los de siempre, con aquellos hoyuelos escondidos y el lunar junto a la boca. Los labios llenos y las pestañas abrazando aquel verde que parecía que podía llegar a llamear, todo enmarcado con cejas finas.

Tuvo que recordarse que debía inhalar.

—Harris, yo...

—No tienes que hacer esto si no quieres. De hecho, no tenemos por qué estar aquí. No pasa nada, Luke. Da igual.

La voz del alfa, legrada, consiguió turbarlo.

Harris, en su posición, solo trataba de poner orden en sus ideas. Ya había tenido suficiente con la sacudida que había sido verlo. No lo hacía desde casi cuatro meses atrás, tiempo en el que la última imagen que tenía de él era una con vista perdida, de un ser casi acabado.

Luke continuaba tan delgado como lo recordaba y efectivamente su mirada se seguía

perdiendo más de la cuenta. Claro que su pecho retumbaba, claro que las manos le sudaban... Lo tenía que mirar dos veces para creérselo. Debía serenarse el doble de ellas para poder hablar.

La garganta le cosquilleaba debido al condimentado olor de Luke colmándolo, casi aturdiendo. Porque era él, ese omega, el chico que había puesto parte de su vida de cabeza. ¿Cómo debía actuar sino?

—Es que yo sí quiero hacerlo —Luke agachó la cabeza al hablar, jugueteando con sus dedos entrelazados—. Siento que te lo debo.

Harris pudo inflar el pecho, vanidoso al estar de acuerdo con eso, pero solo asintió.

—Te escucho.

El alfa era bueno disimulando la ansiedad, pues era lo que sentía ante la irónica realidad en la que parte de sus dudas se iban a solventar. ¿Luke de verdad le iba a dar una explicación? ¿Debía sentir alguna especie de emoción por ello? A su vez, ¿por qué no podía dejar a un lado el pinchazo de rencor y de dolor?

Quizás porque había pasado demasiado tiempo, la molestia y el silencio fueron algo constante. Tal vez eran esos los síntomas de tenerlo delante. Porque por fin miraba a los ojos a la persona de la que irremediablemente se había enamorado.

—Me llevó... —El omega tuvo que aclararse la garganta antes de proseguir—. Me llevó cerca de una semana adivinar que la cajetilla de tabaco no apareció por arte de magia en mi porche. Durante días creí que aquella conversación que tuvimos la había soñado. —Harris solo frunció el ceño. Quería dejarlo seguir hablando—. Estuve dos semanas sin salir de la cama, no me apetecía. Solo lo hice para comer y acompañar un poco a mi madre. A ella le hacía bien verme por la casa.

El alfa sintió el frío. Vio el semblante de Luke ensombreciendo, se percató de que le costaba mantener la mirada.

—¿Y tus clases?

—Me reincorporé al final del trimestre, pero no pude recuperarlo todo. Me presentaré en septiembre a algunas asignaturas para no perder el año. Los profesores me repetirán las pruebas prácticas.

El alfa asintió, pasando saliva. Se suponía que debía decir algo, pero nada salió.

—Sé que me llamaste. —Luke lució derrotado, también avergonzado cuando volvió a hablar.

Harris se tensó.

—Lo hice. Lo intenté cada día durante semanas.

En realidad, el término apropiado podía ser meses.

—Yo... no recordaba ni que tenía teléfono móvil. Cuando lo hice vi las llamadas, lo tuve muchas veces en mis manos cuando sonó, pero no contesté.

El golpe fue más duro de lo que imaginaba. Ardió más de lo que Harris se esperaba.

—Está bien.

Luke resopló, casi exasperado.

—No sabía qué decirte. No sabía cómo darte una explicación del por qué no había contestado antes.

Un pequeño hoyuelo se marcó en una de las mejillas del mayor, una sonrisa triste.

—No quería una explicación. Yo solo quería saber cómo estabas.

Luke tuvo que agachar el rostro, una vez más.

—No quería hablar con nadie, no quería que me preguntaran. Nuestra vida cambió.

Harris debía tragar saliva para intentar ignorar las punzadas que le ocasionaban cada palabra. Pensaba llamarse exagerado por ello, pero le costaba cavilar el choque de realidad en el que él no era útil para Luke, donde una llamada no solucionaba nada. No ayudaba en nada.

—Os mudasteis.

—Sí. Cuando tuvimos que tomar esa decisión, yo sí que no estaba. No tuvimos otro remedio. Mi madre no recibió la paga que esperaba y las facturas se iban a acumular, así que nos mudamos no muy lejos de aquí a un piso. —El alfa no debía decirle lo que le hubiese gustado saber eso por él. No debía confesarle que le nació gruñir cuando oyó a los nuevos vecinos en su jardín—. Era mi hogar, ¿sabes? —continuó Luke, fallando en el intento de procurar una sonrisa —. Todavía olía a nuestra familia cuando nos marchamos, cuando dejamos muchos muebles que no nos cabían...

Otra punzada en Harris fue vehemente. Intentó resoplar.

—Siento mucho eso, Luke. No sé qué más decir. Sé que ya nada sirve. —El omega asintió, volviendo a juguetear con sus pulgares. Más clientes como ellos pululaban a su alrededor, al igual que los camareros que atendían las mesas. Sin embargo, cuando hablaban, cuando Harris miraba a Luke, sentían que todos se desvanecían—. Pero me gusta verte así. Me gusta haberte encontrado con tu *skate*.

Para Harris, eso estaba significando renovar la última imagen que tendría de él en su cabeza.

—Francamente, es la primera vez que salgo con él. Quise probar.

Harris dibujó una sonrisa tenue en sus labios. Luke se fijó en ella.

—Es un buen día para ello.

Se fijó también en el gesto del mayor, quien llevó una mano a su cabello para peinarlo hacia atrás. De repente fue todo un alboroto de rizos que se acomodaban uno encima del otro. Luke quiso decirle que se veía bien, que le gustaba ese estilo, pero no lo hizo.

Hubo un silencio interrumpido por las olas del mar que se volvían a escuchar a lo lejos. De nuevo las gaviotas, el correteo de los camareros…

—Pues yo... —Harris comenzó a hablar de nuevo, sin saber siquiera por qué—. Yo estaré un año fuera.

Luke alzó de inmediato la cabeza. Lo miró de frente.

—¿Qué?

—Me voy a Panamá.

La frente del omega se arrugó. Abrió y cerró la boca dos veces, habló a la tercera.

—¿A Panamá? —sonó extremadamente desconcertado—. Eso está... lejos.

Los hoyuelos de Harris se dejaron ver otra vez.

—En América Latina —confirmó—. Es algo complejo, pero básicamente nos acogimos al programa de becas de formación internacional. Mi mejor amigo y yo nos vamos juntos. Haré prácticas en una empresa, iré a algunas clases allí y tengo la posibilidad de impartir algunas asignaturas de mi universidad a distancia. Con ello podré graduarme antes, quizás en tres años y medio en vez de cuatro.

El omega sintió una picazón en sus ojos por llevar demasiado tiempo sin parpadear.

—E-eso suena... interesante —intentó tragar saliva—. ¿Cuándo te vas?

—En septiembre. El siete de septiembre.

Luke cerró en puños sus manos. Sentía las palmas exudando.

—Y... ¿Y tu familia? Tu madre...

—Oh, sí. Bueno, eso es algo con lo que todavía estoy lidiando. Me apoyan, pero obviamente es duro para ellos. Hay días que mi madre quiere aprender a hacer videollamadas y otros que quiere esconderme el pasaporte, agasajarme con otras opciones que le queden más cerca...

Harris rio y el omega lo imitó por escasos segundos.

—Imagino…

Entonces, sucedió. El intercambio de miradas duró más tiempo de la cuenta, un duelo en el que ninguno se rendía. El alfa remojó sus labios mientras Luke trataba de mantener una respiración regular. Un forcejeo entre un mar y una esmeralda; uno donde finalmente venció la piedra preciosa. Luke tuvo que plegar sus párpados, mirar las puntas de sus dedos...

—Luke... —Harris lo intentó, pero se cortó. Se vio obligado a hacerlo—. No, nada.

¿Qué pretendía decir? ¿Qué fundamento tendría aquello? Se quiso reír de sí mismo cuando se vio pensando en una palabra simple, pero intensa. Una que era capaz de acoger tanto... Pensó en un "nosotros", regresando a aquella conversación en su coche donde llegaron a un acuerdo. Recordarlo le originaba un cosquilleo en la boca del estómago, mientras a su vez lograba identificarse con un Harris mucho más joven, uno que había hecho aquello hacía demasiado tiempo.

En rut ya no existía con Luke. La promesa quedó en el olvido, tornó en el momento en el que él mismo quiso más, donde bebió, lo llamó, se desmoronó por él y olvidó parte de su amor propio para rogarle, insistir. Luke era complejo, como un conjunto de piezas que jamás iba a conseguir encajar.

¿Qué pretendía? ¿Hablar de ellos porque estarían demasiado tiempo sin verse? Ya lo habían estado durante meses, ¿qué cambiaba un año? ¿Acaso cometió la estupidez de pensar que Luke le iba a proponer mantener un contacto? ¿Acaso se creía que Luke se inmutaría?

—Iluso —masculló para sí mismo, de una forma casi imperceptible.

—¿Qué?

—Nada.

Definitivamente, sentía necesaria la aventura en Panamá. Si fuera por él, los meses podían pasar volando. Si fuera por él, ya estaría sentado en el avión.

—Gracias por haberte preocupado por mí estos últimos meses. No voy a olvidar eso —Luke sonaba sincero al mismo tiempo que compungido.

Sabía que muchas de sus palabras habían lastimado al otro, pero no hallaba cómo explicarlo. No sabía ni cómo hablar de algo que ni él mismo entendía. Fueron unos meses duros y pesados, que pasaron también con rapidez, aunque a los días, esos que miraba desde su presente, los recordara largos. Claro que supo que debía devolverle alguna llamada, pero siempre fue un nudo en la garganta lo que no lo dejaba hablar, un recuerdo que golpeaba y la angustia de tener que contar cómo se encontraba. Pasó días sin escuchar su propia voz, pasó días encerrado mientras Harris se cansaba. Y no lo culpaba, era normal.

Ahora pasaría mucho sin verlo, si era que lo volvía a hacer. Y resultaba irónico porque siempre reinaba la distancia entre ellos, sin embargo, hablar de continentes era demasiado. Se oía tajante.

Harris meneó la cabeza.

—No es nada. —La picazón en su garganta se agravó de repente. Harris frunció el ceño y carraspeó—. Siempre te dije que contaras conmigo.

"No voy a olvidar eso", nada le pudo sonar más a despedida.

Ocurrió un nuevo choque de miradas en donde esa vez ambos se rindieron.

Estaba cansado, el mayor se encontraba ya sumamente agotado. Ya no habría cabida para las promesas donde le aseguraba a Luke que acudiera a él. Aquella vez no las habría.

—Lo sé.

El omega no levantó más la mirada.

Harris sacó unas monedas y las dejó sobre la mesa. Luke quiso rechistar, pero el otro negó rápidamente con la cabeza, luego le guiñó un ojo.

Se puso de pie cuando Harris también lo hizo. Un sentimiento mutuo que pesaba en el centro del pecho y caía a los pies, se presentó.

—Debo irme. Me están esperando.

El otro asintió de inmediato.

—Claro.

—Cuídate, Luke.

Y el alfa sonrió, como pudo.

—Cuídate tú, más bien.

Y de nuevo la tensión, el silencio, el peso... Aquella presión en el centro del pecho.

Harris bufó, oyendo ya los gimoteos de su amor propio. Dio un paso hacia adelante y, cerrando los ojos, aspirando, le dio un abrazo a Luke.

El omega apenas pestañeó, atinó a moverse cuando sintió el leve apretón en su espalda baja. Su rostro, de repente, se encontraba muy cerca del cuello del alfa.

Debía respirar, exhalar y así lo hizo, notando síntomas de anestesia en la lengua, al ardor deslizándose por su garganta... El hormigueo en el cuerpo y el frío en la espalda. Se sintió tensar cuando Harris se separó, rápidamente o no, pues había vuelto a perder la noción del tiempo.

Harris esa vez sí dio media vuelta, con Luke apenas consiguiendo parpadear. El alfa necesitó alejarse mientras Luke sabía que ningún vocablo sería capaz de salir de su garganta. Aunque hubiese querido pararlo, era incapaz. Harris se alejaba y seguramente era lo mejor, pues él no sabía hacerlo de otro modo. Luke no sabía estar.

Y sonrió, porque, a pesar de todo, con Harris siempre sería fácil. Era la primera persona que lo veía y no le hacía la pregunta sobre su padre, no le cuestionó cómo sobrellevaba el duelo como todos hacían y él odiaba. Era algo que todavía le creaba un nudo en la garganta al hablar. Sonrió porque Harris siempre era sencillo, como si él supiese que no quería tocar ese tema.

Luke se dejó caer nuevamente en la silla, observando su refresco servido e intacto.

Seguir con su vida, dejar de lado aquel paréntesis que también acababa de vivir… era lo mejor, lo más fácil. Porque Harris no era el único que se sabía un poco identificado con aquel muchacho que hizo un acuerdo en su coche. Luke hacía tiempo que también le costaba reconocerse en cualquier decisión. Había cambiado, el mayor golpe que podía llegar a sufrir lo obligó a hacerlo.

Se remojó los labios con el refresco, acariciando con la yema de los dedos la moneda que descansaba sobre la mesa. Aspiró, sintiendo una tirantez en las comisuras de sus labios.

Notó el aroma que todavía bailoteaba a su alrededor.

—Hasta pronto, niño pijo.

LA HISTORIA CONTINUARÁ EN
EN RUT
TOMO II
Sentimientos latentes

[1] Cielos.
[2] Cielos, no.
[3] Joder... ¿Y por qué hueles tan bien?
[4] Oh, cielos